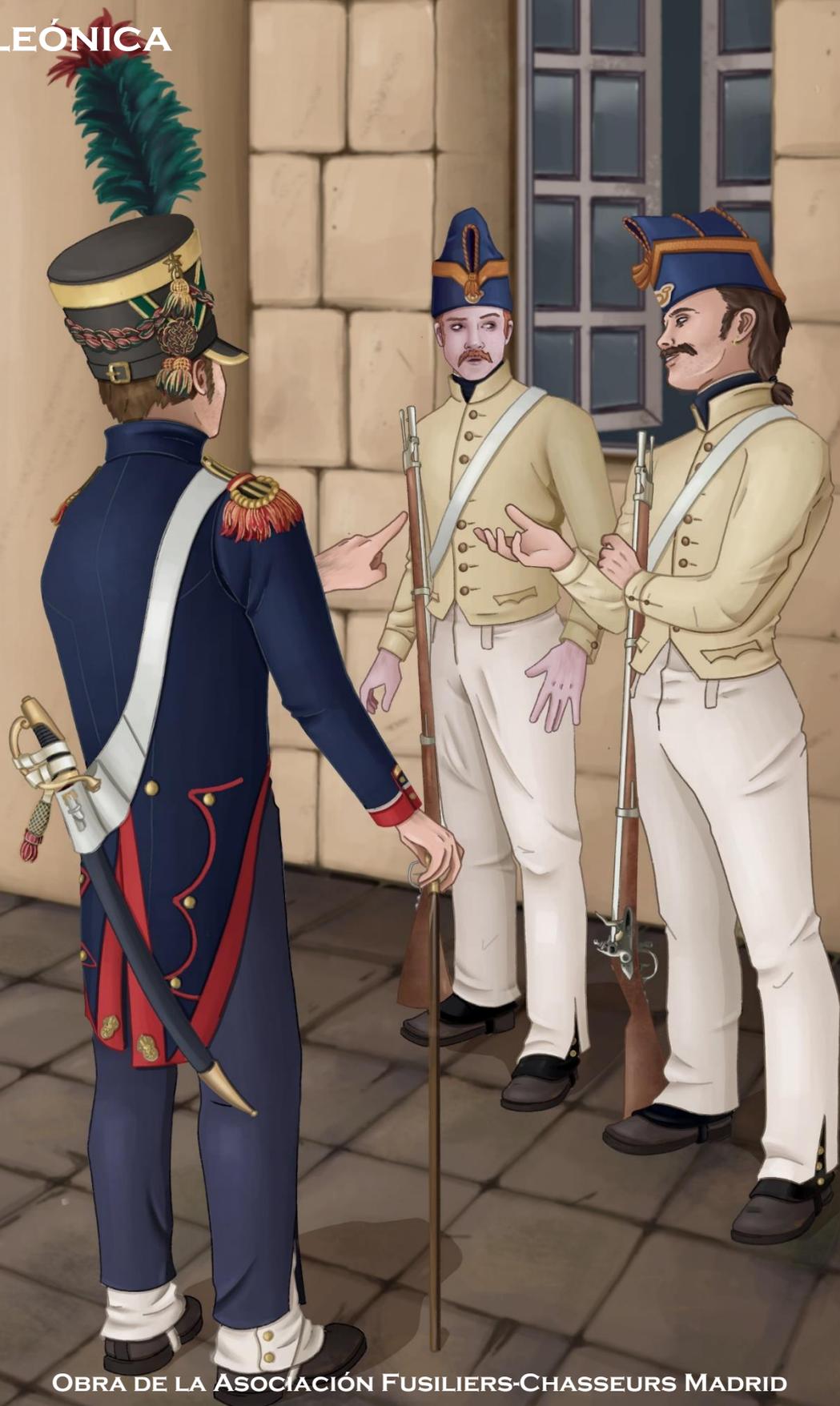


L' AIGLE

VOLUMEN 02

REVISTA DE
HISTORIA
NAPOLEÓNICA



ISSN: 2697-2506

OBRA DE LA ASOCIACIÓN FUSILIERS-CHASSEURS MADRID

HISTORIA CULTURAL · HISTORIA MILITAR · HISTORIA SOCIAL · HISTORIA POLÍTICA

En Madrid, 20 de marzo de 2023

©Asoc. Fusiliers-Chasseurs Madrid

F. C. M.

Asociación dedicada al estudio, difusión y recreación histórica de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas en el mundo castellanoparlante

(La presente publicación no tiene por objeto ningún tipo de ánimo de lucro)



I. *Presentación del I Seminario de Investigación: “Nuevas propuestas para la difusión y didáctica de la Historia” en la Universidad Complutense de Madrid.* En la imagen de izquierda a derecha figuran: Dña. Marina Perruca Gracia (Presidenta de la AJM), Dña. Ana Escribano López (Secretaria de JIMENA), Dr. Jesús Cantera Montenegro (Secretario académico de la facultad), D. Pablo Alonso Ardura (Presidente de Terra Carpetana), D. Jonathan Jacobo Bar Shuali (Coordinador L’Aigle) y el Dr. Fernando Quesada Sanz (Catedrático de Arqueología de la UAM). Imagen tomada por la organización del evento, Madrid, 26 de septiembre de 2022.

Director

Jonathan Jacobo Bar Shuali

Supervisor de edición

Miguel Ángel Díez Ferreiro

Coordinadora de edición

Patricia Ponce de Asenjo

Coordinador de revisión

Jorge Blanco Mas

Equipo de edición

Jorge Blanco Mas, Patricia Ponce de Asenjo y Alberto Ruiz Hidalgo

Equipo de revisión

Jorge Blanco Mas, Jonathan Jacobo Bar Shuali, Thomas Rahm Armuña, Alberto Ruiz Hidalgo y Ernesto Yamuza Magdaleno

Ilustraciones y portada

Claudia Muñoz Arnaiz y Patricia Ponce de Asenjo

Maquetación final

Jonathan Jacobo Bar Shuali

Redes sociales y máquetin

Alberto Martínez Guindulain y Armando Marcos Lostal

Traducción

Jonathan Jacobo Bar Shuali y Thomas Rahm Armuña

Entidad responsable:

Asociación Fusiliers-Chasseurs
Madrid (F. C. M.)

C. Emiliano Barral, 6

Madrid, España, 28043

ISSN: 2697-2506

Comité de rigurosidad científica

Daniel Aquillué Domínguez (Universidad Isabel I)

Leandro Álvarez Rey (Universidad de Sevilla)

David Alegre Lorenz (Universitat de Girona)

Alberto Cañas de Pablos (Universidad de Alicante)

David Chanteranne (Souvenir Napoléonien)

María de la Paloma Chacón Domínguez (Universidad Complutense de Madrid)

Gonzague Espinosa-Dassonneville (Souvenir Napoléonien)

Alberto José Esperón Fernández (Universidad Complutense de Madrid)

Jean-Marc Lafon (Université Paul-Valéry-Montpellier III)

Evaristo C. Martínez-Radio Garrido (Centro de Investigação Transdisciplinar «Cultura, Espaço e Memória»)

Juan Jesús Padilla Fernández (Universidad de Salamanca)

Antonio Jesús Pinto Tortosa (Universidad de Málaga)

Fernando Quesada Sanz (Universidad Autónoma de Madrid)

Ana Sanz de Bremond (Universidad Complutense de Madrid)

Alicia Teresa Laspra Rodríguez (Universidad de Oviedo)

Eneko Tuduri (University of Reno)

Rafael Zurita Aldeguer (Universidad de Alicante)

SUMARIO

Nota editorial. *Asociación Fusiliers-Chasseurs Madrid* 1

Prefacio. **Los jóvenes y la historia: el proyecto de los “estudiantes napoleónicos”.** *Jesús Cantera Montenegro (UCM)* 3

Prefacio. **“Napoleón comía poco y muy deprisa (...)”.** **Gustos, vivencias y organización del emperador francés en el manjar.** *Alain Pigéard (SN)* 5

Reflexiones. **Hacia una nueva historia napoleónica.** *Alexander Mikaberidze (LSUS)* 9

Los cirujanos de la Real Armada española en el siglo XVIII. *Guillermo Nicieza Forcelledo (UNIOVI)* 21

La sanidad a bordo de los navíos: el rol de los alimentos, el agua y los “refrescos”. *Sophie Muffat (CDN-IN)* 49

La caricatura en el marco de la propaganda bélica durante la Guerra de la Independencia española. *Rafael López Lombarte (AERH-UC3M)* 67

La “consulta” suiza de 1803 y la reactivación de la Confederación. Una aproximación a las bases de la Suiza moderna. *Thomas Rahm Armuña (FCM-UCM)* 101

La campaña de Rusia de Napoleón I: balance y organización. *Gonzalo Cantera Robles (FCM-AMA)* 119

Las tropas de la Marina francesa en las dos batallas de Puebla (1862-1863). *Jean-Baptiste Murez (ICP)* 147

Reseñas. 171

Aquillué, D., Guerra y cuchillo. Los sitios de Zaragoza 1808-1809, Madrid, La esfera de los libros, 2021. 388 págs. ISBN: 9788413840475. Jorge Blanco Mas (UCM) 171

Bar, J. J., Breve historia del Ejército napoleónico: La Grande Armée de Napoleón y sus aliados, Madrid, Nowtilus, 2022. 380 págs. ISBN: 8413052424. Adrián Díaz Carrasco (UA) 173

Dawson, P., Waterloo: Napoleon's Last Army, Estados Unidos, Lombardy Studios, 2021. 176 págs. ISBN: 9781940169156. Jonas De Neef (I) 175

García, J. M., Mi honor es mi divisa. La fundación de la Benemérita en el reinado de Isabel II, España, Círculo Rojo, 2021. 140 págs. ISBN: 9788413857336. Miguel Ángel Díez Ferreiro (UOC) 177

Zurita, R. (dir.), La Guerra de la Independencia española. Memoria, Paisajes e Historia Digital, Granada, Comares Historia, 2022. 180 págs. ISBN: 9788413693491. Miguel Enrique Espigares Jiménez (FCM) 178

Novedades divulgativas y académicas. 180

Nota editorial

La publicación de un nuevo número de *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica* supone una gran emoción para todo nuestro equipo editorial. Esta tercera edición confirma el éxito de un pequeño grupo de investigadores predoctorales que en 2017 decidieron llevar a cabo un proyecto de difusión de la Europa de Napoleón I, que a su parecer no había recibido la atención que dicha etapa merece en nuestra lengua. Hoy nuestros socios disponen de un organismo sin ánimo de lucro adscrito a la Comunidad Autónoma de Madrid con casi 40 miembros, una revista indexada y una larga trayectoria en recreaciones históricas, congresos, seminarios, jornadas e institutos. El portal online FCM tiene más de 22.000 seguidores y algunas de nuestras conferencias hasta 2.000 reproducciones; una cifra similar expone el índice de descargas de *L'Aigle*. Desde el 5 de mayo de 2021 ofrecemos un número por curso académico, entregado a las distintas áreas de estudio que tengan cabida entre 1789 y 1871. En estos ejemplares se pretende ofrecer un espacio a los autores más versados en la materia, como se da en el caso de los profesores Mikaberidze y Pigeard a lo largo del presente volumen, y, por otro lado, una plataforma para la promoción de los investigadores noveles; véase el excelente trabajo de Alberto Martínez Guindulain *El alcance de las guerras napoleónicas en Japón a través del Incidente del Phaeton de 1808*, disponible en nuestro primer volumen de 2021. Contamos con el apoyo institucional de la Asociación Napoleónica Española, la Asociación Española de Jóvenes Modernistas, el Instituto de Historia y Cultura Militar, la *Napoleonic Historical Society* y el *Souvenir Napoléonien*. No queremos dejar de mencionar el patrocinio ejercido por parte de nuestra asociación en el *I Seminario de Investigación: "Nuevas propuestas para la difusión y didáctica de la Historia"* en el curso académico 2022-2023, además del respaldo recibido por parte de las entidades Asociación JIMENA y Terra Carpetana gracias a Dña. Ana Escribano López y D. Pablo Alonso Ardura. No debemos cerrar esta nota introductoria sin dejar de agradecer al Secretario Académico de la Facultad de Geografía de Historia de la Universidad Complutense de Madrid, el Dr. Jesús Cantera Montenegro, su fiel apoyo a nuestra revista.

Asociación Fusiliers-Chasseurs Madrid

Madrid, 19 de enero, 2023.

Prefacio. Los jóvenes y la historia: el proyecto de los “estudiantes napoleónicos”

Resulta curioso en un mundo como el actual encontrar un numeroso grupo de jóvenes que no solo se sienten atraídos por el conocimiento de la Historia, sino que, y lo que es más interesante, se afanan en su estudio, investigación y difusión. Y esto precisamente hoy, cuando se infravalora el ámbito de las humanidades, de modo que lo primero que oyen de amigos y familiares es la pregunta de por qué se dedican a la Historia, con el argumento de que no da de comer y de que no van a encontrar trabajo. Sin embargo, y a pesar de esta presión anímica, que ciertamente es una fuerte presión, se matriculan en la universidad en la carrera de Historia, siguen los estudios, se gradúan, hacen másteres, doctorados y, afrontando las dificultades para la inserción laboral que se dan tanto en este como en otros muchos campos, siguen, de una forma u otra, vinculados a la Historia. Esto lleva a cuestionarse por qué ocurre esto; qué lleva a una gente joven a dedicarse al estudio de la Historia. La respuesta no es otra que la de que es una vocación. Y, afortunadamente para la sociedad, siempre habrá personas vocacionales que antepongan criterios e intereses culturales y de fomento del espíritu a los meramente económicos y de éxito social.

Tal es el ejemplo de quienes editan esta revista con la que tratan de poner en manos de los demás la difusión de sus trabajos, investigaciones y esfuerzos; esfuerzos para los que han tenido la feliz idea de asociarse, ya que la unión hace la fuerza y permite integrar en uno o varios grupos a personas con unos intereses comunes. Procede ante este entusiasmo juvenil apoyarles incondicionalmente, en tanto que sus actividades cuenten con rigor histórico y mirada objetiva, no subyugada a intereses políticos o de dudosa culturalidad. Ese entusiasmo es el que hace que la mayoría de las veces sean ellos los que tiran del profesorado para llevar a cabo actividades, ante lo que quienes ya contamos con más años y otras responsabilidades tenemos el deber moral de apoyarlos, animarlos y fomentar su entusiasmo, pues nunca hemos de olvidar que los jóvenes son el futuro y que la Historia, que es pasado, ayuda a entender el presente y da la posibilidad de enfocar adecuadamente el futuro.

Dr. Jesús Cantera Montenegro

Universidad Complutense de Madrid

Profesor titular en el Departamento de Historia del Arte

Secretario Académico de la Facultad de Geografía e Historia



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

Prefacio. “Napoleón comía poco y muy deprisa (...)”.

Gustos, vivencias y organización del emperador francés en el manjar

La cocina mediterránea, y en especial la que preparaba su querida madre en su niñez, quedaron en la memoria de Napoleón Bonaparte. El primer vino que bebió el joven Bonaparte, de hecho, fue el que procedía de la viña familiar, la *Sposata*, situada a pocos kilómetros de Ajaccio. Era, dijo el futuro emperador, “el primer viñedo de toda Córcega (...) grande y digno de mención”. Este apego a la *Sposata* se explica, sin duda, por el hecho de que los ingresos derivados de su explotación habían permitido a su madre, Leticia, pagar parte de los gastos de su educación y la de sus hermanos. Posteriormente, el Emperador ofreció este viñedo a la que fue su nodriza. Napoleón permaneció muy apegado, en el plano sentimental, a la plantación. De este modo la presentó al conde Emmanuel de Las Cases en Santa Elena, como la vid más importante de toda Córcega.

Tras su estancia en la Escuela de Brienne, el joven Bonaparte ingresó en la Escuela Militar de París (1784-1785). Los estudiantes eran acomodados, alimentados y vestidos a expensas del rey. Los alimentos resultaban abundantes y bastante variados como se aprecia en la lista que sigue: “comidas grasas” con sopa hervida, dos entrantes y tres postres; “cena calórica” con dos platos de carne, ensalada y tres postres; “comidas ligeras” con sopa, dos platos de legumbres, un plato de cereales, pescado, huevos, tres postres, y, finalmente, cenas ligeras con potaje y arroz, dos platos de legumbres, un plato de cereales, pescado, huevos y tres postres. Napoleón nunca fue un gran *gourmet*, aunque esto último no le impidió contratar al gran maestro Dunant, creador del pollo al “estilo Marengo”. Parece ser que en la etapa consular el general francés llegó a afirmar:

“(...) si eres de los que comen poco ven a mi casa; en caso de querer alimentarte bien y mucho, ve a donde Cambacérès; con Lebrun ayunamos”.

El Emperador no gastaba el suficiente tiempo en el comedor, y mucho menos dedicaba a la conocida “sobremesa”. En las Tullerías o Malmaison solía comer solo o con un invitado improvisado; sin horario preciso y en una mesa portátil.

Napoleón I nunca pareció ser un hombre muy sensible a los placeres de la mesa y el buen comer, a diferencia de Luis XIV. Probaba tan poco los platos que, a veces, antes de

terminar un trabajo llegaba a olvidarse de la hora de la cena. Con gran alboroto los pinches de cocina de la Casa Imperial se solían ver obligados, ciertas noches, a poner sucesivamente veintitrés pollos en la mesa y tratar de que todo el conjunto ofreciera el aspecto más presentable. En numerosas ocasiones, los invitados del Emperador comían antes de llegar al palacio o celebraban grandes banquetes después de la recepción en la Corte.

Napoleón Bonaparte encontraba un festín en las cosas más sencillas: patatas fritas, guisos, sopas grasas, alubias, polenta de castañas, callos, embutidos, *fricasées*, chuletas de cordero, salmonetes fritos del Mediterráneo, pastas de todo tipo con debilidad especial por los macarrones, las lentejas, los garbanzos, morcilla, albóndigas de ave, gofres rellenos y “enrollados con nata”, helado, dátiles, almendras frescas, uvas, etc. Por otro lado, el Emperador odiaba la carne poco hecha, el ajo y las judías verdes. Tenía predilección por el vino de Chambertin (Borgoña) diluido con agua, como se bebía entonces. Los comerciantes parisinos Soupé y Pierrugues (en el número 338 de la *rue Saint-Honoré*), suministraban todo lo necesario. Las botellas se fabricaban en Sèvres y se encontraban marcadas con una “N” coronada. Son numerosos los escritos y memorias en las que se localiza el apego del monarca francés por este licor: ejemplo de ello son las de Fain, Ségur, Thiard o Véron.

El Emperador invitaba habitualmente al ministro con el que había trabajado esa jornada a cenar en su mesa, para continuar la conversación sobre temas que, aunque menos graves, tenían algo que ver, sin embargo, con el trabajo de aquel día. La condesa Anna Potocka dejó en sus *Memorias* una anécdota sobre “Napoleón en la mesa”, que tiene lugar en la época de su segundo matrimonio.

“Napoleón comía poco y muy deprisa; los platos más sencillos eran los que él prefería. Hacia la mitad de la cena (...), el Emperador fue obsequiado con alcachofas con salsa de pimienta: se rio y se ofreció a compartir su modesta comida, alabando este plato. Pero como nadie parecía tentado a probarlo, puso el plato frente a él, ¡y no dejó nada! La Emperatriz, en cambio, muy preocupada por los platillos que le presentaban, no rehusaba ninguno y parecía molesta por la rapidez con que se sucedían unos a otros”.

La mayoría de las veces el Emperador almorzaba solo, en una mesa de pedestal de caoba sin mantel. Napoleón estaba lejos de comer sin ensuciar. Con mucho gusto usaba sus dedos en lugar de un tenedor, o incluso una cuchara. Cuando la conversación de sus invitados le agradaba, se dignaba prolongar la comida unos minutos más. En esos días,

encontraba tiempo para tomar dos o tres platos de aperitivo con su sopa, como higos, ostras marinadas o conservas.

En el campo varios carros seguían la berlina del Emperador, llevando consigo todo tipo de provisiones y víveres, desde vino de Chambertin hasta un cocinero y dos ayudantes. Si Bonaparte desayunaba por la mañana, en unos segundos, con una taza de té o de azahar, poco tiempo más solía conceder a las demás comidas; de 8 a 10 minutos. Cuando el Cuartel General se trasladaba a otro punto, antes de partir, los oficiales de la Guardia Imperial que allí servían recibían un puchero repleto de sopa que, a veces, el propio Napoleón I llegaba a degustar.

Siempre que era posible, el furgón “cocina” o de víveres de la Casa del Emperador se llevaba a donde se encontrase el propio monarca, incluso al campo de batalla. Disponían para este tipo de ocasiones de una mesa portátil sostenida por unos caballetes. Esta se veía rematada por una “modesta cubertería”. En otras ocasiones, tal y como se dio en la víspera de la gloriosa victoria de Austerlitz, los zapadores de la Vieja Guardia se hicieron con unas “malas puertas” que tendieron como mesa para el monarca. No obstante, la mayoría de las veces Bonaparte se alimentaba “sobre la marcha”, en plena acción. Su “devoto” Colin, uno de los administradores de la Casa Imperial en la campaña de 1813, le suministraba las provisiones que le hicieran falta. Napoleón siempre lo recordará. En la batalla de Bautzen, el 21 de mayo, le dio la bienvenida diciendo: “¡Ah! ¡Ahí está, Sr. Valiente!” y volviéndose a Berthier le dijo: “¿No habrá venido ese demonio de hombre a buscarme en medio del fuego para darme un mendrugo de pan y una copa de vino?”. El lugar no era el conveniente, y el propio M. Colin lo recordó durante mucho tiempo.

En otras ocasiones los suministros se agotaban por completo. Entonces, en ese momento, había que conformarse con un menú mediocre: un huevo o un trozo de pan a la “campesina” o una patata cocinada bajo las cenizas y ofrecida por los hombres reunidos alrededor del campamento. El famoso veterano J. R. Coignet agregó: “a menudo vivía de lo que le daban sus soldados”.

Su servicio de cocinas no siempre podía seguirle el ritmo en sus diligencias rápidas e imprevistas. Así, tras el combate de Günzburg, durante las maniobras de Ulm en 1805, escoltado solo por cinco o seis oficiales, se detuvo en el presbiterio protestante de un pueblo triste y maltratado por la guerra. Al faltar “de todo”, Rapp se las arregló para cocinar él mismo. La “magra” comida se “zampó” felizmente. El general Thiard, su

chambelán y administrador en la Corte, se encargó voluntariamente del “servicio de habitaciones” y de su gestión. Cuando se podía reponer la mesa del Emperador se compartía. Las provisiones de alimentos estaban esparcidas ante él, y todos, desde el paje hasta los grandes oficiales, encontraban aquí y allá todo lo que necesitaban. “Fue una fiesta para cada uno de nosotros”, describió Bausset. Se afirma que incluso envió vino de su mesa al centinela más cercano.

Cuando las circunstancias lo permitían y el servicio del Emperador funcionaba con normalidad, se servían varias mesas en el “Palacio” (así se llamaba el lugar donde se encontrara Napoleón: sea un castillo, una tienda del Estado Mayor francés o una casa modesta). Los secretarios particulares y el primer ordenanza tenían sus propios espacios y comían juntos en una mesa. Otras dos áreas estaban reservadas para grandes oficiales y oficiales de servicio. En el primero grupo, junto al Emperador, se localizaba al mariscal de palacio (Duroc), el *grand écuyer* (Caulaincourt), mariscales, generales, etc. El ayudante de campo sajón Odeleben describe así la situación en una de aquellas ocasiones:

“Se sirvieron de doce a dieciséis platos perfectamente dispuestos, pero Napoleón comió y bebió con moderación. Berthier le sirvió bebidas y habló muy poco durante la comida. Roustam (Roustam Raza), u otro ayuda de cámara, servía en la mesa. Muy a menudo, los oficiales que traían despachos u otras órdenes eran admitidos durante la comida y Bonaparte los escuchaba mientras comía como un hambriento, apresuradamente”.

Dr. Alain Pigéard

Le Souvenir Napoléonien

Investigador y caballero de la Legión de Honor



“Reflexiones”

Hacia una nueva historia napoleónica

Towards a new Napoleonic History

Alexander Mikaberidze¹

Louisiana State University in Shreveport

Recibido: 27-11-2022

Aceptado: 02-12-2022

Introducción

El pasado otoño tuve la oportunidad ver mi trabajo, *The Napoleonic Wars: A Global History*², traducido al español. Para mí es un hito profesional, pues la edición castellana llegará a millones de lectores en el mundo de habla hispana. En este libro discuto cómo la vasta y catastrófica escala de los conflictos desatados por la Revolución francesa impactó sobre el mundo y sus gentes. Inicialmente limitadas a Europa occidental, las guerras de la Revolución francesa, y aquellas que se dieron contra la Francia napoleónica, pronto abarcaron la mayoría del espacio europeo. Y lo que es más importante, estos acontecimientos se convirtieron en los medios para construir un imperio a escala global.

En el contexto de la lucha por la supremacía las potencias europeas también buscaron la hegemonía en otras áreas del mundo. Es mi creencia central el que, en términos de sus efectos, directos e indirectos, las guerras revolucionarias y napoleónicas conllevaron los

¹ Alexander Mikaberidze es doctor en Historia por la Universidad Estatal de Florida (2003) con una tesis que abarca el estudio de la Edad Moderna en los espacios franceses, rusos y otomanos. Ha impartido docencia en numerosos centros tales como el Colegio de Guerra Naval de los Estados Unidos (2004-2007) o las universidades estatales de Florida (2003-2004) y Mississippi (2004-2005). En la actualidad es profesor en el Departamento de Historia y Ciencias Sociales de la *Louisiana State University* donde enseña Historia europea del siglo XIX, Historia Militar, Historia rusa e Historia Diplomática. Es autor de más de una decena de libros especializados en guerras napoleónicas y hoy se le considera una de las autoridades académicas en este ámbito. En castellano cuenta con sus trabajos *La batalla de Borodínó. Napoleón contra Kutúzov* (2018) y *Las Guerras Napoleónicas. Una historia global* (2022) publicados en Desperta Ferro Ediciones. Entre sus grandes logros cabe destacar la coedición del *The Cambridge History of the Napoleonic Wars*. El equipo editorial de *L'Aigle* agradece al profesor Mikaberidze la aportación de esta reflexión y el valor de su trabajo.

² Mikaberidze, A., *Las Guerras Napoleónicas. Una historia global*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2022.

eventos mundiales más “transformadores”, y excitantes, entre el periodo de la reforma protestante y la Primera Guerra Mundial. Sus repercusiones perduran hasta el día de hoy.

La internacionalización de las guerras napoleónicas

El 17 de febrero de 1792, el primer ministro británico William Pitt (el Joven) pronunció su famoso discurso en la Cámara de los Comunes. Hablando de las circunstancias de Gran Bretaña Pitt articuló la profecía de que, si bien la prosperidad del país no estaba asegurada:

“(…) nunca hubo un momento en la historia de este país en el que, a partir de la situación de Europa, pudiéramos esperar quince años de paz más razonablemente de lo que podemos esperar en el presente momento”.

Dos meses después, comenzó una guerra que arrastró a Gran Bretaña a un “atolladero” de dos décadas. Al escribir mi reciente estudio, traté de responder a tres preguntas fundamentales. En primer lugar, ¿por qué el primer ministro pudo estar tan equivocado que, en lugar de quince años de paz, Europa experimentó veintitrés años de guerra devastadora? Tras ello, si esta guerra fue una experiencia exclusivamente europea ¿de qué modo pudo ser aceptada y comprendida durante tanto tiempo? Y tercero, ¿cuál fue su legado?

Es bien sabido que a partir de 1789 Europa se sumió en la agitación y la transformación cuando la Revolución francesa desató un torrente de cambios políticos, económicos, sociales, culturales y militares. Aunque defensiva al principio, la Francia revolucionaria pronto cambió el rumbo de la guerra y llevó los “ámbares” de los ideales revolucionarios a los territorios vecinos. Napoleón Bonaparte los extendió mucho más allá de las fronteras de Europa occidental. La lucha resultante fue inmensa en su escala, intensidad y devastación. Uno de los principales argumentos de mi investigación es que nunca los estados europeos habían recurrido a una movilización de recursos civiles, militares y materiales a una escala de tal magnitud. En veintitrés años de guerras, más o menos continuas, que se extendieron por Europa y en otras partes del mundo los conflictos napoleónicos, se calcula que murieron seis millones de personas. Dos tercios de estas habían perecido en el continente y, en comparación con la población europea en su conjunto, eran proporcionalmente tantas como las que murieron a lo largo de la guerra mundial que dio inicio en 1914. Más de un tercio de la generación de franceses nacidos

entre 1786 y 1795 pereció en los campos de batalla en nombre de la República o el Imperio.

En Portugal y en España las batallas de grandes líneas de infantería y los asedios habían devastado numerosas ciudades. Puerto Real, que los franceses ocuparon en el transcurso de un asedio de dos años a Cádiz entre 1810 y 1812, había perdido la mitad de su población de 6.000 habitantes, mientras que casi la mitad de los edificios de la ciudad habían sido destruidos. La región occidental de España, Extremadura, vio reducida el 15% de su población anterior al conflicto. Junto a la pérdida de vidas, se observan los inmensos costos materiales. Estos últimos consumieron la mayor parte de los recursos de los estados, lo que obligó a los gobiernos a recortar costos en otros lugares y encontrar formas de extraer recursos adicionales. Muchas partes de Europa sufrieron debido a la mayor tendencia de los ejércitos a vivir sobre el terreno a través de la técnica del “merodeo” en una ocupación prolongada. En Alemania, Portugal, Italia y España, la guerra había arruinado regiones enteras a medida que los repetidos ataques de las tropas y las guerrillas despojaban a los campos de sus suministros y los pastos de su ganado.

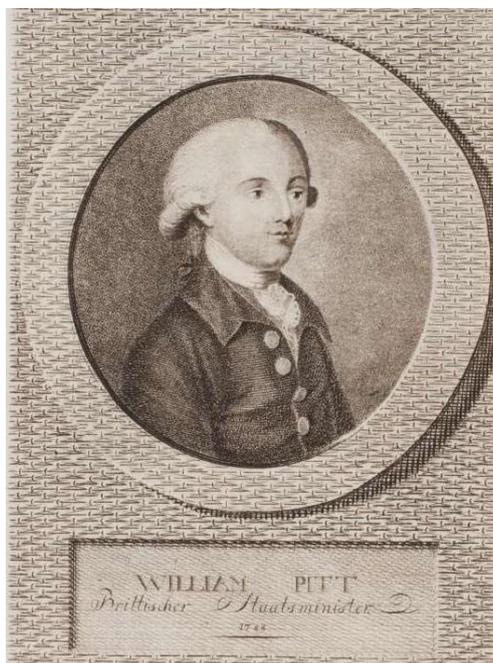


Figura 1. *William Pitt (el Joven)*. Taller de Hoffmann y Karl Schröder, entre 1789 y 1812.

Dominio público, colección Herzog August Bibliothek.

Además, las guerras napoleónicas representaron una contienda de grandes potencias a una escala verdaderamente global. Sin embargo, no serían las primeras guerras que se extendieron por todo el mundo, pero, en su escala, intensidad e impacto, eclipsaron todos

los conflictos anteriores. Para los contemporáneos del siglo XIX, las guerras de Napoleón Bonaparte se habían convertido en la “Gran Guerra” que produjo profundas alteraciones políticas, económicas, culturales y sociales.

El “sistema napoleónico”

Las victorias en el campo de batalla permitieron a Napoleón I redibujar el mapa de Europa varias veces y en un grado nunca visto. El Sacro Imperio Romano Germánico, creado por Carlomagno en el año 800, había llegado a un final humillante en 1806 cuando “cayó con un gemido”, según la acertada descripción de un historiador. Bonaparte reorganizó las fronteras conocidas incorporando grandes extensiones de tierra al territorio francés y, creando un imperio que en su apogeo cubría cerca de 300.000 millas cuadradas y 44 millones de habitantes. Este núcleo se encontraba rodeado por un anillo de estados satélites, incluyendo el Gran Ducado de Varsovia, el Reino de Italia y el Reino de Westfalia. En todos los lugares donde la dinastía francesa gobernó, se trató de establecer los principios fundamentales de lo que puede describirse como el “sistema napoleónico”. En este último se observan las siguientes medidas:

- (1) Reorganización de las autoridades locales en un gobierno central, dirigido por burócratas profesionales y apoyado por notables burgueses.
- (2) Creación de nuevos sistemas legales que reflejaban los ideales revolucionarios franceses de laicismo, igualdad ante la ley, tolerancia religiosa y reafirmación de los derechos de la propiedad privada. A pesar de sus fallas (especialmente con respecto a los derechos y deberes de las mujeres), el famoso *Código Napoleón* se deshizo de la legislación preexistente, ligada a la tradición “antiguoregimental”, e introdujo un elemento clave de igualdad ante la ley en numerosos estados europeos.
- (3) Introducción de modelos más eficientes de recaudación de impuestos y reclutamiento militar. Asimismo, el establecimiento de una fuerza de gendarmería para mantener una estrecha vigilancia sobre la población.
- (4) Cambiar las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El poder de la Iglesia se había reducido drásticamente, los estados eclesiásticos habían sido borrados del mapa y sus territorios secularizados. Por otro lado, el estamento religioso perdió poder en las cuestiones relacionadas con el matrimonio (véase la inclusión del divorcio) y el nombramiento civil del clero.
- (5) Por último, se estableció la “estandarización” de pesos y medidas.

En su conjunto, este sistema representó un gran desafío para la sociedad, acostumbrada al Antiguo Régimen. La abolición de los restos del feudalismo en los territorios controlados por Francia y la afirmación de los principios revolucionarios conllevó la erradicación de entidades políticas arraigadas. A largo plazo, Europa se benefició de la introducción de instituciones administrativas de corte francés. Eran más eficientes, ofrecían leyes equitativas y una distribución más justa de la carga tributaria. Se observaron otras novedades como las carreras basadas en el mérito, la eliminación de prácticas discriminatorias, etc.

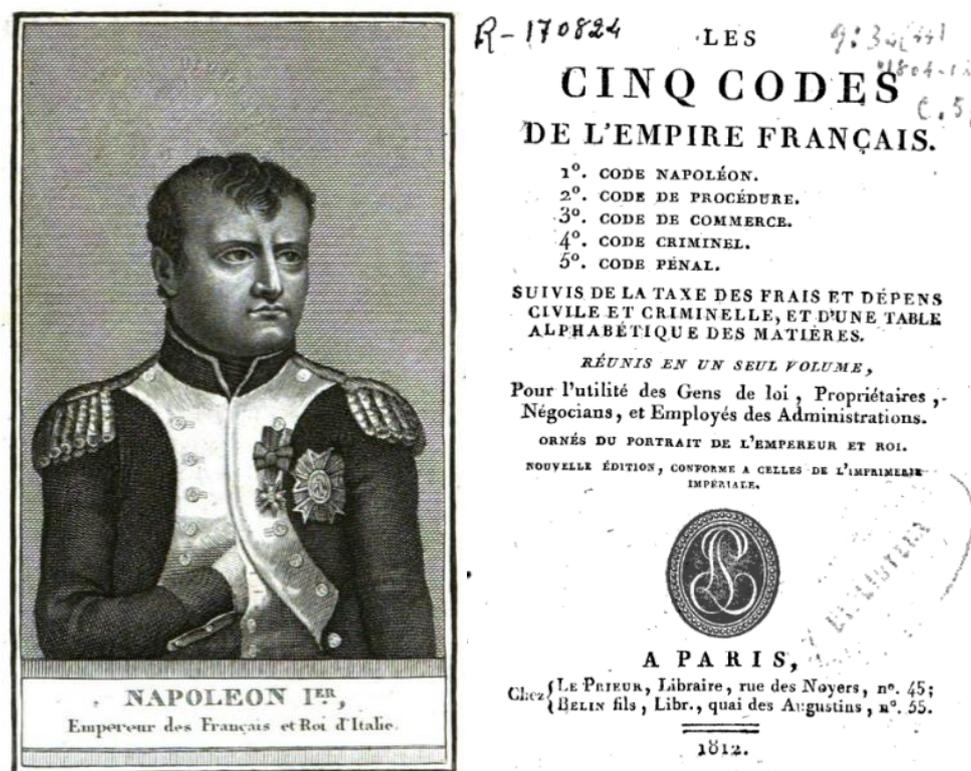


Figura 2. *Los códigos legales de Napoleón I.* Colección Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla de la Universidad Complutense de Madrid, [BH FLL 55160]. Se trata de una edición impresa en París en 1812, esta consta de un retrato del emperador francés y rey de Italia como garante de la justicia. Véase el estudio de este volumen por Bar Shuali en *Napoleón I Bonaparte. Un emperador francés a través del fondo antiguo de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla* (2022).

Tras la derrota del Imperio napoleónico, muchos estados europeos optaron por mantener las reformas importadas por Napoleón Bonaparte, especialmente aquellas que establecían una burocracia estatal racional y una fiscalidad eficiente que, claramente, mejoraba la autoridad central. Además, cuando Napoleón I fue finalmente derrotado en 1815, las

potencias victoriosas (y el resto de Europa) ansiaban la paz y la estabilidad. Ante una nueva amenaza de conflicto y el “terror revolucionario” en las sombras, las grandes potencias se embarcaron en un experimento sin precedentes para crear un nuevo sistema de seguridad europeo que mitigaría la amenaza del ya citado terror revolucionario, y que serviría como disuasión para futuros conflictos. Este nuevo enfoque transformó la norma de la diplomacia internacional y llevó al primer sistema moderno de “seguridad colectiva”.

De lo particular a lo global

La Revolución francesa y el conflicto napoleónico han mantenido ocupados a los historiadores durante los últimos doscientos años. Se han escrito miles de libros sobre este tema, pero creo firmemente que la historia de estas áreas es más compleja de lo que se incide en un enfoque tradicional. Esta visión conservadora concluye que se trata de una serie de acontecimientos dentro de un fenómeno casi exclusivamente europeo.

Al escribir este libro, mi intención era la de subrayar que los asuntos europeos no se desarrollaban aislados del resto del mundo. De hecho, los temblores que se extendieron desde Francia a partir de 1789 tienden a eclipsar en la historiografía sus repercusiones globales. Austerlitz, Trafalgar, Leipzig y Waterloo ocupan lugares destacados en las “historias estándar” de las guerras napoleónicas, pero junto a estos sucesos también debemos hablar de Buenos Aires, Nueva Orleans, Queenston Heights, Ruse, Aslanduz, Assaye, Macao, Oravais y Alejandría. Estoy convencido de que no podemos comprender completamente el significado del periodo napoleónico sin considerar cuidadosamente el legado de las expediciones británicas a Argentina y Sudáfrica o las intrigas diplomáticas franco-británicas en Irán y el océano Índico, las maniobras franco-rusas en el Imperio otomano o la lucha ruso-sueca por Finlandia. Más que en la periferia de la historia napoleónica, estos hechos tienen un espacio de relevancia en el centro de su significado.

Ofrecer un contexto global a los conflictos de 1800 revela la idea de que estos tuvieron un impacto a largo plazo en el plano extraeuropeo. Después de todo, el imperio de Napoleón Bonaparte fue borrado del mapa de Europa y muchos de sus cambios se revirtieron. Pero su legado fue más amplio que esto. El conflicto al que puso nombre había destrozado los imperios globales preexistentes y allanó el camino para una nueva relación entre Europa y el resto de naciones.

El dominio británico en gran parte de América del Norte ya había sido destruido en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. A su vez, sin embargo, los anglos habían roto lo que quedaba del poder francés en las Américas y la India, además de haber capturado las colonias holandesas y españolas en el Caribe. Asimismo, incorporaron a sus dominios las islas Mascareñas, Sudáfrica, Singapur y Ceilán.



Figura 3. *Detalle de la obra Puente vivo.* Franz Roubaud, finales s. XIX. Dominio público. La obra de Roubaud ilustra el conflicto ruso-persa que se dio entre 1804 y 1813.

Los dieciséis años que siguieron a la invasión de España por parte de Napoleón I habían sido testigo de la caída del Imperio español en las Américas, en gran parte porque la Monarquía Hispánica se había debilitado demasiado por la devastadora guerra contra el Emperador como para poder reunir suficientes tropas para reafirmarse en el territorio ultramarino. Por otro lado, la flota española, destruida gran parte de esta en la Batalla de Trafalgar (1805), no pudo bloquear los puertos rebeldes ni derrotar a sus navíos comandados por exoficiales navales británicos. El fin de las potencias en las Américas estuvo inextricablemente ligado a los acontecimientos en Europa a través del fermento intelectual generado por la Revolución francesa y los movimientos republicanos provocados por la guerra de España.

En el transcurso de la ruptura de las conexiones entre las provincias americanas y las metrópolis europeas a causa del conflicto napoleónico, los británicos trataron de reafirmar su poder marítimo con el fin de abrir estos emplazamientos controlados por los mercantilistas de América del Sur al libre comercio.

Entre 1808 y 1824 los movimientos revolucionarios se extendieron por gran parte de América Latina y llevaron a la creación de un conjunto de estados independientes correspondientes a las antiguas provincias españolas: Venezuela, Colombia, Bolivia, Ecuador y Perú; mientras que eventos similares más al sur habían llevado a la edificación de Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay como estados independientes o autónomos. Fue dentro de este legado posnapoleónico en 1823 que el Gobierno de los Estados Unidos proclamó la “Doctrina Monroe”, la cual se oponía a cualquier intervención europea en América. En ese momento, Brasil también se había independizado de Portugal, nuevamente como resultado de las guerras napoleónicas. La dinastía gobernante huyó desde Lisboa en 1807 y estableció la Corte en Río de Janeiro, proclamando a Brasil un estado soberano pleno con todos los derechos y privilegios que lo acompañaban. Aunque el rey regresó a Portugal en 1820, se vio obligado a reconocer una nueva realidad en Brasil, que se convirtió en una monarquía constitucional independiente en 1822.

Este mismo periodo vio la consolidación del poder imperial británico en la India, un desarrollo crucial que permitió que Gran Bretaña emergiera como una hegemonía global. Lo que hizo que este proceso fuera aún más siniestro fue el hecho de que no fue el Gobierno británico el que se apoderó de grandes extensiones de tierra en la India, sino una poderosa empresa semiprivada con sede en una pequeña oficina en Londres y administrada en la India por personas capaces, enérgicas, pero a su vez líderes corporativos despiadados como Charles Cornwallis y Richard Wellesley. Este proceso de construcción colonial requirió inmensos recursos en términos de hombres e intendencia. Cayeron en combate más británicos en el transcurso de las campañas esporádicas en las Indias Occidentales y Orientales que durante la Guerra Peninsular en España y Portugal.

La expansión colonial inglesa no fue la única de gran relevancia en este contexto global. A principios del siglo XIX Rusia persiguió sus pretensiones coloniales en Finlandia, Polonia y el noreste del Pacífico: a la vez que buscaba expandirse a expensas del Imperio otomano e Irán en la península de los Balcanes y el Cáucaso. También se estaban desarrollando cambios trascendentales en el mundo islámico, donde las convulsiones políticas, económicas y sociales en el ya señalado Imperio otomano sentaron las bases del

dilema de la “cuestión de oriente”. En Egipto, las invasiones francesas y británicas de 1798-1807 llevaron al ascenso de Mehmed Alí y al surgimiento eventual de un poderoso estado egipcio que daría forma a los asuntos de Oriente Medio durante el resto del siglo. Japón, China e Indonesia tampoco escaparon a los efectos de las luchas de poder europeas.

Uno de mis argumentos centrales es que los eventos de la “era revolucionaria y napoleónica” cambiaron el equilibrio de fuerzas entre las diferentes partes del globo. Europa no estaba predeterminada para ser superior a otras partes del mundo. En efecto, los extensos y poderosos imperios preindustriales no fueron un fenómeno exclusivamente occidental en el mundo prerrevolucionario; el Imperio chino empequeñecía a los estados europeos en tamaño, mientras que el Imperio otomano todavía dominaba una gran franja de territorio desde el sureste de Europa a través del noroeste de África hasta el océano Índico y el Oriente Medio. Estas naciones extraeuropeas podían, y efectivamente así lo hicieron, competir con sus rivales.



Figura 4. *Αλβανός στρατιώτης-An Arnaut soldier.* William Wittman, *Travels in Turkey, Asia-Minor, Syria, and across the desert into Egypt during the years 1799, 1800, and 1801, in company with the Turkish Army, and the British Military Mission*, 1803. Colección Aikaterini Laskaridis Foundation.

Sin embargo, las guerras revolucionarias y napoleónicas cambiaron esta relación de manera profunda. Cuestionaron y/o desafiaron la legitimidad de los gobernantes no solo en Europa sino también fuera de ella. El conjunto de ideas generadas por la Revolución francesa se combinó con las transformaciones económicas y militares en Europa para terminar desestabilizando las Américas, África y Asia. La invasión de Egipto por parte de Napoleón Bonaparte y las expansiones rusas en los principados del Danubio habían socavado el dominio del Imperio otomano en estas regiones. Las incursiones rusas en el Cáucaso hicieron lo mismo con el Irán Qajar. Por su parte, los británicos desafiaron a los “marathas” en la India, tomaron Delhi y pusieron bajo su protección al anciano y ciego emperador mogol en 1803; en el mismo periodo sometieron palacios reales en Ceilán y Java.

Para concluir

Al finalizar las guerras napoleónicas, la relación entre Europa y el resto del mundo había cambiado, ya no volvería a ser la misma. El largo conflicto de dos décadas había estimulado a los estados occidentales a reformarse y muchos, de hecho, se habían visto obligados a adoptar algunos de los principios defendidos por los franceses, para vencer a Napoleón en su propio terreno de juego. Los gobiernos europeos buscaron más poderes políticos, económicos y militares. Por lo tanto, uno de los legados centrales de esta era reside en la mayor competencia de las administraciones: el reclutamiento militar, la regulación financiera y la recaudación de impuestos que iban de la mano con medidas para estimular la producción industrial. En adelante, la fuerza militar estuvo intrínsecamente vinculada a la excelencia administrativa y a la capacidad industrial en formas que las políticas estatales más restrictivas de China, el Imperio otomano, el Irán de la Dinastía Qajar y otras potencias no permitieron.

Además, el dominio de los mares europeo (léase británico) sentó las bases para la nueva relación dominante de Europa con el resto de potencias no occidentales después de 1815. Permitió a los habitantes del continente asegurar el comercio marítimo, estrangular a la industria manufacturera rival y sus centros comerciales y colonizar otras partes del globo donde los estados “indígenas” no podían resistir el poder militar, económico, industrial y comercial de los europeos. El alcance de la superioridad occidental en términos de poder político y fuerza económica y tecnológica sobre el resto del mundo ya era visible en 1815 y esta se formuló a medida que avanzaba el siglo.

En conclusión, sostengo que necesitamos un nuevo enfoque de la historia de la era revolucionaria/napoleónica, uno que vincule las diferentes partes del mundo en lugar de narrar sus historias discretas (léase nacionales) por partes. Necesitamos enfatizar los lazos económicos, culturales y políticos globales que unen varias partes del globo. Este no es, por supuesto, un enfoque novedoso; ya a principios del siglo XIX, lord Acton, el fundador del “*Cambridge Modern History*”, imaginó una historia que no fuera simplemente “la suma de todas las historias [nacionales] particulares”, sino que fuera “extraterritorial y universal”. Este noble objetivo también debería servir de inspiración a los historiadores del siglo XXI.

Los cirujanos de la Real Armada española en el siglo XVIII
Surgeons of the Royal Spanish Navy in the 18th century

Guillermo Nicieza Forcelledo

Universidad de Oviedo

Recibido: 28-09-2022

Aceptado: 03-11-2022

Resumen:

La Real Armada resultó una de las instituciones del siglo XVIII donde anidó más profusamente el pensamiento ilustrado, coincidiendo, además, con uno de los momentos más brillantes de la historia naval de España. Así, con una clara vocación científica y humanista, se crearon diversos cuerpos patentados para asistir a los oficiales de marina y marineros españoles; uno de ellos fue el prestigiosísimo Real Cuerpo de Sanidad de la Armada, donde se formaron y sirvieron los extraordinarios médicos-cirujanos españoles, prácticamente los mejores de la Europa de su tiempo.

Palabras clave:

Armada española, Cirujanos, Historia naval, Medicina, Siglo XVIII.

Abstract:

The Royal Spanish Navy was one of the 18th century institutions where the enlightened thought was most widely developed, at the same time it was one of the most brilliant moments in the naval history of Spain. Thus, with a main scientific and humanist vocation, several patented corps were created to assist the Spanish naval officers and sailors, one of them was the prestigious Royal Navy Medical Corps. Therein, the extraordinary Spanish physicians and surgeons were trained and served, who probably were the best in Europe during the period.

Keywords:

Spanish Navy, Surgeons, Naval history, Medicine, 18th century.

Introducción

Una de las medidas más importantes que llevó a cabo el reformismo borbónico para la profesionalización y modernización de la Real Armada fue la separación de los oficiales navales en distintos “cuerpos patentados”, según su función y formación específica. Consideramos un “cuerpo patentado”¹ a una rama organizativa de la Real Armada donde servían oficiales o asimilados a este empleo, típicamente de capitán en adelante, que habían recibido real patente³² para ejercer su profesión, no necesariamente militar, en el seno de la institución ya señalada.

Las secciones más importantes fueron el Real Cuerpo de Pilotos, el Real Cuerpo de Ingenieros de Marina, el Real Cuerpo del Ministerio (posteriormente de intendencia) y el Real Cuerpo de Sanidad Naval o Cirujanos (posteriormente Sanidad de la Armada). Más adelante, ajenos a este siglo XVIII, se observa la creación del Cuerpo Eclesiástico, el Cuerpo Jurídico, el Cuerpo de

Intervención y, asimismo, el Cuerpo de Archiveros de Marina³. Por otro lado, el Real Cuerpo de Batallones de Marina⁴ y el Real Cuerpo de Artillería de Marina⁴⁵ (ambos con tal denominación desde 1763 como premio de Carlos III por su heroica conducta en la defensa de La Habana del año anterior), también se consideraron cuerpos patentados de la Real Armada⁶.

Los cuerpos patentados

Una de las primeras intenciones que tuvo la recién creada Secretaría de Estado y del Despacho de Marina e Indias fue la profesionalización de todos los oficiales navales⁷, y por ello consideró acertadamente que unos de los principales y más importantes en toda Marina española eran los “pilotos”, que hasta ese momento no habían sido distinguidos por su formación en militares y civiles, sino que se

¹ Alía, J. M., *La Armada y la Enseñanza Naval (1700-1840) en sus Documentos. Aproximación a las Reales Ordenanzas reguladoras, desde una perspectiva jurídico administrativa y pedagógica*, Madrid, UNED, 2001, pp. 180-276.

² Un nombramiento o licencia real.

³ Si bien estos puestos y cargos podían existir no estaban encuadrados en un cuerpo unificado.

⁴ Blanco, J. M., “El Cuerpo de Batallones de Infantería de Marina, siglo XVIII”, *Cuaderno Monográfico del IHCN*, 81 (2020), pp. 97-110.

⁵ Pérez, C., *El Real Cuerpo de Artillería de Marina en el siglo XVIII (1717-1800)*, Madrid, Dykinson, S. L., 2018, pp. 62-63.

⁶ Nicieza, G., *Leones del mar. La Real Armada española en el siglo XVIII*, Madrid, EDAF, 2022, pp. 132-134.

⁷ Típicamente llamados oficiales de guerra, mientras que los oficiales mayores eran los propiamente técnicos: pilotos, ingenieros, médicos, intendentes y contadores, etc.

contrataban pilotos mercantes⁸. Así, en 1734 se ponía en marcha el proyecto para la formación de pilotos militares, asignando de forma permanente a 30 de ellos para el servicio ininterrumpido en los navíos de la Real Armada; siendo examinados los aspirantes en Cádiz. Esta sería considerada la primera promoción de pilotos de dotación en los bajeles del rey, pero no sería hasta 1748 cuando, mediante real orden, se formó el Real Cuerpo de Pilotos de la Armada.

Otro de los cuerpos patentados de gran importancia fue el Real Cuerpo de Ingenieros de la Armada (denominación a partir de 1772), o más estrictamente el Real Cuerpo de Ingenieros de Marina, que se creó el 10 de octubre de 1770 por intermediación de su primer ingeniero general y director, Francisco Gautier⁹, al considerar este la acuciante necesidad de establecer un cuerpo propio para los ingenieros navales que en aquellos momentos estaban al frente del diseño y construcción de los buques de guerra para la Real Armada. La creación se hizo a imagen y semejanza de la escala propia de la *Marine Royale* francesa de los

ingenieros-constructores de los astilleros de Tolón y Brest¹⁰, manteniendo de igual modo su equiparación respecto a la ingeniería del Ejército de línea, a la que pertenecían la mayoría de los nuevos oficiales navales.

En este sentido, la vertiginosa expansión y crecimiento en número de naves y hombres de la Real Armada obligó a la creación de un cuerpo burocrático desde el punto de vista administrativo y económico. Los intendentes de marina eran los oficiales administrativos que registraban y realizaban todas las actividades logísticas del barco y de contaduría¹¹. Desde el planeamiento y gestión de los recursos y factorías dependientes, hasta el abastecimiento, adquisición de vestuario, munición, servicios administrativos y de auditoría, etc. En resumen, realizaban toda la actividad logística, administrativa y económica de la Real Armada. Estos pertenecían al Real Cuerpo de Ministerio de Marina creado en 1717, de quien fue intendente general el “todopoderoso” José Patiño¹². Al reorganizarse por fusión y evolución de los antiguos

⁸ Blanco, J. M., *La Armada Española en la primera mitad del siglo XVIII*, Ferrol, Izar Construcciones Navales, 2003, pp. 63-85.

⁹ Francisco Gautier (1733-1800): Jean-François Gautier de nacimiento, ingeniero naval francés que instauraría en Ferrol, en 1770, el Real Cuerpo de Ingenieros de Marina, además, primer

director de dicho cuerpo y desarrollador del sistema de construcción “francés o Gautier”.

¹⁰ Blanco, J. M., *La Armada Española en la segunda mitad del siglo XVIII*, Ferrol, Izar Construcciones Navales, 2004, pp. 80-81.

¹¹ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 180-312.

¹² José Patiño y Rosales (1670-1736): uno de los prohombres más importantes de este periodo y

veedores, tenedores y contadores de las armadas imperiales de los Habsburgo¹³. El cuerpo se había instituido en Cádiz en la Comisaría de Ordenación y Contaduría de Marina, que posteriormente pasó a llamarse Real Cuerpo de Intendencia de la Armada.

No obstante, uno de los cuerpos patentados que mayor importancia tuvo en la Real Armada del siglo XVIII, tanto por su vertiente científica y humanista como por la militar, fue el Real Cuerpo de Sanidad Naval.

El Real Cuerpo de Sanidad Naval

En 1703 no existía la figura del cirujano naval¹⁴ y la sanidad a bordo de los buques de guerra, y civiles, era bastante precaria, aunque solían embarcar cirujanos-barberos y “sangradores”, sin formación teórica pero sí eminentemente práctica. En el contexto del ya citado reformismo borbónico, se decidió sustituir a estos cirujanos “romancistas”¹⁵, sin formación

universitaria, por cirujanos bien instruidos desde el punto de vista teórico.

Hasta prácticamente el siglo XVIII los cirujanos se formaron fuera de las universidades, en hospitales o escuelas junto a maestros cirujanos que mediante un concierto de asiento aceptaban aprendices; estos serían los llamados cirujanos romancistas¹⁶. Por otro lado, existían cirujanos con formación universitaria que, tras haber estudiado medicina, decidían especializarse en labores más prácticas; serían los conocidos “cirujanos latinos”¹⁷. Como tales, los médicos eran eminentemente teóricos y se restringían casi en exclusiva a las cátedras y ejercer una medicina más filosófica que científica¹⁸. Si bien los cirujanos romancistas podían ser útiles y tenían experiencia, también podían resultar problemáticos al carecer de los conocimientos científicos necesarios y, además, llevar a cabo fraudes y engaños a sus pacientes por motivos espurios.

principal secretario de Felipe V. Ocupó diversos cargos de interés: secretario de Estado y del Despacho de Marina, de Indias y de Hacienda; del Consejo de Estado de S. M.; gobernador de la Hacienda y sus tribunales y superintendente General de Rentas Reales. Es considerado el padre de la Real Armada del siglo XVIII.

¹³ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 220-345.

¹⁴ Gracia, M., *La Sanidad Naval Española. Historia y evolución*, Madrid, Bazán, 1995, pp. 73-77.

¹⁵ Llamados así porque estudiaban en lengua romance, a diferencia de los cirujanos latinos que

lo hacían en latín y por lo tanto eran considerados más cultos y mejor formados.

¹⁶ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 138-139.

¹⁷ *Ibidem*

¹⁸ Mateo, J. M., “Historia de los Barberos, Cirujanos y Practicantes de la Armada” [en línea]. *Archivos Microsoft PDF*. 2 de junio de 2014. http://www.aniorte-nic.net/archivos/trabaj_historia_barberos_cirujanos_practicantes_armada.pdf [Consulta: 27 de enero de 2023].

Esta situación rápidamente preocupó a los sucesivos secretarios de Marina españoles, de marcado talante ilustrado, a destacar José Patiño, que fue el principal impulsor de que los cirujanos-barberos romancistas fueran expulsados de la Real Armada y del Ejército español, y fueran sustituidos por otros “examinados y de inteligencia”¹⁹. Para este fin se creó, en 1708, la figura del cirujano mayor de la Armada, que recayó en un primer momento en fray Ambrosio de Guiveville²⁰, de la Orden de Juan de Dios, siendo reemplazado por Juan Lacomba²¹ en 1718²².

El cirujano mayor, como director, estaría a cargo de la administración y fundación del Real Cuerpo de Sanidad Naval²³ o Cuerpo de Cirujanos de la Real Armada, cosa que ocurriría oficialmente en 1728²⁴. Sería Juan Lacomba, brillante médico francés, quien impulsó la profesionalización de los cirujanos

navales españoles, mejorando considerablemente la organización y la asistencia sanitaria a bordo de las embarcaciones del rey.

Las primeras reglamentaciones de la sanidad naval en esta época las encontramos en las *Reales Ordenanzas* de 1717 y 1728, sin olvidar el *Reglamento propio del Ejército* de 1721, por el que los cirujanos pasaron a ser considerados oficiales de carrera con derecho a uso de espada, uniforme y el título honorífico de “Don”, entre otros privilegios propios de su rango, algo que llegaría posteriormente para los cirujanos navales; en 1764 para el tratamiento y 1771²⁵ para el uniforme²⁶. Estas cuestiones se podrían resumir en que, desde entonces, serían tratados como “caballeros”²⁷.

¹⁹ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 74-76.

²⁰ Ambrosio de Guiveville (s. XVII-s. XVIII): fraile de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, sería el primer cirujano mayor de la Armada española.

²¹ Jean Le Combe (1680-1748): cirujano francés que ostentó el cargo de cirujano mayor del Ejército español y la Real Armada, autor de *Instrucciones para Ayudantes Cirujanos Primeros*, para el Real Hospital de la Armada de Cádiz. Atendió a Blas de Lezo durante la toma de Barcelona de 1714.

²² Gracia, *op. cit.* (nota 14), p. 74.

²³ García-Cubillana, J. M., “El Cuerpo de Sanidad de la Armada (1728-1989)”, *Revista de*

Sanidad de las Fuerzas Armadas, 65 (2009), pp. 188-192.

²⁴ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 74-77.

²⁵ Para los que no procedían de los Reales Colegios de Cirugía de la Armada, pero servían en ella.

²⁶ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 134-135.

²⁷ En el siglo XVIII se consideraba que había oficios dignos para los hidalgos y gente de nobleza y, por lo tanto, podían ser desempeñados por caballeros. En general eran oficios como las armas y las letras, ampliándose el catálogo al pilotaje, medicina y análogos. En definitiva, se consideraban indignos todos los que tuvieran que ver con los oficios artesanos, el campo o la industria. Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 77-79.

En estas reglamentaciones sanitarias se estableció que en cada hospital naval sirvieran 1 médico y 1 cirujano mayor²⁸ (uno de ambos sería además el director), 2 ayudantes y 12 practicantes entre cirujanos-barberos y enfermeros. En tierra, se asignó a cada regimiento 2 cirujanos, elegidos por el coronel entre una propuesta del cirujano mayor de la unidad correspondiente.

En los sucesivos años se aplicaron estas normas para la organización definitiva del Real Cuerpo de Sanidad Naval, y se dispuso la creación y reforma de varios hospitales para proporcionar, no solo atención médica especializada a los hombres de mar, sino también para la formación específica y adiestramiento del personal sanitario para resolver las patologías y problemas que pudieran presentarse en los buques de la Real Armada, ya fuera en combate o en las travesías en el mar. Fue entonces cuando se creó la escala propia de los oficiales médicos navales, precisándose sus funciones²⁹, responsabilidades, haberes y obligaciones según el empleo que ostentasen en las siguientes categorías:

²⁸ Hernández, D., *La Cirugía en la Guerra. Hitos terapéuticos a lo largo de la historia de los conflictos bélicos*, Madrid, Galland Books, 2020, pp. 25-28.

²⁹ Alía, J. M. y Sanz, J. M., *Uniformes de la Armada. Tres siglos de Historia (1700-2000). Cuerpo de Intendencia, Jurídico, Intervención, Sanidad y otros cuerpos políticos*, Vol. V,

cirujano mayor³⁰, ayudante de cirujano mayor, cirujano de 1.^a y cirujano de 2.^a³¹.



Figura 1. Retrato del cirujano mayor de la Armada española Pedro Virgili. Francesc Galofré y Oller. Colección Museo Naval de Madrid.

Aunque no se estableció un número o plantilla fija, sí se reguló que el cirujano mayor tuviera 7 ayudantes, de los cuales 4 quedarían destinados en Cádiz, mientras que el resto estarían en los tradicionales departamentos marítimos de Ferrol, Cartagena y Santander.

En 1738, se amplió el Cuerpo Sanitario gracias a la concesión del *Fuero de Marina* a los barberos y sangradores que habían servido en la Armada española con anterioridad y habían superado su

Madrid, Publicaciones de Defensa, 2018, pp. 77-99.

³⁰ Sería un equivalente a jefe de Estado Mayor y por lo tanto de grado inmediatamente inferior al director general del cuerpo.

³¹ Los sueldos mensuales, según Gracia Rivas, serían en orden de grado los siguientes: 150 escudos, 50 escudos, 30 escudos y 21 escudos.

examen de convalidación al recién creado Cuerpo de Practicantes de la Real Armada, una escala subalterna paralela a la de los cirujanos con el objetivo de ser sus asistentes³².

Aunque este tipo de cuerpos no tenían como tal una asimilación de empleos al Cuerpo General de la Real Armada, se pueden estimar los grados por la capacidad de mando que tenían en su propia escala. De esta forma, un cirujano mayor sería un director de cuerpo, grado semejante al de brigadier³³; un cirujano de 1.^a sería equiparable a un capitán de fragata o navío (teniente coronel o coronel). Un cirujano de 2.^a sería un alférez o teniente de navío (teniente o capitán) y la escala subalterna de los ayudantes, boticarios y cirujanos-sangradores serían alféreces (o más propiamente sargentos) al cambio en las tropas de línea.

El desarrollo de la cirugía naval³⁴ en España sufrió un importantísimo crecimiento cuando en 1729 el director

Juan Lacomba ordenó la construcción de un anfiteatro y anatómico en el viejo Hospital de la Armada del Mar Océano de Cádiz³⁵ del siglo XVII, pasando a llamarse Real Hospital de Marina. Tras dejar el cargo Lacomba, le sucedió Pedro Virgili³⁶ como cirujano mayor al frente de las reformas, quien consiguió la conformidad del marqués de la Ensenada para la creación, por real orden, del Real Colegio de Cirugía de la Armada de Cádiz³⁷ en 1748; espacio fundamental para la formación médica naval en los siguientes siglos³⁸.

La formación que se daba, establecida así en los *Estatutos del Real Colegio*, era en régimen de internado y disciplinario militar³⁹, donde los alumnos colegiales⁴⁰ estudiaban durante 4 años las materias de anatomía, medicina y cirugía. Una vez egresados, servían como practicantes durante 2 años más, antes de recibir su comisión de cirujano de 2.^a de la Real Armada. La institución tenía capacidad⁴¹ para albergar hasta a 60 alumnos

³² Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 75-82.

³³ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 134-135.

³⁴ En esta época un brigadier no equivalía a un general de brigada, cuya asimilación en la Real Armada era un jefe de escuadra y en el Ejército Real un mariscal de campo. Un brigadier era un coronel cualificado.

³⁵ Clavijo, S., *La trayectoria hospitalaria de la Armada española*, Madrid, Editorial Naval, 1944, pp. 53- 75.

³⁶ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 73-77.

³⁷ Bustos, M., *Los cirujanos del Real Colegio de Cádiz en la encrucijada de la Ilustración (1748-*

1796), Cádiz, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1983, pp. 121-130.

³⁸ Actualmente Facultad de Medicina de la Universidad de Cádiz.

³⁹ Por su condición de oficiales podían recibir castigo físico, ración de pan y agua e incluso expulsión ignominiosa. Gracia Rivas cuenta el caso de un alumno apercibido por “(...) tocar el fandango con un violín, sentado delante de la iglesia”.

⁴⁰ Como caballeros, debían atestiguar limpieza de sangre y oficios por los cuatro costados.

⁴¹ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp.77-79.

colegiales. Las *Reales Ordenanzas Navales* de 1748 también recogieron el derecho de que los cirujanos navales vistieran uniforme⁴².

El uniforme⁴³ de los cirujanos de la Real Armada española era equivalente a los de otros cuerpos patentados e incluso muy similar a los oficiales del Cuerpo General, distinguiéndose cada cuerpo propio por ligeros detalles como la forma de los galones, que a su vez indicaban el empleo o grado de su portador. Así, los cirujanos navales⁴⁴ llevaron casaca azul índigo, chupa o chaleco rojo, calzones azules o blancos y medias blancas. Además de ello, zapatos de cuero negro y tricornio⁴⁵ negro simple o decorado con un galón dorado. La distinción de su cuerpo y grado la daban los galones rectos de oro que portaban tanto en el chaleco como en los botones de la casaca, las carteras⁴⁶ y las mangas, de forma que se agrupaban de uno en uno, dos en dos, o tres en tres según su grado. Anecdóticamente, cabe destacar que la mayoría de cirujanos navales portaban un maletín con su instrumental⁴⁷, y un

delantal blanco cuando ejercían en la enfermería o en los hospitales, desprendidos de su casaca. También llevaron peluca blanca, ciñeron espada y portaron bastón, como correspondía a los caballeros de su tiempo.



Figura 2. Cirujano naval y cirujanos del Ejército español. Imagen cedida por José María Bueno Carrera de su trabajo *El Ejército y la Armada en 1808*.

Su compleja formación conllevaba un sistema de becas⁴⁸ para estudiar en otros colegios de cirugía europeos en un proceso de intercambio⁴⁹ frecuente entre Francia, Inglaterra y España, que permitía que cualquier nueva técnica descubierta fuera rápidamente adoptada

⁴² Reales Ordenanzas Navales, Madrid, 1748, Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (AGMAB), consulta del conjunto completo.

⁴³ Anel, J., *Historia del uniforme de Sanidad Militar*, Madrid, Borsao, 1994, pp. 27-52.

⁴⁴ Alía y Sanz, *op. cit.* (nota 29), pp. 77-99.

⁴⁵ O bicornio desde finales del siglo XVIII, hacia 1791.

⁴⁶ Bolsillos de la casaca, donde se guardaban las cartas, de ahí su nombre.

⁴⁷ Nieceza, *op. cit.* (nota 6), pp. 290-293.

⁴⁸ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 77-80.

⁴⁹ Como la promoción de cirujanos de 1751 que fueron enviados a Leyden y a Bolonia, volviendo como doctores en Medicina. Otros cirujanos de esa misma promoción irían a París.

en otros lugares, lo que también estuvo favorecido por la nutrida correspondencia que solían tener los cirujanos españoles con los franceses, pues en virtud de los Pactos de Familia⁵⁰ ambas naciones eran aliadas.

Cabe destacar que incluso en tiempos de guerra la actitud y conducta⁵¹ general entre los médicos y cirujanos europeos fue la de compartir e intercambiar conocimientos que permitieran salvar vidas.

Como las nuevas promociones⁵² eran muy insuficientes para cubrir la necesidad de los destinos en las unidades de una armada en crecimiento y expansión, en muchos casos fue necesario recurrir a cirujanos civiles, a los que se les concedió en 1779 el uso del uniforme, antes solo permitido para los cirujanos navales de carrera.

En 1760, a instancias de Pedro Virgili⁵³, se fundó el Real Colegio de Cirugía de Barcelona⁵⁴ donde pasarían a formarse

todos los cirujanos militares españoles del siglo XVIII. Dos años más tarde se inauguraría el “Real Hospital de Antiguones de Cartagena” por remodelación del antiguo Hospital de Galeras.

En Ferrol se estudió la construcción de un nuevo hospital, el de San Amaro, sin embargo, los problemas de la Real Hacienda obligaron a que siguiera operativo y recibiendo pacientes el Real Hospital de Nuestra Señora de los Dolores. En 1768, también se fundó el Real Colegio de Cirugía de Nueva España, el más avanzado de toda América.

Posteriormente, en 1770, siendo Francisco de Canivell⁵⁵ director⁵⁶ del cuerpo, se amplió la materia de formación del Real Colegio de Cirugía de la Armada para que se fundamentara más en medicina y no tanto en cirugía. En la siguiente década, en 1780, a instancias de Antonio de Gimbernat⁵⁷,

⁵⁰ Una serie de acuerdos diplomáticos entre los Borbones españoles y los franceses tanto militares como civiles, para el apoyo mutuo e intercambio de tecnología.

⁵¹ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 136.

⁵² Anualmente se organizaba un examen donde el mejor alumno era ascendido directamente a cirujano 1.º, ganando dos empleos.

⁵³ Belaústegui, A., *Pedro Virgili i Bellver, cirujano mayor del ejército y de la armada: la lucha contra el olvido*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2010, pp. 2-35.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 40-52.

⁵⁵ Francisco de Canivell y Vila (1721-1797): médico y cirujano militar recordado por ser director del Real Cuerpo de Sanidad Naval y uno de los principales tratadistas de medicina del siglo XVIII. Su plan de estudios fue una referencia en la Sanidad Militar española.

⁵⁶ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 79-80.

⁵⁷ Antonio de Gimbernat y Arbós (1734-1816): médico, cirujano naval y anatomista famoso por ser uno de los grandes tratadistas de anatomía del siglo XVIII, por sus estudios sobre las hernias y por haber sido fundador del Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid, además de

profesor⁵⁸ de anatomía y tratadista docente de los colegios de Cádiz y Barcelona, se fundó el Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Carlos⁵⁹, en Madrid, la primera institución oficial española para la formación de cirujanos civiles⁶⁰.



Figura 3. Antonio de Gimbernat. Pinto

Cordoy. Colección Sociedad

Hispanoamericana de Hernia-Museo Naval
de Cartagena.

En aquellos años también se implementaron varios cambios importantes recogidos en las *Reales*

*Ordenanzas de 1793*⁶¹, donde se unificaron los cargos de protomédico⁶² y cirujano mayor⁶³, y los reales colegios de cirujanos pasaron a convertirse en facultades de medicina; las primeras escuelas de medicina naval universitarias. Allí, los alumnos ya se formaban en ambas disciplinas por igual, separadas hasta entonces en medicina universitaria y cirugía colegial, y saliendo formados como médicos-cirujanos. Esta fue la primera institución de toda Europa en conceder el doble título de forma unificada, cosa que sería emulada posteriormente en Francia y en el resto de Europa⁶⁴.

profesor y director del Real Cuerpo de Sanidad de la Armada.

⁵⁸ Riera, J., *Cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1976, pp. 65-97.

⁵⁹ Hernández, *op. cit.* (nota 28), pp. 27-28.

⁶⁰ García-Cubillana, *op. cit.* (nota 23), pp. 188-192.

⁶¹ Reales Ordenanzas Navales, Madrid, 1793, Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (AGMAB), consulta del conjunto completo.

⁶² Un notable protomédico de inicios del XVIII, desde 1729, fue Juan Sánchez Bernal, cuyas aportaciones fueron, entre otras, en materia de urología. Un protomédico era un médico con la facultad de habilitar para ejercer legalmente la medicina a quien lo requiriese siempre que cumpliera con ciertos requisitos.

⁶³ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 82-84.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 80-84.

Los cirujanos de la Real Armada fueron oficiales médicos muy bien formados, respetados debido al gran prestigio que les daba su doble educación y los tratados e investigaciones que llevaban a cabo, como destacó el famoso *Tratado de las heridas de armas de fuego* de Canivell⁶⁵, de 1785, o el *Tratado de las enfermedades de la gente de mar* de Pedro María González, recopilado tras la expedición de Malaspina.

Estos sanitarios y especialistas también participaron en todas las grandes expediciones científicas de los siglos XVIII y XIX, siendo pioneros en el desarrollo de la vacuna y la “vacunación masiva”, como muestra la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna de 1803⁶⁶, dirigida por el cirujano naval Francisco de Balmis⁶⁷ y apoyada por otro cirujano militar: José de Salvany.

Sin embargo, también fueron claves en la asistencia y atención de los marinos españoles en las principales batallas navales, como los 39 cirujanos que participaron en la batalla del cabo de Trafalgar⁶⁸.

⁶⁵ Olagüe, G. y Paredes, F., *Contribución a la Historia de la Medicina Naval en la España del siglo XVIII: El tratado de Vendages y Apósitos (1763), de Francisco Canivell y Vila (1721-1797)*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 1985, pp. 460-468.

⁶⁶ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 137.

⁶⁷ Francisco Javier de Balmis y Berenguer (1753-1819): médico y cirujano naval. Se llevó a cabo



Figura 4. Escudo del Real Colegio de Cirugía de Cádiz. Extraído del trabajo *Historia del Real Colegio de Cirugía de Cádiz* de Diego Ferrer.

El servicio sanitario a bordo

La vida a bordo de un buque de guerra de la Real Armada estaba colmada de peligros para la salud e integridad física de los marineros. Generalmente, se aceptaban como gajes del oficio⁶⁹ de la mar los disparos del enemigo, las andanadas y los accidentes como las caídas desde la arboladura y los ahogamientos. Pero lo que más temían los tripulantes eran las enfermedades que pudieran desarrollar, que podían matar lentamente y con una penosa agonía.

bajo su dirección la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna. Se le considera una figura clave de la medicina preventiva en España y América.

⁶⁸ Su asistencia resultó decisiva para la pronta atención de los principales comandantes como Federico Gravina, Antonio de Escaño o Cayetano Valdés. Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 101-102.

⁶⁹ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 139-144.

Según las estadísticas de la *Royal Navy*, las enfermedades tenían una mortalidad sobre las dotaciones del 83 % entre los años 1776-1780, y de 33,3 % entre 1810-1812⁷⁰. Este descenso notable de las defunciones se debió a los grandes avances médicos en asistencia y a las nuevas técnicas quirúrgicas que se desarrollaron en el transcurso de las guerras napoleónicas.

Ante esta situación se encontraban las dotaciones de los barcos de guerra hasta que comenzaron a embarcar de forma estable, y permanente, oficiales médicos para hacerse cargo y paliar, en la medida de lo posible, estas desgraciadas situaciones. Así, nace en el siglo XVIII la figura específica del médico-cirujano naval⁷¹.

“Los cirujanos en estos primeros tiempos se dedicaban⁷² a curar y cauterizar las heridas, la amputación de miembros, sajar abscesos, y en general tratar lesiones de las partes blandas y superficiales del cuerpo. Entre sus herramientas de trabajo estaban la lanceta, así como distintos hierros, tales como legras, cauterios, tenazas de cortar y sacar huesos, pinzas, bisturís o escalpelos,

agujas de sutura para dar puntos, tijeras de varios tipos, trépanos, sierras y torniquetes⁷³; también aplicaban polvos, vendas y emplastos, manejando de una forma más o menos útil la botica”⁷⁴.

Siempre embarcaban con su caja de instrumentos que, aunque suyos, eran entregados a cuenta de la Real Hacienda⁷⁵ y debían responder de su estado y buen uso ante el director del cuerpo o los intendentes del departamento antes de embarcar.

Dentro de los cirujanos de menor formación y prestigio estaban los señalados más arriba cirujanos-barberos, y en su escalafón más bajo se encontraban los barberos y sangradores⁷⁶. Estos compaginaban su actividad profesional sanitaria con el afeitado y cuidado del cabello, y también la extracción de dientes.

Por el lado de los médicos, los remedios o tratamientos terapéuticos más utilizados en aquella época eran los evacuantes: sangrías, enemas y purgantes, así como el uso de sanguijuelas⁷⁷. Los boticarios⁷⁸

⁷⁰ Siendo superiores las de las décadas anteriores.

⁷¹ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 147-234.

⁷² González-Aller, J. I., “La vida a bordo en la época de Trafalgar”, *Revista General de Marina*, 249 (2005), pp. 187-218.

⁷³ *Ibidem*

⁷⁴ Almazán, J. A., *Estudio clínico y epidemiológico de la primera circunnavegación*

a la Tierra, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015, pp. 44-48.

⁷⁵ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 263-293.

⁷⁶ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 139.

⁷⁷ Mateo, *op. cit.* (nota 18), [en línea].

⁷⁸ García, J., “Los médicos cirujanos y los sangradores a bordo” [en línea]. *Todo a bordo*. <https://www.todoababor.es/historia/medicos->

realizaban una labor de apoyo sanitario preparando electuarios, píldoras, trociscos, jarabes, ungüentos, aceites, aguas, emplastos, y polvos con todo tipo de hierbas. En algunos casos se emplearon tratamientos más experimentales como el uso de metales pesados y sustancias químicas, con malos resultados.

La atención sanitaria en un navío de la Real Armada⁷⁹ estaba constituida por un cirujano 1.º, un cirujano 2.º y uno o varios barberos o ayudantes, a razón de que los navíos de más de 50 cañones tuvieran, al menos, dos cirujanos, y uno para los de menor porte y fuerzas sutiles⁸⁰; a sumar los ayudantes.

“De escasa formación teórica y experiencia más o menos amplia, el barbero constituía la primera línea de atención a los enfermos y heridos⁸¹: vendaba heridas e inmovilizaba fracturas, y además se encarga del cuidado de cabellos y barbas. El cirujano 1.º se instalaba⁸² con un ayudante en la enfermería del barco, un espacio bajo cubierta, con literas, un brasero de fuego y sus herramientas, además de estopa, huevos, trementina (aguarrás) y paños de

lienzo como vendas, dispuestos para atender a los heridos”⁸³.

La enfermería solía colocarse⁸⁴ en el lugar más bajo de los puentes de un barco en la 2.ª o 1.ª batería, separada del resto del puente por unas lonas. Este espacio se pintaba de color rojizo para que la sangre no destacara sobre las paredes y se situaba hacia la bodega para que los marineros no oyeran gritar a sus compañeros. En el suelo se echaba arena, pólvora o serrín, para evitar que el cirujano se resbalara con la gran cantidad de sangre que se derramaba⁸⁵.

La problemática e imposibilidad de evacuar a los enfermos y heridos en las travesías de alta mar obligaban a que el cirujano naval tuviera amplios conocimientos de cirugía, centrados esencialmente en el tratamiento de heridas y hemorragias internas, fracturas y congelaciones⁸⁶. “La traumatología⁸⁷ no se consideraba como actividad de cirujanos y barberos, sino de empíricos llamados algebristas, sin embargo, en estas circunstancias tanto la traumatología como las demás

[cirujanos-y-sangradores-a-bordo/](#) [Consulta: 22 de junio de 2021].

⁷⁹ González-Aller, J. I., “El navío de tres puentes en la Armada Española”, *Revista de Historia Naval*, 9 (1985), 45-76.

⁸⁰ De la fragata hacia abajo en tamaño, es decir, corbetas, bergantines, goletas, etc.

⁸¹ García-Cubillana, *op. cit.* (nota 23), pp. 188-192.

⁸² Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 139-141.

⁸³ Almazán, *op. cit.* (74), p. 54.

⁸⁴ González-Aller, *op. cit.* (nota 79), pp. 117-120.

⁸⁵ González-Aller, *op. cit.* (nota 72), p. 211.

⁸⁶ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 141.

⁸⁷ Mateo, *op. cit.* (nota 18), [en línea].

disciplinas médico-quirúrgicas recaían sobre el cirujano naval, y ya en el siglo XVIII estos sanitarios eran capaces de lidiar con la mayoría de patologías quirúrgicas y traumáticas”⁸⁸. De hecho, en estos años fue cuando aparecieron los avances más sobresalientes en técnicas y medidas, prácticamente desde el siglo XVI, ofreciendo un excelente resultado.

Tendemos a considerar la hemostasia como una parte indisoluble y capital de lo que se llama en medicina militar⁸⁹ la “triada fatal o letal”, que también estaría formada por la acidosis y la hipotermia, añadiendo la hipotensión como accesoria, una vía que lleva irremediabilmente al *shock*, y, a la muerte en poco tiempo.

A este respecto, fueron los cirujanos Jean Louis Petit, director de *la Académie Royale de Chirurgie*, Juan Lacombe y Pedro Virgili quienes perfeccionaron el torniquete⁹⁰. Hasta ese momento lo que se hacía fundamentalmente era rodear la extremidad con una banda de cuero o tela, pasando por ella una varilla que era la que hacía la presión por rotación⁹¹. Sin embargo, este nuevo torniquete estaba provisto de un tornillo que permitía una

mejor adaptación y regulación de la presión, además de que era más fácil de manipular. Estrictamente, este sería el verdadero torniquete, de donde, por cierto, viene el nombre, al llevar un tornillo⁹².

La importancia en esta época de la aparición del torniquete es que, debido a la posibilidad de realizar una presión intermitente sobre la extremidad sin llegar a la isquemia y necrosis, la hemorragia disminuía al dejar tiempo para actuar a las cascadas de coagulación naturales, y no era necesario amputar el miembro⁹³. También se comenzó a establecer lo que posteriormente daría lugar a lo que llamamos “ligadura vascular” y a la “anastomosis vascular”, llamada en aquellos tiempos “enlazar venas”⁹⁴. Estas dos cuestiones mejoraron sensiblemente la supervivencia de los heridos en combate.

Por otro lado, Pierre-Joseph Desault, director del *Hôpital de la Charité de Paris*, propuso el desbridamiento profundo⁹⁵ en las heridas para retirar el tejido necrótico no viable y así favorecer la cicatrización. Hoy es una técnica muy extendida en la cirugía general.

⁸⁸ Almazán, *op. cit.* (nota 74), pp. 52 y 78.

⁸⁹ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 141

⁹⁰ Hernández, *op. cit.* (nota 28), pp. 29-36.

⁹¹ *Ibidem*, pp. 32-36.

⁹² Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 93-95.

⁹³ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 141-142.

⁹⁴ La técnica de anastomosis vascular se supone que data de principios del siglo XX de la mano de Alexis Carrel.

⁹⁵ Hernández, *op. cit.* (nota 28), pp. 30-36.

Se considera que fueron las guerras napoleónicas uno de los momentos de oro de la cirugía, gracias casi siempre a los cirujanos militares y navales, y a sus innovaciones técnicas. La maniobra de desarticulación y amputación del hombro proviene de esta época, y recibe el nombre de “Larrey” (por Dominique-Jean Larrey), uno de los superiores en la dirección de la Sanidad Militar de la *Grande Armée*⁹⁶ de Napoleón. Este describió la técnica en su obra *Recueil de mémoires de chirurgie o Clinique chirurgicale*⁹⁷.

En España, destacó muy especialmente José Queraltó⁹⁸, quien llegó a ser cirujano jefe de la Real Armada⁹⁹ en tiempos de Carlos III y posteriormente director de los Reales Colegios de Cirugía¹⁰⁰; propuso la famosa “cura española”¹⁰¹ de las fracturas de hueso por balazo y de otras heridas incisas más superficiales.

Este procedimiento no era otra cosa que una curación por segunda intención y lo

que hoy llamaríamos en traumatología: tratamiento conservador¹⁰².

Se limpiaba la herida fundamentándose en las nuevas teorías de antisepsia, se reducía e inmovilizaba la fractura y se cubría con vendas para que no se infectara, prácticamente lo que se haría hoy en día con pocos medios. Tras ponerlo en práctica seguidamente en la Guerra del Rosellón, cuando fue director del hospital militar de Navarra¹⁰³, pasó a enseñarlo a sus discípulos y a otros cirujanos militares españoles que lo adoptaron debido a sus buenos resultados, dándole por nombre de “cura española” o “técnica de Queraltó”. Este tratamiento fue tan revolucionario en su tiempo que se imitó en Francia por los cirujanos de aquel país, que aprendieron la técnica en España durante la Guerra de Independencia¹⁰⁴. Se presentó en la Academia de Medicina de París de la siguiente forma:

⁹⁶ Marchioni, J., *Place à Monsieur Larrey, chirurgien de la Garde Impériale*, Arles, Actes Sud, 2003, p. 502.

⁹⁷ Skandalakis, P., Lainas, P., Zoras, O., et al., “Afford the Wounded Speedy Assistance: Dominique Jean Larrey and Napoleon”, *World Journal of Surgery*, 30 (2006), pp. 1392–1399.

⁹⁸ José Queraltó y Jorba (1746-1805): cirujano militar, tratadista y estudioso que llegó a ser

cirujano jefe de la Real Armada y director de los Reales Colegios de Cirugía.

⁹⁹ Hernández, *op. cit.* (nota 28), pp. 30-36.

¹⁰⁰ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 77-80.

¹⁰¹ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 142.

¹⁰² *Ibidem*

¹⁰³ Hernández, *op. cit.* (nota 28), pp. 30-36.

¹⁰⁴ Belaústegui, A., *Antonio Hernández Morejón y otros sanitarios militares ejemplares*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2009, pp. 50-81.

“La mayor parte de las fracturas de hueso por balazo curaban (mejor) en manos de los cirujanos militares españoles evitando desbridamiento^{105,106}.



Figura 5. José Queraltó. Francisco de Goya. Colección Sociedad Neue Pinakothek de Múnich-Fundación Goya en Aragón.

Además, Queraltó fue un importante tratadista sobre cirugía y heridas de guerra, entre otras patologías médicas y epidemiológicas. Suyos son los famosos tratados: *Medios propuestos para que el pueblo sepa desinfectar y precaver que se vuelva a reproducir la epidemia que le ha consternado* y *Observaciones*

sobre los gases ácido-minerales, ambos impresos en Sevilla en 1801.

Las patologías médicas¹⁰⁷ más frecuentes a bordo fueron a causa de intoxicaciones alimentarias por bacterias, gastroenteritis, diarreas, infestaciones por parásitos, piojos, pulgas, e insectos como mosquitos (que transmiten enfermedades tropicales como la fiebre amarilla, el tifus y la malaria). Otras patologías infecciosas como las fiebres, tifus, viruela, sarampión, gripe y sífilis se incubaban¹⁰⁸ en los navíos. Esta última, generalmente provenía de tierra por contacto con “damas de vida pública”¹⁰⁹. Además, la deshidratación y la malnutrición también fueron muy frecuentes¹¹⁰.

A este respecto, la farmacopea que existía era limitada, pero dándole buen uso permitía aliviar, en la medida de lo posible, el sufrimiento de los hombres de mar.

Cabe destacar el tratado del protomédico¹¹¹ de la Armada Leandro de la Vega, empleado posteriormente para elaborar el famoso *Estados de Medicinas*, que no solo era una obra

¹⁰⁵ El desbridamiento de la herida profunda y el músculo del hueso era la técnica anterior y daba bastantes problemas, y secuelas.

¹⁰⁶ Hernández, *op. cit.* (nota 28), pp. 32-36.

¹⁰⁷ Esto permitía que se imprimieran sin tener que dar cuenta al autor para su mayor expansión.

¹⁰⁸ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), pp. 143-144.

¹⁰⁹ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 283-315.

¹¹⁰ En España, a diferencia de Reino Unido, no tenía permiso para subir a bordo, una medida epidemiológica bastante útil, si bien se hacía por cuestiones morales y religiosas.

¹¹¹ González-Aller, *op. cit.* (nota 72), pp. 202.

farmacológica sino también logística, estableciendo el número, tipo y cantidades de fármacos que debían llevarse a bordo según la duración de la travesía, y las enfermedades esperadas. En su vejez, el mismo autor publicó el principal *Formulario medicinal para uso de los cirujanos de la Armada durante la navegación* de 1789¹¹².

Lo primero que se realizaba antes del embarque era un control sanitario estricto a los candidatos de la dotación, para así evitar que subieran a bordo hombres con enfermedades transmisibles que pudieran poner en peligro a toda la tripulación. Esta es la base de la actual medicina preventiva y comunitaria¹¹³.

Entre las funciones del cirujano naval de servicio en un barco de guerra estaba ir al hospital naval de cada departamento y hacer provisión de cajas de medicinas, remedios y utensilios o terapias análogas antes de zarpar, así como garantizar la cantidad y calidad de las mismas, pues embarcado respondía de ellas¹¹⁴. Una vez en comisión de servicios, durante las mañanas y tardes el cirujano reconocía y exploraba a los hombres que estuvieran

enfermos, o dijeran estarlo, pasando a hacer un diagnóstico aproximado posteriormente¹¹⁵.

Si consideraba que no podían continuar con sus labores a causa de enfermedad o necesitaban tratamiento, les daba la baja y notificaba al oficial de guardia. Los convalecientes eran trasladados al hospital naval, si estaban en tierra, o a la enfermería si navegaban¹¹⁶. Entre su labor médica asistencial estaba la burocrática de tomar nombre, dar parte, y establecer gravedad y pronóstico de todos los hombres que atendiera. Lo mismo para llevar crónica de los hombres que eran dados de alta o de baja de la enfermería, la cantidad de medicamentos que quedaban, si era necesario comprar alguno, si faltaban de improviso, el progreso de las enfermedades colectivas (infecciosas), y recababan tantos datos como fueran precisos para el estudio de las enfermedades o que pudieran ser de interés para la comunidad médica y el Real Cuerpo de Cirujanos¹¹⁷.

Al finalizar cada travesía o campaña el cirujano solía presentar un memorándum¹¹⁸ con todos estos datos e

¹¹² Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 83-84

¹¹³ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 143.

¹¹⁴ Alía, *op. cit.* (nota 1), 283-318.

¹¹⁵ *Ibidem*, pp. 8-15.

¹¹⁶ Clavijo, *op. cit.* (nota 35), pp. 53-75.

¹¹⁷ Bustos, M., *Los cirujanos del Real Colegio de Cádiz en la encrucijada de la Ilustración (1748-1796)*, Cádiz, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1983, pp. 121-130.

¹¹⁸ Riera, *op. cit.* (nota 58), pp. 65-97.

informes de interés¹¹⁹. Cabe destacar que la medicina en estos tiempos era una ciencia empírica que avanzaba más por la propia experiencia que por la investigación, por lo que cualquier descubrimiento¹²⁰ o experiencia podía ser muy útil para el resto de médicos-cirujanos de la Real Armada, así como para los civiles. Otras de sus funciones era la de examinar¹²¹ la calidad de la comida, el aseo de los hombres, el estado de la enfermería, colaborar en la formación de los cirujanos de 2.^a, y las buenas prácticas de los barberos, sangradores y enfermeros.

Las medidas preventivas¹²² a considerar, oportunas para evitar la transmisión de enfermedades contagiosas, debían contar con el visto bueno del comandante. Y si se hallaba que algún enfermo presentaba una de estas enfermedades debía ser puesto en cuarentena y apartado, y sus ropas y pertenencias arrojadas al agua o quemadas.

La jornada laboral de los sanitarios del buque, embarcados o en tierra, estando de guardia o no, era de 24 horas, es decir, debían estar para cuando se les precisase y a cualquier hora¹²³. El cirujano

respondía directamente ante del comandante del buque y debía informarle personalmente de todas las cuestiones sanitarias del navío, especialmente aquellas que pudieran poner en riesgo las órdenes recibidas por falta de hombres para gobernar el barco o realizar las maniobras¹²⁴. Para ello, redactaba informes quincenales sobre el estado general de la salud en la dotación si no había otras novedades¹²⁵. Asimismo, esta información e informes, y el estado de un enfermo en concreto, solo podía ser dada al oficial superior. Esta cuestión parece baladí, pero representa uno de los más fundamentales derechos del enfermo: el derecho a la intimidad y la confidencialidad. Esto ha sido regulado, no hace tanto, en los Códigos Deontológicos de la Organización Médica Colegial. España, otra vez, sería pionera en esta cuestión.

Como oficial mayor que era, el cirujano 1.º era puesto sobre aviso del plan general de combate¹²⁶, la táctica o cualquier otra información que fuera necesaria para que desempeñara mejor su función, dándole tiempo a que organizara y dispusiera la enfermería de la forma que creyera más conveniente

¹¹⁹ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 180-224.

¹²⁰ Olagüe y Paredes, *op. cit.* (nota 65), pp. 460-468.

¹²¹ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 259-290.

¹²² Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 144.

¹²³ García, *op. cit.* (nota 78), [en línea].

¹²⁴ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 145.

¹²⁵ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 234-422.

¹²⁶ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 90-102.

para la atención de los posibles lesionados. Se le autorizaba, asimismo, a mandar simulacros o zafarranchos de combate, con la aprobación del comandante, para el entrenamiento de las labores de triaje, traslado de enfermos, vendaje, y atención general¹²⁷.

Los cirujanos navales en el combate

Durante el combate, el cirujano 1.º y su 2.º se situaban en la enfermería¹²⁸, despejada, en la que ubicaban una o varias mesas de operaciones sobre las que se disponía todo el instrumental quirúrgico. Los camilleros, marineros ordinarios que veían caer a sus compañeros, iban llevando a los heridos a la puerta de la enfermería, donde los dejaban o bien en camastros o sobre el propio suelo, si era necesario. Cuando era posible, el cirujano 1.º salía a hacer los reconocimientos iniciales, lo que en el futuro se llamaría triaje, de forma que los más graves entraban primero para ser atendidos; sin embargo, si estaba moribundo, generalmente se prefería atender a un herido que tuviera más posibilidades de sobrevivir. La mayoría de los heridos durante el combate eran

por bala, explosiones, heridas por arma blanca, bayonetas, espadas, sables, fracturas abiertas por caídas, hemorragias internas, y los tan temidos astillazos. Se sometía a todos los heridos a una cirugía “de control de daños”¹²⁹.

El objetivo de estas intervenciones quirúrgicas era la supervivencia¹³⁰ del paciente, intentando, como su propio nombre indica, el control de los daños recibidos. Por lo general, se asentaba en tres pilares¹³¹ fundamentales: el control de la hemorragia, la prevención de la infección y la extracción o amputación de los órganos o miembros muy dañados; habría que añadir otras cuestiones más modernas como el control de la vía aérea, pero en aquellos tiempos se consideraba que la muerte acaecía por exanguinación y no parada cardiorrespiratoria¹³².

Las heridas más superficiales eran sin más atención cosidas con una sutura de hilo de seda y aguja por el 2.º cirujano o los barberos y sangradores; las más internas y graves requerían la mencionada cirugía, realizada por el cirujano 1.º y asistido por el 2.º¹³³.

Los astillazos eran retirados en la medida de lo posible, los miembros arrancados,

¹²⁷ González-Aller, *op. cit.* (nota 72), p. 202.

¹²⁸ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 145.

¹²⁹ *Ibidem*, pp. 145-146.

¹³⁰ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 90-102.

¹³¹ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 146.

¹³² *Ibidem*, pp. 146-147.

¹³³ González-Aller, *op. cit.* (nota 72), pp. 204-206.

aplastados o muy lesionados eran amputados para prevenir la mortal gangrena, y a continuación se cauterizaban las heridas con “pez hirviendo” (alquitrán)¹³⁴. Esta medida puede ser considerada anticuada, pero en realidad el alquitrán funcionaba muy bien porque permitía controlar la hemorragia y prevenía las infecciones; además, formaba una película protectora que impedía la contaminación de la herida. Posteriormente, al mutilado se le podía colocar una pata de palo, una mano de madera protésica o similares.

A las quemaduras y escaldaduras se les aplicaban ungüentos y vendajes para protegerlas y evitar así que se infectaran¹³⁵. Las congelaciones casi siempre terminaban en amputación¹³⁶, cosa que no ha cambiado excesivamente respecto a nuestros días, donde son siempre fuente de complicaciones y dificultad técnica por su irreversibilidad y la facilidad con la que se infectan.

Hay que recordar en este punto que las cirugías en estos tiempos eran complejísimas. A pesar de que los cirujanos navales en muchos casos eran

verdaderos anatomistas y tratadistas, ya que no existía anestesia y el dolor era en la mayoría de los casos insoportable¹³⁷. Los más afortunados se desmayaban o llegaban inconscientes a la enfermería a causa del *shock*, pero a los que llegaban en plenas condiciones de consciencia se les solía poner una mordaza de cuero o cáñamo para que la mordieran y no gritaran. Como medida anestésica se les solía dar previamente a la cirugía aguardiente de alta graduación¹³⁸.

Aunque no fue frecuente hasta mediados del siglo XIX, algunos cirujanos navales lavaban su instrumental con agua y alcohol, lo que reducía la probabilidad de infecciones en las cirugías, siendo uno de los primeros procedimientos de asepsia¹³⁹. Sin embargo, aún estaban muy lejos de las condiciones óptimas o aceptables de asepsia y antisepsia.

La perspectiva y visión de un navío de guerra¹⁴⁰ y su enfermería tras una batalla naval consistía en un buen número de individuos tirados en la puerta de la enfermería esperando su turno, sangrando, sucios, con las caras desencajadas por el dolor¹⁴¹, cadáveres

¹³⁴ Alía, *op. cit.* (nota 1), pp. 312-401.

¹³⁵ Mateo, *op. cit.* (nota 18), [en línea].

¹³⁶ *Ibidem*

¹³⁷ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 147

¹³⁸ González-Aller, *op. cit.* (nota 61), pp. 204 y 207.

¹³⁹ Gracia, *op. cit.* (nota 14), pp. 90-102.

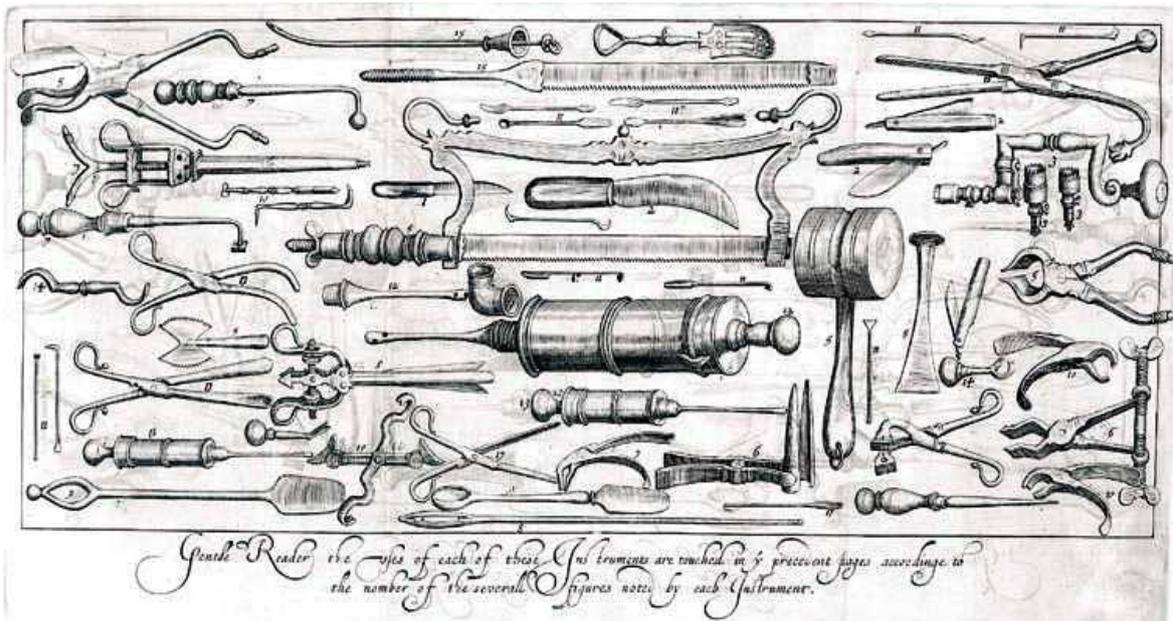
¹⁴⁰ González-Aller, *op. cit.* (nota 72), pp. 117-123.

¹⁴¹ Esta mirada posteriormente se ha descrito como la “mirada de las 1.000 yardas”, ocurre con el trastorno por estrés posttraumático. Se caracteriza por ser inerte, perpleja y desenfocada.

apilados en las esquinas, el suelo con un reguero de sangre pisoteado y lleno de arena, y el cirujano principal y su 2.º en

mangas de camisa y hasta los codos de sangre.

Incisión y amputación	Extracción	Sujeción, hemostasia y sutura	Perforación y evacuación
Bisturí recto	Tenazas incisivas	Erina o gancho	Trócares, cánulas y jeringas
Bisturí curvo	Tenazas pico de cigüeña	Elevatorio	Trépano
Cuchillo curvo	Sacamuelas	Torniquete	Lenticular, tirafondo y cepillo
Escalpelos de amputación	Pinzas sacabalas	Vendajes y emplastos	Lancetas
Sierra y hoja de respeto	Pinzas de pólipo	<i>Valeta patin</i> de vasos	Algalía
Cauterio	Espátula	Suturas de seda	Agujas rectas evacuadoras
Tijera grande, de incisión y curva	Legra	Ligaduras de seda	Agujas curvas y de sutura



Figuras 6 y 7. Los principales instrumentos quirúrgicos en el siglo XVIII. Estos constan en el *Diccionario del marqués de la Victoria* y en el *Reglamento General de cuanto abraza el total armamento de los Navíos, Fragatas y Corbetas de la Real Armada*. Elaboración propia (2022) y fondos antiguos diversos.

El médico-cirujano 1.º tenía bajo su mando a los cirujanos segundos (sus principales asistentes)¹⁴². Además de ello contaba con los sangradores, barberos, enfermeros y boticarios, que tenían la obligación preparar las medicinas prescritas por el cirujano 1.º para el tratamiento de los enfermos. Cuando no había boticario, era el cirujano 2.º el encargado de estas labores.

Los médicos-cirujanos navales, a bordo, encuadrados en la dotación como oficiales mayores, debían ser tratados con el respeto y atención que era exigible para los demás de oficiales¹⁴³. En el escalafón del buque eran los siguientes en la cadena de mando por detrás de los oficiales de guerra¹⁴⁴, y, aunque poco probable y extremísimo caso de que no quedara ninguno con vida, podían llegar a tomar el mando. Los sangradores y barberos eran, en cambio, considerados oficiales de mar del tipo de los maestranzas¹⁴⁵.

En general, los médicos-cirujanos navales de la Real Armada gozaron de un gran prestigio, respetados por las dotaciones, bien considerados entre la

oficialidad y frecuentemente tratados de forma análoga a los oficiales de guerra, con quien hacían vida social en los momentos de ocio¹⁴⁶. En tierra, podían ejercer en los hospitales navales o bien como médicos-profesores¹⁴⁷ en las Reales Academias de Cirugía o en las universidades; precisamente fue muy famosa la Cátedra de Cirugía de la Universidad de Cádiz, donde la mayoría de los profesores eran cirujanos navales.

Por todo ello, se puede considerar a estos hombres, tranquilos y de sangre fría, una parte muy fundamental de la Real Armada española ya que, aunque no participaban directamente en el combate, también estaba en sus manos el ganar batallas.

Conclusiones

La llegada a España de la Dinastía de los Borbones trajo consigo el pensamiento ilustrado francés, que rápidamente fue adoptado por los principales secretarios y ministros, y, llevó al desarrollo de una serie de novedosas medidas organizativas y de profesionalización de la vida castrense (también la civil), desterrando así los viejos usos. En la

¹⁴² González-Aller, *op. cit.* (nota 72), pp. 117-123.

¹⁴³ Reales Ordenanzas..., (AGMAB), consulta del conjunto completo.

¹⁴⁴ Los propios del Cuerpo General de la Armada.

¹⁴⁵ Normalmente antes lo tomarían los pilotos, aunque por graduación eran superiores los médicos-cirujanos.

¹⁴⁶ Nicieza, *op. cit.* (nota 6), p. 140.

¹⁴⁷ *Ibidem*. Los maestranzas eran típicamente los faroleros, carpinteros, calafates, y demás.

Real Armada, siguiendo esta filosofía y por necesidades administrativas, se crearon nuevas instituciones que dieron lugar a los llamados Reales Cuerpos Patentados. El Real Cuerpo de Sanidad Naval fue consecuencia directa de estas reformas en materia de atención sanitaria en los bajeles del rey y los puertos militares más importantes.

El Real Cuerpo de Sanidad Naval fue el principal impulsor de la profesionalización de los médicos-cirujanos navales españoles gracias a la instauración de unos planes de estudios donde primaba una formación universitaria y científica, y no solo práctica, como venía pasando en los siglos anteriores. Esto dio lugar a que los médicos navales tuvieran una doble formación, teórica y práctica, pero con clara vocación científica.

Para llevar a cabo esta formación y dotar a los enfermos de oficio marítimo de una mejor atención sanitaria, se fundaron varios hospitales navales y colegios. Especialmente notables fueron el Hospital de la Armada de Cádiz y los Reales Colegios de Cirugía de Cádiz, San Carlos de Madrid y de Barcelona. Entre los grandes médicos-cirujanos españoles cabe nombrar a Pedro Virgili,

Francisco de Canivell o Antonio de Gimbernat, destacando no solo como grandes cirujanos sino también por sus labores organizativas como médicos-directores del cuerpo. Así, el Real Cuerpo de Sanidad Naval adquirió un espíritu castrense equivalente tanto en escala como en disciplina a otros cuerpos puramente militares.

Estas cuestiones llevaron a que se concedieran ciertas prebendas a los médicos navales, como fueron el derecho a portar espada, uniforme o al tratamiento honorífico de "Don". Asimismo, fueron los artífices de los principales avances en la medicina española del siglo XVIII, disminuyendo sustancialmente la mortalidad en las dotaciones embarcadas y realizando una serie de descubrimientos que todavía a día de hoy nos resultan útiles en el ejercicio médico. Entre ellos, cabe destacar el torniquete, la ligadura vascular, el tratamiento conservador de las fracturas, el abordaje de las heridas por arma blanca y arma de fuego, o la tan famosa vacunación masiva. Es por ello por lo que el siglo XVIII es considerado un siglo de oro para la medicina y la cirugía.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

Reales Ordenanzas Navales, Madrid, 1748, Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (AGMAB).

Reales Ordenanzas Navales, Madrid, 1793, Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (AGMAB).

Libros, Manuales, Monografías

Alía, J. M., *La Armada y la Enseñanza Naval (1700-1840) en sus Documentos. Aproximación a las Reales Ordenanzas reguladoras, desde una perspectiva jurídico administrativa y pedagógica*, Madrid, UNED, 2001.

Alía, J. M. y Sanz, J. M., *Uniformes de la Armada. Tres siglos de Historia (1700-2000). Cuerpo de Intendencia, Jurídico, Intervención, Sanidad y otros cuerpos políticos*, Vol. V, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2018.

Almazán, J. A., *Estudio clínico y epidemiológico de la primera circunnavegación a la Tierra*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.

Anel, J., *Historia del uniforme de Sanidad Militar*, Madrid, Borsao, 1994.

Belaústegui, A., *Pedro Virgili i Bellver, cirujano mayor del Ejército y de la Armada: la lucha contra el olvido*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2010.

_____, *Antonio Hernández Morejón y otros sanitarios militares ejemplares*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2009.

Blanco, J. M., *La Armada Española en la primera mitad del siglo XVIII*, Ferrol, Izar Construcciones Navales, 2003.

_____, *La Armada Española en la segunda mitad del siglo XVIII*, Ferrol, Izar Construcciones Navales, 2004.

Bueno, J. M., *Uniformes Militares Españoles: El Ejército y la Armada en 1808*, Málaga, J. Bueno, 1982.

Bustos, M., *Los cirujanos del Real Colegio de Cádiz en la encrucijada de la Ilustración (1748-1796)*, Cádiz, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1983.

Clavijo, S., *La trayectoria hospitalaria de la Armada Española*, Madrid, Editorial Naval, 1944.

Desbrière, E., *The Naval Campaign of 1805: Trafalgar*, Chicago, The University of Chicago Press, 1935.

Ferrer, J., *Combate naval de Trafalgar*, Madrid, Imprenta de D. Wenceslao Ayguales de Izco, 1851.

Ferrer, D., *Historia del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*, Cádiz, Imprenta Rubiales, 1960.

Gerard, J., *Salud pública e higiene urbana en España durante el siglo XVIII. Una perspectiva geográfica*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2012.

González-Aller, J. I., *La Campaña de Trafalgar (1804-1805). Corpus Documental*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2005.

Gracia, M., “La asistencia sanitaria a bordo de los buques. De la Antigüedad clásica al siglo XVI”, en Alonso, V. (coord.), *En Guerra, exploraciones y navegación: del Mundo Antiguo a la Edad Moderna*, La Coruña, Universidade da Coruña, 1995, pp. 157-178.

_____, *La Sanidad Naval Española. Historia y evolución*, Madrid, Bazán, 1995.

Hernández, D., *La Cirugía en la Guerra. Hitos terapéuticos a lo largo de la historia de los conflictos bélicos*, Madrid, Galland Books, 2020.

Julien, J. P. E., *Guerres maritimes et sous la République et l'Empire: avec les plans des batailles du Cap du Saint Vicent, d'Abouquir, de Copenhague, de Trafalgar et un carte du Sund*, París, Charpentier, 1847.

Marchioni, J., *Place à Monsieur Larrey, chirurgien de la Garde impériale*, Arles, Actes Sud, 2003.

Medín, J. F., *Contribución de la Sanidad Militar al desarrollo de la Oftalmología en España*, Santiago de Compostela, Universidad de Compostela, 2016.

Muffat, S., *Les Marins de L'Empereur*, París, Éditions Sotéca, 2021.

Nicieza, G., *Leones del mar. La Real Armada española en el siglo XVIII*, Madrid, EDAF, 2022.

Olagüe, G. y Paredes, F., *Contribución a la Historia de la Medicina Naval en la España del siglo XVIII: El tratado de Vendages y Apósitos (1763), de Francisco Canivell y Vila (1721-1797)*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 1985.

Orozco, A., *Pedro Virgili y el Hospital Real de Cádiz*, Cádiz, Sexta, 1977.

Pérez, C., *El Real Cuerpo de Artillería de Marina en el siglo XVIII (1717-1800)*, Madrid, Dykinson, 2018.

Riera, J., *Cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1976.

Soler, J., *El Hospital Militar de Marina de Cartagena*, Cartagena, Universidad Politécnica de Cartagena, 1993.

Usandizaga, M., *Historia del Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid (1787-1828)*, Madrid, CSIC, 1948.

Artículos en revistas y medios

Blanco, J. M., “El Cuerpo de Batallones de Infantería de Marina, siglo XVIII”, *Cuaderno Monográfico del IHCN*, 81 (2020), pp. 97-110.

García-Cubillana, J. M., “El Cuerpo de Sanidad de la Armada (1728-1989)”, *Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas*, 65 (2009), pp. 188-203.

González-Aller, J. I., “El navío de tres puentes en la Armada Española”, *Revista de Historia Naval*, 9 (1985), 45-76.

_____, “La vida a bordo en la época de Trafalgar”, *Revista General de Marina*, 249 (2005), pp. 187-218.

Márquez, C., “Las «Observaciones» del Real Colegio de Cirugía de la Armada en Cádiz (1742-1836)”, *Cuadernos de Investigación de Fondos del Archivo UCA*, 3 (2021), pp. 32-57.

Orozco, A., “Pedro Virgili y el Hospital Real de Cádiz, en el bicentenario de la muerte del fundador del Real Colegio de Cirugía de Cádiz”, *Revista de Estudios histórico-informativos de la Medicina*, 63 (1976), pp. 7-26.

Paredes, J., “En el 250 Aniversario del Real Colegio de Cirugía de Cádiz”, *Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*, 55 (1999), pp. 47-50.

Skandalakis, P., Lainas, P., Zoras, O., et al., “Afford the Wounded Speedy Assistance: Dominique Jean Larrey and Napoleon”, *World Journal of Surgery*, 30 (2006), pp. 1392–1399.

***Nicieza, G., “Los cirujanos de la Real Armada española en el siglo XVIII”, *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, 2 (2023), pp. 21-47.

La sanidad a bordo de los navíos: el rol de los alimentos, el agua y los “refrescos”

The health on board ships: the role of food, water and “refreshments”

Sophie Muffat

Centre d'Etudes Napoléoniennes - Institut Napoléon

Recibido: 23-11-2022

Aceptado: 29-01-2023

Resumen:

El estado de salud de un navío y su tripulación depende de múltiples factores: la seguridad a bordo, las enfermedades y las lesiones de los hombres que en él navegan, además del estado con el que han sido embarcados los alimentos. Los primeros reglamentos para la ordenación y el estado de la salubridad a bordo franceses datan de 1786, tomando por objeto la imposición de medidas que mantuvieran las bodegas sin humedades e iluminadas, logrando de este modo evitar el deterioro de los alimentos en alta mar. Asimismo, se observa la imperiosa necesidad de conservar todo lo comestible lejos de los roedores, lo que a su vez conlleva, en la medida de lo posible, la prevención de enfermedades y sus consecuencias. La supervisión de estas cuestiones fue el rol que desempeñaron los oficiales de sanidad a bordo; su esfuerzo constante en la preservación del bienestar de los navíos y su tripulación suponen el objeto de estudio del presente trabajo.

Palabras clave:

Alimentación, Embarcaciones, Marina Imperial y Republicana francesa, Sanidad, Siglo XIX.

Abstract:

The state of health of a ship and its crew depends on many factors: the safety on board, as well as the condition of the food shipped on board it. The first regulations for the management and state of health on board date back to 1786, with the purpose of imposing

measures to keep the holds free of humidity and illuminated, thus avoiding the deterioration of food at sea. Likewise, there is an imperative need to keep everything edible away from rodents, which in turn entails, as far as possible, the prevention of diseases and their consequences. Supervision of these matters was the role played by the health officers on board; their constant effort in the conservation of the well-being in the ships supposes the object of study of the present work.

Keywords:

Food, Ships, French Imperial and Republican Navy, Health, 19th century.

Introducción: el Servicio de Sanidad Naval

El Servicio de Sanidad en la Marina francesa (*Service de Santé de la Marine*) no constituyó una novedad en el Primer Imperio francés. Este organismo se había formulado ya en tiempos del monarca Luis XIV. Desde entonces sufrirá numerosos cambios que alcanzarán el futuro Consulado en tiempos de Napoleón Bonaparte.

La medicina naval era considerada como una de las grandes especialidades de esta ciencia, el primer centro de enseñanza de esta tipología se estableció en Rochefort en 1722. En su conjunto, suponía una de las grandes innovaciones en beneficio de la Armada francesa. Se trataba de la primera escuela de cirugía naval del mundo e introdujo métodos originales para formar a sus médicos y cirujanos embarcados en todo tipo de navíos.

El estrato sanitario se veía compuesto por farmacéuticos, médicos, cirujanos y enfermeros. A su vez, todos ellos centraban sus estudios en determinadas especialidades como pueden ser el trabajo con recursos de herbolario o jardinería. Eran hombres de ciencia, estudiosos de la botánica, la agronomía o

la propia construcción naval; ejemplo de ello es el famoso Duhamel de Monceau. Este último, de hecho, publicó un ensayo científico en 1795 que durante un largo periodo supuso una autoridad en el área de la alimentación en alta mar: *Moyens de conserver la santé aux équipages des vaisseaux, avec la manière de purifier l'air des salles des hôpitaux*. En su estudio, Monceau argumentó, entre otras cosas, la metodología que se debía aplicar a la hora de elaborar el chucrut en conserva al estilo alemán que sugería priorizar como alimento en las largas travesías además de raíces, tubérculos y “frutas”; véase zanahorias, limones y naranjas en recipientes cubiertos de arena para evitar así su corrupción. Asimismo, creía que se debían confitar las verduras en vinagre o mantequilla para así conservarlas por más tiempo.

En 1773 un cirujano naval cuestionó la tesis de Poissonnier Des Perrières¹ en la que se abogaba por una dieta específicamente vegetariana para los navegantes. Poissonnier propuso eliminar toda la carne, y otros alimentos en salazón, y sustituirlos “por una dieta

¹ s. a., *Lettres d'un chirurgien à M**** armateur, au sujet du régime végétal, proposé pour les gens de mer*, Londres, s. e., 1773.

de vegetales secos”, lo que, probado de inmediato en una tripulación, provocó cierto descontento por parte de la tropa y los marinos². El experimento, como era de esperar, provocó mucha polémica y un completo rechazo entre estos efectivos que se vieron obligados a alimentarse exclusivamente de guisantes, alubias, arroz, lentejas, etc.

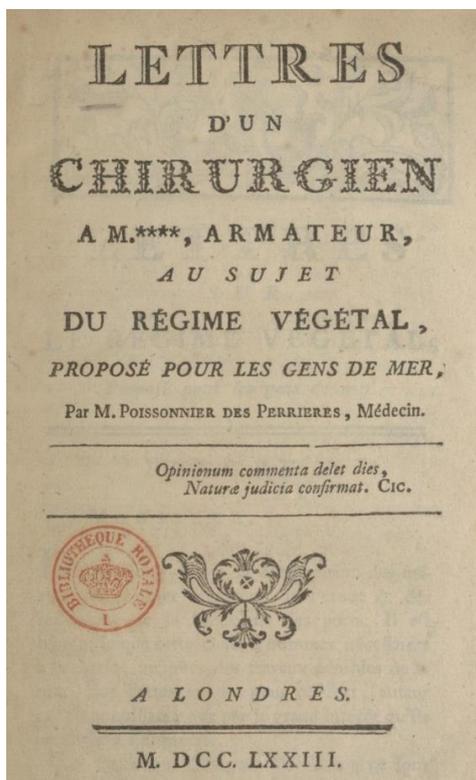


Figura 1. Cartas de un cirujano anónimo sobre la dieta propuesta por M. Poissonnier Des Perrières. Londres, 1773. Colección Bibliothèque Nationale de France, [8-TC35-7].

Otro sanitario aportó una nueva teoría en la que la dieta solo suponía una causa secundaria del escorbuto. En su razonamiento señalaba que las carnes saladas, las galletas podridas y el agua estancada eran culpables de tantas otras enfermedades.

Este científico aconsejaba el consumo de:

“(…) alimentos de fácil digestión, alimentos vegetales, pan de trigo bien fermentado y bien cocido, raíces antiescorbúticas, como rábano picante, nabos, zanahorias, leguminosas que tienen flores en forma de cruz como el repollo, la cebolla, el puerro (...)”.

En esta etapa los sanitarios insistían mucho en la frescura de la comida. En 1780 M. Pingeron propuso una recopilación sobre los medios conocidos hasta el momento para preservar la salud de las tripulaciones y sus alimentos³.

Estos tres médicos (Des Perrières, Monceau y Pingeron), a través de sus propuestas y todos los temas abordados hasta aquí, resultan innovadores, ya sea en términos de alimentación, dieta o medios para mantener el aire sin contaminar en los navíos, como las

² Des Perrières, P., *Mémoire sur les avantages qu'il y auroit à changer absolument la nourriture des gens de mer*, París, Imprimerie Royale, 1771.

³ Pingeron, J. C., *Manuel des gens de mer, ou Recueil d'observations sur les moyens de conserver leur santé pendant les voyages de long cours*, París, A. Joubert jeune, 1780.

manches à air por Duhamel de Monceau o el sistema de ventiladores de Pingeron. La invención de estas nuevas técnicas era más que necesaria en pro de la salud de los marineros. Como tal, el papel que desarrollaban los oficiales de sanidad embarcados y su equipo resultaba absolutamente esencial.

Los oficiales de la Sanidad Naval francesa eran los responsables del mantenimiento de la higiene a bordo como de la supervisión de las buenas condiciones de empaquetamiento y almacenaje de diversas materias primas antes de partir. Recorrían el casco de arriba abajo, dirigían operaciones de limpieza y depuración de las bodegas haciendo empleo de un “gas ácido muriático”⁴. También debían asegurar la buena calidad del agua a bordo. Si el buque se encontraba en la obligación de “hacer aguas” (véase la evacuación de agua corrompida y no apta para el consumo humano), eran los primeros en bajar a tierra firme y comprobar la calidad del agua supuestamente potable.

En un navío de guerra francés solían ser 4 los oficiales médicos los que se encontraban a bordo. Estos eran 1 cirujano, 1 médico, 1 farmacéutico y 1 oficial de sanidad en jefe (que

obligatoriamente siempre era un cirujano). Como se ha señalado más atrás estos sanitarios tenían la responsabilidad de evaluar el estado de los alimentos embarcados, no obstante, estos no eran los únicos con los que contaba la tripulación. Los oficiales médicos preparaban y llevaban consigo provisiones específicas para heridos y enfermos que guardaban bajo llave. Elaboraban listados precisos donde constaba la cantidad exacta de avituallamiento y refrigerios para los enfermos. En caso de ser reemplazado el oficial superior, este último debía notificar al ayudante comisario naval del cambio haciéndole entrega de toda su documentación, la cual era remitida al capitán quien debía gestionar el reemplazo.

Las raciones embarcadas y la dotación

Los navíos contaban con una previsión de subsistencias para 6 meses, sin tener en cuenta las tropas embarcadas, que eran alimentadas a través de la propia intendencia del Ejército de tierra francés. Las raciones provenían de grandes almacenes y arsenales. Conocemos estas cantidades a través de las “listas

⁴ Antigua denominación del ácido clorhídrico. Para mayor información véase el trabajo: Muffat,

S., *Les Marins de L'Empereur*, París, Éditions Sotéca, 2021.

estándar” de productos alimenticios destinados a la Marina francesa, y sus cantidades de *stock*, gracias a los recibos de almacenamiento mensuales o trimestrales que elaboraban los intendentes.

De este modo, entre los alimentos preparados para el embarque cabe destacar: harina, bizcocho, panceta salada, ternera salada, bacalao, queso, arroz, alubias, *fayols* y guisantes, etc. “*Fayols*” era el término empleado por los marinos para los frijoles secos, cualquiera que sea su especie. Este nombre es utilizado exclusivamente por la Marina Imperial francesa, pero ha evolucionado lingüísticamente para convertirse hoy en *fayots*, un adjetivo peyorativo que designa a las judías blancas.

En lo relativo a los líquidos y las bebidas encontramos vino, brandy, ron, tafia⁵, aceite de oliva y vinagre. Finalmente, en pequeñas cantidades, se encuentra la mantequilla y la manteca de cerdo. No se recomendaba grandes cantidades de estos dos ingredientes, ya que se vuelven rancios muy rápidamente en alta mar. Las provisiones también contenían lo necesario para el funcionamiento de la

cocina a bordo, como el aceite para quemar y freír, velas, leña, y, por último en la lista, el azúcar “blanco y común”⁶.



Figura 2. *Marinos de la Primera República francesa.* Alfred de Marbot (1812-1865).

Colección Dutch National Military Museum.

Pero la intendencia de la Marina nunca fue perfecta. Con frecuencia uno suele encontrarse en las fuentes una columna de “observaciones” en la que se comprende el estado de los víveres en *stock*. Así, los 531 toneles de galletas que se hallaban en el almacén general de Fort-de-France en la Martinica en marzo de 1805 figuran como “condenados”, igual que las legumbres “fuera de servicio”⁷. Con estos ejemplos, lo que se pretende remarcar en el presente estudio es el hecho de que en algunos casos los

⁵ La tafia se obtiene por destilación de la melaza de la caña de azúcar y se conserva muy bien.

⁶ Situation du magasin aux vivres du Fort-de-France, 1.er germinal-22 mars 1805, Archives

Nationales d’Outre-Mer/Ministère de la Culture (ANOM), col. C8, leg. A 111 F.º 89.

⁷ *Ibidem*

almacenes albergaban productos en un estado tan insalubre que no eran recomendados ni para el consumo de los presidiarios. En cuanto al vino, el mismo documento anota que las 5.596 veltas⁸ de este licor se encontraban “en 166 barricas humedecidas, y otras tantas ya avinagradas”.

Las raciones de los enfermos eran embarcadas a bordo a parte de las ordinarias; el vino y el aceite para este grupo de marineros procedían, sin embargo, de las raciones regulares del resto de la tripulación. Si en algún caso las cantidades fueran insuficientes, y no estuvieran previstas en el esquema general, el oficial de turno debía notificar al contador y al capitán la necesidad del empleo de este “exceso extraordinario”.

El 12 de septiembre de 1801, en la etapa final del Ministerio de Marina encabezado por Pierre-Alexandre-Laurent Forfait, las raciones se ven aumentadas. Estas fueron reglamentadas en “gramos”:

Pan	7 hectogramos y medio
Galleta	5 hectogramos y medio
Carne fresca	2,5 hectogramos
Panceta	2 hectogramos

⁸ Antigua medida francesa para cantidades y pesos líquidos. La velta equivale a 8 cuartos o

Arroz	3 decagramos
Legumbres	6 decagramos
Sal	Una sexagésima parte de un kilogramo de sal

Figura 3. Raciones para los hombres embarcados en 1801. Elaboración propia, 2022. El hectogramo es igual a 100 gramos, el decagramo a 10 gramos. La cantidad de sal es igual a 16,66 gramos por día.

Cada una de las cifras señaladas previamente se deben dividir entre 7, siendo esta la cantidad correspondiente por cada grupo de siete marinos. Estos pelotones eran conformados siempre por los mismos individuos. En conclusión y para mejor comprensión del lector, las cuentas nos señalan que cada hombre recibía poco más de cien gramos de pan por día y menos de cuarenta gramos de carne.

La galleta de mar

La conocida “galleta” era el alimento básico del marinero. Su preparación y cocción eran muy precisas y simples. Se obtenía cociendo una masa robusta hecha a base de harina de trigo, masa madre y muy poca agua; para limitar la retención de agua la masa no contenía sal y además era perforada. La galleta se guardaba durante 6 semanas en las

7,62 litros. Se trata de una cantidad de 42.641,52 litros.

“panaderías”, permitiendo así que esta se secase por completo.



Figura 4. “Galletas” elaboradas para un batallón de infantería ligera en la Guerra de Independencia española. Fotografía tomada por el Dr. Aquillú Domínguez. Los cuerpos de infantería de las guerras napoleónicas consumían unas galletas muy similares, esta recreación histórica fue elaborada por la doctora en Arqueología Miriam Gracia.

Al final de esta preparación, la galleta teóricamente se podía conservar durante dos años. Desgraciadamente, a pesar de

las precauciones que se tomaban para limitar el deterioro de esta, como recubrir los recipientes con brea, muchas veces la humedad acababa penetrando en los recipientes pudriendo las galletas.

Al cabo de un tiempo de navegación, y sin nada más de lo que poder alimentarse, los marinos se veían obligados a soplar las galletas para quitar las telarañas que las cubrían y luego golpearlas para sacar los gusanos que ya habitaban en su superficie⁹.

Los líquidos también forman parte de las raciones: un litro de vino para 4 hombres, un litro de aguardiente para 16 hombres, un litro de vinagre para 20 hombres, etc.

Estas medidas eran las aplicadas en todas las tropas de la República francesa, independientemente de que fueran de mar o tierra¹⁰. También lo eran para todas las tipologías de tripulantes en el mar.

En 1809 aparecieron nuevas normativas para los roles y cargos de los marineros, además de ello incluían instrucciones para los usos e higiene de las cocinas y los utensilios a bordo¹¹. El nuevo sistema

⁹ Véase: Dubaye, E., *La chirurgie navale au XVIIIème siècle: à travers la création de l'école de Rochefort et l'analyse de 3 journaux de navigation*, París, Universidad de París Descartes, 2017-2018.

¹⁰ Portant fixation des rations de vivres pour les troupes de la République, du 25 fructidor an IX,

París, Bibliothèque Nationale de France (BNF), B.L. 104 3ème série, arrêté n.º 858.

¹¹ Instruction sur le service des vivres de la marine, en exécution du traité passé le 30 floréal an 11 des lois, règlements sur ce service, du décret impérial pour la composition des rations, 31 janvier 1809, París, Bibliothèque Nationale de France (BNF). Asimismo, emplearon normativas

diferenciaba entre comidas grasas (cuatro veces a la semana) y comidas magras (lunes, miércoles y viernes). Para complicar aún más el nuevo esquema alimenticio, las raciones cambiaban según se estuviera en tierra o en la mar. Por supuesto variaban entre marineros sanos y enfermos. El puerto al que se estuviera adscrito y el volumen de comida a bordo de cada navío eran otros factores a tener cuenta de cara al racionamiento.

La distribución entre Lorient, Brest o Saint Malo era diferente a la de Toulon o Rochefort. Las raciones también variaban dependiendo de si se trataba de un prisionero de guerra, un guardia, un convicto fatigado, un convicto sin trabajo o un convicto inválido señalado como “escrofuloso” en la documentación¹².

El agua

El agua constituía uno de los elementos más preciados en la vida a bordo. No obstante, su deterioro era muy rápido y, por ello, nunca se almacenaba una cantidad mayor a tres meses de travesía. Esta bebida se conservaba en toneles previamente tratados. Los barriles se

enjuagaban numerosas veces para acostumbrar la superficie de la madera en un plazo de cinco a seis días. Tras vaciar el contenido los recipientes ya estaban listos para ser rellenados con el agua potable. En cada tonel se introducía una cantidad mínima de cal viva “a razón de un hectogramo por barril de cuatro”. La parte exterior de las “cubas” se reforzaba con cilindros de hierro, que a su vez eran “embreados” para proteger estos depósitos de las ratas.

Se ha estimado que, para cubrir las necesidades básicas de marineros, ganado a bordo, y las tareas de cocina se precisaban 3.000 litros de agua diarios. Al cabo de unas semanas el agua solía terminar fermentada por bacterias, turbia y con unos olores terribles.

Las “fosas”¹³ que estaban en vigor se reemplazan asiduamente por razones de higiene. Originalmente, la fosa era una especie de despensa en la que los marineros amontonaban el resto de la carne que no habían consumido y que guardaban para la siguiente comida, de ahí su nombre. En el caso del agua se pueden describir como toneles cónicos con una capacidad de 60 ollas, o unos 110 litros, colocados en la cubierta,

antiguas, en particular la ordenanza de 1689 o la instrucción de 12 de febrero de 1776.

¹² Según las normas citadas en los *Annales Maritimes et Coloniales* publicados en París en 1820.

¹³ Término aún en uso.

donde los hombres podían servirse si era necesario con un “cuerno” (recipiente curvo) común para todos los tripulantes.

Para no perder la más mínima gota de agua, después de beber el marinero de turno colocaba el cuerno en una cajita al pie de las fosas comunes, que se cerraban con una tapa con candado. Había dos grandes contenedores, tradicionalmente bajo la vista del “alcázar”. Para evitar el abuso y el consumo excesivo de agua dulce solía haber un infante o marino haciendo guardia.

El reaprovechamiento del agua dependía del del *stock* disponible en el barco. En numerosas situaciones se empleó el agua sobrante de las cocinas para el consumo de los navegantes. Para evitar la putrefacción también se podía añadir vinagre o bitartrato potásico¹⁴. A partir del *Reglamento 1799*, la fosa común fue sustituida por varias pequeñas tinajas cerradas provistas de un grifo. Ahora los marinos debían servirse con sus propias tazas, lo que en teoría debería mejorar las condiciones de higiene.

En alta mar: configurar las raciones y sus proporciones

La condición del enfermo y su salud podían variar dependiendo de cuál fuera su ubicación (en travesía, en puerto, en tierra, etc.). Las raciones de los malheridos o incapacitados eran distintas. La argumentación de estas medidas se basaba en un organigrama complejo y debía pasar por la supervisión del asistente del comisario a bordo (para la parte administrativa y evitar posibles fraudes). Asimismo, el oficial superior debía ratificar la redistribución de alimentos y bebidas entre este sector de la tripulación.

En 1809 las raciones de “comidas grasas” para tripulaciones cuyos navíos estaban armados o desarmados y en estaciones de descanso eran copiosas. Cada día los pelotones de 7 individuos se repartían 750 gramos de pan o 550 gramos de la vista más arriba galleta de mar, además de 69 centilitros de vino, que podían ser sustituidos por 1 litro y 38 centilitros de cerveza (o sidra) en los puertos del Canal, desde Saint Malo hasta Holanda.

A estas cantidades en días de más abundancia se les añadía 250 gramos de carne fresca, normalmente cruda, en los

¹⁴ Dubaye, *op. cit.* (nota 9), pp. 17-18.

almuerzos. En las cenas encontramos: 120 gramos de guisantes, habas o *fayols*, o 60 gramos de arroz, sal “en cantidad suficiente”, 500 gramos de aceite de oliva y 47 centilitros de vinagre por un miriagramo de verduras, el doble que por un miriagramo de arroz¹⁵. Además, podían contar con un caldo en el que podrían haber introducido sus raciones de carne. Como ya se ha señalado, la carne se entregaba cruda a la cuadrilla, previamente al cocinado para asegurar proporciones equitativas y justas.

Los días en los que se evitaba emplear una gran cantidad de grasa (lunes, miércoles y viernes) la carne fresca se sustituye por 120 gramos de bacalao crudo. Si es necesario, a veces se reemplazaba por 90 gramos de queso *Gruyère* o holandés, o 120 gramos de verduras. Si es bacalao, se aliña con un litro y medio de aceite de oliva y 300 centilitros de vinagre por miriagramo de pescado¹⁶.

En su regreso a puerto los oficiales revisaban el estado de las cantidades sobrantes. Todo lo que aún fuera

comestible se redistribuía entre los almacenes para ser consumido por presos y trabajadores. Para este último grupo las cenas son las mismas que para las tripulaciones embarcadas. Los días de raciones magras la carne en conserva se reemplazaba por 120 gramos de bacalao o vegetales crudos o los ya referenciados 90 gramos de queso. Dos veces por semana, cada hombre también tenía derecho a 30 gramos de chucrut y 15 gramos de acedera confitada, con propiedades antiescorbúticas. El chucrut era parte de las raciones que llevaban a bordo los sanitarios navales. Este alimento tenía una finalidad profiláctica, lo que permitía deshacerse del escorbuto. Se debía tener mucho cuidado en su elaboración tal y como señaló Duhamel du Monceau en sus tratados, si el procedimiento no era el correcto podía llegar a fermentar y ser caldo de bacterias dañinas.

También había raciones de mousse, que eran iguales para todos los miembros de la tripulación. El vino no era común y solía estar prohibido, de ofrecerse su

¹⁵ El miriagramo fue ampliamente utilizado en la Armada francesa; representa una cantidad de diez kilos de alimentos. En definitiva, si para diez kilos de verduras se necesitan 500 gramos de aceite de oliva, cada hombre solo tiene 5 o 6 gramos por comida, es decir, apenas una cuchara para aliñar sus guisantes o habas, y la mitad de vinagre. Los guisantes, las habas y los *fayols* son

legumbres, pero la Marina los describe como “vegetales” por conveniencia. De hecho, las verduras verdes son un plato de lujo generalmente reservado para la mesa de los oficiales, en ocasiones, o para los enfermos.

¹⁶ En este momento se habla de raciones por cada 7 tripulantes.

coste se añadía a su salario (4,50 francos al mes).

Para la elaboración de la galleta de mar se debía embarcar una cantidad suficiente que pudiera llegar a cubrir 550 gramos de harina por ración y por hombre, para así poder dar 750 gramos de pan por tripulante “sano”, y 612 gramos por tripulante enfermo.

El brandy a veces reemplazaba al vino, y de nuevo, con moderación; la cantidad es menor, una cuarta parte de la cantidad de vino estipulada, y solo dos veces al mes. En cuanto al aliño, es pobre en cantidad: para diez kilos de bacalao, se empleaba kilo y medio de aceite de oliva y 300 centilitros de vinagre. En la Marina francesa, el aceite de oliva se cuantificó en kilogramos¹⁷.

Excepcionalmente, y solo con autorización de la administración central, el aceite de oliva podría ser sustituido por mantequilla en la proporción de 860 gramos de mantequilla por 500 gramos de aceite. Asimismo, se hacía empleo por cada 100 hombres y al mes de 650 centilitros de vinagre¹⁸, 1,2 kilogramos de mostaza, 64

kilogramos de sal y 15 gramos de pimienta.

Las raciones para enfermos

Los tripulantes enfermos y heridos tenían sus propias raciones y comidas especiales, completamente reservadas para ellos. Su ración diaria era de 612 gramos de pan, un huevo, 245 gramos de cordero fresco y una séptima de pollo, que se podía sustituir por 120 gramos de cordero, o una “pastilla de caldo”. A su vez se podía agregar 60 gramos de arroz o 120 gramos de ciruelas, ambos ingredientes sazonados con 15 gramos de mantequilla o azúcar.



Figura 5. *Duhamel du Monceau*. Colección Wellcome, Londres.

¹⁷ Esta cantidad aumenta respectivamente a un kilo y 94 centilitros para diez kilos de arroz y medio litro y 47 centilitros para hortalizas. Sin embargo, el aceite de oliva se mide en gramos, no en litros.

¹⁸ El vinagre se utiliza tanto para preparar mostaza como para “acidificar” el agua o

“perfumar” el casco. “Perfumar” el barco significa limpiarlo diariamente con una mezcla de vinagre, pólvora y enebro, estos dos últimos ingredientes se usan alternativamente para ahorrar inventario. La enfermería se perfumaba dos veces al día.

El Servicio de Sanidad aseguraba el embarque de 3 gallinas, dos ovejas vivas (en Saint Malo, Lorient y Brest); solo una oveja en los otros puertos, 94 pastillas de sopa, 73 hectogramos de ciruelas, 5 kilogramos de mantequilla, 300 gramos de azúcar, 44 hectogramos por gallina por mes, 24 kilogramos de heno por oveja cargada y 73 hectogramos de sal para 3.000 raciones. El destino de estos alimentos era el de asegurar la salud de los enfermos en el navío. Estos debían consumir nutrientes con más frecuencia y cabe destacar que disfrutaban de más productos dulces. Esta lista y sus contenidos cambiaron con las reformas de 1809, no obstante, respetaron numerosos principios de los reglamentos de 1784 y 1799.

Los incapacitados y enfermos a bordo tenían derecho a pan fresco, vino, miel o extracto de enebro dulce por la mañana. La miel, por supuesto, era custodiada por el jefe de sanidad del navío. A las 11:00 recibían sopa, pan, vino y carne fresca. A las 16:00 pan, vino y ciruelas pasas con azúcar o arroz con azúcar

Algunos de estos alimentos predilectos eran consumidos igualmente por la oficialidad del navío y por ello muchas

veces estos alimentos debían ser compartidos con los enfermos. Por otro lado, cuando los mandos recibían visitas de suma importancia (véase capitanes generales o cargos superiores) doblaban sus raciones para tratar con todo lujo y honores a sus huéspedes. Esto significaba menos raciones para los enfermos.

Un caso especial: las “conservas” de Nicolas Appert

Nicolas Appert nació en 1749. Abrió una tienda-almacén en París en 1784 y llevó a cabo experimentos paralelos para mejorar la conservación de sus productos. En 1797 logró un resultado convincente por medio de cuatro fases que él mismo describió de la siguiente manera:

“Contener en botellas o frascos las sustancias que se desea conservar; tapar estos diferentes jarrones con la mayor atención; pues es principalmente de encorchar de lo que depende el éxito; someter estas sustancias, así contenidas, a la acción de hervir agua al baño maría por más o menos tiempo, según su naturaleza, y en la forma que se indica para cada especie de alimentos; sacar las botellas del baño maría a la hora prescrita (...)”¹⁹.

¹⁹ Véase: Appert, N., *L'art de conserver, pendant plusieurs années, toutes les substances animales et végétales*, Francia, 1810. Asimismo: Fredj, C.

y Fichou, J. C., “La sardine à l’huile et son adoption par les militaires français”, *Revue historique des armées*, 258 (2010), pp. 99-109.

Los primeros recipientes fueron botellas de champán, pero rápidamente el novicio investigador hizo empleo de tarros. Cambió de local en 1802 y sus elaboraciones fueron advertidas por el Ministerio de Marina francesa, que hizo un primer pedido en 1803 para probar las conservas. El Servicio de Sanidad y sus intuiciones parecían favorables a la adopción de la nueva técnica, pero Caffarelli, prefecto marítimo de Brest, todavía dudaba y exigió más pruebas que aseguraran una trayectoria mayor, confirmado así la fiabilidad del producto. Hizo colocar un barril de conservas en la bodega de un barco atracado en puerto, donde tuvo que permanecer dos meses antes de abrirse su contenido. Caffarelli no estuvo nada satisfecho con el resultado de este experimento.

Los reveses de las escuadras francesas en 1805 dejaron en un segundo plano las experiencias culinarias de Appert. No resurgieron hasta 1807-1808. En ese momento, los diversos prefectos marítimos de Brest y Rochefort se mostraron más a favor del proceso, pero no se registró ninguna orden. En 1809, sin embargo, Appert recibió una recompensa por su trabajo en forma de un artículo elogioso de la *Société d'encouragement pour l'industrie nationale*. En 1810, el ministro del

interior, Montalivet, le concedió 12.000 francos a condición de que publicara, a su costa, la descripción de los procesos de conservación que había desarrollado en sus talleres. Redactó su trabajo en dos meses y finalmente se imprimieron 6.000 ejemplares, que fueron distribuidos por todo el Imperio francés.



Figura 6. Nicolas Appert. Colección Wellcome, Londres.

Su obra está traducida a varios idiomas por toda Europa e Inglaterra, es innovadora ya que llega a plantear la sustitución de tarros de cristal por latas de hojalata selladas herméticamente. El proceso de conservación en latas de hierro también se vivió en Francia y la Marina lo utiliza para ciertos alimentos desde 1811.

Pero el mismo Appert conocía este proceso y experimentó por su parte, sin

estar convencido, pareciéndole mayor la complejidad del proceso que las ventajas potenciales que pudiera ofrecer. Fue en el transcurso de la Restauración de los Borbones cuando la elaboración de conservas en latas por su parte se configuró realmente y su sistema se vio perfeccionado en 1818. En 1820 recibió por su proceso una medalla de oro, de la *Société d'encouragement pour l'industrie nationale*.

La enfermería en los navíos

Según el tamaño del barco, las cantidades varían, pero las reservan farmacéuticas de a bordo solían abundar. El jefe de sanidad llevaba consigo, además de las cantidades de los remedios dadas por la comisión de sanidad, un cofre que contenía todo lo necesario para cuidar de seiscientos hombres y seis meses de campaña. Además de varios utensilios y equipos médicos, el lugar que ocupaban estos remedios en el día a día resultaba primordial. En términos de intendencia, algunas curas constaban en el listado de raciones, como pueden ser las especias y otros ingredientes. Estos elementos quedaban reservados para el uso del oficial médico. En la botica podríamos mencionar los siguientes a bordo: bayas de enebro, canela, azúcar moreno, extracto de enebro, hojas de salvia, flor de saúco y manzanilla, linaza,

aceite de oliva, malta de cebada, miel blanca y común, pimienta, ruibarbo en polvo y azafrán, ruibarbo entero, regaliz, té verde y vinagre.

Otros remedios

Otros “medicamentos y refrescos” se podían localizar en los cofres de los oficiales médicos; en muchos casos no constan en el inventario. El lector debe saber que “refresco” en aquel momento no recibía la misma acepción que hoy. Este concepto era el empleado para definir alimentos “frescos”, es decir, vegetales verdes y otros suministros como pan recién horneado, carnes, etc. Por lo tanto, eran productos que no estaban en salazón ni secos.

Esta lista sin marcar se toma de las regulaciones de 1784 que se mantienen en ese momento. No se indican las cantidades por parte del sanitario. Por lo tanto, el oficial de salud registra a bordo “(...) arroz, grano gastado y acedera confitada para las diversas sopas o empanadas que, en general, son más adecuadas para los enfermos en el mar (...)”.

También hay “una cierta cantidad de gallinas” con “(...) zanahorias, cebollas y mostaza triturada, cuyo uso está especialmente recomendado para marineros”, especialmente para

convalecientes, pero también se dispone de “extracto de limón, tanto para la composición de la bebida Colbert, como para la del ponche antiescorbútico, indicada en las fórmulas”²⁰.

Cada mañana se instituía una rutina de limpieza para lavar, raspar y perfumar la proa, la bodega, la cubierta y debajo de los castillos de proa, etc. Para prevenir incendios, el oficial de salud inspeccionaba la caldera de la cocina todas las mañanas antes de ponerla en servicio.

La ubicación del ganado y las aves destinadas a los oficiales y enfermos estaba diseñada para que estuviera aislada y no produjera inconvenientes; esta es la razón por la que el corral de ovejas se coloca en pisos inferiores y los gallineros a la altura de la segunda batería. No se permitía el almacenamiento de animales muertos en las bodegas ni en otras partes del buque. Los puestos de combate también debían mantenerse secos y sin agua de mar en todo momento.

Conclusiones

Las comodidades a bordo y las normas de los servicios de salud no cambiaron hasta el final del Primer Imperio francés, donde la mayoría de los medicamentos y procedimientos se encontraban en activo desde el Antiguo Régimen. Por otra parte, las innovaciones médicas del periodo napoleónico se integrarán bajo la Restauración, como se observa en las conservas de Nicolas Appert y la investigación sobre el escorbuto y la higiene a bordo de los barcos.

Llama la atención que la comida a bordo o en el puerto solo cambiara en cantidad, y no en contenido, desde el reinado de Luis XVI hasta la Restauración francesa. Los únicos cambios provienen de los descubrimientos científicos de Appert y los medios de conservación. La medicina y la higiene se adaptaron entonces a las innovaciones técnicas de la construcción naval, pero todavía se utilizaban ciertos remedios o fármacos de la vieja escuela.

²⁰ El “Colbert” es una variante del ponche tal como lo conocemos hoy en día, siendo un “ponche antiescorbútico”, otro nombre para el

grog actual. Por otro lado, las regulaciones de 1784 solo se publicaron el 15 de enero de 1785 y se reprodujeron en su totalidad en 1786.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

Situation du magasin aux vivres du Fort-de-France, 1.er germinal-22 mars 1805, Archives Nationales d'Outre-Mer/Ministère de la Culture (ANOM), col. C8, leg. A 111 F.º 89.

Fuentes impresas

Instruction sur le service des vivres de la marine, en exécution du traité passé le 30 floréal an 11 des lois, règlements sur ce service, du décret impérial pour la composition des rations, 31 janvier 1809, Paris, Bibliothèque Nationale de France (BNF).

Portant fixation des rations de vivres pour les troupes de la République, du 25 fructidor an IX, Paris, Bibliothèque Nationale de France (BNF), B. L. 104 3.ème série, arrêté n.º 858.

Libros, Manuales, Monografías

Appert, N., *L'art de conserver, pendant plusieurs années, toutes les substances animales et végétales*, Francia, 1810.

Beriet, G., “La lutte contre la fièvre jaune dans les Antilles françaises: marine, médecine et pratiques coloniales (fin XVIIIème-début XIXème siècle)”, en VV. AA. (coords.), *GIS Réseau Amérique latine. Actes du 1er Congrès du GIS Amérique latine: Discours et pratiques de pouvoir en Amérique latine, de la période précolombienne à nos jours, 3-4 novembre 2005*, La Rochelle, Université de La Rochelle, 2007, pp. 1-12.

Des Perrières, P., *Mémoire sur les avantages qu'il y auroit à changer absolument la nourriture des gens de mer*, Paris, Imprimerie Royale, 1771.

Dubaye, E., *La chirurgie navale au XVIIIème siècle: à travers la création de l'école de Rochefort et l'analyse de 3 journaux de navigation*, Paris, Universidad de Paris Descartes, 2017-2018.

Duval-Le Roy, N. C., *Encyclopédie méthodique*, T. I-IV, Paris, Panckoucke, 1783-1788.

Keraudren, P. M. F., *Réflexions sommaires sur le scorbut*, Paris, Chez Lebour libraire, 1804.

Moreau, A., *Essai sur l'hygiène militaire des Antilles*, París, Imprimerie de Migneret, 1816.

Muffat, S., *Les Marins de L'Empereur*, París, Éditions Sotéca, 2021.

Pingeron, J. C., *Manuel des gens de mer, ou Recueil d'observations sur les moyens de conserver leur santé pendant les voyages de long cours*, París, A. Joubert jeune, 1780.

s. a., *Lettres d'un chirurgien à M**** armateur, au sujet du régime végétal, proposé pour les gens de mer*, Londres, s. e., 1773.

s. a., *Recueil des lois relatives à la marine et aux colonies*, T. I-IX, París, Imprimerie de la République, años republicanos V a VIII.

Artículos en revistas y medios

Fredj, C. y Fichou, J. C., “La sardine à l’huile et son adoption par les militaires français”, *Revue historique des armées*, 258 (2010), pp. 99-109.

***Muffat, S., “La sanidad a bordo de los navíos: el rol de los alimentos, el agua y los refrescos”, *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, 2 (2023), pp. 49-66.

*La caricatura en el marco de la propaganda bélica durante la
Guerra de la Independencia española*

*Caricature in the framework of war propaganda during the Peninsular
War*

Rafael López Lombarte¹

Universidad Carlos III de Madrid - Asociación Española de Recreadores Históricos

Recibido: 27-07-2022

Aceptado: 16-12-2022

Resumen:

El enfrentamiento militar siempre ha traído consigo una cierta cantidad de avances tecnológicos, cuando no sociales y culturales. La Guerra de la Independencia española abrió la puerta a uno de los tipos de representación más polémicos en el ámbito de la comunicación, la caricatura. El propósito de este estudio es el de mostrar una visión general sobre el uso de este medio, como arma política, en el teatro de operaciones peninsular durante las guerras napoleónicas, así como el de profundizar en sus funcionamientos retóricos en el marco de la propaganda política empleada durante el conflicto.

Palabras clave:

Caricatura, Cultura visual, Guerra de la Independencia, Opinión pública, Propaganda.

Abstract:

Military confrontation has always brought with it a certain number of technological, if not social and cultural breakthroughs. The Peninsular War opened the door to one of the most controversial types of representation in the field of communication, the caricature. The purpose of this study is to overview the use of this medium, as a political weapon, in the peninsular theatre of operations during the Napoleonic wars, as well as to delve into

¹ Dedicado a N. B., sin el cual nada de esto hubiera sido posible.

its rhetorical performance within the framework of political propaganda used during the conflict.

Keywords:

Caricature, Visual culture, Peninsular War, Public opinion, Propaganda.

Introducción

“Against the assault of humor nothing can stand”.

(Mark Twain)

Hay temas, como la guerra, el hambre o la enfermedad, que tienden a exigir de una cierta seriedad en su tratamiento. Sin embargo, la risa siempre ha compartido espacio con la pena. El humor se configura como un mecanismo de defensa frente a la adversidad que, aplicado con criterio, se convierte en un eficaz escudo capaz de deflactar los golpes recibidos. El estallido de la Guerra de la Independencia española (1808-1814) trajo consigo, además de las atrocidades y penurias de cualquier guerra, y de los avances sociales y políticos propios de un proceso constituyente como el de Cádiz en 1812, una nueva fórmula que permitiría a la sociedad española atacar sus problemas de frente y con una sonrisa, la caricatura.

Este tipo de representación gráfica, ausente en el panorama nacional hasta mediados de 1808, se convertirá en un aspecto esencial de la crítica política, social y cultural en la sociedad española gracias a sus cualidades técnicas y retóricas que le servirán para llegar a todas las capas de la sociedad de manera rápida, eficaz y eficiente, superando las

trabas del analfabetismo y homogeneizando el acceso al panorama político. Gracias a estas propiedades, la caricatura ocupó un lugar privilegiado en el aparato propagandísticos de aquellos países que se resistían al dominio napoleónico.

Nuestro recorrido comenzará sentando las bases de dichos aparatos propagandísticos, pasando después a conocer las particularidades de la caricatura, y profundizando en su uso durante la Guerra de la Independencia, para terminar dedicándole un espacio a las diversas teorías que giran en torno al funcionamiento del humor, desde Platón a John Morreal, pasando por Hutcheson o Bakhtin, ya que la filosofía siempre ha prestado cierta atención a las causas y consecuencias de la risa en el ser humano. Gracias al trabajo de múltiples investigadores, seremos capaces de comprender con mayor precisión el papel que jugó este tipo de representación en un momento de violencia continuada, y como este ayudó a quienes la supieron utilizar para crear artefactos culturales que han perdurado en el imaginario colectivo desde entonces.

La propaganda en el transcurso de la Guerra de la Independencia española

Conviene comenzar el presente trabajo estableciendo un marco desde el cual poder profundizar ciertos matices del objeto que nos ocupa, la caricatura en el marco de la propaganda bélica durante la Guerra de la Independencia. Es por ello por lo que resulta inevitable comenzar por lo principal. Desde un punto de vista etimológico, el término propaganda nos invita a dejar de lado los tumultuosos espacios de conflicto para trasladarnos a la bucólica paz agrícola, siendo su significado original el de aumentar el número de plantas a base del corte y plantado de esquejes, o por lo menos eso nos dicen sus componentes léxicos.

Desde un punto de vista histórico, este concepto nos lleva a la *Sacra Congregatio Christiano Nomini Propaganda*, comisión constituida por la bula *Inscrutabili Divine* (1622) emitida por el papa Gregorio XV, encargada de la lucha contra la reforma protestante, y que acabaría ocupándose fundamentalmente de la expansión del

catolicismo². Sin embargo, y a pesar de las diferentes lecturas que nos ofrecen ambas perspectivas, ninguna de estas descripciones termina de ajustarse al objeto de estudio que nos ocupa. Para entender el significado de un término tal en un contexto bélico es necesario recurrir a fuentes contemporáneas. El *Institute for Propaganda Analysis*, nos ofrece una definición que delimita nuestro recorrido de manera concreta y hábil:

“Propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para unos fines predeterminados y por medio de manipulaciones psicológicas”³.

Conviene añadir a esta definición un matiz que resulta de suma importancia para terminar de acotar lo que conocemos como “propaganda de guerra”. Alberto Ramos hace hincapié en que esta es un tipo de comunicación persuasiva y altamente especializada, que recurre a todos los medios a su alcance en cada contexto histórico⁴. Un buen ejemplo de ello es el uso de

² Pizarroso, A., “Prensa y propaganda bélica 1808-1814”, *Cuadernos dieciochistas*, 8 (2007), p. 205.

³ Edwards, V., *Group Leader's Guide to Propaganda Analysis*, Nueva York, Columbia University Press, 1938, p. 40.

⁴ Ramos, A., “Habitantes del mundo todo. Una aproximación a la propaganda en la Guerra de la Independencia española”, en Rújula, P. y Canal, J. (eds.), *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 283.

caricaturas durante la Guerra de la Independencia española, que destaca por lo novedoso desde el punto de vista técnico y retórico, optimizando la elocuencia de los diferentes discursos. Ramos lo resume estableciendo que el objetivo de los aparatos propagandísticos de las facciones beligerantes es el de influir en la acción humana a través de la manipulación de símbolos y de las emociones humanas básicas.

Podríamos concluir que la propaganda no es sino la elaboración y divulgación de argumentos políticos a través de diversos medios, con la meta de desprestigiar al oponente y alimentar la moral propia.

El caso de la Guerra de la Independencia española tiene particularidades que hacen de su propaganda un caso de estudio muy interesante, dada la diversidad ideológica e identitaria de los contendientes, no solo entre los aliados peninsulares y británicos, sino en la propia *Grande Armée*, nutrida por individuos de múltiples procedencias geográficas y con un alto índice de diversidad social y cultural⁵.

La propaganda bélica en este período nos ofrece una perspectiva única en el estudio de la evolución de los modelos de representación y su impacto social y cultural. Víctor Mínguez explica de manera brillante la influencia de dichos cambios aludiendo a los mecanismos de representación propagandística utilizados por las monarquías prerrevolucionarias, cuyo objetivo primordial era el de establecer una conexión entre su dinastía y la divinidad, constituyéndose en una suerte de protección frente al cuestionamiento del origen de su poder. Sin embargo, en el caso de Napoleón I su construcción iconográfica bebe de dos circunstancias contrapuestas y paradójicamente complementarias. Por un lado, su procedencia de la baja nobleza contrasta con el origen divino de las dinastías precedentes, es retratado como un ejemplo a seguir por sus virtudes como individuo, una suerte de hombre hecho a sí mismo que ha alcanzado lo más alto de la pirámide social a través de trabajo y esfuerzo, es una imagen cercana y altamente relacionable con cualquier ciudadano corriente.

Por otro lado, legitima su posición de poder estableciendo vínculos históricos

⁵ Para profundizar sobre la composición y organización de la *Grande Armée* se recomienda consultar: Bar, J. J., *El Ejército napoleónico. La*

Grande Armée de Napoleón y sus aliados, Madrid, Nowtilus, 2022.

con otros grandes referentes militares del pasado, como Aníbal o Carlomagno. La confluencia de ambas construcciones iconográficas lo convierte en un hombre nuevo y a la vez heredero de la historia⁶. Un maravilloso ejemplo lo encontramos en la litografía ecuestre de Napoleón (1832), realizada por Gotardo Grondona en Barcelona y fuertemente inspirada en el cuadro *Napoleón cruzando los Alpes* de Jacques-Louis David.

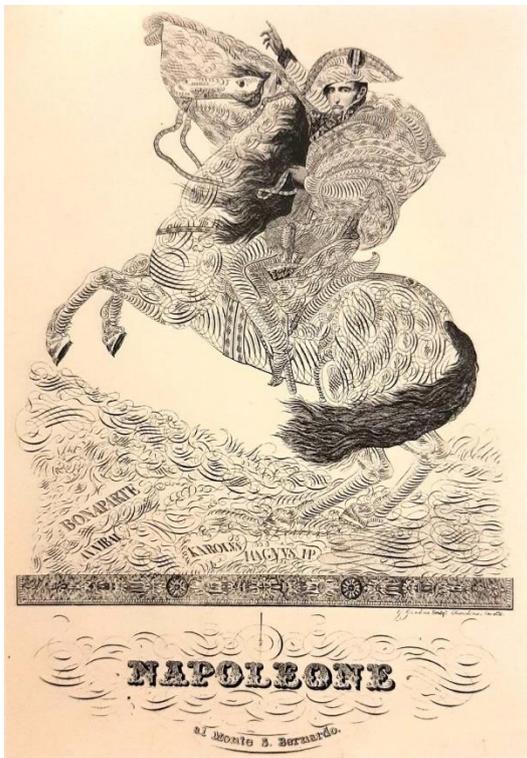


Figura 1. *NAPOLEONE al monte S. Bernardo*. Gotardo Grondona, Barcelona año 1832. Colección Antonio Correa. Bajo el equino se observa “BONAPARTE, ANNIBAL, KAROLUS MAGNUS. MP.”.

Queda claro, pues, que el estudio en profundidad de los fenómenos propagandísticos a lo largo de la historia puede dotarnos de las herramientas necesarias para identificar estos mismos fenómenos en nuestros tiempos. La “Era de la Información”, en la que nos hayamos sumidos, caracterizada por el fácil acceso a ingentes cantidades de conocimiento, sirve como ejemplo de la facilidad con la que se puede manipular a la ciudadanía a través de mensajes clave en los medios de comunicación de masas y las redes sociales.

Las formas pueden haber evolucionado; sin embargo, el fondo sigue siendo el mismo, el control y manipulación de la opinión pública en aras de conseguir objetivos específicos. Más adelante profundizaremos en el efecto de dichos medios para la construcción de una identidad común, así como en la cimentación de la alteridad y del “otro”.

La propaganda francesa

Antes de la traumática experiencia del levantamiento del pueblo de Madrid, el 2 de mayo de 1808, era habitual encontrar en territorio español artefactos culturales que reforzaban los lazos establecidos entre la Francia napoleónica y la España

⁶ Mínguez, V., “Un Bonaparte en el trono de las Españas y de las Indias. Iconografía de José Napoleón I”, *Ars Longa*, 20 (2011), p. 113.

borbónica, ya fuera en forma de proclamas, estampas, objetos decorativos, así como coplillas populares. Estas, más que proceder de la propia Francia, solían ser elaboradas en España por aquellos cercanos ideológicamente a los revolucionarios franceses⁷. Además de quienes se identificaban con el ideario revolucionario, defendido por Bonaparte en sus comienzos, no podemos dejar de señalar a la corte de Carlos IV y el favor de ciertas instituciones políticas y sociales, habiendo sido la España borbónica acérrima enemiga de la Francia revolucionaria durante la Guerra de la Convención (1793-1795). Sin embargo, no podemos descartar como elemento decisivo la influencia geopolítica del Reino Unido.

En su artículo *Propaganda francesa sobre la intervención en España*, Jean-René Aymes hace un recorrido por algunos textos redactados por ciudadanos franceses, dentro y fuera de España, en el que se ofrece una imagen casi idílica del país, prestando especial atención a la descripción de las ciudades de Madrid y Barcelona y sus virtudes paisajísticas y culturales. Actitud que

cambia abruptamente después de mayo de 1808, a partir del cual Francia recupera, en apenas unos días, las fórmulas retóricas utilizadas durante la Guerra de la Convención, y que se ensañan con el antiguo aliado, haciendo referencia a su carácter pasional, arrogante y orgulloso.

Con todo, no podemos decir que esto sea lo más llamativo de la experiencia propagandística napoleónica en territorio español. El juego político europeo obligaba a las potencias del momento a establecer o romper las alianzas en función de los movimientos del resto de actores políticos, nacionales e internacionales.

En el caso de España se puede personificar la alianza con Francia en las figuras de Carlos IV y su valido el “Príncipe de la Paz”, Godoy. De la misma manera que se podría personificar la liberación de España en la figura cautiva de Fernando VII de Borbón, apodado “El deseado”. Es por ello por lo que el aspecto más llamativo de la propaganda francesa respecto a la Guerra de la Independencia española no tiene como principal objetivo atacar al pueblo español, a pesar de los pesares, sino más

⁷ Bar, J. J., “Napoleón I Bonaparte. Un emperador francés a través del fondo antiguo de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla” [en línea]. *Documentos de trabajo de la*

Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla. (2022). <https://eprints.ucm.es/id/eprint/75170/> [Consulta: 24 de septiembre de 2022].

bien señalar al *establishment* del Imperio británico como el titiritero que mueve los hilos de sus marionetas peninsulares. Aymes resume el funcionamiento del aparato de propaganda francés, en su propio territorio de la siguiente manera:

“En el caso de la guerra de España, la prensa parisina utiliza las llamadas *Noticias de Inglaterra*, fingidamente sacadas de diarios londinenses que, en contra de lo que cabía imaginar, ofrecen una visión de los hechos no antinómica con la francesa, sino más bien complementaria o coincidente. (...) se enfatizan o se inventan las críticas dirigidas por unos ingleses anónimos a las autoridades británicas o a los responsables militares que actúan en la península”⁸.

Esta descripción nos da a entender, por un lado, la visión idiosincrática que el aparato propagandístico francés intenta inculcar a sus ciudadanos con respecto al pueblo español, así como la insistencia en minar los esfuerzos de guerra por parte del Imperio británico.

Llama la atención, por otro lado, la divergencia en el objetivo marcado por la propaganda napoleónica respecto a cada uno de sus enemigos. Mientras que denuncia la supuesta naturaleza del pueblo español, haciendo énfasis en la

noción de “pueblo”, se muestra mucho más amable con el británico, focalizando en las estructuras de poder dominantes en las islas. Esto queda patente en otro artículo de Aymes titulado *Las visiones francesas de la Guerra de la Independencia*, a través del cual se nos acerca un poco más al inteligente uso por parte de Napoleón de su infraestructura de propaganda:

“Una anglofobia pertinaz y enconada empapa todas las noticias referidas a la Guerra de la Independencia, pero ese odio apunta más al Gobierno de Londres que al pueblo británico en su conjunto, dejando casi a salvo al ejército que combate en la península y que se contempla como más temible que el endeble ejército regular español. Esos soldados ingleses, por pertenecer a una nación civilizada, son capaces de tener, con sus adversarios franceses, comportamientos caballerescos, en apreciado contraste con los combatientes españoles, desacreditados por su incultura y su salvajismo”⁹.

Queda clara, pues, la diferencia en el trato a los diferentes enemigos por parte de la maquinaria de guerra napoleónica. Divergencias que, seguramente, sean visibles a su vez en diferentes teatros de operaciones como pudieran ser la

⁸ Aymes, J. R., “La propaganda francesa sobre la intervención en España en 1808”, *Revista de historia militar*, Número Extraordinario (2004), p. 197.

⁹ Aymes, J. R., “Las visiones francesas de la Guerra de la Independencia”, *El Basilisco*, 38 (2006), p. 8.

península itálica, centro Europa o el Imperio ruso. Esta diferencia de trato podría ser tanto causa como consecuencia de la enemistad entre las estructuras políticas de ambos países, España y Francia, en el transcurso de la historia.

Resulta inevitable, llegados a este punto, señalar la complicada posición en la que se encontraba José I, que podría ser descrita como de “entre la espada y la pared”, representando la espada al indómito pueblo español y la pared al inflexible emperador de los franceses, Napoleón I. Siendo la contundencia y, en algunos casos, la brutalidad de la *Grande Armée*, claramente alimentada por las narrativas propagandísticas, el peor de los enemigos de las esperanzas puestas por parte de José I en una pacífica y longeva ocupación del trono español, se convirtió en un regalo envenenando que, si bien no acabaría con su vida, acabaría por provocar su caída, nutriendo la enconada resistencia española a la ocupación extranjera de su territorio y sus instituciones.

Pero, como vimos a la hora de definir la propaganda, su función no solo se centra en denostar al contrario, sino que busca ensalzar al propio a los ojos de los

ciudadanos propios y ajenos. Así pues, deberíamos dedicar algo de atención al resultado de esta práctica por parte de los agentes napoleónicos en territorio español. Y es que, a pesar del esfuerzo propagandístico en favor de José I, no consiguieron evitar el desprestigio del monarca entre sus nuevos súbditos, y ello pese a que su reinado se caracterizó por múltiples decretos dirigidos a aumentar la felicidad del pueblo español. Entre otros podemos destacar la supresión de la Santa Inquisición, los derechos señoriales, las aduanas interiores o el tormento y la pena de horca. Medidas, todas ellas, de un marcado carácter progresista y humano, que no fueron capaces de sobreponerse al demoledor efecto de la propaganda dirigida contra la facción napoleónica, construida sobre el malestar de un pueblo agredido y humillado¹⁰. Este podría ser un claro ejemplo de cómo, en algunas ocasiones, los defectos “de forma” influyen de manera contundente sobre el fondo de una cuestión, transfigurando el efecto de determinadas medidas políticas en función de un discurso.

No podíamos dejar pasar la oportunidad de resaltar una última curiosidad al respecto de la maquinaria propagandística francesa en lo que a la

¹⁰ Mínguez, *op. cit.* (nota 6), p. 117.

Guerra de la Independencia se refiere, y es que, según algunos estudiosos, se publicaron muy pocas caricaturas que mostraran hostilidad hacia los británicos entre 1808 y 1814. Esto puede responder, probablemente, a la confianza puesta por parte de Napoleón en el bloqueo continental, más que a una pérdida de interés por este tipo de comunicación, debido a las dificultades de circulación del material procedente de Gran Bretaña en el continente durante la mayoría estos años¹¹.

No resulta fácil encontrar modelos del tipo de representación que nos atañe, elaborados por la facción napoleónica y sus aliados, en el tiempo y espacio que nos ocupa. Todo parece indicar que el gran esfuerzo de Napoleón iba dirigido en otra dirección, una intervención más directa, cuya intención era la de vencer y no la de convencer.

La propaganda española

Cabe destacar que al analizar un conflicto de esta índole no podemos olvidar el recorrido previo a la traumática experiencia del 2 de mayo, visto como la chispa que enciende la mecha de un cañón cargado de metralla.

Camino plagado de intrigas, enemistades y enfrentamientos en la opinión pública, protagonizados por los miembros de la Monarquía española y su valido Manuel Godoy. Antes de la fatídica fecha, la relación entre españoles y franceses gozaba de buena salud, salpicada de los achaques propios de actores con un largo recorrido en el teatro político internacional.

Jesusa Vega realiza un magnífico recorrido por esta relación y sus vaivenes antes, durante y después del conflicto. Señala múltiples formatos a través de los cuales España aireaba su amistad con el vecino, ya fuera a través de coplas, estampas y objetos decorativos de diversa índole. Estos eran bien recibidos por la población local, hasta el punto de que resultaba innecesario identificar la figura del emperador, pues ya era lo suficientemente reconocido y respetado. Tanto Napoleón como su familia se incorporaron al repertorio iconográfico de las personalidades de actualidad en todos los formatos y formas posibles, cajas, medallas, monedas y otros objetos decorativos¹².

Todo esto cambia entre la primavera y el verano de 1808, al explotar las tiranteces

¹¹ Clayton, T. y O'Connell, S., *Bonaparte and the British: prints and propaganda in the age of Napoleon*, Londres, British Museum, 2015, p. 47.

¹² Vega, J., "La cambiante imagen de Napoleón en España: del retrato imperial a la bestia apocalíptica y su desmemoria", *Ars Longa*, 27 (2018), pp. 186-188.

entre las diversas facciones dentro de la Monarquía española, además de las tensiones entre el pueblo madrileño y las tropas napoleónicas. Alteración que no solo afectó al aparato propagandístico español, sino que influyó de forma contundente a su homólogo británico¹³. En este lapso se activa un proceso por el cual se transforma la visión que el pueblo español tenía de las tropas napoleónicas y su emperador, un proceso en el que la propaganda tiene un papel fundamental.

Desde nuestra perspectiva actual podemos pensar que la alteración de la opinión pública es un proceso extendido en el tiempo, sin embargo el conde de Toreno nos da una idea de la velocidad a la que se produjo dicho cambio haciéndonos entender que apenas una semana antes del 2 de mayo, la perspectiva con la que se miraba a los franceses estaba bien lejos de la de ser unos enemigos, sobre todo teniendo en cuenta los medios técnicos con los que se contaba para transmitir información en una zona de guerra¹⁴. La principal consecuencia de este viraje en la propaganda se sirvió de la corriente idiosincrática para diferenciar a unos de otros, es decir, a través de mensajes muy específicos buscó resaltar las diferencias

que caracterizaban al “noble” pueblo español, del “pérfido” invasor francés.

Ahora bien, hay que tener en cuenta la extraña relación existente entre Francia y España a principios del siglo XIX, países que venían de haberse encontrado en el campo de batalla apenas un tiempo atrás, y cuya unión se sostenía en la enemistad común hacia el Reino Unido y no en afinidades ideológicas o cooperación económica. Las instituciones españolas habían permitido, hasta cierto punto, la influencia napoleónica en su territorio, seguían existiendo claras divergencias entre el modelo de pensamiento revolucionario y progresista que traían consigo los franceses y el conservadurismo reinante en la España del momento.

Resulta clave entender que el gran motor del cambio conceptual fueron los acontecimientos mismos, tales como la repentina ausencia del monarca, que agudizaron por fuerza la creatividad política e intelectual de los agentes involucrados, no tanto las múltiples y radicales diferencias entre ambas maneras de entender el mundo, que sin embargo serían clave para construir un discurso que sirviera para convertir al

¹³ Vega, *op. cit.* (nota 12), p. 190.

¹⁴ Llano Ruiz de Saravia de Toreno, J. M. Q., *Historia del levantamiento, guerra y revolución*

de España, Madrid, Imprenta de Tomás Jordán, 1835, pp. 55-56.

aliado en enemigo de la forma más rápida y contundente posible¹⁵. Este enfrentamiento ha sido retratado por Rújula, que señala aquellos aspectos que sirvieron para construir un discurso homogéneo y claro para la politización de la sociedad española:

“(…) el primer golpe de los ejércitos franceses fue parado mediante una defensa mayoritaria de las instituciones establecidas, una exaltación del principio monárquico y una movilización popular que permitió participar de estos mensajes y explicaciones de lo sucedido a una parte considerable de la población española. (...) un amplio proceso de politización de la sociedad española a la que hubo que explicar aceleradamente las razones del conflicto. Politización que estaba vinculada de forma muy directa con las demandas que se iban a proyectar sobre los individuos, fundamentalmente de sangre y dinero, es decir reclutamiento de hombres y exigencias económicas para sostener la resistencia. En estas circunstancias, si los discursos dominantes fueron a favor de la religión, el rey y la patria, la sociedad española bebió de estas fuentes políticas y las interiorizó como explicación elevada de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor”¹⁶.

Queda clara la relevancia de la identidad española como pieza clave en la construcción de la imagen del enemigo que, de esta manera, adquiere los rasgos necesarios para ejercer un rol de oposición a los valores que caracterizaban a la sociedad española. Proceso no libre de complicaciones, pues añadió un cierto matiz guerra civilista a un enfrentamiento popularmente presentado como de corte nacional, ya que quienes se identificaban en mayor o menor medida con ciertos valores revolucionarios o progresistas pasaba a ser visto como parte de la facción enemiga, perdiendo su condición de español, recibiendo la abstracta etiqueta de “afrancesado”.

Podríamos decir que el mayor exponente de esta demonización fue el propio Napoleón I, que se vio convertido en el modelo más representativo del enemigo de los valores tradicionales de la sociedad española, recurriendo para ello a todo tipo de técnicas retóricas. De la misma manera, su hermano José I se vio envuelto en una espiral narrativa que le atribuía vicios en función de las decisiones políticas que tomó durante su reinado, como veremos más adelante, y

¹⁵ Fernández, J., “Guerra de palabras. Lengua y política en la revolución de España”, en Rújula, P. y Canal, J. (eds.), *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la*

Independencia, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 242.

¹⁶ Rújula, P., “Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia”, *Revista Ayer*, 86 (2012), p. 58.

que nada tuvo que ver con su personalidad, sino más bien con aquello que era necesario para crear un enemigo¹⁷.



Figura 2. *Napoleón y su consejero.*
Anónimo, circa 1810. Colección British Museum. Consta de las expresiones: “Haz mal, *codigorum tanquam Diabolus ejus*”.

La introducción a la obra editada por Pedro Rújula y Jordi Canal, titulada *Guerra de Ideas*, aúna aportaciones de diferentes investigadores sobre el proceso en el que se vio envuelta la sociedad española en este camino hacia la identificación de un enemigo común. Proceso que destaca por su eficacia y alcance, en el que participaron los

principales agentes movilizados y se utilizaron todos los medios disponibles:

“Frente al enemigo, los españoles volcaron sus esfuerzos en construir un discurso movilizador, simple y bien definido, que permitiera identificar al adversario y dirigir contra él todos esfuerzos. El modelo retórico anti napoleónico se difundió con eficacia por toda la península apoyado en los más diversos medios. Todos los géneros se pusieron al servicio de la propaganda, desde los catecismos y poemas hasta la prensa y los grabados. Estos últimos desempeñaron un importante papel en la difusión de mensajes políticos entre el público iletrado. La estampa gráfica franqueaba bien las barreras del idioma y las de la cultura y tuvo gran aceptación entre el público”.

Del estallido de creatividad político intelectual a comienzos del conflicto brotó una nueva manera de hacer política en España, abriendo la puerta al uso de nuevos formatos y narrativas, regalando a la sociedad española una herramienta que no haría más que crecer, aprovechando el panorama político nacional (e internacional) del siglo XIX.

Y es que, favorecidos por la libertad de imprenta promulgada en la Constitución de 1812, proliferaron ingentes cantidades de periódicos y panfletos que

¹⁷ Ramos, *op. cit.* (nota 4), p. 287.

nacieron con la intención de movilizar la opinión pública, así como bajo la pretensión de ofrecer una amplia serie de soluciones a las continuas crisis políticas en las que se vería sumido el país¹⁸. Gracias a la cual hemos podido disfrutar de múltiples revistas orientadas a la sátira política como *El Zurriago* (Madrid, 1821), *El Sacamuelas* (Murcia, 1863), *Cu-Cut* (Barcelona, 1902) o *La Codorniz* (Madrid, 1941), de las que beben revistas de la actualidad como *El Jueves* (Barcelona, 1977) o *Mongolia* (Barcelona, 2012). Soportes, todos ellos, que se configuran como elementos de primer orden en el ámbito de la higiene democrática, pues se han acabado por convertir en una suerte de válvulas de escape, como las de las ollas a presión, que nos permiten deshacernos de la presión suficiente para evitar repetir las calamidades vividas por la sociedad española en el pasado, y cuya defensa va directamente ligada a la protección de nuestros derechos.

A pesar de la importancia que ha tenido en la sociedad española el uso de la caricatura como herramienta de crítica política, Matilla nos recuerda que este

tipo de representación fue muy novedoso en el panorama cultural español:

“Si bien la sátira es una forma habitual de ejercer la crítica en el ámbito de la literatura, apenas hay en España una tradición visual en este terreno. Quizá la ya referida falta de grabadores impidió el desarrollo de un tipo de estampas que habían gozado ya de una amplia popularidad en Inglaterra y que se había exportado a otros países de Europa fomentando su desarrollo local. (...).

En un principio las estampas se crean directamente en Inglaterra como prueba la existencia de algunos ejemplares con su texto en inglés, en los que se hace referencia a los sucesos de España y Europa, y dirigidas básicamente al público británico, interesado por los sucesos bélicos europeos. (...) bajo esta influencia comenzaron a editarse en España estampas satíricas, algunas de ellas bajo la inspiración de los modelos ingleses, pero la mayor parte concebidas de acuerdo con la técnica y la estética del grabado español, tanto del culto como del popular”¹⁹.

Esto explica las claras diferencias estéticas que podemos encontrar entre caricaturas procedentes de ambos lugares. La caricatura británica enfatiza los rasgos grotescos, exagerando la

¹⁸ Butrón, G., “Libertad de imprenta y conservadurismo en el Cádiz de las cortes”, *Erebea*, 4 (2014), p. 273.

¹⁹ Matilla, J. M., “Estampas españolas de la Guerra de la Independencia: propaganda, conmemoración y testimonio”, *Cuadernos Dieciochistas*, 8 (2007), p. 252.

morfología de quien se convierte en objeto de burla, presentando, pues, un estilo que podrías considerarse más refinado. La caricatura española, sin embargo, deja de lado la transformación física del protagonista del soporte para centrarse en aspectos relacionados en su mayoría con la actitud que se le supone.

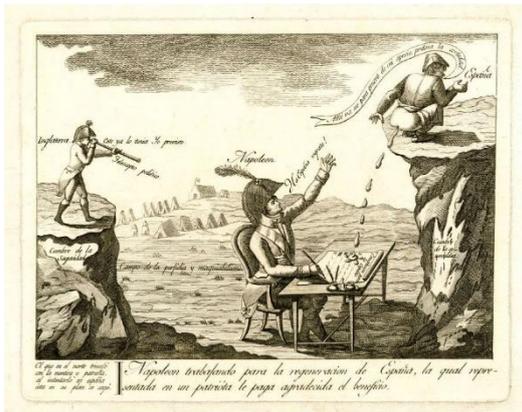


Figura 3. *Napoleon trabajando para la regeneración de España, la cual representada en un patriota le paga agradecida el beneficio.* Anónimo, circa 1809. Colección British Museum.

De trazo más simple, recurre de forma constante a una simbología más explícita, ya sea por el recurso continuado a la escatología o a las faltas morales y los vicios, como veremos en el caso de José I. Con el tiempo el estilo caricaturesco español iría refinándose hasta nuestros días, sin embargo el recorrido satírico español en el ámbito de la literatura daría buena muestra del amplio sentido del humor gastado en la “piel de toro”.

No podríamos dejar pasar este apartado sin una brevísima mención a la presencia de este

tipo de representación en los territorios ultramarinos ligados a la Monarquía hispánica. La sátira gráfica circuló libremente como apoyo a la corona española por los territorios americanos.

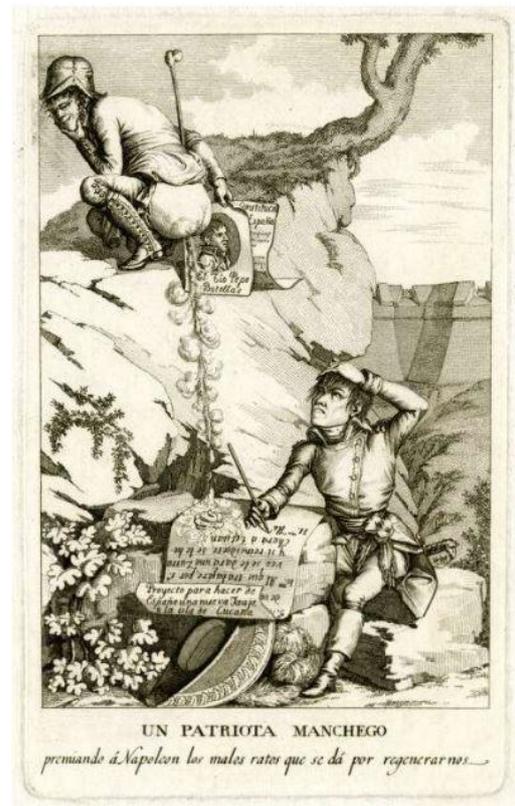


Figura 4. *Un Patriota Manchego premiando à Napoleon los malos ratos que se dà por regenerarnos.* Anónimo, circa 1808. Colección British Museum.

En 1808 se publicaron gran cantidad de bandos, periódicos y folletos en las que se denunciaba y atacaba la prisión de Fernando VII y la invasión napoleónica de la metrópoli. Su intención era demostrar, fomentar y justificar el apoyo incondicional a España, pues la contribución económica de América a la guerra era alta.

Hay que destacar la ingente cantidad de estudios relativos al uso de la caricatura como herramienta política elaborados por instituciones e investigadores del continente americano, debido, en parte, al popular uso de este medio en la reconfiguración geopolítica vivida en dicho continente entre los siglos XIX y XX²⁰.

La propaganda inglesa

Si algo caracteriza la propaganda británica del momento, es su enemistad con Francia, tanto en su etapa revolucionaria como la consular y la imperial, que vio en el Reino Unido un claro enemigo desde sus comienzos.

Esa monarquía parlamentaria, cuya influencia política y comercial se expandían a lo largo y ancho del globo, veía con cierta preocupación el creciente poder de Napoleón, cuya sombra se proyectaba sobre el imperio colonial británico y desestabilizaba el *status quo* en el continente europeo²¹. La necesidad de mantener su posición privilegiada en el teatro político de la época obligó al Reino Unido a plantar cara al avance napoleónico, ya fuera de manera directa

en el campo de batalla o indirectamente a través de un impresionante aparato propagandístico en el que debemos destacar el uso de la caricatura como herramienta para eliminar las barreras idiomáticas que le separaban del resto del continente.



Figura 5. *Los cinco hermanos.* Anónimo francés, *circa* 1810. Colección Museo de Historia de Madrid.

Sin embargo, no podemos olvidar que los sucesos acaecidos en mayo de 1808 no solo afectaron a la relación entre franceses y españoles, haciendo de los británicos terceros en discordia. Con la misma rapidez que se rompían alianzas y reavivaban viejas enemistades, se estrecharon nuevos lazos y se olvidaron antiguas rivalidades. Quienes se habían enfrentado en el cabo de Trafalgar unos años atrás, ahora se apoyaban

²⁰ Bonilla, H., “La gráfica satírica y los proyectos políticos de nación (1808-1857)”, en VV. AA. (coords.), *Los pinceles de la historia: de la patria criolla a la nación mexicana (1750-1860)*, México D.F., Museo Nacional de Arte, 2000, p. 172.

²¹ Ausín, A., *Propaganda, imagen y opinión pública en Burgos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Burgos, Universidad de Burgos, 2015, p. 109.

mutuamente para detener a Napoleón en su afán de conquista. La confrontación franco-británica, previa al estallido de la Guerra de la Independencia, dio pie a los caricaturistas británicos, los más prolíficos del momento, a asestar algún que otro golpe a la España de Carlos IV, dejando clara constancia de la relación de sumisión y entrega a la que los españoles estaban sometidos.

La representación de este particular vínculo quedaba reflejada en la figura de “Don Diego”, caracterizado por lucir un traje vistosamente anticuado, creado por el caricaturista James Gillray, quizás el más reconocido de todos los caricaturistas anglosajones, y que hace su primera aparición en la estampa titulada *The grand coronation procession of Napoleón I, Emperor of France, from the church of Notre Damme* publicada en 1804 por H. Humprhey²². Se hace patente que la imagen de sociedad anticuada y reaccionaria era común en el teatro político del momento, encontrando múltiples muestras de ello en el panorama internacional.

Tras el levantamiento del pueblo español contra las tropas napoleónicas, la maquinaria bélica británica desvió el

foco de atención de la Europa central a España, enviando un contingente armado en apoyo de la resistencia española. A pesar de la falta de evidencias, en la forma de anuncios publicados en las gacetas locales, podríamos aventurarnos a pensar que las estampas satíricas británicas debían ser conocidas en la península. Sin embargo, una serie de copias y adaptaciones de caricaturas británicas aparecieron repentinamente en otoño de 1808, coincidiendo con la llegada a España de John Hookham Frere como representante de la Corona británica a España²³.

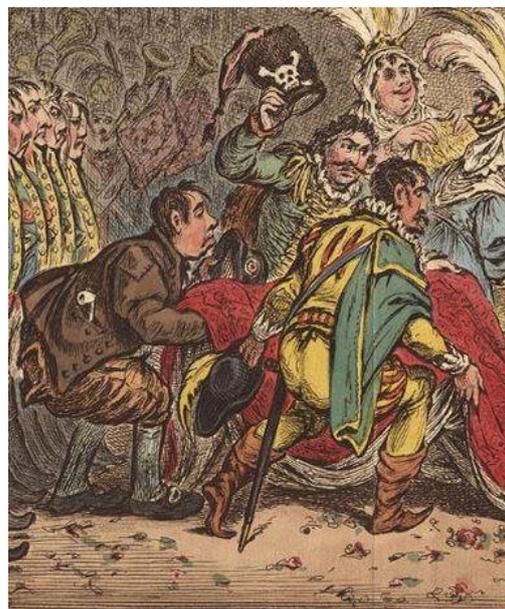


Figura 6. Detalle “Don Diego” en *The grand coronation procession of Napoleone the 1st Emperor of France, from the church of Notre-Dame Decr 2d 1804*. Dominio público.

²² Vega, *op. cit.* (nota 12), p. 189.

²³ Clayton y O’Connel, *op. cit.* (nota 11), p. 33.

La relación entre los caricaturistas británicos y los españoles no haría sino estrecharse, sirviendo los primeros como inspiración y modelo a los segundos, ayudando a estructurar a una de las prácticas de oposición política más comunes en la España del siglo XIX. La voluntad de prestar ayuda a su nuevo aliado fue explicitada por el segundo Conde de Grey, enfatizando la imperiosa necesidad moral y política del Reino Unido en apoyar las aspiraciones emancipadoras del Reino de España de la siguiente manera:

“To assist the Spaniards is morally and politically one of the highest duties a nation ever had to perform”²⁴.

Este énfasis de colaboración entre antiguos rivales, respondiendo a las nuevas necesidades tácticas de ambos, sirvió para desplazar el foco de atención de la propaganda británica, que momentáneamente se deshizo del solícito “Don Diego” dirigiendo sus sátiras contra Napoleón y su séquito. Llama la atención, al contrario de la propaganda española, un aspecto inherente de las caricaturas británicas y es que estamos acostumbrados a odiar a nuestros enemigos de todo corazón. Pero

la representación de Napoleón I era diferente, en la propaganda británica siempre se le adjudicó un potencial para el bien. A diferencia de la propaganda española, que lo tenía por el mal más puro, para los británicos era un ángel caído, con capacidad de redención, e incluso si se lo consideraba un villano, siempre era merecedor de la admiración de sus enemigos, debido al amplio abanico de virtudes que había mostrado a lo largo de su ascenso al poder²⁵.



Figura 7. *King Joe's retreat from Madrid.*

Thomas Rowlandson en base a la obra de George Murgatroyd Woodward. Publicada por Thomas Tegg el 21 de agosto de 1808.

Colección The Elisha Whittelsey Collection.

Este cambio en la narrativa del personaje que ambas propagandas buscaban denostar se hace claramente visible en las representaciones diabólicas y de corte

²⁴ Carta de Charles Grey, 2.º conde de Grey, a Henry Brougham, 29 de septiembre de 1808 en *Making of America Books*, p. 288.

²⁵ Peláez, J. E., “Historia de la caricatura”, *Clio History and Teaching*, 27 (2002), s. n.

escatológico adjudicadas a caricaturistas españoles, mientras que las estampas británicas se mostraban menos mundanas.



Figura 8. *The Beast as Described in the Revelations.* Thomas Rowlandson en base a la obra de George Saulez. Publicada por Rudolph Ackermann el 22 de julio 1808.

Colección The Elisha Whittelsey Collection.

Cabe destacar cómo los británicos mantuvieron la dinámica previa a la guerra, mostrando el atraso social y cultural español, casi en línea con la propaganda francesa. Claro ejemplo de ello es el uso continuado del atuendo “a la antigua” con el que se continuó representando a los españoles, así como la insistencia de resaltar el papel del clero en la resistencia española. Una forma sutil de atacar al enemigo inmediato sin perder la oportunidad de denostar la imagen de un aliado improvisado, de quien no se esperaba una fructífera y longeva relación, ya

fuera por considerarlo de menor relevancia o por las históricas enemistades que, al igual que con Francia, habían marcado las relaciones diplomáticas entre ambos países, y que continuarían haciéndolo de manera prolongada en el tiempo

Caricatura y sátira política

La caricatura es fácilmente reconocible, y diferenciable de otros tipos de representación, por cualquiera que se cruce en su camino. Personajes o acontecimientos exagerados, ya sea por el trazo con el cual se representan o por el desenlace de lo que escenifican, con la intención de transmitir un mensaje concreto, claramente orientado hacia un fin específico, desde una evidente perspectiva satírica. No nos detendremos en hacer un recorrido histórico de la caricatura desde sus orígenes, pero si conviene hacer una breve introducción antes de pasar a explorar las características de producción técnica y las características retóricas de este tipo de representación gráfica.

Nos podríamos remontar hasta el antiguo Egipto para disfrutar de las primeras caricaturas, siendo algunos de sus principales ejemplares expuestos en el British Museum, el Museo Arqueológico del Cairo o el Museo de Egiptología de



Figura 9. *Spanish Patriots attacking the French-Banditti – Loyal Britons Lending a Lift.*

James Gillray. Publicada por Hanna Humphrey el 15 de agosto de 1808. Colección The Met.

Turín. La producción satírica de soportes gráficos continuó desarrollándose hasta ser bautizada, en el renacimiento, como *ritratti carichi*, cuya traducción literal desde el italiano viene a decir algo así como “retratos sobrecargados”.

Una vez bautizada se comenzó a buscar una definición capaz de dar sentido a este tipo de representación tan novedosa, pero de tan largo recorrido, siendo quizás una de las más acertadas aquella propuesta por Giovanni Atanasio

Mosini, que la describía como *Perfetta diformità*. Pero no será hasta finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX cuando la caricatura, como fenómeno gráfico, gane una posición privilegiada en el panorama cultural. Es notable la relación directa entre el florecimiento de la estampa satírica británica con la época de Napoleón Bonaparte²⁶. Pero no solo por parte anglosajona, puesto que Napoleón, de la misma manera que haría Robespierre antes que él, fue muy

²⁶ Clayton y O’Connell, *op. cit.* (nota 11), p. 7.

consciente del poder de este tipo de representación, llegando a ordenar a su ministro Joseph Fouché, la elaboración de caricaturas que representaran la relación, meramente económica y transaccional, del Reino Unido con sus aliados continentales²⁷. Con la intención de denostar la imagen del *establishment* anglosajón no solo como un corruptor de aquellos que se encontraban bajo el paraguas protector napoleónico, sino mostrando los efectos que podría tener sobre sus territorios y economías la alianza con los británicos



Figura 10. *Mieux vaut tard que jamais.*

Anónimo, 1807. Colección Historic Royal Palaces.

El énfasis que, un gran estratega como Napoleón, puso en la importancia de la

caricatura no hace sino reforzar la idea, compartida por especialistas en el ámbito de la comunicación, sobre la gran influencia de este tipo de representación en la formación de la opinión pública, a través de la exageración de los rasgos de aquellos o aquello a lo que busca representar²⁸. Imprimiendo de esta manera una imagen de la realidad distorsionada por el filtro ideológico de quienes firmen dicho soporte, puesto que aquello que se nos presenta como esperpéntico, ridículo o grotesco será grabado en nuestras mentes con mayor intensidad que lo anodino, lo serio o lo formal. Esto tiene que ver con lo atractivo y lo llamativo de las imágenes presentadas, estampas que rompen la monotonía de los espectadores, sacándoles de su cruda realidad para transportarlos a un mundo de fantasía donde se les pone en una posición de superioridad frente al objeto de la burla.

²⁷ Bryant, M., *Napoleonic wars in cartoons*, Londres, Grub Street Publishing, 2015, p. 8.

²⁸ De la Mota, I., *Enciclopedia de la comunicación: artes, ciencias y técnicas*, T. II, Ciudad de México, Limusa, 1994.

Características técnicas de la caricatura

Los medios técnicos que permitían la reproducción mecánica de soportes gráficos habían ido perfeccionándose desde la invención de la imprenta por Johannes Gutenberg a mediados del siglo XV. En el tiempo que nos compete, y para este tipo de soportes, se empleó siempre el aguafuerte, aunque se pueden diferenciar dos estilos paralelos. Por un lado, las estampas de origen inglés (o aquellas copiadas de los originales británicos), donde se trabajaba con la punta de grabador, de manera más ágil, reduciendo al mínimo los espacios en blanco. Por otro lado, la tradición propiamente española, propia de la estampa moralizante, de técnica más regular y que conservaba en gran medida las normas establecidas para grabar en talla dulce. Para su impresión se recurría mayormente a papel nacional, aunque en ocasiones este podía ser sustituido por papel de colores o el conocido como papel holandés. Por norma general se entintaban en negro, aunque existía la posibilidad de dotarlas de cierta gama cromática, aumentando así su efecto²⁹.

La diversa metodología utilizada en la impresión de estampas nos da ciertas pistas sobre el papel que podían tener, en cada caso, este tipo de representaciones. Siendo en el caso español un tema de mayor seriedad y formalidad que en el caso británico.

La producción de este tipo de representación, a diferencia de estampas más solemnes, planteaba serias dificultades a sus autores. Debido al alto coste de su producción, el proceso de conceptualización, diseño e impresión de caricaturas se veía sometido a un serio estudio de mercado que tenía en cuenta los gustos y la demanda del público.

Es bastante probable que los creadores de este tipo de contenido vendieran sus ideas a los establecimientos especializados en impresión de estampas, excepto en los casos que los propios comerciantes plantearan ideas discutidas en sus establecimientos a un artesano que las grabara en un soporte apto para su impresión.

No podemos olvidar que, a pesar de la carga ideológica de estos soportes, el principal objetivo de los distribuidores de estampas siempre había sido económico³⁰. Esta organización de los

²⁹ Vega, J., “El comercio de estampas en Madrid durante la Guerra de la Independencia”, en RAH (ed.), *Estampas de la Guerra de la*

Independencia, Madrid, Calcografía Nacional, 1996, pp. 21-22.

³⁰ Clayton y O’Connell, *op. cit.* (nota 11), p. 21.

medios de producción nos invita a pensar en la maleabilidad del contenido publicado en este tipo de representación, creando una curiosa relación entre el sometimiento a la opinión pública y la capacidad de estos soportes de condicionar dicha opinión. Y es que, si algo caracterizó al grabado durante la Guerra de la Independencia fue su total adaptación a los sucesos y demandas políticas del momento³¹.

Precisamente son las características de estas estampas y las circunstancias políticas y sociales en las que se llevaron a cabo, las que nos llevan a pensar en el reducido número de estampas que han sobrevivido al paso del tiempo. Si consideramos que estas estampas se producían en grandes cantidades, con intención de llegar a un número elevado de individuos, y que los medios económicos debían ser limitados, no podemos evitar llegar a la conclusión de que la calidad material de dichas estampas debía ser bastante pobre. Pero este no es el único motivo que nos lleva a pensar en la reducida cantidad de soportes que han llegado hasta nuestros tiempos, debemos tener en cuenta las dificultades que podían presentarse a los

ideólogos, grabadores e impresores de estos soportes si las fuerzas de ocupación descubrían que en sus talleres se producían estampas críticas con las tropas napoleónicas (o viceversa). Llegamos a la conclusión, pues, que no su durabilidad no dependía exclusivamente de sus características técnicas, sino que los propios mecanismos retóricos de este tipo de representación tuvieron un peso importante en su supervivencia.

Características retóricas de la caricatura

Como ya hemos visto, la caricatura como forma de representación gráfica y como contestación al discurso establecido se remonta muy atrás en el tiempo, y es gracias a la evolución técnica que toma un papel protagonista en la vida social y cultural del mundo occidental. En el siglo XVIII se introducen en los periódicos los llamados retratos caricatura, adquiriendo esta forma un nuevo sentido que la convierte en un arma social que ejecuta a través del ridículo, desenmascarando las pretensiones de los poderosos y, en ocasiones, truncando sus planes³².

³¹ Vega, J., “Modernidad y tradición en la estampa española del siglo XIX”, *Anuario del departamento de H^o y T^a del arte UAM*, Vol. IX-X, 1997-1998, p. 368.

³² Paraíso, I., “Teoría psicoanalítica de la caricatura”, *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 2 (1997), p. 99.

Apoyándose en un trazo grotesco, en situaciones irreverentes o en la pura escatología, la caricatura, es capaz de influenciar en la opinión del público. La potencia de este tipo de representación radica en su facilidad de comprensión y en lo llamativo de la irreverencia presentada. En su tesis doctoral, Carlos Gustavo Mejía Chávez señala la caricatura como una herramienta clave en el teatro de operaciones peninsular durante las guerras napoleónicas, señalando que la labor entusiasta de los caricaturistas durante aquellos años fue hacer de su medio un instrumento y baluarte de la resistencia para arremeter contra Napoleón y sus secuaces de la única forma a su alcance: exhibiendo públicamente las imperfecciones y debilidades del emperador de los franceses, cuestionando sus virtudes e integridad moral, así como su legitimidad³³.

El peculiar contexto bélico que supone la Guerra de la Independencia española nos permite recalcar una función clave en la caricatura política, la identificación y degradación del adversario.

Sin embargo, el valor propagandístico de este tipo de representación tiene sus

propias limitaciones, ya que, a pesar de la fuerza y eficacia icónica de la estampa, pudiendo incluso pasar a formar parte del imaginario colectivo de una época o una sociedad, la caricatura no predica sino ante un público rendido previamente a su causa³⁴. El ejemplo más claro de este fenómeno lo podemos encontrar en la propia figura de José I, a quien durante su reinado se apodó como “Pepe Botella”, cuya etiqueta ha perdurado en la memoria colectiva de los españoles desde entonces, convirtiendo a un hombre templado y sin afición a la bebida como un alcohólico empedernido.

Este proceso, a través del cual señalamos y etiquetamos al contrario, construyendo una imagen que reúne un elenco de vicios, con mayor o menor grado de veracidad, se mostró como una eficaz herramienta de unión en la sociedad española del momento en oposición a quienes encarnaban todo lo que no era propio de la identidad española. Rújula describe este proceso poniendo el foco en el efecto secundario que tuvieron este tipo de representaciones en la percepción social y política del pueblo español.

³³ Mejía, C. G., *¡Viva Napoleón/Muera Bonaparte! Propaganda y opinión pública en torno al Gran Corso (Nueva España 1798-1857)*, México, Colegio de México A. C., 2020, p. 312.

³⁴ Orbón, M. A. y Lafuente, E., *Hablar a los ojos: Caricaturas y vida política en España (1830-1918)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2021, pp. 9-32.



Figura 11. José “Pepino”. Anónimo, 1808-1814. Colección Museo de Historia de Madrid. Bajo la imagen se observa el texto que sigue: “NI ES CABALLO, NI YEGUA, NI POLLINO EN EL QUE VA MONTADO, QUE ES PEPINO. Botellas, copas, pepino, son los títulos José. Con que te honra de continuo España, advirtiéndote que, Tu suerte fue qual con-vino. Sufre la justa matraca. No te llegues á apurar. Y si alguna vez te ataca. La sed, bien puedes quitar. Un retazo á la casaca. Ahí tienes aquesta Mona. Que retorciendo el hocico. Enseña tu Real Persona. Diciendo. -Este llevó mico En lugar de la corona-. Una insignia bien remota. De ser cruz, tu condición. Por no ser, y ser DE-BOTA. La fixo en el corazón. De esta tu grande amiga”.



Figura 12. *Pepe “Botella”*. Anónimo, 1808-1814. Colección Museo de Historia de Madrid. “En la ermita de Baco arrodillado Jose-pillo se muestra fervoroso, Y con el eco dulce y armonioso. Se queda cada vez más elevado: Triste se mira por que no ha logrado. Que su garganta pruebe el generoso Agradable licor, y humildemente. Suplica, qual verás en la siguiente. ¡Oh Madre del licor, mi protectora! No desprecies la suplica, ni el ruego. De este tu fiel devoto, que te adora. Y que por ti fallece de amor ciego: Ya ves, Madre amorosa que no llego. Con el labio al licor que me enamora; Cubridme sin tardanza, la cabeza. De Malaga, Xerez, Tinto y Cerbeza. El amor a la botella. Es de tu Norte la estrella. CADA QUAL TIENE SU SUERTE, LA TUYA ES DE BORRACHO HASTA LA MUERTE”.

“Definir al enemigo operaba también en clave identitaria. En aquel momento de confusión extrema y de enorme desconcierto la definición del otro se convirtió en una buena manera de construir por contraposición los argumentos y principios que caracterizaban al bando patriota. Cumplía a su vez, una función ideológica, pues a través de su perfil negativo fue posible caracterizar los valores y principios que representaba el movimiento de resistencia”³⁵.

Aprovechando la estela de esa función ideológica que se otorga a la caricatura, no podemos pasar por alto las consecuencias que esto tendría sobre la sociedad española en su porvenir. Y es que la incorporación de este tipo de mecanismos retóricos en el panorama social y cultural español serviría para sentar las bases de lo que más adelante se convertiría en uno de los tipos de representación clave a partir de finales del siglo XIX, permitiendo que la sociedad española, en concreto, quienes ocupaban los estratos inferiores de la sociedad, se abriera a la opinión y crítica política. La sátira política ofrece al individuo una vía para la emancipación a través de diversos mecanismos.

Podemos señalar el regocijo que supone bajar de su pedestal a quienes quisieran colocarse por encima de nosotros, en cualquier ámbito, reduciendo considerablemente la intimidación a la que nos podríamos ver sometidos. Lo que nos lleva a pensar que el humor supone una evidente amenaza al poder establecido, principalmente porque nos permite aliviar las tensiones generadas por determinadas relaciones de poder, además de ofrecer una alternativa a la resistencia contra estas mismas redes de poder³⁶.

Ahora bien, no solo podemos achacar el éxito de este tipo de representación a lo llamativo de sus trazos, a lo grotesco, lo escatológico o lo incongruente, aunque no podemos negar su influencia. Hemos de mirar más allá de lo plástico para darnos cuenta de la relevancia retórica de estos soportes gráficos. Las caricaturas, como prácticas semiótico-discursivas, ponen en juego diversos códigos, verbales y visuales, que permiten la producción de sentido para poner en entredicho los discursos oficiales³⁷. Sin ese sentido resultaría extremadamente complejo conseguir que este tipo de

³⁵ Rújula, P., “El Francés invasor de 1808”, en Núñez, X. M. y Sevillano, F. (eds.), *Los enemigos de España: Imagen del otro, conflictos bélicos y discursos nacionales (S. XVI–XX)*, *Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política, 5-6 de junio 2008*, Madrid, Centro de

Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, p. 146.

³⁶ Eagleton, T., *Humour*, New Haven, Yale University Press, 2019, pp. 21 y 75.

³⁷ Algevis, V., “Zapata y la caricatura”, *Anuario Grhial*, 4 (2010), p. 46.

representaciones funcionara con éxito. Emisor y receptor deben, obligatoriamente, compartir los mismos códigos referenciales; el receptor no puede ser cualquiera, sino que debe ser alguien enterado, hasta cierto punto, del panorama político, social y cultural que supone el marco referencial en el desarrollo de la caricatura. Lo que hace que el mensaje de la caricatura política deba ser compartido por ambos, de manera que las funciones emotiva y persuasiva o apelativa vayan de la mano en este caso concreto³⁸. Se genera de esta manera una relación de camaradería entre emisor y receptor, que nos recuerda a la complicidad entre niños cuando estos obvian las normas impuestas por los adultos.

Ahora bien, además de recurrir a la teoría de literatura para explicar el fenómeno de la caricatura política, resulta muy interesante recurrir a quienes han dedicado su vida a la reflexión filosófica para profundizar en la faceta humorística relacionada con las caricaturas. Existen múltiples teorías que sirven para explicar las causas y efectos del humor en el ser humano, desde un punto de vista psicológico. Todas ellas tienen cabida en el estudio y comprensión de los

funcionamientos retóricos mostrados en la caricatura, aportando cada una diferentes argumentos en lo que al éxito de la caricatura como tipo de representación en la Guerra de la Independencia se refiere.

La primera de estas teorías, más por la antigüedad de sus discursos que por su relevancia actual, está ligada a la superioridad que el humor otorga a quien lo usa frente a sus adversarios. Ya en la Grecia clásica Platón nos invitaba a pensar que la risa es producida por la condición de ridículo que podemos otorgar a nuestros adversarios, lo que nos permite posicionarnos por encima de aquellos que son objeto de nuestra crítica. Siguiendo esta línea de pensamiento encontramos en Descartes la idea del humor como herramienta con una función social, afirmando que reírnos de otros es totalmente permisible en tanto que el objetivo sea ejercer de correctivo frente a una actitud errónea. La segunda de estas teorías se enfoca en la incongruencia como elemento inherente del humor. Esta se explicaría en la yuxtaposición de conceptos antagónicos como la grandeza, la dignidad y la perfección, con lo mezquino, lo vil o lo burdo. Entre los

³⁸ Sánchez, G. "La caricatura política: sus funcionamientos retóricos", *Razón y palabra*, 78 (2011), p. 8.

grandes pensadores relacionados con esta segunda teoría podemos mencionar a Immanuel Kant, Arthur Schopenhauer y Soren Kierkegaard, siendo el mayor exponente Francis Hutcheson, cuya lapidaria sentencia “*Men have been laughed out of faults which a sermon could not reform*”³⁹ resume a la perfección esta particular perspectiva del humor como elemento corrector. La última teoría, y quizás la que más peso tenga en nuestros días, está relacionada con el alivio que supone el uso del humor en determinadas situaciones. Para entender esta vía es necesario recurrir al trabajo de Mikhail Bakhtin sobre el carnaval, señalando que el humor característico de este fenómeno cultural se fundamenta en lo grotesco, lo escatológico y lo coloquial, enfatizando el cuerpo y el exceso, podríamos decir que es un tipo de humor que tiene por objetivo cualquier forma de autoridad, incluidas la razón y la piedad⁴⁰.

Cuando nos paramos a analizar las estampas satíricas distribuidas entre 1808 y 1814 en la península ibérica no podemos evitar encontrar coincidencias entre estas y cualquiera de las teorías

arriba presentadas. Al margen de su autoría todas siguen uno u otro patrón, rebajando la nobleza asumida por la dinastía Bonaparte, convirtiéndolos en seres incoherentes o “haciendo de lo terrorífico algo grotesco”⁴¹. Si a esto le sumamos el poder de la imagen como medio de transmisión de un mensaje, resulta evidente el éxito de las caricaturas en el marco de la propaganda bélica a lo largo de la guerra de la independencia, en su labor de oposición a la presencia napoleónica en la península, dada su capacidad de llegar a un mayor número de personas al margen de su nivel cultural. El peso de este tipo de estampas, según indica Pérez Vejó, llegó a desplazar otras formas de representación como la pintura, en el apartado gráfico, debido a la reducción de coste que supuso ciertos avances en su producción, así como el uso de una determinada retórica asequible para amplias capas de la sociedad⁴². A esto habría que sumarle que a pesar de lo obsceno del humor, en algunas de sus manifestaciones, este tiene una dimensión cognitiva, puesto que se ve condicionado por ciertas creencias o

³⁹ Hutcheson, F., *Thoughts on laughter and observations on the fable of the bees*, London, Bloomsbury, 1989, p. 51.

⁴⁰ McDonald, P., *The philosophy of humour*, s. 1., HEB Humanities, 2012.

⁴¹ Bakhtin, M., *Rabelais and his world*, Indiana, Bloomington, 1984, p. 66.

⁴² Pérez, T., “Imágenes y lucha política en torno a 1808”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, número conmemorativo (2008), pp. 267-284.

asunciones. Algo que, como ya hemos visto, se muestra indispensable para el funcionamiento tanto de la propaganda, como de las caricaturas en cuanto a su código semiótico discursivo.

Conclusiones

A lo largo del presente estudio se ha expuesto el significado y funcionamiento básico de la propaganda, enfatizando en el diferente uso que ofreció esta herramienta en los diversos actores del espacio y tiempo que nos compete, en función de sus objetivos, particularidades y perspectivas geopolíticas y culturales, apoyándonos en aquellos soportes que han sobrevivido el paso del tiempo, y cuya explicación no sería sino una redundancia, pues a la vista está que “una imagen vale más que mil palabras”.

Además, hemos podido comprobar cómo el uso de estos eficaces métodos de persuasión han sido una constante a lo largo de la historia, llegando hasta nuestros días, pudiendo incluso afirmar que su perfeccionamiento y el desarrollo de nuevos medios de comunicación de masas han incrementado su poder de manera sustancial. También hemos hecho un inciso en los medios técnicos de los que se valían artesanos y artistas para elaborar este tipo de soporte, su

singularidad y cómo esta ha afectado a la supervivencia cuantitativa de ejemplares de este tipo de representación. Pero de poco nos serviría saber cómo se elaboran estos soportes si no entendemos los mecanismos retóricos que se esconden tras sus grotescas formas y/o situaciones, que nos permiten entender la problemática adyacente a un medio tan eficaz y eficiente como lo son las caricaturas, que rompen las barreras sociales y culturales abriendo el espacio de opinión pública a cualquiera con la capacidad de ver y de reír. Es importante resaltar el papel que cumplen estos tipos de soporte en la creación de identidades, del tipo que sean, la influencia que pueden tener en la percepción de la realidad, entendida como cosmovisión, y su pervivencia en el imaginario colectivo. Para terminar, también hemos aprendido que la Academia otorga cierto valor al estudio del humor, y que han sido muchos (y muy importantes) quienes han dedicado cierto tiempo a reflexionar sobre las posibilidades del humor, un tema muy serio a pesar de lo jocoso que pueda resultar.

No creo que exista una mejor forma de despedir este artículo que con una reflexión del crítico y literato español Jacinto Osorio Picón, quien consideraba que los artistas que habían esgrimido el

lápiz satírico habían hecho tanto por el triunfo de ciertas ideas tanto como aquellos que vierten su sangre en el combate y en los campos. Y es que queda claro que las guerras no solo se luchan con armas y munición, y los campos de batalla no son terrenos olvidados a las afueras de las ciudades. También se lucha con palabras y con imágenes, a través de los ojos, los oídos y las bocas de los individuos. Que es tan importante acabar con el enemigo en el campo de batalla como lo es en el campo de las ideas. Y que en muchas ocasiones empuñar una pluma puede ser más peligroso que empuñar un arma. Pero por encima de todo, nos queda claro que, contra el asalto del humor, nada resiste.

BIBLIOGRAFÍA

Libros, Manuales, Monografías

Alba, E., “Las imágenes de la Guerra de la Independencia: la batalla por la visualidad de la memoria”, en Zurita, R. (dir.), *La Guerra de la Independencia española: memoria, paisajes e historia digital*, Granada, Comares, 2022, pp. 109-134.

Bakhtin, M., *Rabelais and his world*, Indiana, Bloomington, 1984.

Bar, J. J., *El Ejército napoleónico. La Grande Armée de Napoleón y sus aliados*, Madrid, Nowtilus, 2022.

Bonilla, H., “La gráfica satírica y los proyectos políticos de nación (1808-1857)”, en VV. AA. (coords.), *Los pinceles de la historia: de la patria criolla a la nación mexicana (1750–1860)*, México D. F., Museo Nacional de Arte, 2000, pp. 171-187.

Bryant, M., *Napoleonic wars in cartoons*, Londres, Grub Street Publishing, 2015.

Ciruelos, A., *Propaganda, imagen y opinión pública en Burgos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Burgos, Universidad de Burgos, 2015.

Clayton, T. y O’Connel, S., *Bonaparte and the British: prints and propaganda in the age of Napoleon*, Londres, British Museum, 2015.

De la Mota, I., *Enciclopedia de la comunicación: artes, ciencias y técnicas*, T. II, Ciudad de México, Limusa, 1994.

Eagleton, T., *Humour*, New Haven, Yale University Press, 2019.

Edwards, V., *Group Leader’s Guide to Propaganda Analysis*, Nueva York, Columbia University Press, 1938.

Fernández, J., “Guerra de palabras. Lengua y política en la revolución de España”, en Rújula, P. y Canal, J. (eds.), *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 237-280.

Hutcheson, F., *Thoughts on laughter and observations on the fable of the bees*, London, Bloomsbury, 1989.

Llano Ruiz de Saravia de Toreno, J. M. Q., *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, Imprenta de Tomás Jordán, 1835.

Mejía, C. G., *¡Viva Napoleón/Muera Bonaparte! Propaganda y opinión pública en torno al Gran Corso (Nueva España 1798-1857)*, México, Colegio de México A. C., 2020.

McDonald, P., *The philosophy of humour*, s. l., Humanities, 2013.

Orbón, M. A. y Lafuente, E., *Hablar a los ojos: Caricaturas y vida política en España (1830-1918)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2021.

Rújula, P., “El Francés invasor de 1808”, en Núñez, X. M. y Sevillano, F. (eds.), *Los enemigos de España: Imagen del otro, conflictos bélicos y discursos nacionales (S. XVI–XX)*, *Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política, 5-6 de junio 2008*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, pp. 141-164.

Vega, J., “El comercio de estampas en Madrid durante la Guerra de la Independencia”, en RAH (ed.), *Estampas de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Calcografía Nacional, 1996, pp. 17-40.

Artículos en revistas y medios

Abreu, C., “Periodismo iconográfico (V). Dibujo satírico, dibujo humorístico, chiste gráfico y caricatura”, *Revista latina de comunicación social*, 36 (2000), pp. 1-7.

_____, “Periodismo iconográfico (VI). La caricatura: historia y definiciones”, *Revista latina de comunicación social*, 38 (2001), pp. 1-6.

Agelvis, V., “Zapata y la caricatura”, *Anuario Grhial*, 4 (2010), s. n.

Aymes, J. R., “Las visiones francesas de la Guerra de la Independencia”, *El Basilisco*, 38 (2006), pp.7-24.

_____, “La propaganda francesa sobre la intervención en España en 1808”, *Revista de historia militar*, Número Extraordinario (2004), pp. 197-234.

Butrón, G., “Libertad de imprenta y conservadurismo en el Cádiz de las cortes”, *Erebea*, 4 (2014), pp. 261-276.

Matilla, J. M., “Estampas españolas de la Guerra de la Independencia: propaganda, conmemoración y testimonio”, *Cuadernos Dieciochistas*, 8 (2007), pp. 247-265.

Mínguez, V., “Un Bonaparte en el trono de las Españas y de las Indias. Iconografía de José Napoleón I”, *Ars longa: cuadernos de arte*, 20 (2011), pp. 109-124.

Paraíso, I., “Teoría psicoanalítica de la caricatura”, *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 2 (1997), pp. 95-104.

Peláez, J. E., “Historia de la caricatura”, *Clio History and Teaching*, 27 (2002), s. n.

Pérez, T., “Imágenes y lucha política en torno a 1808”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, número conmemorativo (2008), pp. 267-284.

Pizarroso, A., “Prensa y propaganda bélica 1808-1814”, *Cuadernos dieciochistas*, 8 (2007), pp. 203–222.

Rújula, P., “Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia”, *Revista Ayer*, 86 (2012), pp. 45-66.

Sánchez, G., “La caricatura política: sus funcionamientos retóricos”, *Razón y palabra*, 78 (2011), pp. 1-23.

Vega, J., “La cambiante imagen de Napoleón en España: del retrato imperial a la bestia apocalíptica y su desmemoria”, *Ars Longa*, 27 (2018), pp. 183-193.

Webgrafía

Bar, J. J., “Napoleón I Bonaparte. Un emperador francés a través del fondo antiguo de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla” [en línea]. *Documentos de trabajo de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla*. (2022). <https://eprints.ucm.es/id/eprint/75170/> [Consulta: 24 de septiembre de 2022].

***López, R., “La caricatura en el marco de la propaganda bélica durante la Guerra de la Independencia española”, *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, 2 (2023), pp. 67-100.

La “consulta” suiza de 1803 y la reactivación de la Confederación. Una aproximación a las bases de la Suiza moderna

The swiss “request” of 1803 and the restoration of the Confederation: An approach of the bases of modern Switzerland

Thomas Rahm Armuña

Asociación F. C. M. - Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 07-02-2023

Aceptado: 12-02-2023

Resumen:

En aras de comprender las bases sobre las que se erigió el sistema democrático federal suizo actual debemos analizar, aunque sea de manera panorámica, los elementos que fluctuaron para su materialización. En este sentido, la primera mitad del siglo XIX será el escenario idóneo para la progresiva construcción del modelo institucional y su consolidación tras 1848. No obstante, no debemos olvidar su entrada en la órbita francesa entre 1803 y 1815, cuya mediación supondrá la reactivación de la Confederación y la participación suiza en las guerras napoleónicas.

Palabras clave:

Cantones, Confederación, Constitución, República helvética.

Abstract:

In order to understand the foundations on which the current Swiss federal democratic system was built, we must analyze, albeit in a panoramic way, the elements that fluctuated for its materialization. In this sense, the first half of the 19th century will be the ideal scenario for the progressive construction of the institutional model and its consolidation after 1848. However, we must not forget its entry into the French orbit between 1803 and 1815, whose mediation will mean the reactivation of the Confederation and the Swiss involvement during the Napoleonic Wars.

Keywords:

Cantons, Confederation, Constitution, Helvetic Republic.

Introducción

La política de aislamiento y neutralidad que ha mantenido Suiza hunde sus raíces en los acontecimientos ocurridos en la Europa napoleónica entre 1803 y 1815, donde este complejo entramado de pequeños territorios soberanos adoptó una organización política evolucionada a partir de su proceso de independencia de los Habsburgo.

De esta manera, este sistema llegaba al contexto de la Revolución francesa, cuyos ecos llegarían hasta el territorio suizo, donde se produciría una auténtica lucha social y política por subvertir el orden de la República helvética en pos de retornar al “modelo confederal”, el cual preferían los cantones al tener mayor autonomía. No obstante, para aspectos como la fiscalidad o la defensa, los cantones suizos siempre lograron mantener unas relaciones multilaterales duraderas, conscientes de su posición en el corazón del continente europeo.

De este modo, el papel militar desempeñado por los diversos contingentes suizos durante las guerras napoleónicas nos indica la participación de la Confederación no solo en calidad de estado satélite, sino también como zona de reclutamiento para engrosar los ejércitos imperiales en sus campañas

europas. Todo ello no hubiera tenido lugar de no ser por la reorganización político-administrativa derivada de la mediación ejercida por el emperador en 1803, donde delegados de la República helvética eran acallados bajo la sentencia de “señores, la revolución ha terminado”. En consecuencia, el modelo confederal sería reactivado en favor de las autonomías cantonales y el reclamo de las viejas costumbres, lenguas y religiones imperantes en el país alpino.

A pesar de las contribuciones militares aportadas por los suizos de diversos cantones, la retirada de las fuerzas francesas hacia París tras la campaña rusa convertiría a Suiza en un área de tránsito de múltiples ejércitos europeos, tanto imperiales como aliados.

Así, el corpus legal de la Confederación, reactivado y modificado por la revolución y el Imperio se trastocaron de nuevo para adaptarse a los principios del Congreso de Viena (1815). Pese a ello, el legado político, jurídico e institucional dejado por Napoleón en la Europa que le sucedió se convertiría en el caldo de cultivo para los procesos revolucionarios liberales a partir de 1820 y en el caso suizo, desde 1848, momento clave en la construcción del estado moderno suizo y la definición de su neutralidad, democracia y federalismo a partir de lo

que Benedict Anderson denominó “comunidades imaginadas”¹.

Asimismo, Suiza defendió la conservación de su integridad a partir del diseño de una nueva política exterior materializada en su constitución como espacio de neutralidad y mediación para la paz:

“-Don't build your fence too wide-. Brother Klaus (1417-1487), hermit and patron saint of Switzerland, is supposed to have given his countrymen this early warning to keep themselves to themselves, saying something along the lines of don't get involved in other people's affairs'. His words are often quoted even today, and Swiss citizens allegedly swore an oath to them after losing the Battle of Marignano (1515). The neutrality that developed from those beginnings is for many a central component of the small alpine nation's success. Swiss neutrality was permanently established at the Congress of Vienna in 1815 by the powers that had defeated Napoleon, and with their guarantees of protection”².

La invasión francesa y la construcción de la República helvética

En gran medida, la construcción del Estado suizo contemporáneo es resultado de las influencias de la Revolución francesa y una evolución propia. La invasión de los ejércitos del Directorio en 1798 puso en jaque a la antigua Confederación de los Trece Cantones, vigente desde el siglo XVI. Esta sería disuelta para dar paso a la conformación de una república centralizadora helvética³.

A finales del siglo XVIII, la Confederación era una compleja amalgama de pequeños Estados encabezados simbólicamente por una Dieta, una suerte de conferencia periódica donde los cantones gozaban de representación permanente y donde los territorios aliados podían solicitar audiencia. La Dieta solía reunirse en verano bajo la presidencia de Zúrich; deliberaba en materia de política exterior además velar por el orden y la estabilidad de sus miembros. No obstante, el vínculo confederal se había visto deteriorado desde la Reforma, dando lugar a la

¹ Stiglitz, M. y Yerpo, K., “La neutralidad suiza a través de la mediación: El caso del conflicto de Sudán (1994-2005)” [en línea]. *Repositorio Académico Digital (Universidad ORT Uruguay)*.

2019. <http://hdl.handle.net/20.500.11968/4152> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

² *Ibidem*

³ Maggetti, D., “La excepción suiza”, *Historia y Política*, 1 (1999), pp. 71-82.

celebración de Dietas extraoficiales que reunían a católicos cuando no se enfrentaban con cantones de otra confesión en el campo de batalla⁴.

A nivel interno, la política imperante en estos momentos distaba mucho de sus orígenes democráticos. Los cantones alpestres reservaban sus *Landsgemeinde*⁵ a los descendientes de las viejas familias, mientras que los confederados no tenían buena acogida entre la burguesía. Berna y Zúrich, que habían tenido por costumbre consultar al pueblo acerca de la materialización de cualquier propuesta, habían dejado de lado dicha práctica desde el siglo XVII⁶.

La última Dieta celebrada del antiguo régimen tendría lugar en la ciudad de Aarau (Argovia) durante el mes de enero de 1798. El Gobierno de Zúrich la había convocado de manera extraordinaria con el fin de reforzar los vínculos confederales. Sin embargo, tras varias semanas de discursos y de promesas de mutuo auxilio, el cantón de Vaud rompía relaciones con Berna⁷.

La principal causa de este revuelo era Francia, quien, tras tres siglos, jugaría un

papel preponderante en la política exterior suiza. Frente a la vieja estructura social monárquica y a la diversidad provincial, pretendía exportar a otros territorios los principios de igualdad y uniformidad. Así, se producirá la “republicanización” de los Países Bajos, Renania, el Jura y el norte de Italia. La Confederación, con sus bailíos y oligarquías será objetivo de la revolución además de por su relevancia geoestratégica en el sistema montañoso alpino. Los adeptos a la transformación que Francia ofrecía moverían sus hilos desde el interior para favorecer una invasión. Pierre Ochs, natural de Basilea, redactará, bajo la supervisión de París, una nueva constitución que les será impuesta a los suizos. En adición, Friedric-César de La Harpe, desde el cantón de Vaud, y contra los deseos de Berna, solicita la entrada de tropas francesas⁸.

El 28 de enero de 1798, el general francés Brune atraviesa la frontera y ocupa Lausana. Desde allí se dirigirá a Payerne, desde donde organizará la ofensiva contra Berna, baluarte

⁴ Aubert, J. F., *Petite histoire constitutionnelle de la Suisse*, Berne, Francke Éditions, 1974, pp. 7-8.

⁵ Como traducción, podemos ofrecer la de “asamblea popular”, donde los patriarcas de las familias más influyentes de las regiones alpinas se guardaban la prerrogativa, por herencia

patrilineal, de asumir la representación política de los valles (entiéndase estos últimos como jurisprudencias de parentesco).

⁶ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 8.

⁷ *Ibidem*

⁸ *Ibidem*, pp. 8-9.

simbólico de la “antirevolución”. Para el 5 de marzo, tras una resistencia de tres días, los franceses desfilan por las calles de la capital, forzando con ello el sometimiento del resto de cantones⁹.

La entrada en la órbita francesa tendrá lugar en primavera de 1798 y durará hasta la retirada de las tropas imperiales en otoño de 1813, suponiendo cerca de dieciséis años como Estado satélite¹⁰. La dominación francesa trajo consigo toda una serie de cambios militares y financieros, dificultades económicas y un período de convulsión constitucional. En primer lugar, se produjo la ocupación de soldados franceses durante cuatro años, siendo incluso el propio territorio suizo campo de batalla en 1799 cuando Masséna, en los alrededores de Zúrich, hacía frente a Kórsakov mientras que Suvórov atravesaba los Alpes. Suiza se vería forzada, mediante dos capitulaciones, a suministrar anualmente en torno a 20.000 hombres para servir a Francia. Si bien la producción de mercenarios les era bien conocida a los suizos, nunca habían provisto tantos efectivos militares de forma unilateral. Por otro lado, el general Brune se hará con los fondos del tesoro de Berna,

llegando a acaparar 15 millones de francos a lo largo de seis semanas. Además, los franceses establecieron una presión fiscal sobre las ciudades suizas que se sumó a la exigencia forzosa de crédito y préstamos. En cuanto a la industria, esta sufrió un estancamiento fruto del bloqueo continental que la privaba del suministro de materias primas, dando lugar al retraimiento de los flujos comerciales, el cierre de los puntos de venta y la desaparición del mercado “intercantonal”. Además del severo daño causado al sector textil y el elevado porcentaje de “desocupación”¹¹ de la población en las regiones orientales, la influencia francesa también se traducía en la modificación del derecho público¹².

Entre las múltiples prerrogativas del general Brune se encontraba la de “liberar” a los suizos, lo que hizo que convocase 120 diputados de diez cantones para reunirse el 11 de abril en la ciudad de Aarau. La urgencia con la que se celebró la reunión hizo que los representantes de los cantones fundadores y aquellos de las regiones más orientales no llegaran a tiempo para participar. Esta convocatoria “selecta”

⁹ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 9.

¹⁰ *Ibidem*

¹¹ Para no entrar en la adopción de terminología económica moderna, entiéndase la

“desocupación” como la pérdida del empleo por parte de lo que consideraríamos población activa a día de hoy.

¹² Aubert, *op. cit.* (nota 4), pp. 9-10.

de los diputados de abril había sido similar a la convocatoria de la Dieta de enero, salvo que, en esta ocasión, la nueva asamblea aceptaba incondicionalmente en dos días el proyecto diseñado por Pierre Ochs y supervisado por los franceses¹³. Así, la Constitución del 12 de abril de 1798 se convertía en el primer texto constitucional escrito de Suiza en el sentido moderno del término, cambiando por completo la estructura del país; la Confederación, sus miembros y sus posesiones serían abolidas y fundidas en un nuevo Estado unitario, bautizado como la República helvética.

La República quedaba dividida en una veintena de cantones administrativos y electorales a la manera de los departamentos franceses, igualando así las antiguas diferencias jurídicas entre cantones (Zúrich, Basilea, Friburgo), territorios aliados (Grisones) y bailíos (Turgovia). Se renombraron nuevos espacios como Waldstaetten para referirse a los cantones fundadores, Sántis para los cantones de Glaris y San Gall y Lemán para Vaud. Berna, privada de sus posesiones, se veía recortados sus

territorios y su antigua Oberland gozaba ahora de su propia circunscripción¹⁴.



Figura 1. Boceto elaborado a mano de la bandera helvética utilizada entre 1798 y 1803 para el territorio suizo. Meyer, B., 1798. Colección Musée national suisse.

La administración central sería prácticamente idéntica a la organización francesa durante el mes de Fructidor¹⁵. De este modo, los suizos se dotarían de un Directorio compuesto por cinco miembros, ministros, un Gran Consejo y un Senado. Para la composición del Parlamento se concibió en un primer momento que el número de diputados del Gran Consejo fuera proporcional a la población de cada cantón y el número de senadores igual para todos. Es decir,

¹³ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 13.

¹⁴ *Ibidem*, p. 10.

¹⁵ Hanley, W., "Ney's Mission to Switzerland", *Napoleonic Scholarship: The Journal of the*

International Napoleonic Society, 6 (2015), pp. 93-108.

ocho diputados y cuatro senadores para cada circunscripción. Así, las elecciones se celebrarían por sufragio universal a dos niveles¹⁶.

Suiza tendría la oportunidad de construir una identidad nacional a partir de la idea de ciudadanía creada por la Revolución francesa, se equilibraron los territorios al mismo grado de igualdad jurídica, se separaron los poderes y se experimentó el bicameralismo junto al gobierno colegiado. Sin embargo, el proyecto no llegó a consolidarse debido a dos factores esenciales: se trataba de un modelo impuesto desde el exterior y su establecimiento implicaba la involucración de los suizos en una guerra general¹⁷.

La destitución de dos directores cuyas medidas iban en contra de los intereses franceses crearon un hueco que ocuparían, desde el mes de junio de 1798, Ochs y La Harpe. Ambos personajes no llegarían a entenderse nunca; un año más tarde el primero se retiraba y el segundo, liberado del incordio que le producía su colega, se atribuía más prerrogativas bajo un autoritarismo exacerbado. El 7 de enero de 1800, ambas cámaras legislativas decidieron destituirle y formar una

comisión ejecutiva de siete miembros. El 7 de agosto, dicha comisión, contando con el apoyo del Gran Consejo, anunciaba la disolución del Senado y se constituía como Consejo ejecutivo. A su vez, el Gran Consejo sería suplantado por una Dieta en septiembre de 1801; el Consejo ejecutivo y la Dieta por un nuevo Senado el 28 de octubre; y el Senado por una asamblea de notables en abril de 1802 para la elaboración de una nueva constitución¹⁸.



Figura 2. *Frédéric-César de La Harpe.* Pajou, 1803. Colección Musée Historique Lausanne.

Todos estos cambios no son exclusivamente fruto de la ambición humana, sino que traducen a la perfección un escenario marcado por el conflicto de opiniones, pudiendo con ello

¹⁶ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 11.

¹⁷ *Ibidem*

¹⁸ *Ibidem*, pp. 11-12.

hacernos una idea de los múltiples golpes de Estado que jalaron el breve recorrido de la República helvética. El poder ejercido por La Harpe a finales de 1799 marcó el apogeo del jacobinismo¹⁹. En este sentido, las jornadas del 7 de enero y del 7 de agosto de 1800 pueden considerarse como victorias republicanas. En consecuencia, el golpe del 28 de octubre de 1801 es claramente federalista: la Dieta de septiembre aún era unitaria, pero el Senado que la sucedía ya no. La asamblea de notables de la primavera de 1802 indicaba un ligero giro a la izquierda²⁰.

En 1798, los intereses franceses pasaban por la destrucción de la Confederación y la anexión del territorio suizo como un dominio más. A la altura de 1800, Bonaparte deviene primer cónsul y considera preferible reestablecer la división administrativa precedente. Mientras que el Directorio había favorecido a los jacobinos, el Consulado favorecerá a los republicanos y federalistas. Además, el corso dotará a los suizos de un proyecto de constitución que recibirá el nombre de “Proyecto de la Malmaison” (mayo de 1801). Este borrador se inspiraba en el modelo

americano, es decir, que se trataba de un sistema basado en la fórmula intermediaria del Estado federal, procurando así sintetizar el Estado centralizado y la Confederación. A raíz de modificar la versión centralizadora, la Dieta encargada de estudiar el proyecto será disuelta para el mes de octubre, final que también hallará el Senado en abril derivado del reforzamiento de los cantones²¹.

Finalmente, los notables se reunieron en Berna para la elaboración del texto federal. Se mantenía el Estado central pero los cantones eran reactivados con sus respectivos órganos de gobierno y competencias; los miembros de la Dieta federal serían elegidos por sufragio censitario así como el Senado, compuesto por veintisiete miembros; los tres principales senadores formaban el Consejo ejecutivo; y el Senado propondría leyes dentro de la jurisdicción ligada al Estado central. No obstante, este sistema propiciaba que la Dieta pudiera paralizar medidas, que los Consejos las aplicaran y que los cantones celebraran referéndums contra la imposición legislativa, evidenciando la ausencia de entendimiento. La nueva

¹⁹ Czouz-Tornare, A. J., “La Suisse face à la Révolution française: une conception différente de la Nation; de la République des Suisses à la République helvétique (1789-1803)” [en línea]. *Publications de l'Institut de recherches*

historiques du Septentrion. 2000-2023. <https://books.openedition.org/irhis/1729?lang=fr> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

²⁰ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 12.

²¹ *Ibidem*

Constitución helvética sería aprobada el 25 de mayo de 1802 y sometida a votación popular, dando lugar a la elaboración del primer escrutinio nacional. A la altura de junio, de un electorado total de 330.000 ciudadanos, 92.000 votaron en contra, 72.000 a favor y 167.000 se abstuvieron. La ausencia de voto por parte de aquellos ciudadanos electores se traducía, por consenso, en la inclusión en el recuento de las listas a favor del texto, promulgando de este modo la nueva Constitución el 2 de julio²².

Pese a su carácter moderado, este segundo texto constitucional no hallará un final distinto al de su predecesor ya que los federalistas, desplazados en abril, ahora volvían a ocupar un lugar preponderante en el escenario nacional. Los habitantes del cantón de Schwyz convocaron para el mes de septiembre una dieta al estilo del antiguo modelo donde tan solo los trece primeros cantones tendrían representación. Sus delegados se posicionaron a favor del regreso del antiguo régimen y la creación de una comisión para arreglar un pacto. Paralelamente, los paisanos de Berna y Soleura se levantaron en armas contra el

Senado helvético y marcharon sobre la capital, forzando la evacuación de los senadores a Lausana. El país se sumía en la anarquía, acaparando con ello la atención de Francia. De esta manera, el 30 de septiembre, en Saint-Cloud, Bonaparte anunciaba un arbitraje²³.

La mediación de 1803 y la creación de un cuerpo institucional referencial

El primer cónsul reprochaba a los suizos las vicisitudes internas que acusaban su desunión. Ante la aparente incapacidad por lograr un acuerdo, terminaría él mismo por poner fin a la querrela. Tras recibir a los delegados, Bonaparte los amonestó y no los volvería a atender hasta enero para dictar su sentencia, que recibiría el nombre de “mediación”. El Acta de Mediación sería promulgada el 19 de febrero de 1803 y se compondría de veinte capítulos. Los diecinueve primeros comprendían las constituciones de los diecinueve cantones suizos, ordenados en el alfabeto francés desde Appenzell hasta Zúrich. El capítulo veinte, titulado “Acta federal”, fijaba las relaciones entre cantones así como los asuntos que debían tratarse en común²⁴.

²² Czouz-Tornare, A. J., “Du centralisme au fédéralisme: quand le Premier Consul reformulait les institutions politiques de la Suisse

entre 1801 et 1803 (2e partie)”, *Napoleonica. La Revue*, 6 (2009), pp. 117-145.

²³ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 13

²⁴ *Ibidem*

Esta intervención sería determinante para el surgimiento y la consolidación de la actual Cancillería suiza, emulada por uno de sus miembros, Annemarie Huber-Hotz, en 2003 con motivo de la celebración de sus doscientos años:

“La Chancellerie de la Confédération suisse fête cette année ses deux siècles d’existence. Service d’état-major du Conseil fédéral, elle est la plus ancienne institution administrative de la Confédération: elle a 45 ans de plus que l’État fédéral moderne. C’est à Napoléon Bonaparte que la chancellerie doit son statut d’organe fédéral permanente”²⁵.

Si preferimos acudir a una fuente más coetánea, véase lo que expresaba el senador electo por el cantón de Vaud, Alexandre Chavannes, en su correspondencia privada del 23 de diciembre de 1802:

“Ne pourrait-on pas, sans blesser les droits que réclament impérieusement les langues, les religions, les moeurs, les intérêts et les opinions diverses, ramener cependant toutes les organisations cantonales à certains principes uniformes qui préviendraient ce trop grand isolement, et introduiraient une

sorte d’harmonie dans notre corps politique, j’ajouterai moral et religieux”²⁶.

Como resultado, Suiza se compondrá de diecinueve cantones: trece antiguos y seis nuevos, nacidos a partir de cuatro bailíos y dos territorios aliados. La idea era que los cantones fueran iguales entre sí y que no estuvieran atados a un poder central pese a depender enteramente de la voluntad de los franceses. Las constituciones cantonales se modificaron atendiendo a tres modelos: uno para aquellos cantones organizados por *Landsgemeinde*, otro para los antiguos cantones urbanos y un tercero para los nuevos (salvo Grisonas, que practicaban una especie de federalismo comunal). Si el primero de ellos recuperaba la tradición para codificarla, los dos modelos restantes pretendían armonizar el sufragio censitario y la elección por sorteo²⁷.

La estructura federal es restablecida por decisión de los franceses, cerrando así el “intermedio” de la República helvética y retornando a la pluralidad de Estados previa a 1798. Sin embargo, la constante común a todos los cantones suizos será la

²⁵ Chancellerie fédérale, “La Chancellerie de la Confédération suisse fête son bicentenaire” [en línea]. *Le Conseil fédéral: Le portail du Gouvernement suisse*. 10 de abril de 2003. <https://www.admin.ch/gov/fr/accueil/documenta-tion/communiqués.msg-id-19796.html> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

²⁶ Arlettaz, S., “La République helvétique et la Médiation: Les principes fondamentaux et la formation de la société” [en línea]. *Boèce: Revue romande des sciences humaines*. 2003, n.º 7. <https://folia.unifr.ch/unifr/documents/303202> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

²⁷ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 14.

dependencia de la dominación extranjera²⁸. La nueva Confederación poseerá el órgano que caracteriza a esta fórmula política: una dieta donde cada cantón tiene representación. Los cantones serán iguales jurídicamente, pero no tendrán la misma capacidad representativa en la Dieta. Así, los seis primeros cantones más populosos tendrán dos votos (Zúrich, Berna, Vaud, Argovia, San Gall y Grisonas), mientras que los trece restantes tan solo uno²⁹.

Además, el mediador quiso que cada año, un cantón distinto fuera responsable de la gestión de los asuntos comunes, dando lugar a la creación del cargo de cantón director o Vorort. Recordemos que, bajo el antiguo régimen, Zúrich ostentaba dicha función, mientras que ahora se disputaba entre seis cantones; y no necesariamente tenían más peso los más poblados con doble voto en la Dieta, sino más bien los más notables, es decir, aquellos que presentaban un equilibrio entre las diversas confesiones (Friburgo, Berna, Soleura, Basilea, Zúrich y Lucerna).

El jefe del Gobierno del cantón director, esto es, el burgomaestre o el magistrado jefe, sería, por un año, *Landammann*³⁰ de Suiza, encargado principalmente de velar por las relaciones entre Francia y la Confederación. El primero en ocupar este puesto fue M. d'Affry de Friburgo (1803) y el último M. de Reinhard de Zúrich (1813)³¹.

En términos políticos, la estabilidad latente durante el período de la mediación fue sumamente beneficiosa para la consolidación institucional del país. Se había puesto fin al conflicto intercantonal, se amplió la legislación penal, se fomentó la construcción de escuelas y se diseñó un sistema financiero moderno. La incapacidad de la Dieta por imponer leyes hacía que se viera en la posición de firmar acuerdos en materia de justicia y de policía además de participar en las obras hidráulicas³² para el saneamiento del llano del Linth³³. Tras diez años de relativa tranquilidad, la situación se ensombreció de nuevo. El mediador, que había estado ocupado guerreando en el

²⁸ Aubert, *op. cit.* (nota 4), pp. 14-15.

²⁹ *Ibidem*, p. 15.

³⁰ En término jurídico y extrapolado a la política actual de la Confederación, debe vincularse dicho cargo con el de la presidencia del Consejo Federal, cámara alta que se sitúa por encima del Consejo de los Estados y que se podemos sintetizar en la fórmula del derecho conocida como *primus inter pares*.

³¹ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 15.

³² Estas obras hidráulicas realizadas en Suiza a principios del siglo XIX consistieron en modificar el curso del Linth para hacerlo pasar por el lago Walenstadt y encauzar el curso del río entre los dos lagos de Walenstadt y Zúrich, con el fin de evitar inundaciones en la llanura del Linth.

³³ Aubert, *op. cit.* (nota 4), p. 15.

este, perdía importantes batallas en otoño de 1813.

Su apresurada retirada hacia Francia hizo que los rusos, los contingentes centroeuropeos y los austríacos les persiguieran hasta París. En un primer momento, los suizos declararon su neutralidad (noviembre), la cual fue violada por los Aliados (diciembre) en beneficio de algunos aristócratas de Berna que confiaban en Metternich para recuperar su posición y sus derechos³⁴.

En consecuencia, la obra constitucional que Bonaparte creó para Suiza no sobrevivirá a su derrocamiento. La cuestión ahora radicaba en saber por qué se iba a sustituir. Berna estaba obcecada por restaurar el antiguo régimen y los nuevos cantones no querían volver al estado de bailío. Algunos de los antiguos cantones les apoyarán, entre los que podemos destacar a Zúrich, Basilea y Escafusa. Otros como Friburgo y Soleura apoyarán la demanda de Berna.

De este modo, los primeros crearán el 29 de diciembre de 1813 una suerte de “asociación federal” (*Bundesverain*) fundada sobre la igualdad de los diecinueve cantones. La asociación, cuyo órgano ejecutivo será una asamblea federal (*Bundesversammlung*), preparará

en febrero de 1814 un proyecto de pacto. Este se pondría en común en una dieta que convocaría a todos los cantones para el 6 de abril, incluyendo a Berna y sus aliados. La Dieta tendrá una duración de dieciséis meses, lo que le valdría el nombre de la Larga Dieta (*Lange Tagsatzung*).

El proyecto de febrero sería totalmente modificado. En aras de salvaguardar la soberanía de los nuevos cantones, Zúrich hizo todas las concesiones posibles a Berna, sacrificando con ello la idea de dotar a la Confederación de poderes sustanciales y de órganos robustos ante la obstinada nostalgia de sus interlocutores. Finalmente, en septiembre se había instaurado un sistema que no distaba mucho del modelo previo a 1798 además de que el destino de los antiguos bailíos dependía de las potencias aliadas. Estas últimas, acuarteladas en Viena durante el invierno de 1814/1815 resolvían mantener la idea de igualdad: los seis nuevos cantones se mantendrían dentro de la Confederación junto a las incorporaciones de tres otros Estados: Valais, Neuchâtel y Ginebra, antiguos aliados de Bonaparte. Berna, que perdía Vaud y Argovia, recibía en compensación las tierras del Jura

³⁴ Aubert, *op. cit.* (nota 4), pp. 15-16.

pertencientes al antiguo Obispado de Basilea. Así, el Pacto federal firmado el 7 de agosto de 1815 en Zúrich restauraba parcialmente el antiguo régimen³⁵.

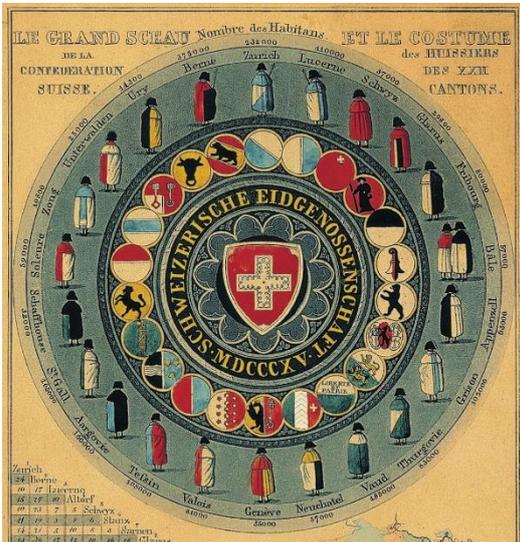


Figura 3. *Grand sceau de la Confédération des vingt-deux cantons de 1815.*

Dickenmann, 1850. Procede de la obra *Dictionnaire historique de la Suisse*.

El origen de la neutralidad y la vía federal de 1848

Tras 1815, Suiza se redefine en el escenario de la política europea adoptando la neutralidad además de ofrecerse como mediador de conflictos a nivel internacional³⁶. Desde el Acuerdo Federal de 1815 y materializado posteriormente en las constituciones de 1848, 1874 y 1999, la neutralidad pasará a formar la base de la política del país con independencia de la rotación de

gobiernos, adecuando así los intereses nacionales con los de la política internacional. Acciones posteriores como la acogida en 1871 de los 93.000 soldados franceses en retirada del general Bourbaki tras su derrota en la Guerra franco-prusiana o la asistencia brindada por la Cruz Roja desde 1863, recalcan la neutralidad del territorio suizo con pleno reconocimiento³⁷.

La neutralidad se consolidó aún más al ir pareja del proceso de construcción del Estado federal desde mediados del siglo XIX. La adopción del federalismo terminaría por generar una guerra civil en noviembre de 1847, donde se enfrentaron cantones protestantes y de corte progresista contra la alianza formada por los siete cantones católicos conservadores, los cuales se sentían marginados de la política nacional³⁸. Siguiendo lo planteado por Stiglitz y Yerpo, esta filosofía política podía sintetizarse, al menos para el caso suizo, en cinco características esenciales: democracia directa, gobierno permanente de coalición multinacional, capacidad legislativa bicameral y la consideración de los cantones como unidad básica autónoma, receptáculo de

³⁵ Aubert, *op. cit.* (nota 4), pp. 16-19.

³⁶ Stiglitz y Yerpo, *op. cit.* (nota 1), p. 56.

³⁷ *Ibidem*, p. 65.

³⁸ *Ibidem*, p. 54.

la democracia participativa³⁹. En consecuencia, la Guerra del Sonderbund (1847) marcaría el punto de ruptura del antiguo sistema para dar paso a la construcción de un nuevo modelo de Estado más centralizado⁴⁰.



Figura 4. *Detalle de la representación Combat entre troupes de la Diète et soldats du Sonderbund devant Meierskappel le 23 novembre 1847.* Jenny, 1847. Procede de la obra *Dictionnaire historique de la Suisse*.

Así, la rápida aceptación por parte de la mayoría de los cantones de la Constitución de 1848 ponía en marcha la cimentación de la Suiza moderna. Entre otros puntos, se extendía el sufragio universal, se creó un Parlamento federal (el cual elegiría a los miembros del Consejo federal, órgano ejecutivo) y se

unificó la política monetaria, así como el sistema de pesos y medidas o el propio sistema postal⁴¹.

El federalismo se planteaba como contrapeso de los particularismos cantonales, donde el ciudadano suizo desarrollaría un sentimiento de pertenencia y apego mayor que el profesado a la política de la Confederación. Como indicábamos unas líneas más arriba, 1848 marcó el paso del *Staatenbund* al *Bundesstaat*, creando con ello una federación de Estados que se asemejaba al modelo estadounidense. No obstante, seguirá denominándose “Confederación helvética” pese a no operar a partir de un modelo confederal propiamente dicho⁴².

Conclusiones

Como indicaba Benedict Anderson, la identidad suiza era un buen ejemplo de nación cívica, esto es, la construcción de una identidad nacional a partir de artefactos políticos comunes como la democracia directa, la neutralidad o la experiencia federal. Ese abanico de elementos compartidos hacía posible crear una base colectiva para la

³⁹ Stiglitz y Yerpo, *op. cit.* (nota 1), p. 56.

⁴⁰ Maggetti, *op. cit.* (nota 3), pp. 72-73.

⁴¹ *Ibidem*, p. 73.

⁴² Martínez, J. “La refundación de Suiza a mediados del siglo XIX: Un modelo vigente”, *Anales de Historia Contemporánea*, 17 (2001), pp. 561-572.

unificación de una nación sumamente heterogénea.

De esta manera, Suiza seguiría la vertiente historiográfica de los nacionalismos cívicos derivados de la Revolución francesa, cuyo proceso se condensa en el concepto de *Willensnation* o nación por voluntad popular.

He aquí donde hallamos la raíz del denominado patriotismo constitucional popularizado a mediados de los años ochenta del siglo XX por figuras como Jürgen Habermas o Jan Werner Müller; la base de la identidad pasaba por la responsabilidad cívica y el apego a los valores constitucionales.

BIBLIOGRAFÍA

Libros, Manuales, Monografías

Aubert, J. F., *Petite histoire constitutionnelle de la Suisse*, Berne, Francke Éditions, 1974.

Lentz, T., *Le Premier Empire 1804-1805*, France, Pluriel, 2018.

_____, *Le Grand Consulat 1799-1804*, France, Pluriel 2014.

Turchetti, M. (ed.), *La Suisse de la Médiation dans l'Europe napoléonienne (1803-1814)*, Friburgo, Universidad de Friburgo, 2005.

Artículos en revistas y medios

Czouz-Tornare, A. J., “Du centralisme au fédéralisme: quand le Premier Consul reformulait les institutions politiques de la Suisse entre 1801 et 1803 (2e partie)”, *Napoleonica. La Revue*, 6 (2009), pp. 117-145.

Hanley, W., “Ney’s Mission to Switzerland”, *Napoleonic Scholarship: The Journal of the International Napoleonic Society*, 6 (2015), pp. 93-108.

Maggetti, D., “La excepción suiza”, *Historia y Política*, 1 (1999), pp. 71-82.

Martínez, J. “La refundación de Suiza a mediados del siglo XIX: Un modelo vigente”, *Anales de Historia Contemporánea*, 17 (2001), pp. 561-572.

Webgrafía

Arlettaz, S., “La République helvétique et la Médiation: Les principes fondamentaux et la formation de la société” [en línea]. *Boèce: Revue romande des sciences humaines*. 2003, n.º 7. <https://folia.unifr.ch/unifr/documents/303202> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

Chancellerie fédérale, “La Chancellerie de la Confédération suisse fête son bicentenaire” [en línea]. *Le Conseil fédéral: Le portail du Gouvernement suisse*. 10 de abril de 2003. <https://www.admin.ch/gov/fr/accueil/documentation/communiques.msg-id-19796.html> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

Czouz-Tornare, A. J., “La Suisse face à la Révolution française: une conception différente de la Nation; de la République des Suisses à la République helvétique (1789-1803)” [en

línea]. *Publications de l'Institut de recherches historiques du Septentrion*. 2000-2023. <https://books.openedition.org/irhis/1729?lang=fr> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

Stiglitz, M. y Yerpo, K., “La neutralidad suiza a través de la mediación: El caso del conflicto de Sudán (1994-2005)” [en línea]. *Repositorio Académico Digital (Universidad ORT Uruguay)*. 2019. <http://hdl.handle.net/20.500.11968/4152> [Consulta: 1 de febrero de 2023].

s. a., “Dictionnaire historique de la Suisse (DHS)” [en línea]. *ASSH Académie suisse des sciences humaines et sociales*. 2012. <https://hls-dhs-dss.ch/fr/articles/017241/2012-12-20/> [Consulta: 2 de febrero de 2023].

***Rahm, T., “La consulta suiza de 1803 y la reactivación de la Confederación. Una aproximación a las bases de la Suiza moderna”, *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, 2 (2023), pp. 101-118.

La campaña de Rusia de Napoleón I: balance y organización
The Russian campaign of Napoleon I: balance and organization

Gonzalo Cantera Robles

Asociación F. C. M. - Archivo Municipal de Agoncillo

Recibido: 11-09-2022

Aceptado: 28-11-2022

Resumen:

En 1812, en la frontera oriental de Polonia se concentraban más de medio millón de soldados de diferentes reinos y países, pero todos a las órdenes de un solo hombre: Napoleón I. Todos estaban unidos bajo su bandera y, aunque muchos de ellos habían combatido y derrotado a reyes y emperadores de Europa en grandes batallas, el emperador de Francia les exigía un sacrificio más. Su ayuda y fiereza para participar en su empresa más ambiciosa hasta la fecha: conquistar Rusia.

Palabras clave:

Grande Armée, Ejército francés, Ejército ruso, Estrategia, Organización.

Abstract:

In 1812, on the eastern border of Poland, more than half a million soldiers from different kingdoms and countries were concentrated, but all under the command of a single man: Napoleon I. All were united under his banner and, although many of them had fought and defeated kings and emperors of Europe in great battles, the emperor of France demanded one more sacrifice from them. His help and his fierceness to participate in his most ambitious undertaking to date: conquer Russia.

Keywords:

Grande Armée, French Army, Russian Army, Strategy, Organization.

Introducción

Tanto Rusia como Francia se disponían a entrar en guerra en el verano de 1812, y ambos contaban con unos vastos ejércitos con los que pretendían derrotar al adversario en una guerra con un frente tan largo como se da en la frontera occidental rusa¹.

La Grande Armée: el Ejército francés

La *Grande Armée de la Russie* en su conjunto era muy heterogénea, una consecuencia directa de la gran expansión y poder del imperio de Napoleón. Había hasta 12 nacionalidades diferentes, sin contar los diversos grupos étnicos, y a excepción de franceses y polacos, algunos autores señalan que los restantes generales prestaban servicio bajo coacción y sin ningún entusiasmo. La tropa tenía una cantidad desproporcionada de soldados que no habían tenido más experiencia que la del *dépôt*.

La caballería siguió siendo excelente en el campo de batalla, pero no tan buena en todo lo demás. Los cañones por su parte

no tenían mala dotación, pero los caminos hicieron de su movilidad una tarea casi imposible².

Napoleón distribuyó a su ejército en tres líneas. En la primera puso entre 590.687 y 449.000 soldados divididos en tres ejércitos que debían servir como avanzadilla a la invasión³. Para guardar a este ejército principal, Napoleón creó dos ejércitos auxiliares y dos cuerpos semiautónomos, compuestos predominantemente por aliados. El plan de actuación con estos ejércitos era emplearlos para flanquear y lanzar falsos ataques. El ejército principal lo comandaba él mismo, pero tenía también cuerpos de ejército a cargo de generales como Davout, Oudinot y Ney. Los dos ejércitos auxiliares estuvieron al mando de Eugenio de Beauharnais, con 80.000 italianos y bávaros, y de Jerónimo Bonaparte (hermano de Napoleón), con 70.000 soldados de Polonia, Westfalia, Sajonia y Hesse.

El cálculo final de los efectivos todavía es motivo de discusión. Clausewitz, coetáneo a los acontecimientos, dice que fueron 420.000 hombres, pero que habría

¹ El investigador Cantera Robles impartió una ponencia en nuestra asociación el 10 de diciembre de 2020 sobre esta temática, disponible en @Fusiliers Chasseurs.

Véase:

<https://www.youtube.com/watch?v=OuXkmtl5bww&t=2523s>

² Chandler, D., *Las campañas de Napoleón*, Madrid, Esfera, 2005, pp. 793-796.

³ Zamoyski, A., *1812. La Trágica marcha de Napoleón sobre Moscú*, Barcelona, Debate, 2005, p. 159.

que contar solo a 230.000 como participantes en la guerra⁴. Chandler indica que habría unos 409.000, de los cuales 211.00 servirían directamente en la línea⁵. Aunque todas estas cantidades varían considerablemente de un autor a otro, por lo que se considera que no son “uniformes”. Las cifras más exageradas hablan de casi 600.000-700.000 soldados, pero eso es contando todas las guarniciones de Polonia y Alemania, es decir, incluyendo a hombres que estuvieron disponibles pero, que no llegaron a entrar en combate⁶ nunca⁷. Sin embargo, el estudio más minucioso y fiable que se ha hecho hasta la fecha sobre el número de efectivos probablemente sea el de Villate des Prugnes en 1912.

Aunque no haya consenso respecto a la cifra exacta de integrantes de la *Grande Armée*, sí que es cierto que todos los historiadores coinciden en que era una cantidad monstruosa, nunca antes vista. A consecuencia de ese enorme número de soldados, la calidad del conjunto mermó, y con ella la disciplina, una pieza fundamental de la instrucción del

soldado imperial sin la cual la integridad del ejército se quebraría.

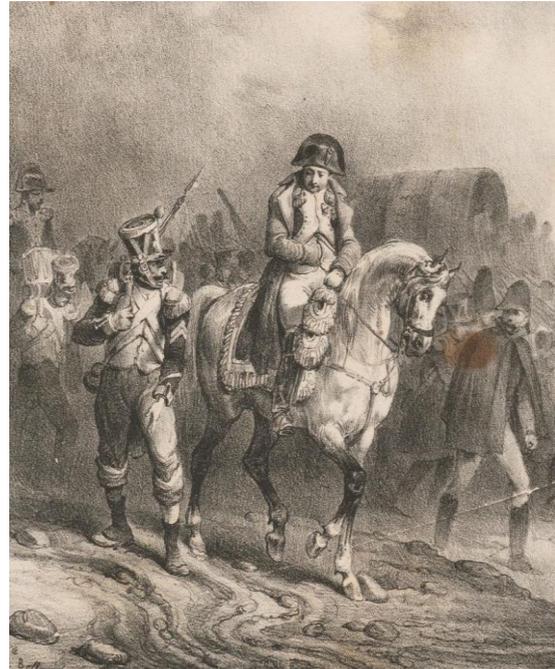


Figura 1. *Episode de la campagne de Pologne.* H. Bellangé, 1830. Procede de la obra *Memorias del duque de Rovigo.* Colección Universitätsbibliothek Heidelberg.

Las tropas del Zar: el Ejército ruso

Desde 1810 y con la iniciativa del ministro de guerra Mijaíl Bogdánovich Barclay de Tolly los rusos habían estado haciendo un esfuerzo activo para prepararse para la guerra reformando su

empleadas para el desempeño de otras tareas de guarnición, administración, vigilancia, etc. Véase: Bar, J. J., *El Ejército napoleónico. La Grande Armée de Napoleón y sus aliados*, Madrid, Nowtilus, 2022, p. 183.

⁴ Clausewitz, C., *La campaña de 1812 de Rusia*, Barcelona, Inédita, 2006, pp. 37 y 43.

⁵ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 790.

⁶ Zamoyski, *op. cit.* (nota 3), p. 158.

⁷ Bar Shuali opina que, del conjunto total (alrededor de 675.000 efectivos según este) un mínimo de 450.000 participó de manera activa en las acciones bélicas. El resto de unidades serían

ejército, mejorando carreteras y construyendo fuertes estratégicos. Para 1812, según Chandler, Rusia disponía de 6 regimientos de guardias imperiales, 14 de granaderos, 30 de infantería ligera y 96 de línea; todos ellos contaban con dos batallones de campo más un numeroso tercer batallón de depósito o abastecimiento, a excepción de los de guardias imperiales, que tenían tres batallones de servicio. A la mayoría de los infantes se les dotó de un nuevo modelo de fusil mejorado.

La caballería rusa fue dotada de una nueva estructura. Los seis regimientos montados mixtos de la guardia contaron con cuatro escuadrones de primera línea y uno de depósito, cada uno con 159 jinetes. Se tomaron medidas análogas para los 8 regimientos de coraceros y los 36 de dragones que había. Los 11 regimientos de húsares y 5 de ulanos vieron el número de sus escuadrones por regimiento aumentado a ocho. Además, los rusos contaban en 1812 con 15.000 jinetes irregulares cosacos, que no pararían de aumentar en número según la guerra avanzase.

De los 80 cañones adscritos a los guardias, la artillería rusa contaba 44 baterías pesadas de obuses de 18 libras,

58 baterías ligeras de 9 y 6 libras, y 22 baterías a caballo con piezas de 6 libras. Estaban organizadas en 27 brigadas a pie y 10 de reserva, y varios regimientos de caballería iban provistos de baterías a caballo propias, por lo que la movilidad de la artillería mejoró sobremanera. A todo esto, hay que añadir que los cañones rusos se ganaron una gran reputación en su época, por lo que el resultado final dejaba una artillería más que temible, posiblemente la mejor herramienta de Rusia.

No obstante, mientras que la tropa mejoraba y era reformada, el alto mando siguió careciendo de la debida instrucción y eficiencia, y algo parecido pasaba con los departamentos administrativos más importantes y con los servicios sanitarios y de transporte e intendencia. A pesar de todo, los generales rusos al mando de cuerpos y otras formaciones mayores eran competentes⁸.

El príncipe Peter Ivánovich Bagration comandó el Segundo Ejército ruso, de 50.000 hombres, estacionado en Lituania meridional y frente a las fuerzas de Macdonald, aunque acabaría por unirse a Barclay de Tolly al comienzo de la invasión francesa. Era un general

⁸ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 789-790.

aguerrido que había servido bajo el mando de Vasílievich Suvórov. Temerario e impaciente, tuvo choques con Barclay de Tolly, aunque era muy popular entre sus subordinados y la tropa⁹. Alexander Petróvich Tormásov fue quien lideró a los 30.000 soldados del Tercer Ejército de reserva en Volina, en la frontera con Austria, y frente al ejército que los Habsburgo le había brindado perezosamente a Napoleón para invadir Rusia. Era un militar disciplinado y competente, aunque no tuvo oportunidad de demostrarlo, ya que en la frontera austríaca apenas hubo acción¹⁰. Por otra parte, estaba Mijaíl Ilariónovich Goleníschev-Kutúzov, quien ganó protagonismo desde el 17 de agosto tras ser nombrado comandante supremo. Era anciano y habilidoso, con una educación refinada e inteligente que encarnaba la vieja nobleza rusa. Aunque sus coetáneos destacaban que era vago, libidinoso y egoísta, fue un general por el que la tropa sintió un amor filial¹¹.

Otros comandantes rusos fueron el brillante general cosaco Matvéi Ivánovich Plátov, y el general Karl Ludwig Phull, el oficial que diseñó el plan de guerra ruso¹². Del mismo modo

que los planes de Napoleón para la campaña de Rusia pasaban por derrotar al Ejército ruso en batalla campal y forzar así su capitulación, el mando ruso careció en todo momento de unas directrices que seguir más allá de lo que ordenase el ministro de guerra. Así, no hubo ningún plan concreto más allá del plan de von Phull, pero ni siquiera este se siguió, y el resultado fue una estrategia hecha sobre la marcha¹³.



Figura 2. *Oficiales superiores rusos en 1812.* Vasil'jevič Zareckij, 1911. Dominio público en Wikimedia Commons.

⁹ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 790.

¹⁰ Clausewitz, *op. cit.* (nota 4), p. 37.

¹¹ Sokolov, O., “Kutúzov toma el mando”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), p. 8.

¹² Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 790-791.

¹³ Sokolov, O., “El dilema estratégico ruso”, *Desperta Ferro Moderna*, 21 (2016), p. 18.

El plan de von Phull consistía en una retirada inmediata hacia el interior que forzase a los invasores a conquistar el territorio y dejar guarniciones, lo que mermaría sus efectivos. Pero no contemplaba que el enemigo se internara tanto como lo hizo: suponía que, como mucho, Napoleón llegaría a unas 30 leguas y la guerra se daría en el área de Bielorrusia. La idea era que Barclay se retirase hacia la posición fortificada de Drissa en el Dvina¹⁴, mientras que Bagration embolsaba al ejército rodeándolo por el flanco al tiempo que Tormásov contenía a los austríacos en Volina.

Sin embargo, estos planes no pudieron llevarse a cabo por la sencilla razón de que los franceses tenían una apabullante superioridad numérica lo que les dio la iniciativa desde el comienzo de la campaña.

Los rusos solamente pudieron responder con efectividad a las estrategias de Napoleón cuando superaron esa barrera numérica hacia la mitad de la campaña.

El inicio de la campaña rusa de 1812

El gran reto al que se enfrentó Napoleón en esta campaña fue la logística. Hasta entonces, sus ejércitos se habían alimentado en mayor parte de la tierra, de lo que encontraban en los países que invadían, algo que daba una extraordinaria movilidad, aunque existían normativas para la entrega de raciones por parte de la propia *Armée* y su intendencia. Pero en esta campaña el Ejército francés era muchísimo más grande de lo normal, por lo que debía confiar de nuevo en los convoyes y transportes¹⁵. Sin embargo, la logística fue deficiente constantemente durante toda la campaña y el desgaste sufrido por las ofensivas, las marchas, y los vivaques a la intemperie nunca fueron compensados energéticamente con una alimentación decente.

La limitación logística no comprometió demasiado la ofensiva, ya que en las 12 semanas que precisó Napoleón para llegar a Moscú, los soldados y trabajadores habían podido hacer acopio de materiales y víveres en Vilna¹⁶.

El Ejército imperial comenzó el cruce del Niemen el día 23 de junio por la noche,

¹⁴ Sokolov, *op. cit.* (nota 13), p. 21.

¹⁵ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 796.

¹⁶ Brun, J. F., “Acercamiento logístico a la campaña de 1812”, *Desperta Ferro Moderna*, 21, (2016), p. 33.

y para el día 25 el ejército al completo estaba en territorio enemigo, todo ello sin incidentes reseñables¹⁷. Pero apenas habían cruzado el río, una enorme tormenta cayó sobre las tropas. Las nubes siguieron la marcha de las fuerzas durante horas: los caminos y campos quedaron inundados y el calor bochornoso se tornó en un frío húmedo e incómodo. Las lluvias se prologaron intermitentemente desde el 29 de junio hasta el 4 de julio¹⁸, resultando premonitoriamente catastróficas: murieron cerca de 10.000 caballos (casi todas las unidades de artillería perdieron un cuarto de sus bestias). Las columnas de avituallamiento perdieron unos 40.000 caballos, y unos pocos soldados murieron. Además, fueron abandonados muchos pertrechos por lo excepcionalmente embarrado que estaba el camino¹⁹.

Los franceses entraron en Vilna el 28 de junio, donde pudieron apertrecharse y reponer en cierta medida las pérdidas sufridas en los días previos²⁰. Sin embargo, el ejército estaba demostrando ser una mole muy lenta debido a los

convoyes a los que no estaban acostumbrados ni los soldados ni la oficialidad.

Pero como no podía permitir a los rusos escapar, Napoleón asignó a Murat, Davout y a Jerónimo ejércitos separados con la tarea de perseguirlos, pero estos no llegaron a entablar combate²¹. La idea era atrapar a Bagration entre varios cuerpos, que superarían por mucho a los efectivos rusos en número, pero la falta de determinación y obediencia de Jerónimo permitió a Bagration eludir el cerco²². El impacto de esta maniobra en la campaña no fue muy grande, pero supuso una gran discusión entre los hermanos Bonaparte. Tras ella Jerónimo decidió marcharse sin avisar, lo que causaría más retrasos y problemas en la *Grande Armée*²³.

Ante el fracaso de esta maniobra, Napoleón ordenó otra persecución sobre Bagration, esta vez más precipitada que la anterior. El objetivo era interceptarlo antes de que llegase a Minsk el 11 de julio. Davout entró en Minsk el 8 pero descubrió que el ruso no estaba allí, si no que había tomado una ruta más al sur²⁴.

¹⁷ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 796.

¹⁸ Smith, D., *Napoleon against Russia. A concise history of 1812*, South Yorkshire, Pen and Sword, 2004, p. 21.

¹⁹ De Ségur, P. P., *La derrota de Napoleón en Rusia*, Barcelona, Duomo, 2009, p. 23.

²⁰ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 811-812.

²¹ Nafziger, G., *Napoleon's invasion of Russia*, Novato, Presidio Press, 1988, pp. 118-120.

²² Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 813

²³ Garnier J., "Del Niemen a Smolensko. En búsqueda de la batalla definitiva", *Desperta Ferro Moderna*, 21, (2016), p. 28.

²⁴ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 814

Bagration tomó esta ruta porque temía que los franceses se hubiesen puesto en marcha hacia Smolensk, y para disuadirlos de esa idea, lo que colateralmente frustró el plan del Emperador²⁵. Así la primera gran maniobra, que debería haber destruido el ala izquierda rusa, había fracasado rotundamente. Bagration había conseguido escapar sin demasiadas bajas mientras que el Ejército imperial del ya ausente Jerónimo había perdido un tercio de sus efectivos por una deficiente logística²⁶.

Tras esta derrota táctica Napoleón se centró en el sector norte, donde estaba Barclay de Tolly atrincherado en los emplazamientos fortificados de Drissa y Düna²⁷. El Emperador era consciente de que asaltar las posiciones era dar una ventaja táctica a los rusos, así que decidió forzar a Barclay a decidir: retirarse o pelear en campo abierto. Y para ello colocó a las fuerzas de Murat frente a sus posiciones mientras que el grueso del Ejército francés cruzaba el Dvina un poco más al sur. Barclay abandonó sus posiciones antes de que ningún ejército enemigo estuviese posicionado, por lo que esta maniobra ni siquiera llegó a producirse.

Tras la marcha del general ruso, Napoleón previó que Barclay de Tolly se uniría con Bagration en la retirada, lo que dio lugar a otra maniobra para separar a Bagration de Barclay y asestar un buen golpe a los rusos²⁸.

Davout llegó a Moguilev y el 23 de julio forzó a Bagration a presentar batalla, forzando al ruso a continuar la retirada en lugar de unirse a las fuerzas de Barclay. Por su parte, el 25 y 26 de julio la caballería de Murat repelió en Ostrovno a una parte de los hombres de Barclay, lo que indujo a los franceses a pensar que Barclay de Tolly iba a presentar batalla en Vitebsk²⁹. Pero este no se replegó hacia esa población, sino que lo hizo por otro camino³⁰.

Esta es la segunda vez en la que Napoleón casi consigue su ansiada batalla y con ella su esperada victoria en Rusia; mas la unión de los ejércitos de Barclay y Bagration era inminente. Además, cabe destacar que en el camino recorrido entre el Niemen y Vitebsk Napoleón perdió 145.000 soldados y más de 10.000 caballos (casi un tercio del

²⁵ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), p. 121.

²⁶ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 26.

²⁷ *Ibidem*, pp. 66-67.

²⁸ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 815-816.

²⁹ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 68.

³⁰ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 816-817.

ejército según algunos autores), sin haberse librado grandes batallas³¹.

La batalla de Smolensk

La ofensiva principal se detuvo completamente en Vitebsk durante ocho días³² en los que los soldados durmieron, comieron y saquearon. Durante este periodo de inactividad llegaron rezagados y nuevos reclutas que trajeron savia nueva para un ejército agotado. Pero las formaciones exteriores apenas tuvieron descanso, ya que al sur, cerca de Brest operaba Tormásov³³, y al norte había escaramuzas constantes contra los hombres aislados de Wittgenstein³⁴: el frente francés había pasado de abarcar 400 km a su salida a 800³⁵. El 4 de agosto confluyeron Barclay y Bagraion en las inmediaciones de Smolensk con unos 120.000 soldados con expectativas de que se unieran refuerzos en un corto espacio de tiempo. Sin embargo, Napoleón no dejaba de maquinarse un plan para derrotar a los rusos en campo abierto. Esta vez, iba a colocar a una porción de su ejército en la carretera que partía de Smolensk a Moscú, cortando su retirada y forzando por fin a los rusos a presentar batalla³⁶.

El 8 de agosto los cosacos de Plátov atacaron a los hombres de Sébastiani en Inkovo³⁷, ya que Barclay y Bagraion tenían intención de lanzar un ataque contra el ala izquierda del ejército invasor. Además, tanto el zar como la opinión pública clamaban por un contraataque, ya que los franceses no hacían otra cosa que avanzar, y ya estaban a las puertas de la ciudad sacra de Smolensk³⁸.



Figura 3. *Charles-Étienne César Gudin de La Sablonnière.* Marie Gabriel, 1813.

Dominio público en Wikimedia Commons.

El general Gudin falleció cerca de Smolensk a consecuencia de las misiones para poner cerco a la ciudad.

³¹ Brun, *op. cit.* (nota 16), p. 33.

³² Clausewitz, *op. cit.* (nota 4), p. 81.

³³ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 818.

³⁴ Smith, *op. cit.* (nota 18), pp. 75-85.

³⁵ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 819.

³⁶ *Ibidem*, p. 820.

³⁷ De Ségur, *op. cit.* (nota 19), p. 46.

³⁸ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 820.

Las intenciones de Barclay ya se manifestaron el día 6, cuando envió hacia el oeste de Smolensk, esto es, hacia donde estaban los franceses, un contingente bastante respetable con la esperanza de anticiparse a una posible concentración de fuerzas enemigas, dispersas y desprevenidas, para así poder sorprenderlas. Pero cuando supo del encuentro de Plátov con los franceses, detuvo la ofensiva ya que temía quedar embolsado en un movimiento de pinza³⁹. La noche del 13 al 14 de agosto los franceses tendieron pontones para cruzar el Dnieper, y para la mañana 175.000 soldados habían cruzado el río, tras lo cual marcharon hacia Smolensk a paso acelerado, mientras eran protegidos por una pantalla de caballería⁴⁰. Barclay, por su parte, seguía pensando presentar batalla, pero había tomado la precaución de ordenar a Neverovsky que se dirigiera con 8.000 infantes y 1500 jinetes al margen sur del Dnieper para controlar sus accesos. Rusos y franceses se encontraron en Krasnoi y el combate fue muy duro, pero los rusos aguantaron frente a la obstinación de Murat, y ahora sabían que Napoleón atacaría la ciudad por el sur.

Napoleón, enterado de que los rusos sabían de sus posiciones al sur de Smolensk, ralentizó el avance frontal para dar tiempo a sus unidades para reagruparse y embestir con mayor contundencia. Los rusos, por su parte, iban camino de reunirse en Smolensk para preparar la defensa de la ciudad, pero hasta que llegasen Bagration y Barclay, Rayevski estaba solo protegiéndola⁴¹. Disponía de 16.100 soldados y 76 cañones y, ya fuera para garantizar la retirada o para permitir a sus generales formar una línea defensiva para presentar batalla, debía ganar el máximo tiempo posible. Por ello ocupó un arrabal al sur de la ciudad. Aunque los franceses eran lo suficientemente numerosos como para rodear una parte de la ciudad, los rusos sufrieron menos de mil bajas, ya que Napoleón no ordenó el ataque porque esperaba a Barclay para la batalla⁴². Pero cuando el emperador de los franceses tuvo noticias de que los rusos no estaban desplegándose, sino que estaban evacuando la ciudad, ordenó que la rodeasen para tratar de cortar su retirada, pero la caballería asignada a tal cometido fracasó: el río era prácticamente infranqueable por esa altura del curso⁴³.

³⁹ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), pp. 185-186.

⁴⁰ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 820-821.

⁴¹ *Ibidem*, p. 823.

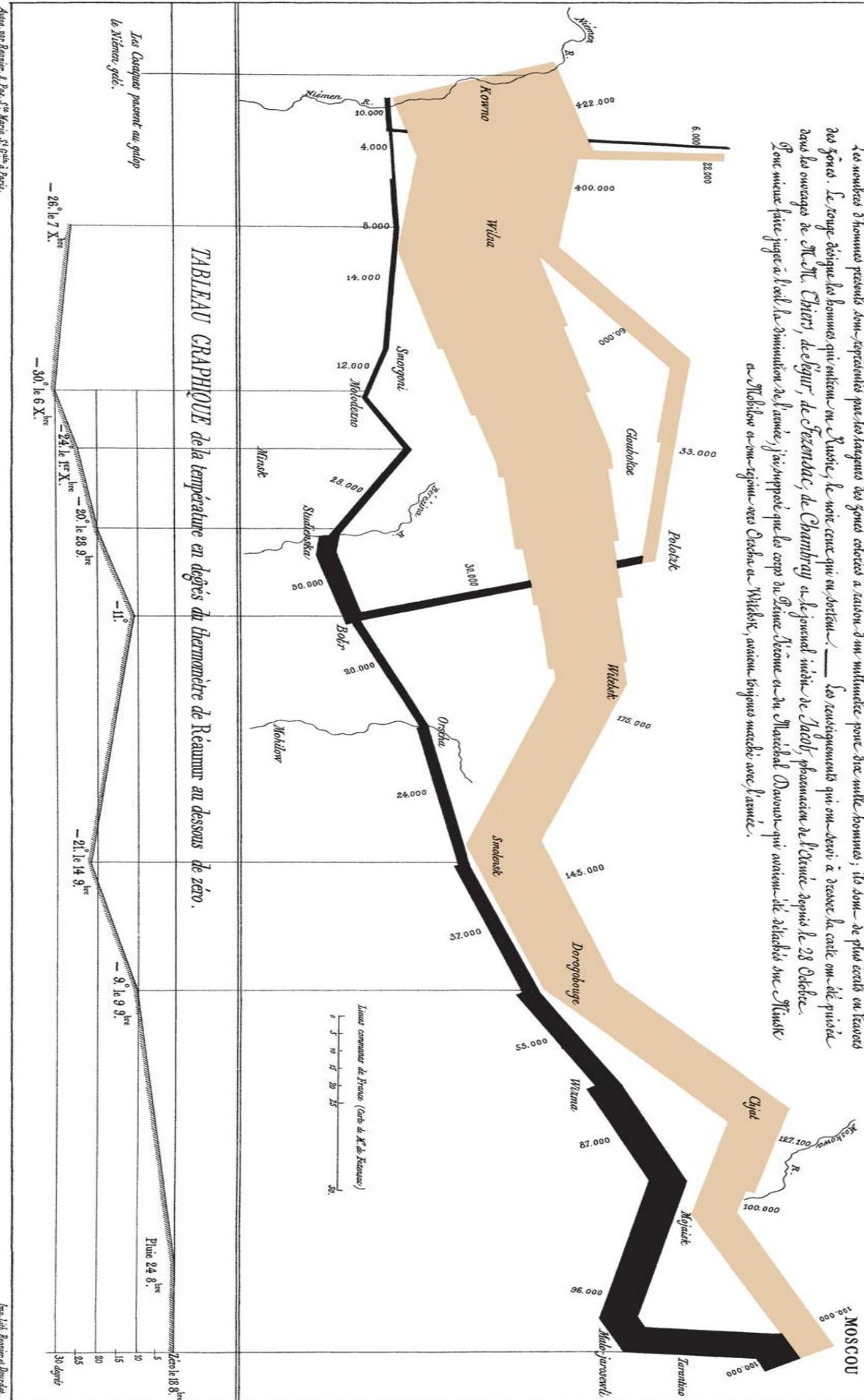
⁴² Popov, A., “La batalla por Smolensko”, *Desperta Ferro Moderna*, 21 (2016), p. 36.

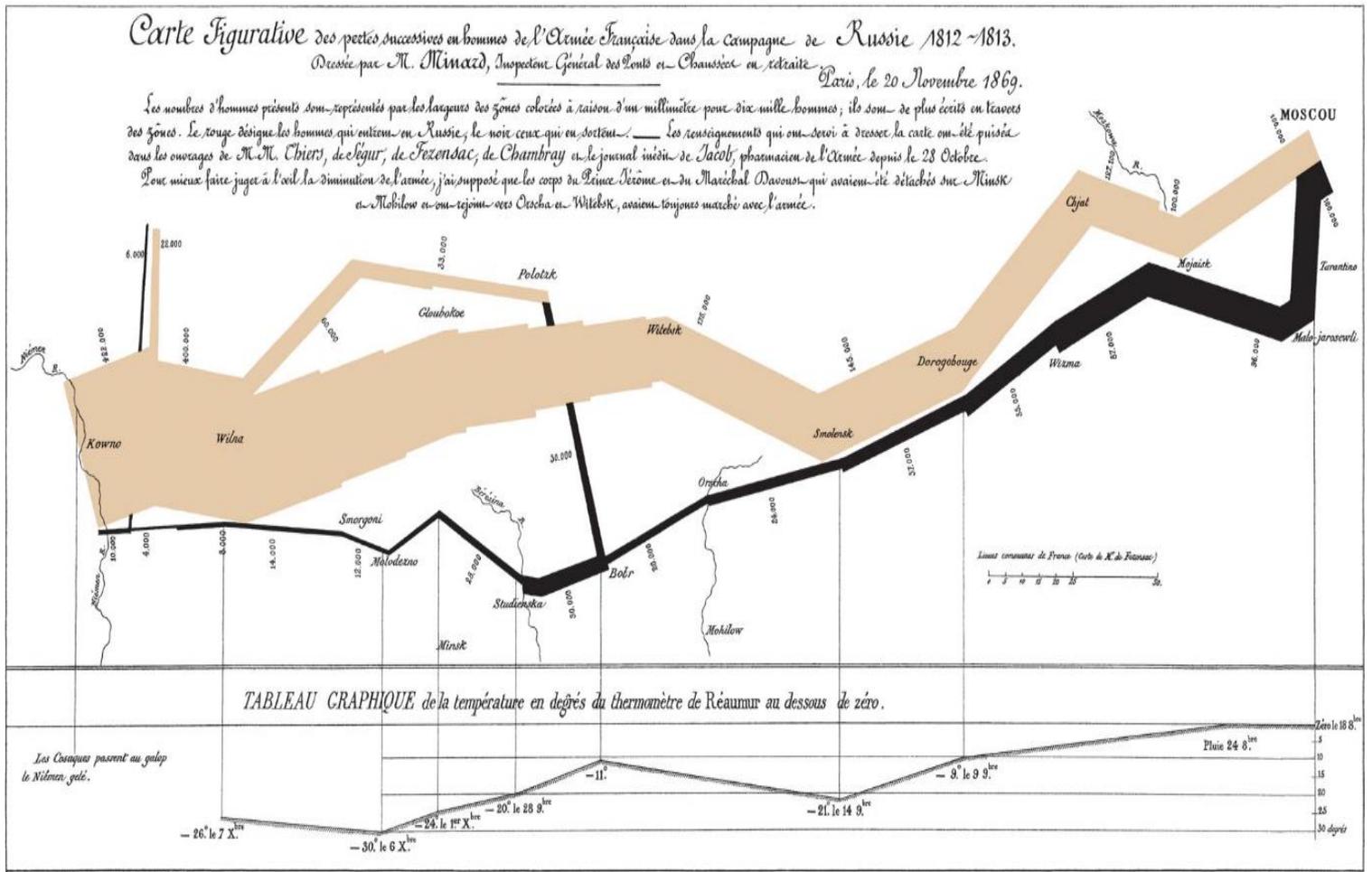
⁴³ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), p. 189.

Carte figurative des pertes russiennes en hommes de l'Armée Française dans la campagne de Russie 1812-1813.

Dressée par M. Mironid, Ingénieur Général des Ponts et Chaussées en retraite Paris, le 20 Novembre 1869.

Les nombres d'hommes présents sont représentés par les largueurs des lignes colorées à raison d'un millimètre pour dix mille hommes; ils sont de plus écrits en lettres des lignes. Le rouge désigne les hommes qui ont été en Russie, le noir ceux qui en sont sortis. Les renseignements qui ont servi à dresser la carte ont été puisés dans les ouvrages de M. le Comte de Ségur, de l'Éclaircissement de Chantreau et le journal inédit de Jacot, pharmacien de l'Armée depuis le 28 Octobre. On peut mieux se rendre compte de la diminution des pertes, lorsqu'on se rappelle que les corps de l'Armée Française en son départ de Paris ont été attachés sur l'Elbe et qu'ils ont été dirigés vers Osnabrück et Wittenberg, ainsi qu'on le voit sur la carte.





Figuras 4, 5 y 6. Gráfico de bajas de la Armée de Russie y su autor M. Charles Joseph Minard.
 Retrato de Cabanel, 1861. Dominio público en Wikimedia Commons.

Dojturov llegó para reforzar posiciones y Rayevski cruzó el río para unirse a Bagration a la parte sur a la vez que aparecía Barclay por el oeste. Napoleón ordenó el asalto el día 16 de agosto a la caballería de Murat y a la infantería de Ney, quienes tuvieron que enfrentarse a 30.000 soldados y 108 cañones rusos⁴⁴.

Pero para los soldados franceses las cosas no estaban siendo fáciles. Debían asaltar la ciudad y no contaban con escalas para asaltar las murallas, de modo que tenían que trepar por ellas como podían, a la vez que los cañones aliados disparaban a las almenas esperando aliviar la presión que la artillería de Dojturov ejercía sobre todo aquel que estuviera a su alcance⁴⁵. Barclay a estas alturas ya se había percatado de que las fuerzas de Napoleón podían asaltar la ciudad perfectamente y atrapar a todo el ejército dentro. Por ello decidió que debía continuar la retirada para desgastar a Napoleón en el país de acuerdo con el plan von Phull y decidió evitar la batalla de nuevo ordenando un repliegue sistemático mientras Bagration cubría la retirada⁴⁶. Así, al menos el Ejército ruso podría sobrevivir para presentar batalla más adelante. Sin

embargo, esta maniobra envolvente que había planeado Napoleón tan minuciosamente y que tanto temía Barclay no sucedió, ya que el emperador Napoleón ordenó un asalto frontal a la desesperada para tratar de forzar el combate⁴⁷.

No obstante, el 17 hubo muchos combates: tres cuerpos franceses intentaron tomar por asalto el centro y la artillería francesa bombardeó el casco antiguo. La lucha era cada vez más desigual: 183.000 soldados y 300 cañones franceses contra 20.000 soldados y en torno a 100 armas rusas⁴⁸. Murieron unos 10.000 franceses y 13.000 rusos⁴⁹. La noche del 17-18 de agosto los rusos completaron su retirada. La persecución se reanudó el 19⁵⁰. Ney partió de Smolensk persiguiendo a Barclay, mientras que Murat tomó la carretera de Moscú. Junot marchó hacia Lubino, donde podría cortar la retirada a Barclay, pero tardó un día entero en encontrar un modo de cruzar el Dnieper, y una vez cruzado recibió una devastadora carga de coraceros que lo inmovilizó⁵¹. Mientras tanto Ney y Murat estuvieron ocupados combatiendo la retaguardia del ministro enemigo

⁴⁴ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 98.

⁴⁵ Zamoyski, *op. cit.* (nota 3), p. 223.

⁴⁶ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 99.

⁴⁷ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 825.

⁴⁸ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), pp. 187-188.

⁴⁹ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 824.

⁵⁰ Popov, *op. cit.* (nota 42), p. 37.

⁵¹ Smith, *op. cit.* (nota 18), pp. 107-108.

cerca de Valutino, pero no lograron neutralizar al Ejército ruso⁵².

Esta nueva maniobra para forzar a los rusos a presentar batalla salió especialmente cara para los franceses ya que los rusos continuaron retirándose a pesar de las pérdidas⁵³. De nuevo, el ejército ruso escapaba y Napoleón no tenía su ansiada batalla; en este caso, por la inacción de Junot y la falta de entusiasmo que tanto había caracterizado al emperador.

El dilema de Napoleón

En Smolensk Napoleón había alcanzado el momento crítico de la campaña, probablemente el más decisivo: había tratado de entablar batalla con el enemigo en tres ocasiones, y en las tres había fracasado, pero poseía una de las ciudades sacras de Rusia, y estaba a 450 km de Moscú.

Tenía que tomar una decisión: o quedarse e invernar en la ciudad y reanudar la campaña a la primavera, o avanzar hacia Moscú en busca de su batalla decisiva. Si se quedaba, los soldados podían entrenar y conseguir pertrechos. Si marchaba tendría posibilidades de entablar batalla o de ocupar Moscú y así forzar a Rusia a la

capitulación y a que volviese al sistema continental, que, no hay que olvidar, era el motivo de la guerra. Ambas opciones eran muy costosas, ya que el frente se había alargado ostensiblemente y los soldados estaban cansados y apenas tenían suficientes provisiones.

Pero además de los estratégico-militares, había otros motivos de carácter más político y económico. Los polacos presionaban para que su lealtad al emperador fuese compensada con la creación de una Polonia libre, y Europa estaba mirando, y cada vez que se le escapaban los rusos, esta veía una pausa en la campaña como una derrota estratégica de Napoleón, lo que podría dar pie a los aliados forzosos como Austria y Prusia para desertar del bando francés. Además, el bloqueo continental estaba resultando muy costoso a Francia, y en donde había desde 1812 síntomas de disidencia política que para 1813 podrían haberse cristalizado de cualquier forma⁵⁴.

En resumen, salir de Rusia sin una victoria o si quiera una promesa de docilidad por parte del zar era una decisión extremadamente arriesgada.

⁵² Nafziger, *op. cit.* (nota 21), pp. 199-207.

⁵³ Zamoycki, *op. cit.* (nota 3), p. 41.

⁵⁴ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 829-830.

Por ello, el 24 de agosto tomó la decisión de marchar hacia el este.⁵⁵

El cambio de mando en el Ejército ruso

Mientras tanto el zar y sus consejeros revisaban constantemente sus estrategias, y la poderosísima Iglesia rusa se implicó también, dándole al ejército en protección la Virgen Negra de Smolensk⁵⁶, convirtiendo así la defensa del país en una “cruzada mística”.

Barclay de Tolly fue sustituido por Kutúzov en el liderazgo de la guerra el 18 de agosto⁵⁷, ya que, la política de retirada continua de Barclay había agotado la paciencia de los militares y de la nobleza. Sin embargo, las aptitudes militares del nuevo general de las fuerzas rusas eran muy inferiores a las del anterior, pero este nuevo comandante parecía estar dispuesto a dar batalla y no permitir que los franceses avanzasen sin impedimento.

Napoleón salió en busca de su ansiada batalla con unos 124.000 infantes, 38.000 jinetes y 587 cañones y la marcha transcurrió con el paisaje habitual: ciudades y pueblos quemados, cosechas

echadas a perder y cosacos al acecho⁵⁸. El 5 de septiembre estaban cerca del pueblo de Borodinó, donde vieron al Ejército ruso preparando apresuradamente una gran fortificación para la batalla⁵⁹. Ese mismo día los franceses asaltaron la posición, el reducto de Shervardino, con gran fiereza, hasta que consiguieron que Gorchakov diera la orden de retirada para evitar la sangría. En la batalla se enfrentaron 35.000 franceses y 18.000 rusos, sufriendo ambos bandos en torno a 8.000 bajas⁶⁰. Napoleón y su ejército decidieron parar allí mismo, sabiendo que la batalla sería más tarde, entre el 6 y el 7⁶¹. Pero la salud del Emperador no era la mejor, algo que influiría significativamente en la dirección de los combates del día siguiente.

El campo de batalla estaba repleto de colinas suaves, arroyos, barrancos, bosques, campos y aldeas. El principal obstáculo era el río Kalatsha, junto al que paralelamente discurría una carretera que, hasta el pueblo de Borodinó, iba por el margen septentrional y allí cruzaba al meridional y continuaba por la garganta de un afluente poco caudaloso. A unos tres kilómetros al sur, se encontraba la

⁵⁵ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 832.

⁵⁶ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), p. 211.

⁵⁷ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 103.

⁵⁸ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 832

⁵⁹ Zemtsov, V. N., “La batalla de Shevardino”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), p. 12.

⁶⁰ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), p. 222.

⁶¹ Roberts, A., *Napoleon. A life*, New York, Penguin, 2014, p. 601.

antigua carretera del correo, que atravesaba muchas zonas boscosas hasta llegar al pueblo de Utitsa. Desde el río fluían riachuelos hacia Utitsa con pequeñas aldeas en sus márgenes, siendo las más importantes Fomkina, Shevardino y Semionovskaya⁶². En el centro se encontraba el gran reduto o reduto Rayevski, una posición que fue fortificada y reforzada hasta el último momento⁶³. Más al sur estaba las llamadas *Flèches de Bagration*, dos posiciones parapetadas que ofrecían una posición defensiva decente⁶⁴. El terreno era abrupto y discontinuo, de forma que todo atacante que viniese por el oeste tendría que fraccionar sus formaciones lo que dificultaría tanto un ataque francés como un contraataque ruso⁶⁵. No obstante, al sur, por Utitsa, el campo estaba bastante despejado y era perfecto para una maniobra de flanqueo.

Los rusos contaban con un ejército dividido entre Bagration al sur y Barclay de Tolly al norte de 17.000 jinetes regulares, 7.000 cosacos, 72.000 infantes, unos 10.000 milicianos y 640 cañones: algo más de 120.000 combatientes⁶⁶. Ambas alas del ejército se tocaban en la aldea de Borodinó⁶⁷. A

pesar de la sesuda disposición de los rusos, la batalla se desarrollaría con centro en la mitad sur cercana al reduto Rayevski y no en la mitad norte, tal y como daba a entender su despliegue. No obstante, la moral rusa era altísima⁶⁸. Así el mando ruso no tenía más planes que una defensa asentada sobre una relativamente buena posición, que había sido previamente fortificada.

El plan de Napoleón tampoco era muy complicado: un ataque frontal con movimientos en las alas. A pesar de la obviedad de la maniobra de flanqueo por el sur sugerida por Davout, ya que temía que los rusos abandonaran sus posiciones y no le concedieran la oportunidad de librar batalla si advertían la más mínima maniobra de rodeo⁶⁹. El príncipe Eugenio tomaría Borodinó y después cruzarían el río para expulsar a Dojturov y Rayevski del reduto mientras que Compans y Marie Dessaix tomarían *Las Flèches*. Tras lo cual, Ney tomaría Semionovskaya para penetrar en el centro sur. En la derecha, Poniatowski acabaría con los rusos de Utitsa para asaltar la retaguardia rusa⁷⁰.

⁶² Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 832-833.

⁶³ Cate, C., *Russia 1812. The duel of Napoleon and Alexander*, Londres, Pimlico, 2004, p. 232.

⁶⁴ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), p. 215.

⁶⁵ Cate, *op. cit.* (nota 63), pp. 223-224.

⁶⁶ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 833-834.

⁶⁷ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), pp. 216-220.

⁶⁸ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 835.

⁶⁹ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 114.

⁷⁰ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 836.

Pero los planes no salieron del todo bien. El ataque de Eugenio a Borodinó fue exitoso, pero encontró más resistencia de la esperada cuando tuvo que contener el contraataque ruso⁷¹. Davout tuvo que renunciar a tomar *Las Flèches* para ayudarle y Poniatowski se tuvo que replegar de Utitsa debido al abrumador fuego de las baterías de Tutchkov. Eugenio Bonaparte (de Beauharnais) retrocedió hacia Borodinó, y desde allí siguió el plan de marchar hacia el centro, pero Kutúzov se adelantó y ordenó a von Baggavout reforzar esas posiciones. Mientras tanto, Davout y Ney luchaban encarnizadamente por *Las Flèches* y Poniatowski era repelido una y otra vez con grandes pérdidas⁷².

Entonces llegó el momento de lanzar otro ataque masivo contra Semionovskaya. La infantería de tres cuerpos de ejército, la caballería de otros dos y el fuego atronador de 250 cañones parecían prometer la quiebra de los rusos, pero los 300 cañones de Bagration respondieron con fiereza, haciendo caer a los franceses a un ritmo vertiginoso⁷³. En estos combates Ney resultó herido cuatro veces y Bagration murió⁷⁴, y los franceses se alzaron victoriosos expulsando a los rusos de *Las Flèches*.

Sin embargo, los rusos no habían roto la formación y aguantaron impertérritos las cargas de la caballería de Murat. Ney, Davout y Murat solicitaron la intervención de la Vieja Guardia Imperial para quebrar definitivamente a los rusos en su centro, pero Napoleón se negó⁷⁵. Como respuesta, Kutúzov envió a Tolstoi a reforzar el centro y a la caballería de Uvarov a entretener a los franceses en la aldea de Borodinó y aliviar algo la presión que estaban sufriendo los rusos en el centro⁷⁶.

El siguiente ataque al centro se planeó con más cautela. 400 cañones apuntaron a la fortificación rusa, al tiempo que tres divisiones atacaban frontalmente la posición y un cuerpo de coraceros perforaba la línea rusa justo al sur del bastión para llegar a la retaguardia, donde no había impedimentos para combatir. Las bajas fueron devastadoras: los coraceros fueron exterminados, pero lograron abrir una brecha y dejar paso a la infantería, la cual acabó con los rusos del reducto. El gran reducto había caído en manos francesas y Kutúzov apenas tenía tropas de refuerzo con las que recuperar la posición. Eugenio trató de ensanchar la brecha para garantizar la victoria, pero Barclay de Tolly

⁷¹ Cate, *op. cit.* (nota 63), p. 234.

⁷² Nafziger, *op. cit.* (nota 21), pp. 234-237.

⁷³ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 839.

⁷⁴ Smith, *op. cit.* (nota 18), p. 119.

⁷⁵ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 839.

⁷⁶ Nafziger, *op. cit.* (nota 21), pp. 243-245.

contraatacó con dos cuerpos de caballería que retuvieron a los franceses sin problemas en el reducto⁷⁷. De nuevo la ayuda de la Guardia Imperial fue solicitada, pero Napoleón se volvió a negar⁷⁸.

Kutúzov entonces mandó a Dojturov atacar Semionovskaya con parte de las reservas del solitario extremo norte⁷⁹. Pero encontraron una formidable oposición. Poniatowski por su parte volvió a asaltar el monte Utitsa, pero esta vez los rusos estaban exhaustos, y se replegaron⁸⁰. Poco a poco los disparos fueron disminuyendo por ambas partes y ambos ejércitos se quedaron mirando agotados. Los franceses, tras 12 horas de encarnizada lucha apenas habían conseguido avanzar un kilómetro, pero se habían hecho con el campo de batalla. Los rusos se retiraron poco antes del amanecer del 8 de septiembre⁸¹. La batalla fue una victoria táctica francesa, pero los rusos no fueron realmente derrotados, ya que fueron capaces de retirarse ordenadamente y en cohesión, algo muy meritorio tras una batalla tan sangrienta. En cifras, se estima que los

franceses perdieron 28.000 hombres y los rusos 52.000⁸².

Es verdad que la batalla permitió a Napoleón un camino relativamente tranquilo hasta Moscú, pero no era eso lo que pensaba que obtendría con la victoria. Más que la conquista, deseaba la paz, o al menos la capitulación de Rusia, y no obtuvo ninguna de las dos cosas.

Moscú: la estancia y el incendio.

Nuevos planes

Tras la batalla lo más lógico era pensar que los rusos continuarían peleando, pero el camino hasta Moscú fue corto y muy poco problemático. La estancia, sin embargo, fue más problemática. Los franceses no se encontraron una ciudad sumisa y tranquila. Sus habitantes no les brindaron ninguna facilidad y prendieron fuego a su propia ciudad, mandando un mensaje claro a Napoleón: Rusia no se iba a rendir.

El 20 de septiembre, ante la falta de comunicaciones de los rusos tras la toma de la histórica ciudad, Napoleón envió una carta al zar Alejandro pidiéndole que

⁷⁷ Mikaberidze, A., “El reducto Rayevski y el raid ruso”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), p. 32.

⁷⁸ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 841.

⁷⁹ Garnier, J., “Las flèches de Bagration y la lucha por Semenovskoye”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 18-25.

⁸⁰ Ziółkowski, A., “Los combates por Utitsa”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 36-40.

⁸¹ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 842.

⁸² Rothenberg, G. E., *The art of warfare in the age of Napoleon*, Bloomington, Indiana University Press, 1980, p. 54.

finalizase la guerra. El corso no podía creer cómo era posible que el zar no claudicase tras la derrota de Borodínó y la ocupación de Moscú.

Desde este momento los rusos optaron por ignorar diplomáticamente a Napoleón y emprender una estrategia más activa: sabían que Napoleón no tenía más opciones que retirarse o marchar hacia San Petersburgo, y ambos eran caminos muy largos y peligrosos, y se acercaba el invierno. El 24 de septiembre la carretera que utilizaban los franceses para sus comunicaciones fue cortada por los cosacos rusos. En respuesta, Napoleón envió un contingente de caballería para reabrir esa vía de comunicaciones, pero los jinetes fueron capturados. Los rusos estaban pasando a la ofensiva. El 5 de octubre Napoleón envió una delegación de Moscú para negociar un armisticio⁸³, pero Kutúzov se limitó a recibir a los enviados franceses, sin permitirles llegar hasta el zar. Otra delegación fue enviada posteriormente, pero tampoco obtuvo respuesta. La paciencia de Napoleón comenzaba a agotarse. Y mientras tanto, la ciudad ardía y los franceses luchaban para que no se extendiese el fuego.

Según pasaba el tiempo la ventaja estratégica del zar aumentaba, no solo porque permitía que se aproximase el invierno para deteriorar al ejército francés, sino porque los efectivos rusos aumentaban progresivamente. Pero el emperador tenía que tomar una decisión: invernar en Moscú, partir hacia Kiev para reabastecer a su ejército, marchar hacia San Petersburgo para forzar la capitulación, o volver por donde había venido.

En Moscú había recursos para mantener al ejército por unos 6 meses, pero no era una buena idea, y detenerse suponía admitir en cierta medida una derrota y dar más tiempo a los rusos para hacerse más fuertes. En Kiev había muchos recursos, pero era un camino muy difícil, como el de San Petersburgo. Finalmente se decidió por retirarse por el camino de Smolensk, ya que era un camino más fácil, aunque suponía recorrer campos que ya habían sido devastados⁸⁴.

Así el 18 de octubre los comandantes de los cuerpos de ejército recibieron la orden de dejar Moscú el 20⁸⁵. También el día 18 a Kutúzov se le ocurrió atacar las posiciones de la caballería de reserva de Murat, quien recibió esta acción totalmente desprevenida. Ese día

⁸³ Roberts, *op. cit.* (nota 61), p. 615.

⁸⁴ Chandler, *op. cit.* (nota 2), pp. 851-852.

⁸⁵ Clausewitz, *op. cit.* (nota 4), p. 92.

murieron 15.500 soldados franceses, mostrando que ahora los rusos llevarían la iniciativa en la campaña.

El 23 de octubre los rusos aprobaron su plan para la campaña. Consistía en la destrucción del ejército en tres partes: por los flancos, Wittgenstein y Chichágov empujarían al ejército francés hacia la línea de retirada principal; luego, estos dos generales rodearían a la *Grande Armée* cortándole el paso en el Berézina mientras Kutúzov cubría una posible retirada por el sur y el este. Así, con los franceses acorralados, los rusos atacarían por todos los flancos aniquilando el Ejército imperial francés⁸⁶.

Flaquea la moral, las tropas desorganizadas: la retirada de Moscú

Al final, Napoleón decidió adelantar la salida al día 19 de octubre, y así salieron de la ciudad 95.000 soldados, 500 cañones y hasta 40.000 carros con provisiones y un gran botín de guerra. Kutúzov no pareció hacer demasiado por cortar el paso a Napoleón. El 22 movilizó el cuerpo de Dojturov para que siguiera a la columna principal del ejército francés y tuvo lugar la batalla de

Maloyaroslavets, un combate en el que las fuerzas de Delzons tomaron y perdieron varias veces la población. Al final los franceses se hicieron con la ciudad, pero los rusos mantuvieron sus posiciones amenazando con sus cañones un puente estratégico por el que cruzaría parte del ejército de Napoleón. Ese día Francia perdió a 6.000 soldados y al carismático general Delzons.

Pero el ejército de Kutúzov ya se había posicionado el 24 de septiembre a 40 km de Kaluga, y Napoleón cambió de estrategia y ordenó a sus hombres desandar el camino recorrido en los últimos seis días. La pequeña ventaja táctica obtenida en Maloyaroslavets se convirtió en una enorme ventaja estratégica para Kutúzov, ya que la menguada *Grande Armée* perdió casi una semana de tiempo relativamente benigno. El camino de vuelta estuvo plagado de cadáveres, tanto rusos como franceses, muertos de hambre, enfermedad o en combate. Cuando la *Grande Armée* pasó de nuevo por el campo de batalla de Borodinó la visión fue aterradora:

“El día 28 nos pusimos en marcha muy temprano y durante el día, tras cruzar un pequeño riachuelo, llegamos al célebre

⁸⁶ Sokolov, O., “La batalla de Maloyaroslavets”, *Desperta Ferro Moderna*, 31 (2017), pp. 12-17.

campo de batalla (del Moscova), todo cubierto de cadáveres y con desperdicios de todo tipo. Piernas, brazos y cabezas se hallaban esparcidos por el suelo. La mayoría de los cadáveres eran rusos, ya que a los nuestros les habíamos dado sepultura en la medida de lo posible; pero como todo se había hecho con mucha premura, las fuertes lluvias habían dejado muchos al descubierto. Era un triste espectáculo en el que los cadáveres apenas si tenían forma humana”⁸⁷.



Figura 7. Retrato de Bourgogne en 1830. Hachette (ed.), 1910. Dominio público en Wikimedia Commons.

El 31 de octubre los franceses llegaron a Viazma, pero las malas noticias traídas por los ejércitos de los flancos norte hicieron ver a Napoleón que la única

opción que tenía su ejército de sobrevivir era marchar hacia Smolensk. A lo largo de todo el camino fueron acosados por los cosacos (que actuaban más independientemente)⁸⁸ y el Ejército ruso, que hostigaba con intención de dividir el Ejército francés. El estado de las fuerzas imperiales ya era lamentable unas pocas jornadas antes de llegar a Smolensk: los que estaban más fuertes de entre todos ellos se turnaban para llevar las armas y las mochilas, ya que estos hombres desdichados no solo habían perdido sus fuerzas y parte de la cordura, también habían perdido los dedos de las manos. El 9 el emperador llegó a Smolensk, y allí el orden que había sido cada vez más intermitente, se quebró. Los soldados estaban hambrientos y el frío había comenzado a manifestarse, y en la ciudad no había pertrechos. Las tropas, incluida la Guardia Imperial, abandonaron toda disciplina y se dedicaron al saqueo y la rapiña. Además, ese día fueron rendidas por los rusos las tropas que esperaba de refuerzo, los únicos soldados con los que contaba Napoleón que estaban en buenas condiciones⁸⁹. El ejército ya no era la colosal formación que era en junio, pero se movía con la misma velocidad, pero

⁸⁷ Bourgogne, A., *Memorias del Sargento Bourgogne*, Málaga, Salamina, 2018, p. 77.

⁸⁸ Popov, A., “La guerra irregular en 1812”, *Desperta Ferro Moderna*, 31 (2017), pp. 18-23.

⁸⁹ Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 862.

esta vez era por el agotamiento, el hambre y el clima: la cabeza de la columna salió de Smolensk el 12 de noviembre y el 17 estaba saliendo la retaguardia. A partir del 14 (que duró varios días) tuvo lugar la segunda batalla de Krasnoi⁹⁰, una “victoria” con la que la Guardia logró despejar el camino hacia el oeste, a costa de unas enormes bajas (13.000 muertos y 26.500 prisioneros según los rusos).

La huida de Rusia: Berézina y la llegada a Vilna

Para el día 19 la vanguardia del ejército llegó a Orsha, que contaba con sus puentes intactos, pero había malas noticias. Dos millones de raciones con las que el ejército contaba para sobrevivir se habían perdido en Minsk. Por ello, el Emperador ordenó acelerar la marcha para poder cruzar la frontera cuanto antes, por el Berézina⁹¹. El 22 los franceses perdieron la cabeza de puente del Berézina, y ahora el ejército estaba rodeado: hacia el oeste tenían el río controlado por el enemigo, a la retaguardia tenían el enorme ejército de Kutúzov, y por el norte se acercaba Wittgenstein.

Al día siguiente Oudinot encontró un vado en Studienka, un tramo del río cuya

profundidad era de un metro. La *Grande Armée* tenía posibilidades de sobrevivir. Pero cruzar el río no era sencillo: había que tender y cruzar pontones a la vez que se entretenía a los rusos para que no destrozasen al ejército mientras cruzaba el puente. Los rusos comenzaron la ofensiva, pero el ejército de Kutúzov se retrasó en el ataque, seguramente porque para los rusos era muy difícil determinar el número de soldados que le quedaban al emperador de los franceses. Además, para el viejo general, lo más adecuado era desgastar todavía más a la *Grande Armée*, para derrotarla con menos riesgos.

Pero el Estado Mayor francés estaba apresurado por cruzar el río, porque, a pesar de todo, la amenaza de un ataque del enorme ejército de Kutúzov era real. Así que, como no había otra alternativa, una parte del ejército liderada por Oudinot cruzó el río para despejar la vanguardia de enemigos del sur de Boríssov. Esta improvisada maniobra hizo que casi todo el ejército ruso al margen oeste se desplazara a esa zona, liberando la presión al otro lado de los pontones en los que realmente estaban trabajando los ingenieros franceses.

⁹⁰ Zamoyski, *op. cit.* (nota 3), p. 375.

⁹¹ Roberts, *op. cit.* (nota 61), p. 626.

El mando francés aprovechó todo lo que pudo esta maniobra, y el general Eblé con sus 400 zapadores-pontoneros trabajaron durante 20 horas sin descansar para construir los pontones que garantizaran la huida de sus camaradas, a pesar de las escasas herramientas con las que contaban. Con los puentes construidos, los soldados comenzaron la evacuación de la orilla este, hasta que uno de los puentes cayó y las ordenadas columnas se convirtieron en una turba desorganizada que intentaba cruzar por el puente restante como fuera. Sin embargo, la calma se acabó imponiendo y los puentes volvieron a funcionar con orden, a pesar de los cadáveres pisoteados que había sobre ellos⁹². El día 27 casi todo el ejército había cruzado, aunque unas horas antes Chichágov cargó contra Oudinot en la orilla occidental y Wittgenstein se abalanzó sobre los soldados que quedaban por cruzar, apresando a numerosos buenos soldados y matando a otros tantos. Para el día 28 toda la atención se centró en los puentes por los que cruzaban los últimos soldados, pero a la primera salva de los cañones rusos, el pánico cundió y la retirada cautelosa se convirtió en un sálvese quien pueda. Las cosas se complicaron más cuando una parte del

puente cedió por el peso y los disparos, pero los soldados seguían empujando para llegar a la otra orilla, sin saber que estaban arrojando a sus compañeros a una muerte segura en las frías aguas del Berézina.

Finalmente, lo que una vez fue la *Grande Armée* no salió del encuentro demasiado mal. Sin embargo, solo es posible entender que la operación fuese un éxito por la maniobra inicial de Oudinot, la capacidad de Eblé de tender los puentes tan rápidamente y la incoherencia y hasta pereza de las órdenes de Kutúzov a sus segundos. Pero sin duda alguna el principal error vino de la mano de Wittgenstein. Podía haber presionado muchísimo más al ejército francés antes incluso de que pudieran comenzar a tender pontones, pero no sabían que los efectivos de Napoleón eran tan escasos; de hecho, según las estimaciones rusas había 90.000 o 100.000 hombres, cuando en realidad no había más de 30.000-40.000. Ni siquiera los esclavos sabían el daño que el frío había hecho a la *Grande Armée*.

En esta cruenta y desesperada batalla los franceses perdieron más de 10.000-30.000 hombres, más los 5.000 prisioneros que los rusos hicieron. De los

⁹² Chandler, *op. cit.* (nota 2), p. 874.

más de 500.000 soldados que contaba la *Grande Armée* en julio apenas quedaban ahora 60.000, y estaban en pésimas condiciones⁹³. La marcha continuó a un ritmo desesperadamente lento por el frío, la nieve y el acoso de los cosacos. Ahora, una vez cruzado el Berézina, el objetivo era regresar a Francia. Chichágov seguía pisando los talones al maltrecho ejército francés mientras que Wittgenstein avanzaba en paralelo. La situación era crítica a primeros de diciembre: el 2 se estima que el ejército lo componían solo unos 13.000 soldados franceses. Por ello entre el 3 y el 5 de diciembre Napoleón hizo el anuncio de su marcha y el hecho de que regresaría a París, no sin antes culpar al clima de la catastrófica derrota que había sido la campaña y dejar a cargo del ejército a Murat⁹⁴.

La llegada a Vilna fue un “sálvese quien pueda”. Los soldados llegaron por grupos, ya que ya no había un ejército al que siguiera una masa de rezagados. El grado de desorden era tal que la *Grande Armée* se había desintegrado en grupos de soldados supervivientes cuya prioridad era mantenerse con vida. La disciplina estaba desaparecida. Las órdenes de Napoleón fueron explícitas: Murat debía dejar descansar a los

soldados al menos ocho días, pero la cercanía de los cosacos forzó la salida del día 9. Miles de heridos y enfermos fueron abandonados a su suerte en la ciudad⁹⁵.

Los franceses continuaron su retirada hasta la frontera de Rusia lenta y penosamente, sin tratar de presentar una batalla que frenase al enemigo. Llegados a la frontera los rusos se detuvieron, ya que sus fuerzas estaban también muy menguadas. Las alas más exteriores, al norte Macdonald, y al sur Schwarzenberg, recibieron las órdenes de retirada tarde, el 18 y el 14 de diciembre respectivamente. El primero perdió la mitad de sus unidades en un embolsamiento y sufrió el ya habitual acoso de las milicias y los cosacos. Yorck, el general que sufrió el embolsamiento, negoció con los rusos y firmaron el famoso Convenio de Tauroggen, que anunciaba la neutralidad de su ejército y preparaba la Guerra de Liberación alemana de 1813. Schwarzenberg tuvo más suerte y logró rechazar a Sacken y retirarse sin sufrir incidentes demasiado reseñables.

Los rusos continuaron el empuje con fuerzas renovadas el día 16 de enero, mientras que Eugenio de Beauharnais

⁹³ Rothenberg, *op. cit.* (nota 82), p. 55.

⁹⁴ Roberts, *op. cit.* (nota 61), pp. 629-630.

⁹⁵ Vette, T., “La fosa de Vilna”, *Desperta Ferro Moderna*, 31 (2017), p. 52.

evacuaba a todos los soldados acantonados a su paso, hasta que llegó al Elba el 6 de marzo. Así finalizó la campaña de 1812, con las fronteras de la hegemonía francesa devueltas al mismo lugar en el que estuvieron en 1806. Pero acabada la campaña no terminaron los problemas para el Primer Imperio francés.

La guerra de liberación alemana era inminente, tras la cual caerían una tras otra las plazas fuertes y alianzas que Bonaparte había construido. El *Empire* comenzó su inexorable caída, con unos recursos humanos y económicos que apenas permitían su defensa.

BIBLIOGRAFÍA

Libros, Manuales, Monografías

Bar, J. J., *El Ejército napoleónico. La Grande Armée de Napoleón y sus aliados*, Madrid, Nowtilus, 2022.

Bourgogne, A., *Memorias de Sargento Bourgogne*, Málaga, Salamina, 2018.

Cate, C., *Russia 1812. The duel of Napoleon and Alexander*, Londres, Pimlico, 2004.

Chandler, D., *Las campañas de Napoleón*, Madrid, Esfera, 2005.

Clausewitz, C., *La campaña de 1812 de Rusia*, Barcelona, Inédita, 2006.

De Ségur, P. P., *La derrota de Napoleón en Rusia*, Barcelona, Duomo, 2009.

Malinowski, P. y Pouget, A., *À la recherche du tombeau perdu. Sur les traces de Napoléon et du général Gudin en Russie*, France, Cherche Midi, 2020.

Nafziger, G., *Napoleon's invasion of Russia*, Novato, Presidio Press, 1988.

Roberts, A., *Napoleon. A life*, New York, Penguin, 2014.

Rothenberg, G. E., *The art of warfare in the age of Napoleon*, Bloomington, Indiana University Press, 1980.

Smith, D., *Napoleon against Russia. A concise history of 1812*, South Yorkshire, Pen and Sword, 2004.

Zamoyski, A., *1812. La Trágica marcha de Napoleón sobre Moscú*, Barcelona, Debate, 2005.

Artículos en revistas y medios

Brun, J. F., “Acercamiento logístico a la campaña de 1812”, *Desperta Ferro Moderna*, 21 (2016), pp. 30-34.

Garnier J., “Del Niemen a Smolensko. En búsqueda de la batalla definitiva”, *Desperta Ferro Moderna*, 21 (2016), pp. 24-29.

_____, “Las flèches de Bagration y la lucha por Semenosvskoye”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 18-27.

Mikaberidze, A., “El reducto Rayevski y el raid ruso”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 28-35.

Sokolov, O., “La batalla de Maloyaroslavets”, *Desperta Ferro Moderna*, 31 (2017), pp. 12-17.

Popov, A., “La batalla por Smolensko”, *Desperta Ferro Moderna*, 21 (2016), pp. 35-43.

_____, “La guerra irregular en 1812”, *Desperta Ferro Moderna*, 31 (2017), pp. 18-23.

Sokolov, O., “El dilema estratégico ruso”, *Desperta Ferro Moderna*, 21 (2016), pp. 18-23.

_____, “Kutúzov toma el mando”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 6-11.

Vette, T., “La fosa de Vilna”, *Desperta Ferro Moderna*, 31 (2017), pp. 50-55.

Zemtsov, V. N., “La batalla de Shevardino”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 12-17.

Ziółkowski, A., “Los combates por Utitsa”, *Desperta Ferro Moderna*, 26 (2017), pp. 36-41.

***Cantera, G., “La campaña de Rusia de Napoleón I: balance y organización”, *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, 2 (2023), pp. 119-145.

*Las tropas de la Marina francesa en las dos batallas de Puebla
(1862-1863)*

The troops of the French Navy at the two battles of Puebla (1862-1863)

Jean-Baptiste Murez¹

Institut Catholique de Paris

Recibido: 27-04-2022

Aceptado: 26-02-2023

Resumen:

Hoy la cuestión de la expedición mexicana de 1862-1867 es estudiada y conocida por la comunidad científica, asimismo ambos países (Francia y México) son conocedores principales de esta cuestión. Esta investigación ha dado lugar a resúmenes, así como a estudios más específicos. Además, se están dando regularmente eventos académicos alrededor de esta cuestión que, ahora, ofrece un objeto de estudio más amplio en comparación al que se daba en los últimos años en este cruce de miradas franco-mexicanas. Un simposio reciente, cuyas actas se publicaron en 2019 bajo el título *L'intervention française au Mexique (1862-1867): un conflit inattendu, une amitié naissante* involucró a historiadores franceses y mexicanos, y es prueba de ello. La presente aportación propone analizar esta acción bélica a través de unas unidades militares francesas en el transcurso de las dos famosas batallas de Puebla.

Palabras clave:

Batallas de Puebla, Francia, Marina francesa, México, Napoleón III.

Abstract:

Nowadays the question of the Mexican expedition of 1862-1867 is studied and known by the scientific community, likewise both countries (France and Mexico) are the main connoisseurs on this question. This research has led to abstracts as well as more specific

¹ Deseo expresar mi total agradecimiento al Dr. Gonzague Espinosa-Dassonneville por su concisa lectura y revisión de contenidos.

studies. In addition, scientific events are taking place regularly on this issue, which now offers a broader object of study compared to what has been the case in recent years in this crossroads of Franco-Mexican views. A recent symposium, whose published in 2019 under the title *L'intervention française au Mexique (1862-1867): un conflit inattendu, une amitié naissante* it involved French and Mexican historians, and this is a proof of this. The present paper intends to analyze this war action through some French military units during the two famous battles of Puebla.

Keywords:

Battles of Puebla, France, French Navy, Mexico, Napoleon III.

Introducción²

Fuera de Francia y México esta intervención sigue siendo menos estudiada, aunque existen interesantes publicaciones en inglés³ o alemán, debido a la nacionalidad austríaca del emperador Maximiliano⁴. Así, este episodio fue poco mencionado en España, aunque este país participó en sus inicios en el marco de estas políticas intervencionistas⁵.

La presente aportación pretende subsanar, parcialmente, esta carencia proponiendo analizar esta acción bélica a través de unas unidades militares francesas en el transcurso de las dos famosas batallas de Puebla. Estas son las tropas de la Armada y las colonias. Estas unidades dependientes del Ministerio de Marina, incluidas la infantería y la

artillería, se emplearon en ese momento para proteger los puertos militares en Francia y las colonias, pero también en el combate en el extranjero⁶.

Parte de las principales guerras y expediciones del Segundo Imperio francés jugaron un papel preponderante en México. Actúan allí, sobre todo, como una fuerza de ocupación encargada de proteger los convoyes de abastecimiento de la fuerza expedicionaria y tratan de controlar aquellas “cálidas tierras costeras”, donde el poder mexicano ha organizado eficaces guerrillas. Sin embargo, este importantísimo aspecto, es desafiado por la “pequeña guerra” organizada sus adversarios, a lo que se deben sumar las terribles condiciones sanitarias⁷. Todo ello tiende a oscurecer

² Para los conceptos e ideas expresados en nuestro abstract véase los siguientes trabajos: Avenel, J., *La campagne du Mexique. La fin de l'hégémonie européenne en Amérique du Nord*, París, Economica, 1996, p. 194. Gouttman, A., *La guerre du Mexique, 1862-1867: le mirage américain de Napoléon III*, París, Perrin, 2008, p. 452. Andrivon, S., *La Martinique: base navale dans le rêve mexicain de Napoléon III: 1862-1867*, Le Lamantin, SAM éditions, 1996, p. 127. Murez, J. B., *Les troupes de la Marine et des Colonies: force combattante au Mexique (1862-1864)*, París, Université de Paris-Sorbonne, 2011, p. 91. Murez, J. B., *Les troupes de la Marine et des Colonies: force d'occupation au Mexique (1862-1866), étude des officiers des unités*, París, Université de Paris-Sorbonne, 2012, p. 173. Bourdeille, C. (ed.), *L'intervention française au Mexique (1862-1867): un conflit inattendu, une amitié naissante. Actes du colloque*, París, Cerf, 2019, p. 299.

³ Cunningham, M., *Mexico and the Foreign Policy of Napoleon III*, Londres, Palgrave Macmillan, 2001, p. 264.

⁴ Lubienski, J., *Der maximilianeische Staat: Mexiko 1861-1867: Verfassung, Verwaltung und Ideengeschichte*, Viena, Böhlau, 1988, p. 161.

⁵ No obstante, existen unos pocos artículos divulgativos como el de Ismael López Domínguez, “La intervención francesa en México y el Segundo Imperio de Maximiliano I (1862-1867)” [en línea]. *Desperta Ferro*. 16 de febrero de 2020.

<https://www.despertaferro-ediciones.com/2020/intervencion-francesa-mexico-imperio-maximiliano-1862-1867/> [Consulta: 27 de abril de 2022].

⁶ Battesti, M., *La marine de Napoléon III: une politique navale*, Vol. 2, Chambéry-París, Université de Savoie, 1997.

⁷ Estos aspectos se analizan en mi trabajo *Les troupes de la Marine et des Colonies...* Murez, op. cit. (nota 2), s. n.

el segundo aspecto de la presencia gala en México.

Este artículo, por lo tanto, desea regresar al papel estrictamente “bélico” de los *marsouins* (infantes de marina) y *bigors* (artilleros navales), analizando su participación en las dos famosas batallas de Puebla.

La primera parte de este estudio pretende cuestionar los motivos de una intervención francesa en México y detallar la llegada de las tropas navales. Una segunda parte explicará su papel en la primera batalla de Puebla, antes de terminar con el asedio y toma de esta villa. Como estas tropas operaron bajo el mando del Ejército francés y no de la Armada durante la mayor parte de las operaciones descritas, cuidaremos el hecho de utilizar fuentes pertenecientes a estas dos ramas de las fuerzas armadas, para así ofrecer una doble mirada sobre los hechos descritos⁸.

Una expedición mal organizada y en gran medida improvisada.

¿Una intervención francesa en México?⁹

Desde su independencia en 1821 México ha sido un país políticamente inestable. Las crisis y las guerras civiles se suceden, las diferentes fuerzas políticas y religiosas no logran ponerse de acuerdo sobre cuestiones fundamentales como el lugar de la Iglesia o del Estado federal en el nuevo país¹⁰. Estos “trastornos” y cambios tienen importantes consecuencias internacionales.

Como todos los países sudamericanos después de la independencia, México se endeudó con el exterior y su debilidad alimentó la codicia de su poderoso vecino del norte, Estados Unidos. Las décadas de 1830-1840 fueron particularmente difíciles. Francia intervino militarmente para obtener el reembolso de sus deudas, aunque de forma limitada (manifestaciones navales, bloqueo de puertos atlánticos,

⁸ Service Historique de la Défense, Vincennes, (SHDV), expédition du Mexique, fonds de la Marine, campagnes, sec. BB4.

⁹ Su mismo nombre o título, que cambia de un autor a otro, resulta interesante. Es difícil definirlo en Francia. ¿Campaña? ¿Acción? ¿Intervención? ¿Guerra? Los primeros términos

parecen más adecuados a sus inicios, antes de que se convirtiera en una verdadera, y larga, guerra a partir de 1863. En el propio México se llega a hablar de una “Segunda intervención francesa en México”.

¹⁰ Avenel, *op. cit.* (nota 2), pp. 1-26.

etc.)¹¹. Estados Unidos se apoderó de casi la mitad del territorio mexicano en 1848 tras una guerra rápida y eficaz¹².

Sin embargo, a principios de la década de 1860, estos hechos seguían presentes en la mente de las clases dominantes, mientras la situación financiera de México aún no mejoraba. En 1861, el presidente liberal Benito Juárez, recién vencedor de otra guerra civil (1857-1860), decidió suspender el pago de la deuda externa de su país¹³. Además de una falta real de dinero, algunos préstamos se habían empleado para financiar a su oponente, el general Miramón, líder de los conservadores y expresidente interino. Esta decisión disgustó a los principales países acreedores, véase Francia, España y el Reino Unido. Además, mientras la “Doctrina Monroe” fue temporalmente suspendida por la Guerra Civil de Estados Unidos, el momento parecía propicio para que Europa retomara su lugar en el continente americano¹⁴. París

piensa instalar un contrapeso al poderío estadounidense en ascenso al sur del Río Grande, mientras que la idea de instalar un príncipe europeo en Ciudad de México ya está presente en la mente de ciertos políticos conservadores¹⁵.

A estos motivos principales se añaden otros posteriores, muchas veces falsificados a posteriori, para justificar una expedición muy criticada¹⁶. De hecho, en 1861, las tres principales potencias citadas se acercaron con vistas a organizar una expedición destinada principalmente a obtener el pago de las deudas. Las metas más lejanas son vagas, sobre todo porque los intereses de París, Londres y Madrid no convergen del todo en el mediano y largo plazo. Francia ya piensa en sustituir al Gobierno mexicano. Incluso antes del inicio de la intervención, los cimientos de estos principios no son sólidos. El hecho de reaccionar ante los acontecimientos internacionales por intereses propios, pero sin un plan muy preciso ni objetivos

¹¹ Existen otras razones como: poner fin a los abusos perpetrados contra los ciudadanos franceses residentes en México y obtener la libertad de comercio. Penot, J., “L’expansion commerciale française au Mexique et les causes du conflit franco-mexicain de 1838-1839”, *Bulletin hispanique*, 75 (1973), pp. 169-201.

¹² McPherson, J. M., *Battle cry of freedom*, Londres, Penguin Books, 1990, p. 47. Esta “política de las cañoneras” también se utiliza contra otros países sudamericanos recientemente independientes y no es exclusiva de las relaciones franco-mexicanas. Hermann, C., “La

diplomatie de la France en Amérique Latine au lendemain des Indépendances”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 28-3 (1992), pp. 79-95.

¹³ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 36.

¹⁴ Véase los trabajos de Stève Sainlaude, en especial: Sainlaude, S., *La France et la confédération sudiste, 1861-1865: la question de la reconnaissance diplomatique pendant la guerre de Sécession*, París, l’Harmattan, 2011, p. 244.

¹⁵ Esta mentalidad se encuentra en otros países sudamericanos como Ecuador.

¹⁶ Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 902.

realmente comunes a los *stakeholders*, no data de este momento, y puede distinguirse en operaciones anteriores¹⁷. No obstante, como en otros casos, esta “ligereza” generará una especie de efecto dominó y grandes consecuencias. Por el momento, una convención firmada en Londres el 31 de octubre de 1861 prevé la acción conjunta de Francia, España y el Reino Unido, con el objetivo de ocupar ciertos puntos de la costa atlántica mexicana y recuperar allí sus inversiones¹⁸. Supuestamente, no hay planes oficiales para transformar el Estado mexicano, aunque, como se ha señalado más atrás, las intenciones francesas al respecto ya están presentes y son conocidas por las otras dos potencias¹⁹.

Las tropas de la Marina francesa y de las colonias dentro del cuerpo expedicionario

A pesar de esta pausa inicial, la organización de la expedición continúa. Los textos firmados prevén que España aporte 6.000 hombres de la guarnición cubana, Reino Unido 700 infantes de

marina y Francia 3.000 soldados. Parte de ellos pertenecen a la infantería y la artillería marina. La infantería se organizó en regimientos de marcha o provisionales, es decir, formados por compañías pertenecientes a varias unidades, pero agrupadas en una sola para las necesidades de una campaña. El formato también es más reducido, ya que este regimiento está compuesto por dos batallones de 6 compañías cada uno, en lugar de tres batallones de 8 compañías teóricamente²⁰.

Se observa unos 1.300 hombres, la mitad procedente de la Francia continental y la otra mitad de las Antillas. Están apoyados por una batería del regimiento de artillería de marina, compuesta por secciones de Guadalupe y Martinica. Otras unidades completaron el conjunto²¹. Esta presentación no parece corresponder a la improvisación a la que hemos hecho referencia más arriba, pareciendo estas tropas adaptadas a su tarea y enviadas al lugar indicado. De hecho, es en las Antillas donde la concentración de unidades debe tener

¹⁷ Tal y como se da en el caso de Roma en 1849. Véase: Milza, P., *Garibaldi*, París, Fayard, 2014, pp. 257-259.

¹⁸ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 35.

¹⁹ *Ibidem*, p. 36.

²⁰ Y esto desde la creación de los dos regimientos en 1822. Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 526.

²¹ Dos unidades de caballería, infantes de marina, una batería de artillería servida por marineros, algunos ingenieros y el tren de la tripulación. Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 39.

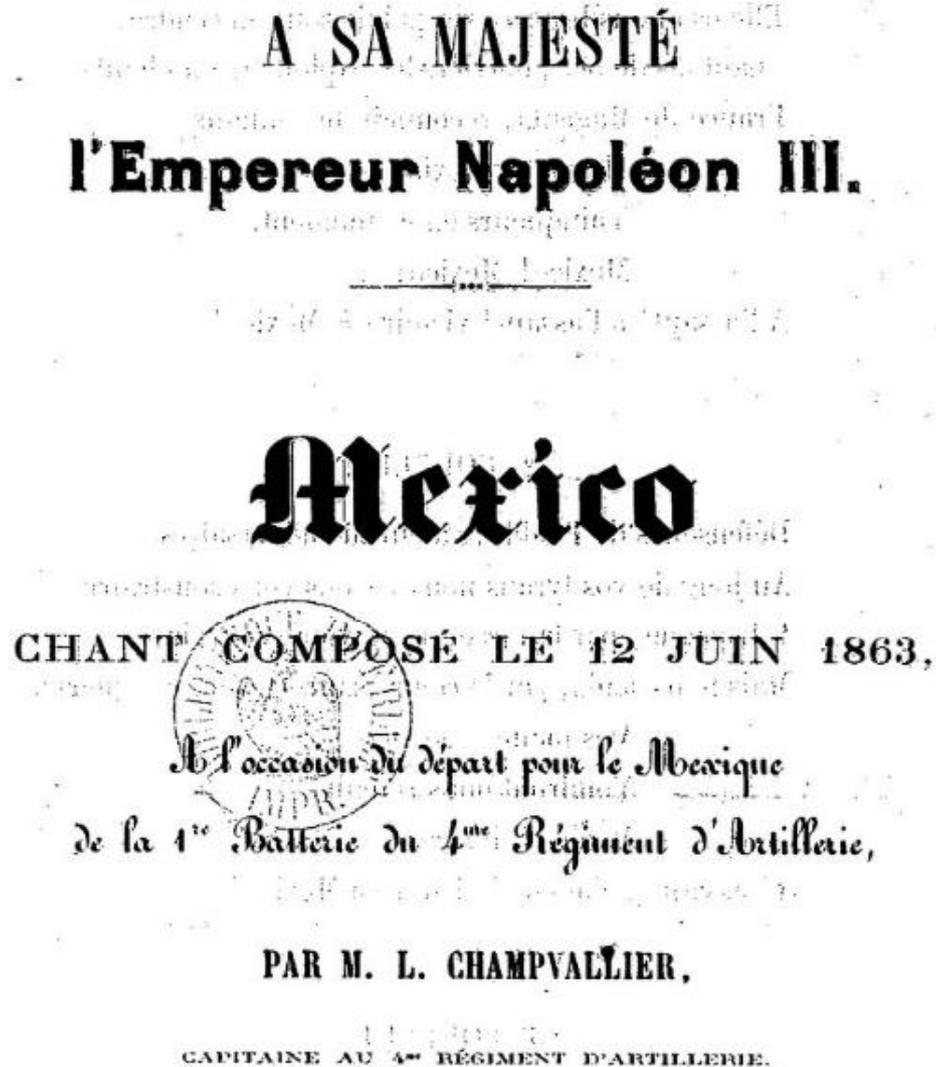


Figura 1. Canto dedicado a su majestad por la partida del 4.º Regimiento de Artillería a México. Colección BNF.

lugar antes de partir hacia México; los franceses vieron en este espacio una “base de retaguardia” que, geográficamente, era lógica.

En realidad, estas pocas líneas descriptivas enmascaran importantes dificultades logísticas y una desdichada organización de las tropas. Por lo tanto, las unidades llegan de muchos lugares de Francia y de las colonias, lo que es perjudicial para su cohesión general, especialmente porque no hay tiempo suficiente para un entrenamiento conjunto real, que pueda dar un verdadero “espíritu de cuerpo”²². Además, su material es incompleto y no corresponde necesariamente a su perfil. El “pináculo” lo alcanza la artillería naval, tradicionalmente “a pie”²³, pero organizada como una batería “a caballo”²⁴, con un equipamiento algo dispar, de otro ministerio (el de la Guerra) y procedente de muchos lugares (Rennes, La Fère, Metz y Orán)²⁵. Cabe destacar que no solo se trata de las armas, su munición y los arneses de los caballos

destinados a transportarlos. Los vehículos y sus conductores no están planeados, ya que se había decidido proceder a su reclutamiento una vez las tropas se encontrasen asentadas en México²⁶.

Encontramos aquí ese “espíritu de falta de preparación”, incluso de improvisación, que en parte caracterizó las campañas del Segundo Imperio francés, hecho que fue duramente criticado por la oposición parlamentaria. Así, a principios de enero de 1864, Adolphe Thiers declaró a la Cámara:

“Dans la confiance où l'on avait vécu en Europe, qu'à la première apparition des troupes alliées le Mexique se soulèverait tout entier, on n'avait donné à l'amiral Jurien de La Gravière aucun matériel de guerre”²⁷.

Por supuesto, la historia militar del régimen imperial no debe resumirse en esto, y estos son comentarios *post-hoc*, dichos con un propósito político. Sin embargo, es evidente la mala

²² Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 907

²³ Decker, M., “Artillerie”, en Tulard, J. (dir.), *Dictionnaire du Second Empire*, París, Fayard, 1995, p. 74.

²⁴ *Ibidem*. La artillería montada se mueve más, siguiendo a las divisiones de infantería.

²⁵ Dépêche télégraphique du général commandant la 16e division au ministre de la Guerre, 10 septembre 1861, Dépêches du ministre de la Guerre Randon au ministre de la Marine Chasseloup-Laubat, 9 septembre 1861 et 8 novembre 1861. Dépêches tél. gén. cdt la 16e

don à min. guerre, 11 septembre 1861, 18 et 19 nov. 1861, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 807.

²⁶ Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 912.

²⁷ Thiers, A., *Discours prononcés par M. Thiers, député de la Seine, dans la session 1863-1864, sur la dette flottante, les libertés nécessaires à la France, les candidatures officielles, l'expédition du Mexique, la marine marchande et les finances de la France*, París, Lheureux et Cie., 1864, p. 147.

organización en el inicio de la expedición de México.

El mando envía allí tropas no todas adaptadas a la misión por venir, por otra parte, mal definida, porque no existe en ese momento un verdadero Estado Mayor francés capaz de planificar las operaciones, atribuyéndoles los medios y las instrucciones requeridas²⁸. A pesar de ello, Napoleón III desempeñó un verdadero esfuerzo naval²⁹.

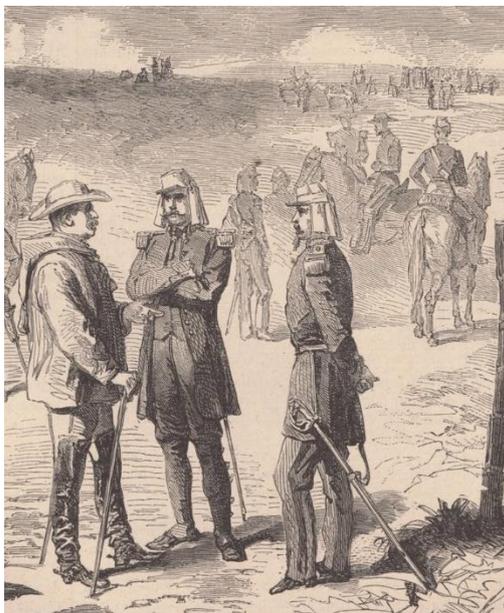


Figura 2. Tropas expedicionarias francesas. A partir de la obra de M. Brunnet, 1863. Dominio público en Wikimedia Commons.

Las tropas de la Armada siguen siendo pocas unidades, mal equipadas y ya muy desgastadas por sus misiones previas, lo que las debilita, haciendo decir al mismo Thiers que la Armada francesa “es en general el chivo expiatorio de este tipo de expediciones”³⁰. A este respecto, es característico que se estableciera una “unidad de marcha o provisional”, porque las realidades del servicio no habrían permitido enviar a un regimiento completo de *marsouins* a México, debido a la lejanía entre la Francia continental y las colonias.

Comienzos confusos

Las tropas francesas se concentraron en gran medida en Martinica entre octubre y diciembre de 1861, alrededor de Fort-de-France. El mando pasó al contralmirante Jurien de La Gravière³¹, quien también recibió amplios poderes políticos en el transcurso de la misión. Bajo su mando tenía a los 3.000 hombres previstos y 14 barcos de vapor, incluidas 4 fragatas de hélice y 3 transportes de mismo motor. Esta era una fuerza más que suficiente para subyugar a cualquier

²⁸ Con unas terribles consecuencias en 1870. Roth, F., *La guerre de 1870*, París, Hachette, 2011, p. 165.

²⁹ Véase la obra citada de Michèle Battesti.

³⁰ Thiers, *op. cit.* (nota 27), p. 143.

³¹ Al ingresar a la Marina en 1828, ascendió de rango a lo largo de las campañas. Un oficial valioso, también conocido por su trabajo de documentación, participó con éxito en las guerras

de Crimea e Italia. Fue nombrado comandante de la división naval del golfo de México en octubre de 1861 y vicealmirante en 1862. Tras su sustitución por Lorencez, continuó al mando de las fuerzas navales de la expedición hasta abril de 1863. Taillemite, E., *Dictionnaire des marins français (nouvelle édition revue et augmentée)*, París, Tallandier, 2002, pp. 269-270.

posible resistencia naval mexicana. El tamaño de la flota llegó a ser tal que incluso se tuvo que dejar atrás a algunos buques de guerra cuando la expedición partió el 17 de diciembre de 1861³². No obstante, si el cruce del Atlántico se realizó sin mayores incidentes, las unidades no se encontraban en su mejor estado de salud, incluso antes de del desembarco. Las tropas de la Marina francesa padecen diversas enfermedades tropicales y un debilitamiento general creado por las largas estancias en las colonias. En los navíos, el número de pacientes va en aumento, hasta representar ya casi el 6 % del total, aunque todavía no suponía una situación preocupante³³.

Más problemática es la división entre los tres aliados ante tales circunstancias. Antes de llegar a México, los franceses y los británicos se enteraron del desembarco de una tropa española, violando de este modo la Convención de Londres. Esta noticia debilitó a un conjunto ya “tambaleante”. Advertido, Napoleón III decidió enviar tropas

adicionales sin siquiera conocer la situación precisa sobre el terreno³⁴. En cuanto a la expedición, los ya pocos británicos (preocupados por sus relaciones con Estados Unidos) parecen perder el interés en el asunto de México³⁵. El desembarco de la fuerza expedicionaria francesa en Veracruz (del 9 al 20 de enero de 1862) se produjo ciertamente en buenas condiciones, pero con gran confusión.

Los ya vagos proyectos iniciales se ven socavados por una situación que cambia rápidamente y por la lentitud de la comunicación con la metrópolis³⁶. Es más, no se ha enviado un mapa de México y no hay ninguno disponible antes del verano. Esto dice mucho sobre el nivel de falta de preparación de esta intervención. Afortunadamente para las tropas a pie, no tienen que enfrentarse a un enemigo empeñado en defender sus costas, lo que evita un desastre inicial. Por el momento, el Ejército y la Armada franceses ocupan ciertos lugares en Veracruz, pero falta el espacio y algunas de las unidades deben permanecer en los

³² Murez, *op. cit.* (nota 2), pp. 16-17.

³³ Chirurgien principal Gantelme, Rapport à l'amiral Jurien de La Gravière sur les faits observés depuis le départ de France, 31 décembre 1861, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. CC2, cartón 969.

³⁴ Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 907.

³⁵ Carta del general Hennique al general Barolet, inspector general de la infantería de marina,

enero de 1862, citado en la obra: Vallier, D. L., *Historique des troupes coloniales. Campagne du Mexique*, París, H. Charles-Lavauzelle, 1908, p. 13.

³⁶ Entre la redacción de una carta y la llegada de su respuesta a México, suelen transcurrir dos meses. Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 914.

navíos³⁷ a modo de barracones provisionales.



Figura 3. *Gravière*. Eugène Pirou, alrededor de 1883. Dominio público en Wikimedia Commons.

La promiscuidad por parte de las tropas fue considerable y favoreció el brote, y luego la propagación, de enfermedades en esta ciudad costera conocida por sus fiebres (populares como “vómito negro”) y su calor³⁸. Juárez lo sabía y ordenó a las tropas mexicanas retirarse

tierra adentro. Este último esperaba que los invasores se debilitasen lentamente en el área donde desembarcaron³⁹. El comando europeo, obviamente, desconoce los planes de su homólogo mexicano, pero está preocupado por la situación sanitaria. Así, se decide un primer movimiento hacia el interior.

La primera batalla de Puebla (1862): las razones para movilizarse sobre esta villa

Las fuerzas de los tres países intervencionistas reconocen el terreno de Veracruz y toman el poblado de Tejería, a 16 kilómetros del primero, y, con una “univocación” de cierta importancia⁴⁰. Las tropas de la Armada francesa juegan un papel crucial en esta ocupación que tiene el mérito de sacarlas de la inacción, tanto por la ausencia de un plan preciso como por el retraso de ciertos navíos en traer los equipos esperados⁴¹. Además, los aliados se dan cuenta de que están lejos de ser recibidos como libertadores por los mexicanos.

³⁷ Dépêche Jurien de La Gravière à minis. mar, 10 janvier 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 799.

³⁸ Malte-Brun, V. A., “Coup d’œil sur l’itinéraire de la Vera-Cruz à Mexico”, *Revue maritime et coloniale*, T. 7 (1863), p. 681.

³⁹ Campuzano, A., “Les batailles décisives de l’intervention militaire française au Mexique”, en Bourdeille, C. (ed.), *L’intervention française au Mexique (1862-1867): un conflit inattendu,*

une amitié naissante. Actes du colloque, Paris, Cerf, 2019, p. 173.

⁴⁰ Battesti, *op. cit.* (nota 6), p. 909. Esta es la única vía férrea mexicana, aún inconclusa a la fecha, que conectará Veracruz y Ciudad de México

⁴¹ Dépêche de Jurien de La Gravière à minis. mar., 24 janvier 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 799.

Si bien aún no existe explícitamente un “estado de guerra” entre los países en cuestión, los europeos se debilitan rápidamente: más del 10 % de los hombres están enfermos en el lado francés a principios de febrero, y Jurien de La Gravière ya debe pedir refuerzos a las Antillas⁴². Difíciles negociaciones (con los locales) no permitieron encontrar un terreno común, satisfactorio para ambas partes durante los meses de enero y febrero. Finalmente se firmó una convención conocida como “de la Soledad”, pero no condujo a buen terreno. Los mexicanos simplemente estaban tratando de ganar tiempo para así aislar al cuerpo expedicionario de sus bases de retaguardia.

Mientras tanto, la llegada de los primeros refuerzos enviados por el emperador de los franceses (4.000 hombres comandados por el general Lorencez⁴³) desbloquearon esta situación de inferioridad de forma inesperada. De hecho, con ellos está un emigrado mexicano, el general Almonte, exministro y embajador en los Estados

Unidos, a favor del establecimiento de una monarquía en México.



Figura 4. Detalle de la localidad de Puebla de la obra “Carga mexicana en la batalla de Puebla”. Dominio público en Wikimedia Commons.

Esta noticia es el detonante final que mueve a españoles y británicos a retirarse de México en el transcurso del mes de abril. Francia se encuentra sola. Tras ello, a la cabeza de 7.000 hombres, el general Lorencez decidió seguir adelante. Además de una serie de detonantes, que son más pretextos que otra cosa⁴⁴, este oficial se niega a aplicar hasta el final la Convención de Soledad y, lo que estaba previsto, retirarse en caso de ruptura de negociaciones⁴⁵. El 19 de abril de 1862 la fuerza expedicionaria

⁴² *Ibidem*, lettre de Jurien de La Gravière au gouverneur de la Martinique, 15 février 1862.

⁴³ Lorencez, hijo de un general del Primer Imperio, nació en 1814. Era un veterano de la guerra de Crimea, un “*Saint-Cyrien*”, que terminó nombrado general de brigada. A pesar del fracaso de Puebla, demostró ser un comandante bastante eficaz, apreciado por sus hombres. Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 45.

⁴⁴ Como el empleo y daños causados a heridos franceses dejados en Orizaba y considerados combatientes por los mexicanos. Véase: Déclaration de Lorencez aux plénipotentiaires français au Mexique, 19 avril 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 799.

⁴⁵ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 42. Artículo cuarto del acuerdo.

tomó rumbo al centro del país, y en primer lugar a la ciudad de Orizaba, escala imprescindible en el camino a Ciudad de México. La toma de la capital parecía el camino más seguro para obtener una victoria política.

Un avance difícil tierra adentro

Las tropas navales se posicionan en la retaguardia, asegurando la ingrata pero imprescindible misión de proteger el convoy de suministros y municiones, difícil y pacientemente montado durante los meses anteriores⁴⁶. Tras la ocupación, sin disparar un tiro, de Orizaba dejaron en esta ciudad una guarnición organizada como base de retaguardia, para así proteger las largas vías de comunicación con Veracruz⁴⁷. El 27 de abril el grueso de la fuerza expedicionaria (unos 6.500) partió con dirección a Ciudad de México, a varios cientos de kilómetros de distancia. Es una distancia importante en un país en gran parte desconocido, aunque se han planificado etapas “sobre el papel” para el comienzo del viaje. El hecho de no haber encontrado hasta ahora una resistencia sería pudo haber engañado a

los franceses, pero los mexicanos dejaron de esconderse y optaron por detenerlos en Puebla, localidad ubicada a 142 kilómetros de Orizaba, camino a la capital⁴⁸. Este lugar desconocido para los franceses parece un pueblo como cualquier otro. A pesar de ello, es una ciudad de cierta importancia que se pone en estado de defensa de manera inmediata⁴⁹. Cabe señalar que los franceses ahora actúan en zonas de altura, donde no pululan los mosquitos portadores de enfermedades, lo que aligerará el cuerpo expedicionario en términos de salud. Sin embargo, la naturaleza del terreno también cambia, volviéndose más accidentado y montañoso en comparación con la zona de costa.

Las tropas se organizan en dos grandes columnas, la primera formada por los combatientes y la segunda por el convoy. En la primera se concentra la mayor parte de los *marsouins* y *bigors*, con la ayuda de los zuavos que han venido con los refuerzos de Lorencez. El avance tierra adentro se ve dificultado por el relieve, la extrema lentitud del convoy y las acciones ocasionales de la resistencia

⁴⁶ Vallier, *op. cit.* (nota 35), p. 35

⁴⁷ Journal de marche du 26 avril 1862, Service Historique de la Défense, Département de l'armée de terre, (SHD), sec. G7, cartón 129.

⁴⁸ Sin que se pierda el contacto con ellos durante su acercamiento, la idea de los mexicanos es “al

final del año. Mientras el enemigo sería detenido en Puebla, el gobierno podría seguir organizando otras unidades como las del cuerpo de ejército central, norte y oeste”. Campuzano, *op. cit.* (nota 39), p.174.

⁴⁹ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 51.

mexicana⁵⁰. El comandante de las tropas procedentes de la Armada francesa, coronel Hennique, se queja en esta ocasión de la poca participación en los combates. Si buscar la proximidad del fuego enemigo puede parecernos un caso extraño, debemos recordar que sus hombres a menudo permanecían en retaguardia para custodiar los trenes de equipajes, una tarea sin gloria. Para remediar esta situación, Lorencez los colocó, entonces, al frente de la columna, que llegó a Puebla el 4 de mayo de 1862.

El general en jefe y sus hombres se dan cuenta entonces de que no se trata de un caserío o una simple villa, sino de un pueblo de 74.000 habitantes. Sus calles se cruzan en ángulo recto, creando islas residenciales llamadas “cuadras”, que serán empleadas por los mexicanos para la defensa de aquel lugar. Estos últimos emplean las casas macizas, con muros muy gruesos, para su protección y los numerosos conventos transformados en otras tantas fortalezas.

La principal estructura, “Guadalupe”, domina la entrada a la ciudad por el noreste. Este espacio ha sido dotado de una poderosa artillería y puede contar

con el fuego de otro fuerte, el de Loreto⁵¹. Fue allí donde Lorencez decidió atacar el 5 de mayo. Aunque el sur estaba menos defendido, tenía la intención de evitar una pelea urbana ganando posición en el punto principal de defensa⁵².

El fracaso del 5 de mayo de 1862

Esta es una elección arriesgada. En general, el deseo de atacar Puebla con toda su fuerza se tomó a la ligera y con demasiada rapidez. Se decidió durante un consejo de guerra en la tarde del 4 de mayo, el día antes de la batalla⁵³. Es decir, sin un reconocimiento real del terreno ni teniendo en cuenta las fuerzas enemigas, el doble según estimaciones del propio Lorencez⁵⁴. Obviamente no es posible conocer numerosos detalles de su adversario, como parte del estado de sus fortificaciones y el estado de ánimo exacto de sus combatientes, pero el hecho de que los mexicanos decidieran defender el lugar después de meses de elusión podría haber alertado al mando francés. En su defensa existía cierto sentimiento de superioridad, nacido también de la ausencia de enfrentamientos reales, así como de la

⁵⁰ Journal de marche..., SHD, Département de l'armée de terre, sec. G7, cartón 129.

⁵¹ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 51.

⁵² *Ibidem*

⁵³ Nicolas, V., *Le livre d'or de l'Infanterie de marine*, T. 2, Paris-Limoges, Charles-Lavauzelle, 1891, p. 126.

⁵⁴ El efectivo total de las tropas enemigas en Puebla es incierto. Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 51.

imposibilidad de dejar atrás un lugar tan “invicto”.

Un asedio “regular” (en condiciones) como el que se daría en 1863 parecía más difícil dada la debilidad de los medios de la artillería⁵⁵, era posible una retirada hacia Orizaba, pero habría aparecido como una derrota. Sin embargo, todavía era posible mejorar sus posiciones sobre el terreno, en particular a la espera de la llegada de refuerzos mexicanos auxiliares reclutados por el contingente francés.

El Ejército imperial pasó al ataque en la mañana del 5 de mayo de 1862. Las tropas de la Armada desempeñaron principalmente un papel de apoyo, una vez más custodiando el convoy y manteniéndose en reserva. Salvo la artillería naval, en el centro del dispositivo y participando en el bombardeo del fuerte de Guadalupe. Este resulta inútil, al no ser las piezas francesas del calibre suficiente para arrancar sus gruesos muros⁵⁷. Lorencez

decide entonces lanzar el asalto, en el que participan esta vez las tropas navales. Primero rechazan una salida de la guarnición, luego son enviados para apoyar al resto de las tropas que se estancan⁵⁸. De hecho, el fuerte de Loreto les dispara con eficacia, así como soldados instalados detrás de un muro entre las dos infraestructuras mencionadas. El general Hennique escribe con razón:

“¿Qué podían hacer [los franceses] contra muros que permanecían intactos y defendidos por una masa de combatientes perfectamente protegidos?”⁵⁹.

Una acción masiva de la caballería mexicana, así como fuertes lluvias⁶⁰, arruinaron los esfuerzos franceses y Lorencez ordenó la retirada alrededor de las 4 p. m. La Batalla de Puebla es una clara derrota francesa. Bien enfrascados en el fuego donde se comportaron con valentía, los efectivos de la infantería de marina dejaron cerca de un centenar de muertos, heridos y desaparecidos, lo que es importante dado el número de

⁵⁵ Estas son piezas de campo ligeras, como cañones de 4 libras, no adecuadas para el asedio de una ciudad fortificada.

⁵⁷ Sin embargo, este punto podría haber sido conocido por los oficiales, porque encontramos en los archivos un documento de instrucciones, cuyo extracto relativo a los cañones “de 4” afirma claramente que no pueden derribar grandes muros. Instruction particulière donnée par le général de Laumières aux commandants de batterie, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 89.

⁵⁸ Journal de marche du 5 mai 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 89.

⁵⁹ Carta del general en mayo de 1862. Citado en Vallier, *op. cit.* (nota 35), p. 35

⁶⁰ Avenel, J. D., “Les troupes de la Marine dans la campagne du Mexique”, en Bruyère-Ostells, W. (dir.), *Les troupes de la marine au combat. De l'Alma à Bazeilles. 1854-1870*, París, L'Artilleur-Bernard Giovanangeli, 2021, p. 28.

implicados (seis compañías y una batería)⁶¹.

La segunda batalla de Puebla de 1863: una campaña mejor preparada

Este fracaso francés cambia la naturaleza de la expedición mexicana, que está destinada a continuar. El mando mexicano abandonó la idea de perseguir al invasor y “optó por refugiarse en Puebla para esperar allí a los franceses, sabiendo que estos intentarían vengar la afrenta sufrida”⁶².

Además, la fuerza expedicionaria francesa encaja precisamente en esta lógica. Las tropas francesas se retiraron en orden después del 5 de mayo de 1862, esforzándose por restablecer sus comunicaciones con la costa y restituir los convoyes, tarea asumida en gran parte por las *marsouins*. Sin embargo, no se intenta inmediatamente un nuevo asalto. Lorencez es reemplazado por el general Forey⁶³ debido a su derrota. A consecuencia de la lentitud de las comunicaciones, este último oficial desembarcó el 21 de septiembre de 1862

en Veracruz, con numerosos refuerzos. La fuerza expedicionaria asciende ahora a casi 30.000 hombres, incluidos unos 1.600 *marsouins* y 450 *bigors*⁶⁴. El nuevo comandante en jefe es meticuloso y cuidadoso. Se esfuerza durante meses por dar caza a las guerrillas que circulan en los diversos frentes, por mejorar sus comunicaciones y su logística, y, para así ocupar ciertos puntos de la costa como el puerto de Tampico.

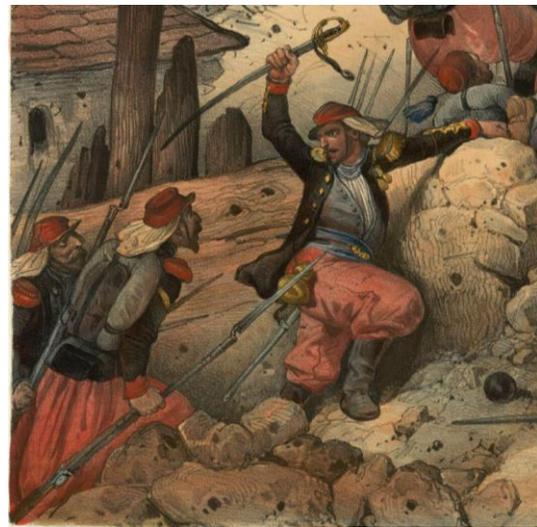


Figura 5. Detalle de la estampa “Toma de La Puebla”. Adam, s. XIX. Colección privada.

Estas acciones no son inútiles en sí mismas, pero no resuelven nada en términos estratégicos. Cauteloso, Forey tiene motivos reales para estar

⁶¹ État nominatif pour les officiers, numérique pour la troupe des tués, disparus présumés morts et des blessés dans les journées des 28 avril au Cumbres et 5 mai au fort de Guadalupe, devant Puebla, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 89.

⁶² Campuzano, *op. cit.* (nota 39), p.174.

⁶³ Forey, nacido en 1804 es otro *Saint-Cyrien*. Formado en Argelia en las décadas de 1830 y 1840, participó en el golpe de Luis Napoleón Bonaparte antes de servir en Crimea e Italia. También senador será un fiel del régimen que lo ha enviado a México. Por este motivo fue estricto en el cumplimiento de las instrucciones.

⁶⁴ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 51.

preocupado de que él también sea derrotado en una confrontación a mayor escala. Empero, presionado por París, tomó en marzo de 1863 el camino a Ciudad de México, pasando por Puebla.

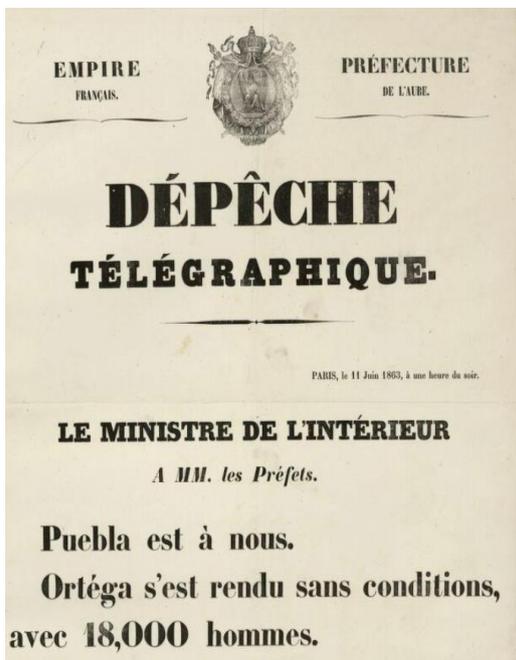


Figura 6. Despacho comunicando la caída de Puebla. Dominio público en Wikimedia Commons.

Aunque igualmente empleó las tropas de la Marina francesa para proteger los convoyes y las tierras costeras, no puede permitirse el lujo de privarlos de una posible venganza. En este punto se conservan 6 compañías de infantería, 3 de cada regimiento original, así como la batería de artillería marina, que complementa al resto de cuerpos. Estos hombres formaban parte de un vasto

conjunto de 26.300 hombres y 56 cañones, una fuerza mucho mayor que la de Lorencez un año antes. Su marcha hacia Puebla transcurrió sin ningún problema particular, habiendo llevado el carácter meticuloso de Forey a una verdadera protección de los “ejes de progresión”. Saliendo de Orizaba el 21 de febrero, las tropas llegaron un mes después a la vista de Puebla⁶⁵.

Un asedio largo y costoso

La ciudad se ha reforzado considerablemente desde la primera batalla. El general Ortega, que la defiende, tiene 22.000 hombres que han realizado con seriedad las labores de defensa e instrucción⁶⁶. El oficial médico francés Arronshon escribió sobre este asunto el 2 de abril de 1863:

“Sus obras de fortificación son magníficas por su solidez y espesor. Todas las puertas de las casas están atrancadas por dentro, mediante muros de piedra seca, hechos con las losas de las aceras y las tejas de los patios. En todas partes, las paredes están perforadas con agujeros a la altura de un hombre para permitir disparar. El borde de las terrazas está cubierto con sacos de tierra. Desde aquí procede este fuego de arriba, porque disparan de todas partes, especialmente de los campanarios, que es el

⁶⁵ Ordre général n°97, 6 mars 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 112.

⁶⁶ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 57

más mortífero, porque se sumerge (el impacto) así en las trincheras”⁶⁷.

Es una carta escrita al inicio del asedio a la ciudad, esta vez sitiada con las nuevas fuerzas con las que cuenta Forey, quien rodea Puebla e inicia verdaderas operaciones de asedio⁶⁸. El tono del escrito citado se une a otros; los franceses admiten que su adversario es valiente y que se defiende bien, en particular en lo relativo al fuego de la infantería, que dificulta el acercamiento de las tropas imperiales. Si la artillería de marina obviamente participa en los bombardeos contra Puebla, su contraparte de infantería está más bien asignada a la excavación y vigilancia de los “paralelos de aproximación”; trincheras que se acercan gradualmente a la ciudad misma, en círculos concéntricos. Se trata de un trabajo agotador y sin *glamour*, pero muy necesario.

Forey avanzaba lentamente a la espera de las piezas de artillería pesada solicitadas a la Marina francesa, debían ser traídas desde la costa atlántica. Nótese, sin embargo, la participación de las unidades

estudiadas (nuestro objeto de estudio) en reconocimientos exitosos y acciones encaminadas a repeler salidas de la guarnición mexicana⁶⁹. Sin embargo, fue un asedio largo y costoso, que incluso llevó al comandante en jefe a detener los ataques durante diez días, del 6 al 16 de abril.

La toma de Puebla

La situación ya no es la misma que un año antes. Las tropas francesas son mucho más numerosas, tienen medios militares reales y una situación logística mucho mejor. Además, la elección del general Ortega de haber concentrado la mayor parte de sus tropas en Puebla es arriesgada: están atrapados en una trampa de la que es difícil salir, como demuestra el fracaso de las incursiones. El historiador mexicano Antonio Campuzano no duda en decir:

“(…) esto tenía que concluir en una derrota, de acuerdo con la máxima militar: lugar sitiado, lugar tomado”⁷⁰.

La inversión de esfuerzos e infraestructuras francesas en el lugar tiene éxito e impide las comunicaciones

⁶⁷ Micard, E., *La France au Mexique: étude sur les expéditions militaires, l'influence et le rôle économique de la France au Mexique, précédée d'un aperçu général de la géographie et de l'histoire mexicaines, avec des lettres inédites d'un médecin-major de l'expédition de 1863*, París, Monde Moderne, 1927, p. 193.

⁶⁸ Diario anotado por el coronel Hennique. Citado en Vallier, *op. cit.* (nota 35), pp. 95-96.

⁶⁹ Journal de marche du 23 mars 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 132.

⁷⁰ Campuzano, *op. cit.* (nota 39), p.176.

con el exterior, lo que conduce, en particular, a una creciente escasez de alimentos y a un lento pero real debilitamiento de la guarnición.

En el mes de abril los principales puntos de resistencia fueron asaltados y capturados por las tropas imperiales, y esta vez la infantería de marina participó en los combates de manera activa⁷¹. Sin embargo, el prudente Forey es muy criticado por sus oficiales. Pudo haberse detenido allí y matar de hambre a la ciudad, obligándola a rendirse a medio plazo, dejando tropas para cubrirla y continuar hasta la Ciudad de México, ya que la capital se encontraba indefensa. Deseando lograr una victoria más rápida y completa, continuó el asedio durante el mes de mayo. Las últimas operaciones resultan muy costosas en hombres, porque los mexicanos luchan con la energía de la desesperación y en una ciudad en parte destruida por los combates. Además, los franceses deben repeler los ataques de los ejércitos de socorro enemigos. Estas operaciones tuvieron éxito, en particular gracias a la precisión del fuego de la artillería naval,

pero aumentaron el número de víctimas. Finalmente, el general Ortega decide rendirse el 17 de mayo de 1863⁷². Las consecuencias son inmediatas: el principal ejército mexicano ha sido derrotado y pasa al cautiverio o cambia de bando, quedando la capital descubierta y pronto tomada⁷³.

Así, esta derrota mexicana contribuye en gran medida al paso a una nueva fase de la expedición. Francia ocupará el corazón político del país y pronto traerá de Europa al archiduque Maximiliano para ocupar el trono. Las fuerzas “juaristas”, a pesar de ello, no se desarmaron.

Si las guerrillas existen desde 1862, la derrota del Ejército regular mexicano conducirá a su recurso masivo. Los franceses tendrán que luchar duro contra estas en la costa y por ocupar muchos otros puntos. Estas agotadoras operaciones, realizadas en gran parte por tropas navales, generaron tensiones con el Ejército francés y fueron en gran parte responsables de su partida en 1864⁷⁴. En general, el ministro de Marina

⁷¹ Rapport journalier du 22 avril 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 104; Journal de marche du 6 mai 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 132.

⁷² Ciertos testimonios de la época son muy críticos, como el del oficial Auguste Blanchot, futuro miembro del Estado Mayor francés de

Bazaine. No es imposible ver en esto una forma de reconstrucción de los hechos, tras la sustitución de un Forey poco apreciado. Blanchot, A., *L'intervention française au Mexique*, París, E. Nourrit, 1911, pp. 328-239.

⁷³ Journal de marche..., (SHD), sec. G7, cartón 132.

⁷⁴ Murez, *op. cit.* (nota 2), p. 173.

Chasseloup-Laubat no aprecia la necesidad y el uso prolongado de “sus” tropas en campañas en tierra: en su opinión, cree que la acción de sus unidades debería ser temporal y concerniente a la costa⁷⁵.

Conclusión

A pesar de su empleo poco ortodoxo en una campaña terrestre, el papel bélico de la Armada y las tropas coloniales en la expedición a México no pasa inadvertido, especialmente al principio. En el transcurso de los primeros momentos de esta intervención, constituyen incluso la mayor parte de las tropas disponibles. A partir de entonces, tienden a disminuir en proporción, dados los sucesivos refuerzos del Ejército francés que desembarcan en Veracruz.

Sin embargo, entre los primeros combatientes llegados a México conservan un estatus de “veteranos”, más acostumbrados a desenvolverse en este país. Su participación en las batallas de Puebla sigue conformando dos hitos de su presencia al otro lado del Atlántico, donde no son desdeñables y contribuyen, en el segundo caso, a la victoria.

No obstante, sigue siendo cierto que el “primer rango” (líneas de combate) no lo

ocupan ellos. Consideradas como tropas más útiles para la custodia de convoyes y trenes de equipajes, tienden a ceder el paso a la actuación de otras unidades, como los zuavos e, incluso frente a Puebla, prevalecen estas tareas auxiliares. Se debe considerar, pese a ello, que sin ellos la logística se habría visto socavada y los dos enfrentamientos mencionados no habrían sido posibles, dejando al ejército de Napoleón III sin una cobertura efectiva en campaña y en el propio campo de batalla.

⁷⁵ Avenel, *op. cit.* (nota 2), p. 57.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

Chirurgien principal Gantelme, Rapport à l'amiral Jurien de La Gravière sur les faits observés depuis le départ de France, 31 décembre 1861, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. CC2, cartón 969.

Déclaration de Lorencez aux plénipotentiaires français au Mexique, 19 avril 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 799.

Dépêche télégraphique du général commandant la 16e division au ministre de la Guerre, 10 septembre 1861, Dépêches du ministre de la Guerre Randon au ministre de la Marine Chasseloup-Laubat, 9 septembre 1861 et 8 novembre 1861. Dépêches tél. gén. cdt la 16e don à min. guerre, 11 septembre 1861, 18 et 19 nov. 1861, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 807.

Dépêche Jurien de La Gravière à minis. mar, 10 janvier 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 799.

Dépêche de Jurien de La Gravière à minis. mar., 24 janvier 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. BB4, cartón 799.

État nominatif pour les officiers, numérique pour la troupe des tués, disparus présumés morts et des blessés dans les journées des 28 avril au Cumbres et 5 mai au fort de Guadalupe, devant Puebla, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 89.

Instruction particulière donnée par le général de Laumières aux commandants de batterie, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 89.

Journal de marche du 5 mai 1862, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 89.

Journal de marche du 26 avril 1862, Service Historique de la Défense, Département de l'armée de terre, (SHD), sec. G7, cartón 129.

Journal de marche du 23 mars 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 132.

Journal de marche du 6 mai 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 132.

Ordre général n.º 97, 6 mars 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 112.

Rapport journalier du 22 avril 1863, Service Historique de la Défense, Marine, (SHD), sec. G7, cartón 104.

Libros, Manuales, Monografías

Andrivon, S., *La Martinique: base navale dans le rêve mexicain de Napoléon III: 1862-1867*, Le Lamantin, SAM éditions, 1996.

Avenel, J. D., “Les troupes de la Marine dans la campagne du Mexique”, en Bruyère-Ostells, W. (dir.), *Les troupes de la marine au combat. De l'Alma à Bazeilles. 1854-1870*, Paris, L'Artilleur-Bernard Giovanangeli, 2021, pp. 25-33.

_____, *La campagne du Mexique. La fin de l'hégémonie européenne en Amérique du Nord*, Paris, Economica, 1996.

Battesti, M., *La marine de Napoléon III: une politique navale*, Vol. 2, Chambéry-Paris, Université de Savoie, 1997.

Blanchot, A., *L'intervention française au Mexique*, Paris, E. Nourrit, 1911.

Bourdeille, C. (ed.), *L'intervention française au Mexique (1862-1867): un conflit inattendu, une amitié naissante. Actes du colloque*, Paris, Cerf, 2019.

Campuzano, A., “Les batailles décisives de l'intervention militaire française au Mexique”, en Bourdeille, C. (ed.), *L'intervention française au Mexique (1862-1867): un conflit inattendu, une amitié naissante. Actes du colloque*, Paris, Cerf, 2019, pp. 167-192.

Cunningham, M., *Mexico and the Foreign Policy of Napoleon III*, Londres, Palgrave Macmillan, 2001.

Decker, M., “Artillerie”, en Tulard, J. (dir.), *Dictionnaire du Second Empire*, Paris, Fayard, 1995, pp. 73-75.

Gouttman, A., *La guerre du Mexique, 1862-1867: le mirage américain de Napoléon III*, Paris, Perrin, 2008.

Lubienski, J., *Der maximilianeische Staat: Mexiko 1861-1867: Verfassung, Verwaltung und Ideengeschichte*, Viena, Böhlau, 1988.

McPherson, J. M., *Battle cry of freedom*, Londres, Penguin Books, 1990.

Micard, E., *La France au Mexique: étude sur les expéditions militaires, l'influence et le rôle économique de la France au Mexique, précédée d'un aperçu général de la géographie et de l'histoire mexicaines, avec des lettres inédites d'un médecin-major de l'expédition de 1863*, Paris, Monde Moderne, 1927.

Milza, P., *Garibaldi*, Paris, Fayard, 2014.

Murez, J. B., *Les troupes de la Marine et des Colonies: force combattante au Mexique (1862-1864)*, Paris, Université de Paris-Sorbonne, 2011.

_____, *Les troupes de la Marine et des Colonies: force d'occupation au Mexique (1862-1866), étude des officiers des unités*, Paris, Université de Paris-Sorbonne, 2012.

Nicolas, V., *Le livre d'or de l'Infanterie de marine*, T. 2, Paris-Limoges, Charles-Lavauzelle, 1891.

Roth, F., *La guerre de 1870*, Paris, Hachette, 2011.

Sainlaude, S., *La France et la confédération sudiste, 1861-1865: la question de la reconnaissance diplomatique pendant la guerre de Sécession*, Paris, l'Harmattan, 2011.

Taillemite, E., *Dictionnaire des marins français (nouvelle édition revue et augmentée)*, Paris, Tallandier, 2002.

Thiers, A., *Discours prononcés par M. Thiers, député de la Seine, dans la session 1863-1864, sur la dette flottante, les libertés nécessaires à la France, les candidatures officielles, l'expédition du Mexique, la marine marchande et les finances de la France*, Paris, Lheureux et Cie., 1864.

Vallier, D. L., *Historique des troupes coloniales. Campagne du Mexique*, Paris, H. Charles-Lavauzelle, 1908.

Artículos en revistas y medios

Hermann, C., "La diplomatie de la France en Amérique Latine au lendemain des Indépendances", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 28-3 (1992), pp. 79-95.

Malte-Brun, V. A., “Coup d’œil sur l’itinéraire de la Vera-Cruz à Mexico”, *Revue maritime et coloniale*, T. 7 (1863), pp. 680-693.

Penot, J., “L’expansion commerciale française au Mexique et les causes du conflit franco-mexicain de 1838-1839”, *Bulletin hispanique*, 75 (1973), pp. 169-201.

***Murez, J. B., “Las tropas de la Marina francesa en las dos batallas de Puebla (1862-1863)”, *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, 2 (2023), pp. 147-170.

RESEÑAS.

Aquillué, D., Guerra y cuchillo. Los sitios de Zaragoza 1808-1809, Madrid, La esfera de los libros, 2021. 388 págs. ISBN: 9788413840475.

Ha de decirse de manera directa, esta obra constituye uno de los más preclaros ejemplos de lo que la literatura científica e historiográfica puede ser. De lectura amena, el texto presenta sus copiosos datos con objetividad y detalle y, dada la escrupulosa organización de los distintos apartados, la lectura se hace fácil y muy comprensible. El tratado se abre con una introducción donde se presenta la cuestión de los Sitios de Zaragoza y se explica la distribución cronológica de los capítulos y epígrafes de la obra. Además, se referencian los autores de época cuyos textos nutren este estudio, así como los modernos. Finalmente, la introducción da cuenta de cómo el autor se vio inspirado para llevar a cabo esta tarea (como al ver la recreación de los Sitios o con la lectura de Galdós), y se exponen los agradecimientos a distintos individuos y entidades, que acreditan su colaboración con este libro y los buenos sentimientos del autor.

El capítulo primero pone al lector en antecedentes, explicando los diversos sucesos que llevaron al levantamiento popular contra Francia, comenzando en Madrid. Tras ello, se pasa a presentar la situación de rebeldía en Zaragoza y cómo Palafox adquirió su estado en aquella ciudad. El capítulo segundo pasa a exponer en detalle la situación en la que se encontraba la ciudad, así como las características del Ejército francés resuelto a sitiarse. El capítulo tercero complementa este desarrollo, tratando sobre cómo se pudo formar un ejército para la defensa de la ciudad, dadas las circunstancias, y cuáles fueron las principales dificultades experimentadas por los mandos a la hora de levantar, armar y adiestrar tropas para hacer frente al enemigo. El capítulo cuarto, por su parte, ilustra los primeros combates en la región, así como las tácticas de los aragoneses y los problemas causados por la escasa calidad y adiestramiento de sus tropas, mal armadas y sin apenas experiencia (lo cual ya era tratado con detalle en el capítulo anterior). Los capítulos del quinto al séptimo narran las vicisitudes del asedio de Zaragoza hasta el 14 de agosto de 1808. Se da detallada cuenta de las preparaciones de los sitiadores, así como de las disposiciones de los sitiados, su entrega y sus muchos hechos, hasta ser finalmente socorridos por Palafox, venciendo así el primer sitio de la ciudad los sitiados.

El capítulo octavo pone su foco en los días posteriores a esta victoria agridulce. Se da cuenta de las celebraciones que hubo, así como del estado ruinoso de la ciudad y las violentas represalias contra los numerosos sospechosos de apoyar al enemigo, de manera real o imaginaria. Además, se expone la continuación de la guerra peninsular durante aquellos meses, y los desastres provocados por la desunión entre los generales españoles, que acabó provocando las derrotas que llevaron a Zaragoza a quedar nuevamente sitiada en diciembre de 1808. El noveno capítulo presenta un cuidadoso desarrollo del segundo asedio, con los diversos combates que se vieron, así como un interesante apunte sobre los sistemas de trincheras de los franceses y la ingeniería detrás de ellos. Finalmente, se dibuja el horror de esta fase del asedio, con el hambre rampante en uno y otro bando y las elevadas cotas de muertes que supuso la fase final de bombardeo y asalto. El capítulo décimo ofrece una narración pormenorizada de los combates urbanos que se dieron tras la caída de las murallas, ocurridos entre las ruinas de la ciudad bombardeada. También se hace mención a la guerra subterránea de minas y contraminas, que costó muchas vidas a los ingenieros imperiales. Finalmente, se retrata el lastimoso estado de las partes de Zaragoza que seguían en manos españolas, y el de sus defensores. El capítulo concluye con un análisis sobre la subsiguiente capitulación.

El apartado final, adecuadamente titulado “Recapitulación”, cierra el libro con una serie de reflexiones acerca de las cuestiones tocantes a este asedio único dentro de las guerras napoleónicas: la participación popular, las dificultades de los defensores, la figura de Palafox y la pervivencia del mito de la defensa. El libro se cierra con una cronología, las pertinentes bibliografía y fuentes y un potente aparato de notas, que amplían enormemente la información transmitida en el cuerpo principal del texto. Al valor del libro se le ha de añadir su útil índice, la inclusión de varios mapas para ilustrar batallas y movimientos, y la adición en el centro del volumen de una serie de láminas a color, con imágenes de Zaragoza, grabados de la época y fotografías de recreaciones históricas, que aumentan grandemente el valor del libro y su capacidad ilustrativa. Dicho esto, se puede concluir que la presente obra está llamada a convertirse en una obra de referencia sobre este tema, de interés tanto para el público general como para el especializado.

Jorge Blanco Mas

Universidad Complutense de Madrid

jorgeb02@ucm.es

RESEÑAS.

Bar, J. J., Breve historia del Ejército napoleónico: La Grande Armée de Napoleón y sus aliados, Madrid, Nowtilus, 2022. 380 págs. ISBN: 8413052424.

Las guerras napoleónicas y la *Grande Armée*, en un marco complejo y diverso, ofrecen el estudio de la Europa de comienzos del siglo XIX desde diversas ópticas. Bar Shuali, de la mano de la editorial Nowtilus, publica un estudio dedicado al análisis del Ejército imperial. Un conjunto de fuerzas armadas que marcó la historia occidental hasta cotas no vistas para entonces gracias a su funcionamiento, organización y eficacia. En este sentido, el autor nos plantea un libro de alta divulgación para aquellas personas interesadas en este tema; perfecto para consulta cuando tengamos dudas sobre algunas de las cuestiones que mencionaba antes, así como la indumentaria militar, cuestiones armamentísticas, sociales, etc.

Cabe destacar varios puntos positivos de su lectura. En primer lugar, la originalidad de la propuesta al no haber bibliografía específica sobre el tema en español. Su libro pues, cubre una necesidad que sin duda hacía falta para completar de alguna manera el déficit de información sobre la *Grande Armée*. Además, se emplea una gran cantidad de ilustraciones a color incluidas como apoyo al texto. Esto es, sin lugar a duda, una de las mejores decisiones que ha podido tener el autor de cara a pensar en el modelo divulgativo que quería plasmar porque, cuando se quiere dirigir a un público no especializado (aunque se trate de un perfil cultural alto como es este caso), las ilustraciones se antojan cruciales para una mejor comprensión de la información. Ayuda a hacerse una idea mejor de las descripciones, fomentar la curiosidad y mejora de juicio al ser mucho más visual toda la información. Una obra que es exhaustiva, de calidad y que denota el esfuerzo que ha realizado el autor por no descuidar la rigurosidad pese a ser un libro, a priori, divulgativo. No obstante, Bar Shuali no realiza una introducción contextualizada, ya que suple este espacio con el prólogo de Espinosa-Dassonneville. En segundo lugar, es algo que se ha salvado con nota por la agilidad del autor, pero es inevitable que las secciones dedicadas a la logística, donde priman las listas y enumeraciones, se vean dedicadas a un público más versado.

En conclusión, el índice abarca todo lo necesario para conocer lo esencial de la forma más completa posible. Sin desviarse de su labor divulgativa, destaca por la calidad de su escritura. Es una obra innovadora, y supone un interesante aporte en castellano a esta temática, quedando así este trabajo convertido en una lectura imprescindible en cualquier biblioteca histórica.

Adrián Díaz Carrasco

Universidad de Alicante

adicar99@gmail.com

RESEÑAS.

Dawson, P., Waterloo: Napoleon's Last Army, Estados Unidos, Lombardy Studios, 2021. 176 págs. ISBN: 9781940169156.

Much ink has been dedicated to Napoleon's final effort to stay in power in 1815, especially concerning the (military) campaign that followed in Belgium. How the struggle unfolded is fairly well-known, but its uniformology, especially for the French perspective, can still trigger a lively debate more than 200 years after the events. Paul Dawson, Keith Rocco and Dana Lombardy therefore joined forces to try and fill this gap through the publication of *Waterloo - Napoleon's Last Army*. This large volume, both in content and actual size (a coffee table book that is worth displaying in a room), combines the lifetime knowledge of Dawson, an expert on the French forces that were present at Waterloo through extensive archive research, with the artwork of Rocco, undoubtedly one of the greatest military artists of our time, worthy to rank alongside, for instance, famous gentlemen such as Détaille, Rousselot and Meissonier. The result presents us a reconstruction of Napoleonic history, through intuitive text and stunning images, that has not often been achieved before.

As J. David Markham mentions in the introduction, "wars, battles, the soldiers who fought them and what those soldiers wore and carried have been subjects of great interest throughout history". The Napoleonic period stands out in this regard due to the vibrant dress of the troops. The combination of Rocco's lavish compositions, dozens of paintings which were commissioned exclusively for this volume, with Dawson's scholarly descriptions, whilst also presenting over 150 photographs of surviving uniform pieces and arms found in many European depots and collections (such as the one found in the Musée de l'Empéri), therefore are a joy to behold and read, as well as confirming the (colourful) appearance of these soldiers. Additionally, the production standard, with its superb binding and paper quality, really adds up in the (visual) experience while going through the book. As the French emperor sought to assemble his army for the upcoming clash with the Allies in 1815, resources were limited and this would have consequences the way French soldiers looked like and with which weaponry they would engage in battle. The book here does an excellent job of portraying these matters.

The makeshift appearance of several units, where Royalist and Imperial elements were often combined, result in fascinating depictions. The uniform of the 1st Horse Chasseur Regiment is a great example of this, whose helmet type was introduced by the Bourbons. Individual lives are also considered: the portraits of Captain Putigny of the 33rd Infantry Regiment, Lieutenant Noel of the Horse Grenadiers and Colonel Clary of the 1st Hussars stand out and provide insights of their experiences and bearing during their services in the field. Furthermore, plenty of poignant eyewitness accounts have been included to support analyses that were made in each chapter. If you are looking for details (numbers of equipment, unit strengths, casualty ratings, etc.) of a specific unit, the index is a useful tool to find the regiment you need to then conduct research on in no time.

The wish of the authors, which was to succeed in providing a new understanding of the perception of the French Imperial forces that marched towards their downfall in June 1815, has definitely been achieved in *Waterloo - Napoleon's Last Army*. On my end, there are no complaints to formulate on what could have been done better. The attention to detail on every front is to be admired, and this will certainly result, for many of us, in frequent sessions of consultation of this brilliant piece of work. The book is simply a must have for every Napoleonic enthusiast, historian and/or wargamer. You will not be disappointed.

Jonas De Neef

Investigador independiente

Jonasdeneef@hotmail.com

RESEÑAS.

García, J. M., Mi honor es mi divisa. La fundación de la Benemérita en el reinado de Isabel II, España, Círculo Rojo, 2021. 140 págs. ISBN: 9788413857336.

La pasión y predilección del autor por la Guardia Civil se encuentran presentes en este cuidado trabajo de José María García, que mediante un relato ameno y excelentemente documentado parte del origen de la “Benemérita” en marzo de 1844 como respuesta a los problemas acuciantes del momento. Una institución destinada a convertirse en una fuerza de élite policial que sería el antídoto para la enfermedad que había dejado la Guerra de la Independencia española: las partidas de bandoleros, desertores y malhechores; hombres que se apartaron de sus antiguos hábitos propios de los tiempos de paz. El autor presenta el contenido subdividido en partes con un tema central en cada una, de entre los que destacamos la situación política en España, la fundación de la institución, su organización y la lucha contra la delincuencia, entre otros. Extractos de decretos, cartas y diversas obras complementan el relato para proporcionar una visión íntegra del contexto en el que se crea la “Benemérita” y los motivos por los que era necesaria esta institución, así como para servir de explicación de su particular estructura y de su modo de actuación, todo apoyado con citas de autoridad de distintas personalidades de la segunda mitad del siglo XIX. El lector ávido de más información descubrirá en el extenso anexo una cuidada selección de datos y documentos relacionados con la institución, incluyendo el decreto fundacional y su reglamento militar, así como explicaciones sobre simbología y uniformidad. Toda esta información de gran valor sirve para completar el homenaje que el autor desea realizar, a la par que se facilita al lector una documentación relevante en la que pueda profundizar.

Miguel Ángel Díez Ferreiro

Universitat Oberta Catalunya

mdiez642@uoc.edu

RESEÑAS.

Zurita, R. (dir.), La Guerra de la Independencia española. Memoria, Paisajes e Historia Digital, Granada, Comares Historia, 2022. 180 págs. ISBN: 9788413693491.

Sin ningún lugar a dudas estamos ante un libro con un enfoque distinto, se diría que incluso novedoso, sobre el estudio de la Guerra de la Independencia española. En él se aporta una visión inédita, en la que priman las nuevas aportaciones, estando siempre basado en el trabajo interdisciplinar y en la transferencia del conocimiento. Para ello se recurre a la historia digital, modalidad que en los últimos años ha tenido un gran desarrollo, y que es el resultado de la convergencia de múltiples prácticas; de este modo, a través de una web y se su contenido, se permite leer, escribir, archivar y divulgar contenido histórico. En el campo digital, el carácter interdisciplinar, el trabajo colaborativo y la autoridad compartida son los elementos fundamentales.

El libro nos muestra el estudio de los principales hechos bélicos acontecidos en España durante el período 1808-1814, pero no desde una perspectiva más clásica como puede ser la militar o la política, ya estudiadas ampliamente, sino más bien desde el estudio de las principales batallas acaecidas a partir de la perspectiva innovadora del patrimonio; y siempre relacionando este con dichas batallas y con los sitios donde se desarrollaron. Todo ello con un fin último, que no es otro que poner en valor los diferentes paisajes de guerra, dando a conocer todo lo acontecido en ellos y generando lugares de memoria que promuevan la cultura de la paz. Para ello se crea la web semántica “Paisajes de Guerra (PAdGUE)”, proyecto ambicioso donde los haya, superando en alcance a otros anteriores y donde se entrelazan el trabajo de diferentes disciplinas como pueden ser la ingeniería multimedia y la extensión geográfica, junto con el uso de instrumentos de transferencia del conocimiento y comunicación empleados. El objeto del proyecto PAdGUE es el estudio de 13 campos de batalla (Badajoz, Bailén, Chiclana, Castalla, Girona, La Albuera, Los Arapiles, Sagunto, Somosierra, Tarragona, Valencia, Vitoria y Zaragoza), a través de 3 líneas principales de trabajo como son **(a)** la creación de una plataforma digital inteligente, donde se han etiquetado los diferentes recursos con datos semánticos que les dan significado. Estos recursos han sido la base para la creación posterior de una *app* de una serie de rutas históricas entorno a los campos de batalla (Rutas PAdGUE); **(b)** creación de recursos digitales ya sean bien materiales, iconográficos, hechos, personajes

o documentos; (c) establecimiento de un modelo de comunicación social y de divulgación del patrimonio, basado en la difusión a través de las redes sociales.

Finalmente, se ha de comentar que el profesor Zurita, como investigador principal del proyecto, junto con su equipo, expone en esta obra de una forma clara y amena todo el potencial del que dispone la historia digital, y eso lo hace a través del ejemplo concreto de PAdGUE, que enseña el camino a seguir en la construcción de nuevas formas de divulgación de la historia en general, y a través de los campos de batalla como protagonistas en particular, como ya se hace desde hace tiempo en otros países como Francia, Bélgica, Gran Bretaña o Estados Unidos.

Miguel Enrique Espigares Jiménez

Asociación F. C. M.

espigaresescobar@hotmail.com

NOVEDADES DIVULGATIVAS Y ACADÉMICAS (2022-2023).

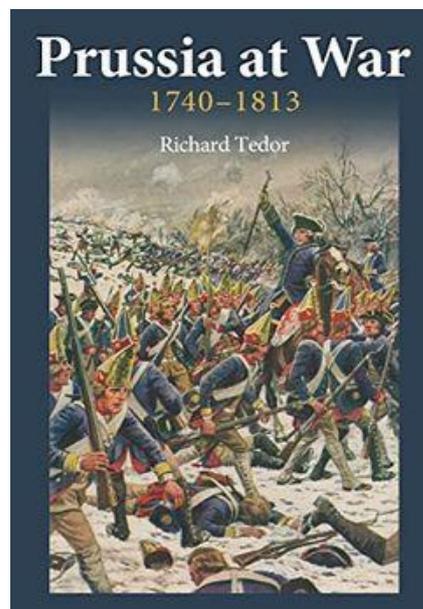
Alberto Cañas de Pablos
**LOS GENERALES POLÍTICOS
EN EUROPA Y AMÉRICA**
Centauros carismáticos bajo la luz de Napoleón
1810-1870



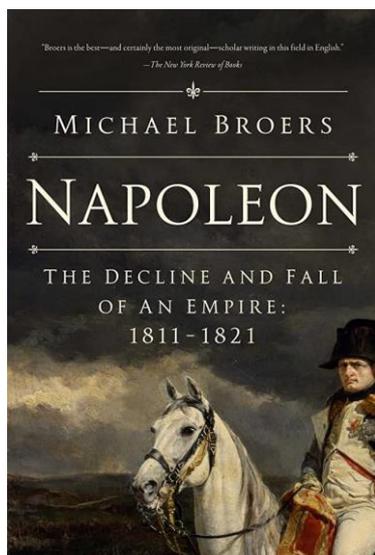
Cañas de Pablos, A.



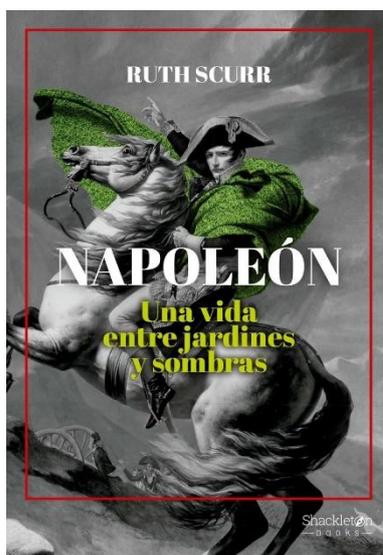
Alberola-Romá, A. y Cecere, D. (dirs.).



Tedor, R.



Broers, M.

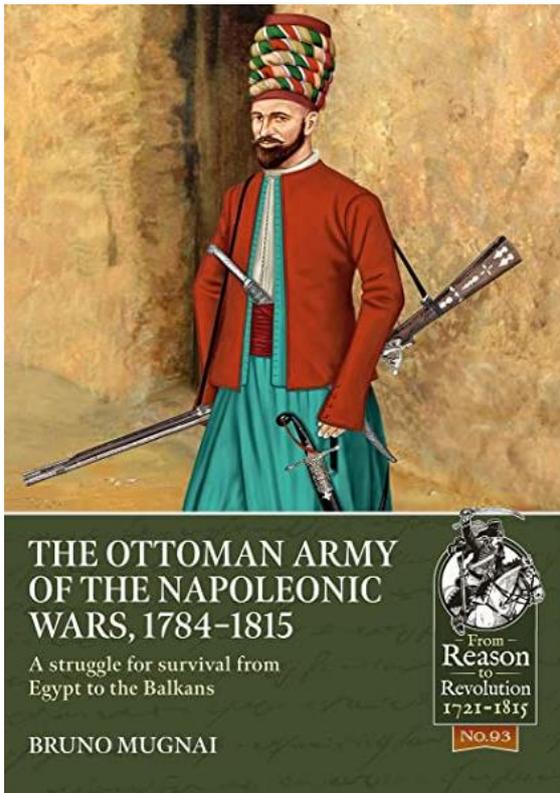


Scurr, R.

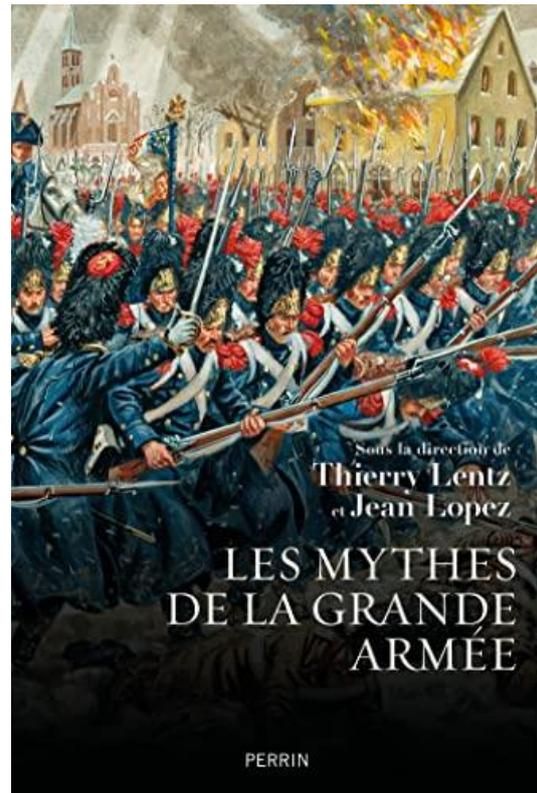


Moral y Uría¹

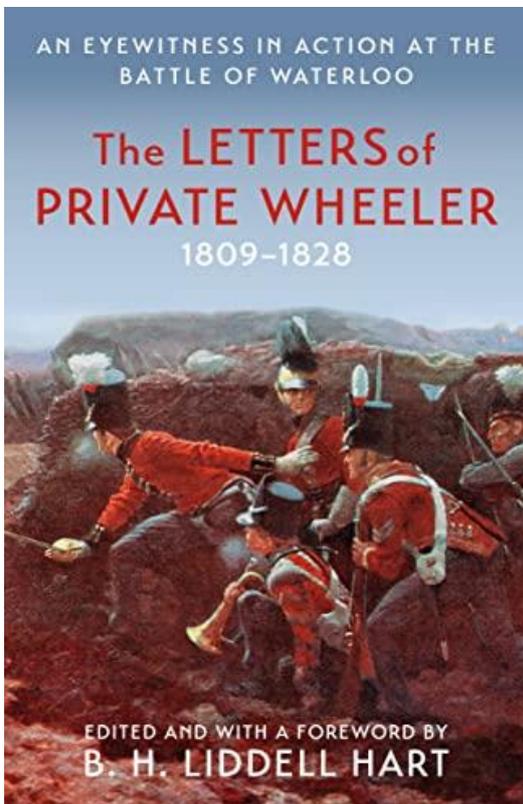
¹ Moral, A. M. y Uría, I. (coords.).



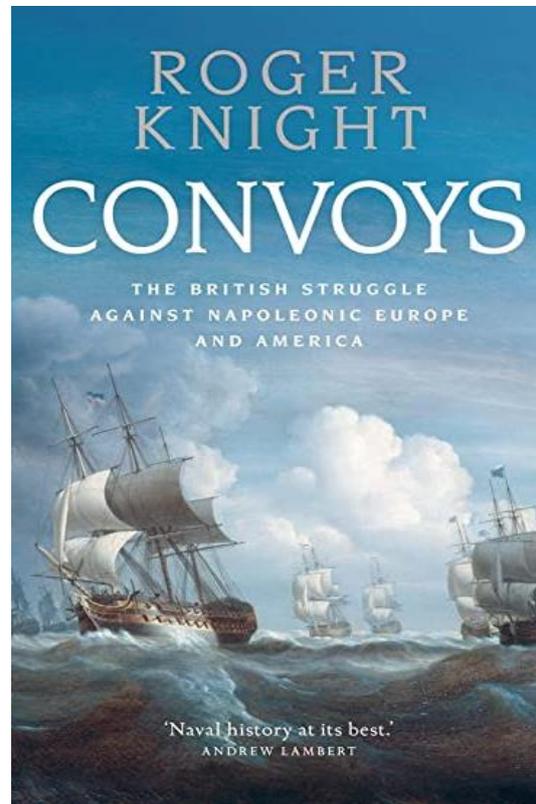
Mugnai, B.



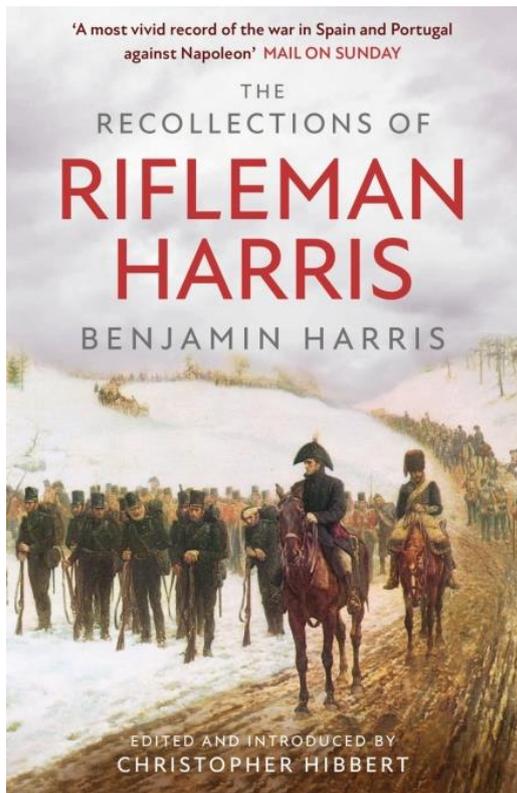
Lentz, T.



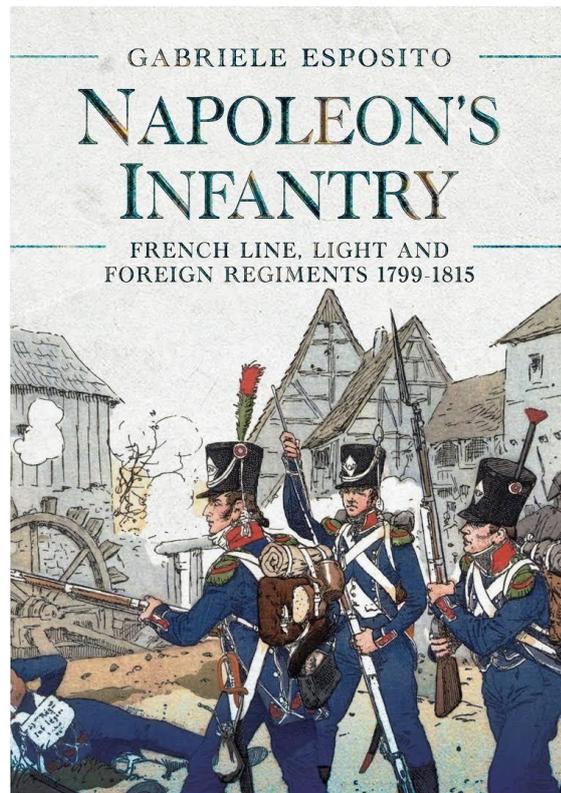
Liddell Hart, B. H.



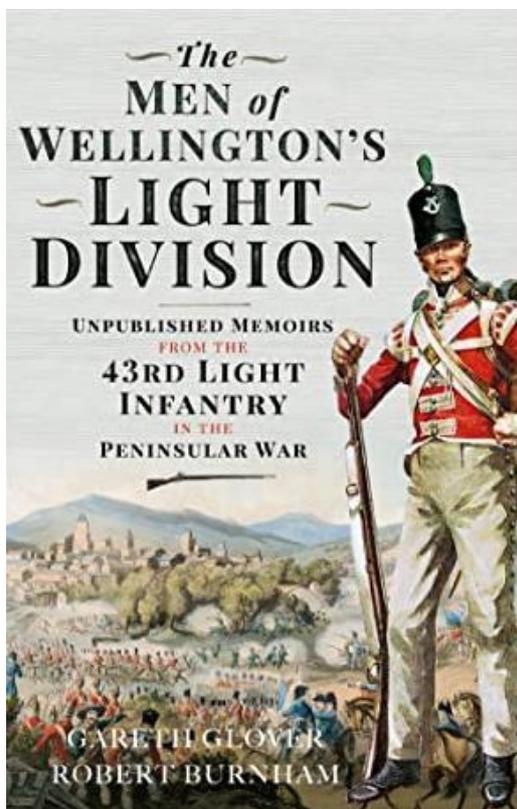
Knight, R.



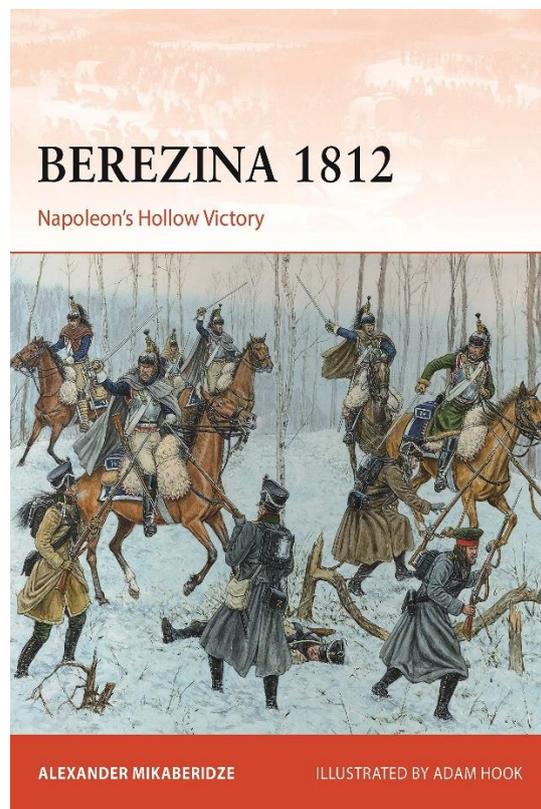
Hibbert, C.



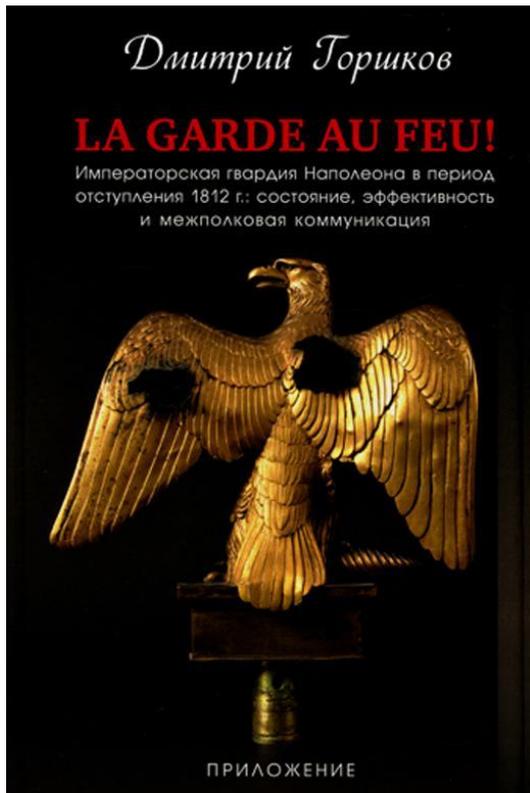
Esposito, G.



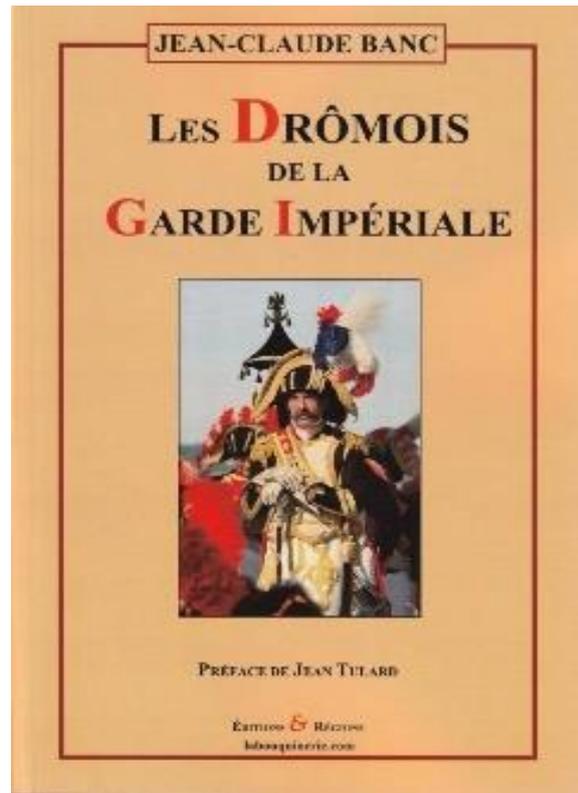
Glover, G. y Burnham, R.



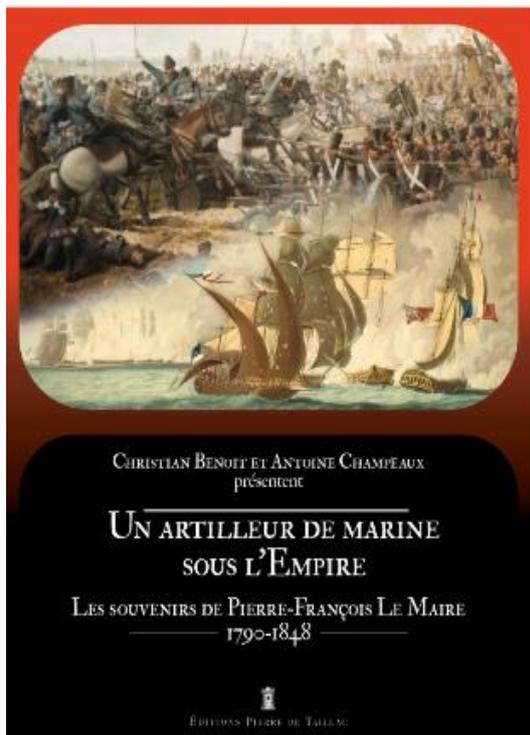
Mikaberidze, A.



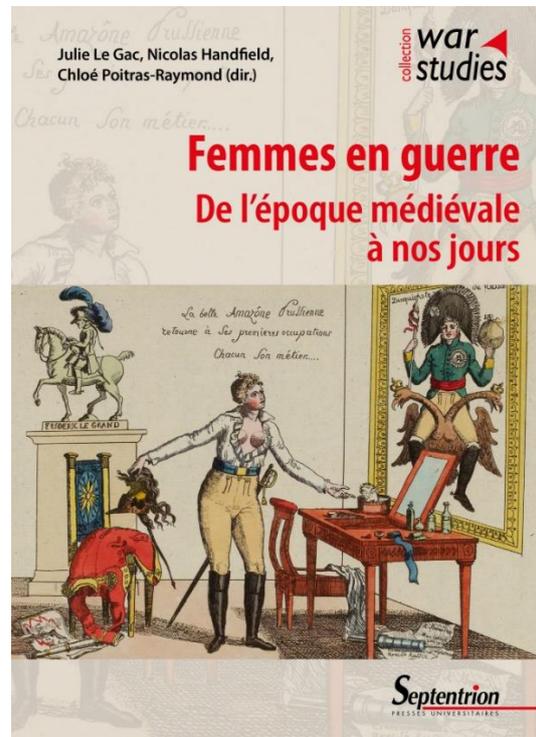
Gorchkoff, D.



Banc, J. C.

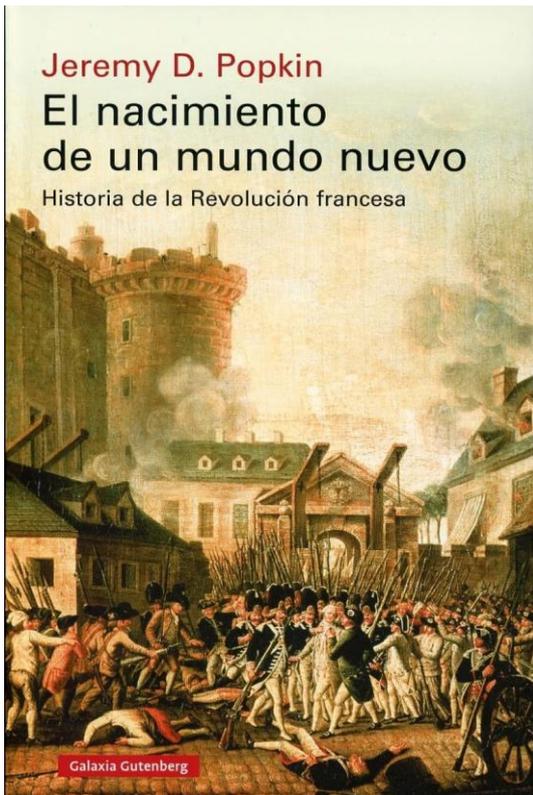


Le Maire, P. F.

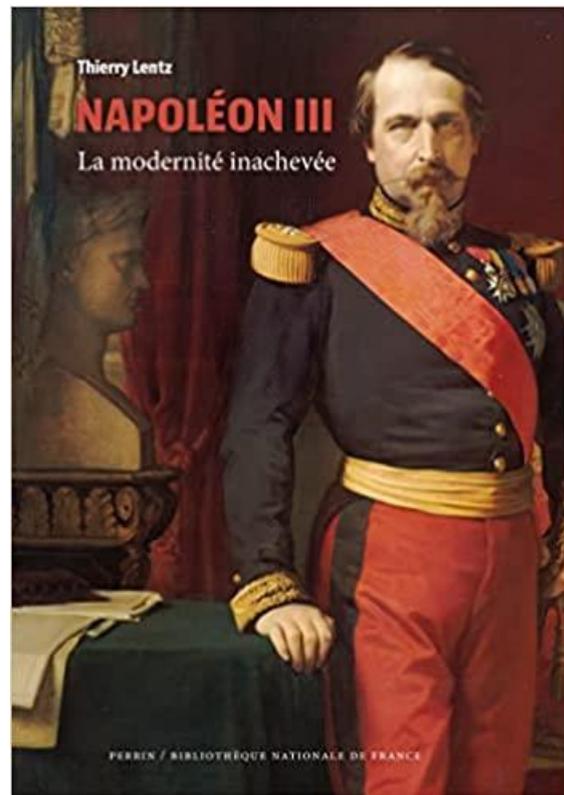


Le Gac, Handfield y Poitras-Raymond²

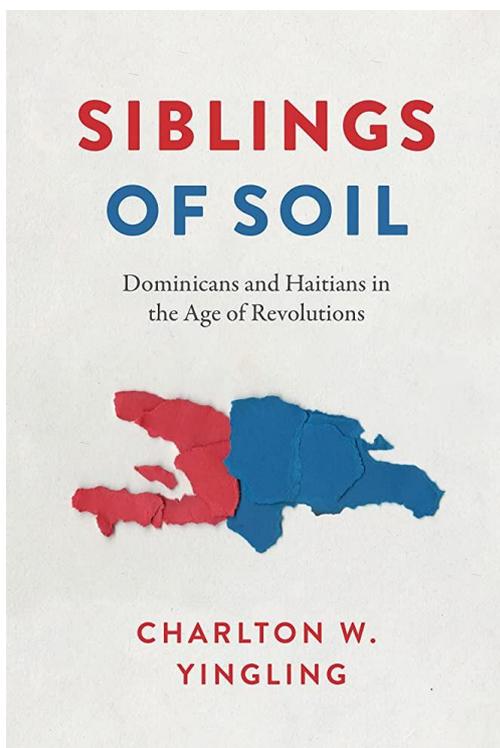
² Le Gac, J., Handfield, N. y Poitras-Raymond, C. (dirs.).



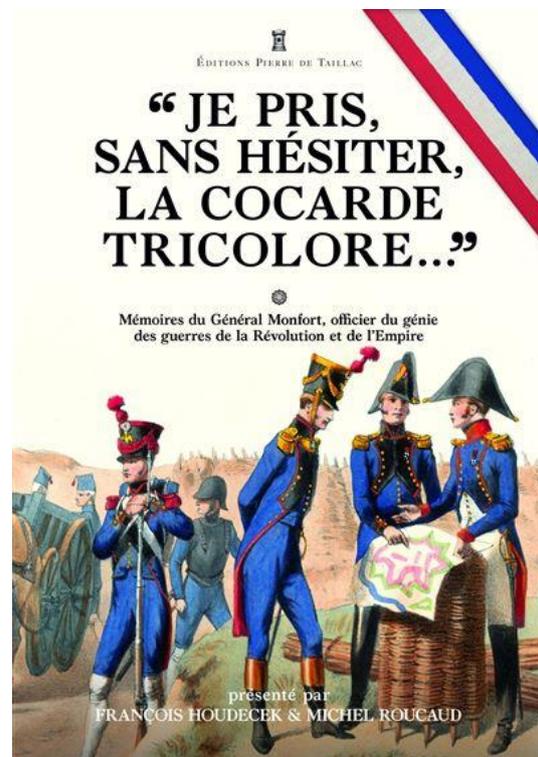
Popkin, J. D.



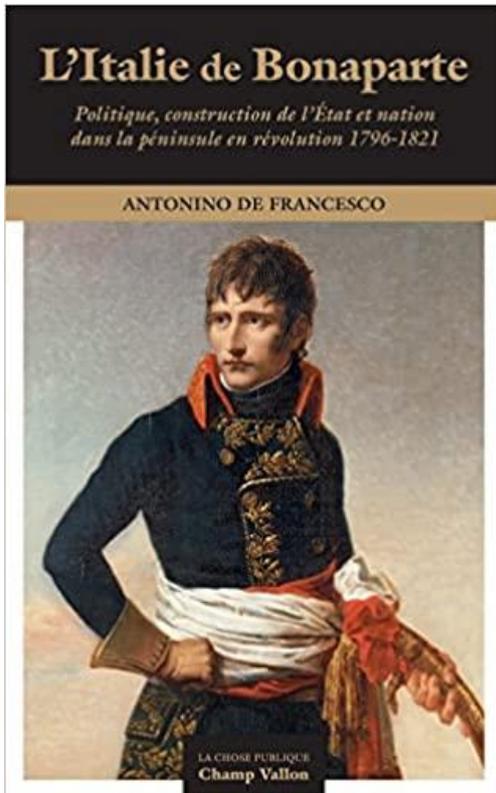
Lentz, T.



Yingling, C. W.



Houdecek, F. y Roucaud, M.



De Francesco, A.

Vincent Denis

Policiers de Paris

Les commissaires de police en Révolution (1789-1799)



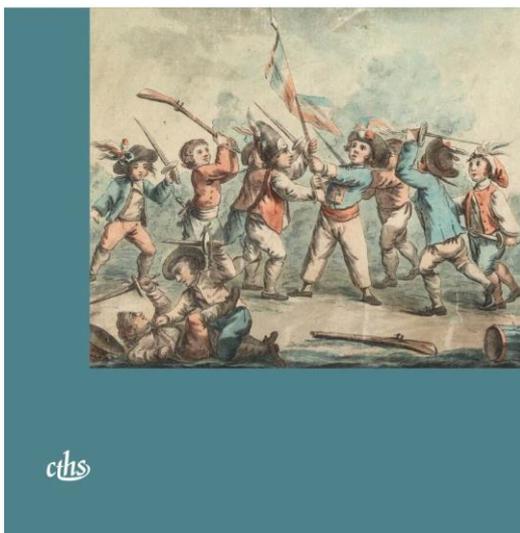
ÉPOQUES

Champ Vallon

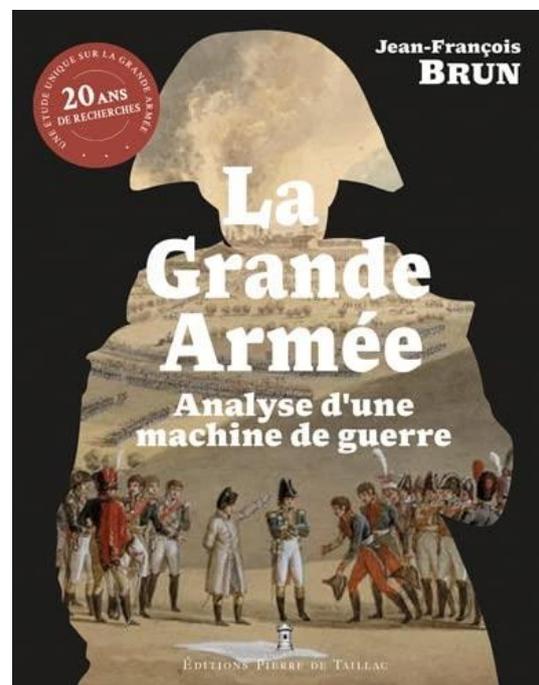
Denis, V.

Côme Simien

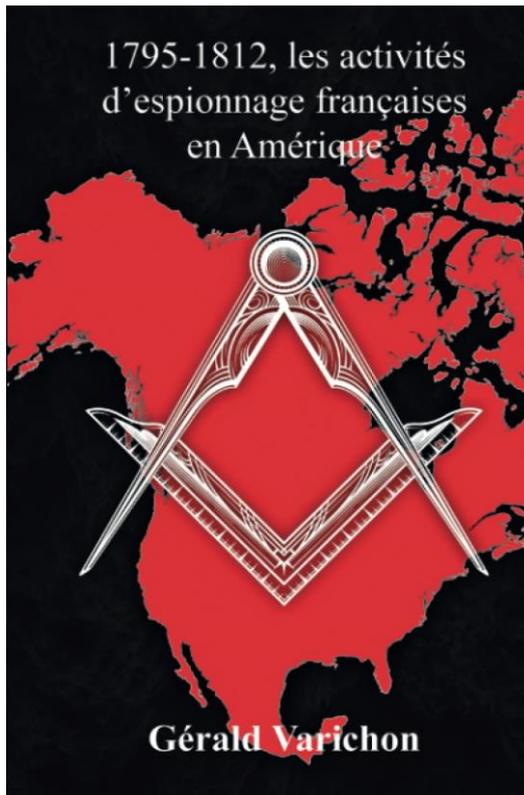
Le maître d'école du village
au temps des Lumières et de la Révolution



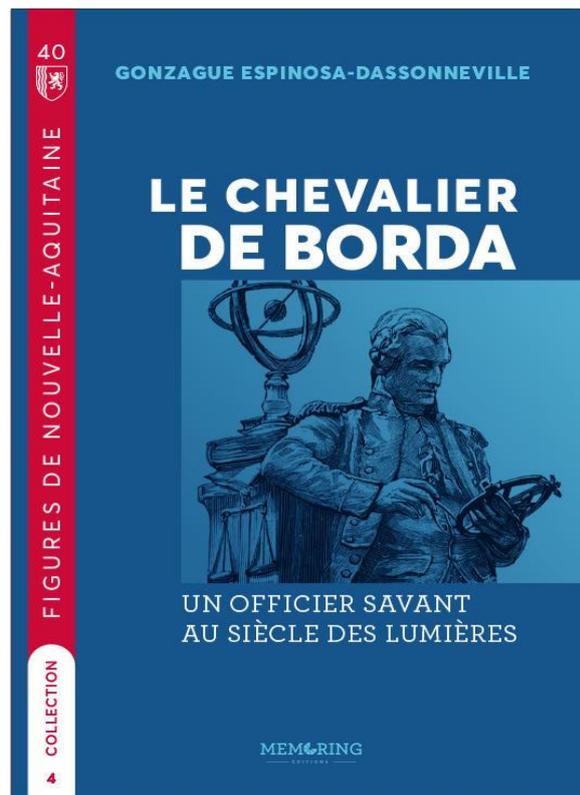
Simien, C.



Brun, J. F.



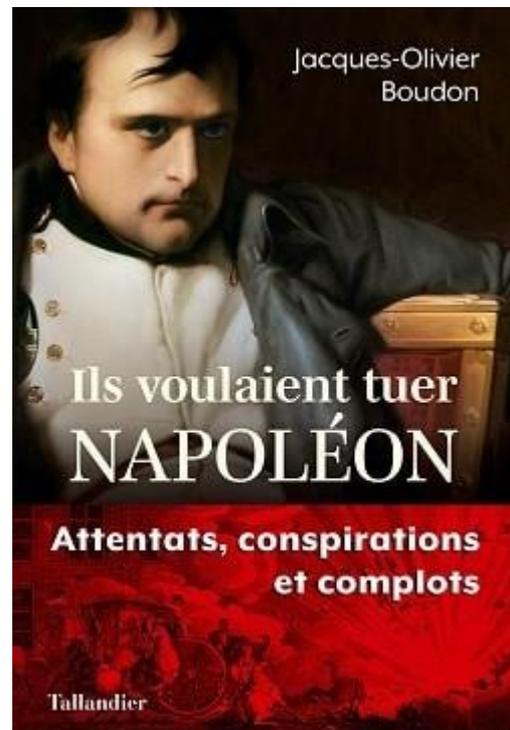
Varichon, G.



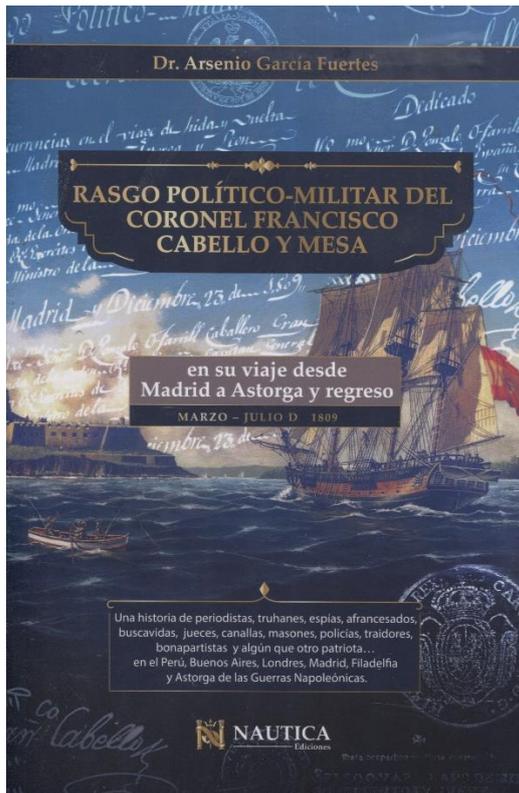
Espinosa-Dassonneville, G.



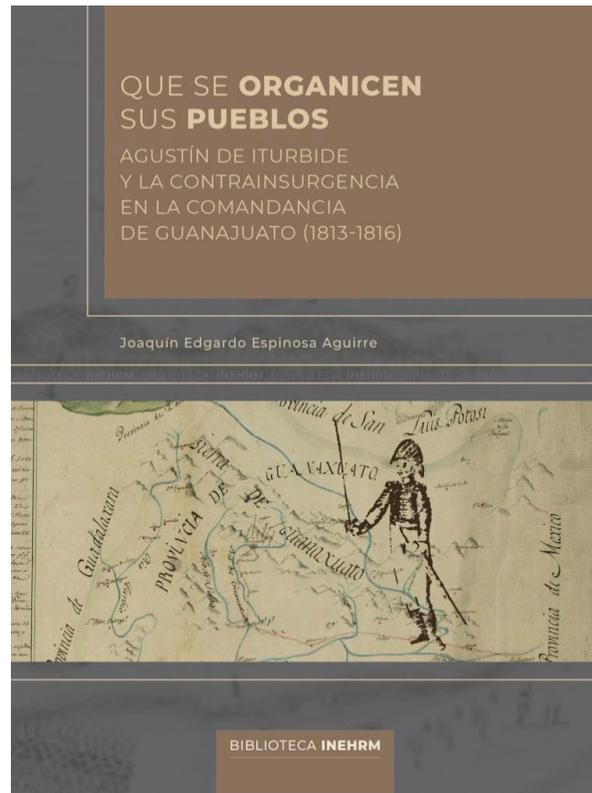
Bru, J. y Aquillué, D.



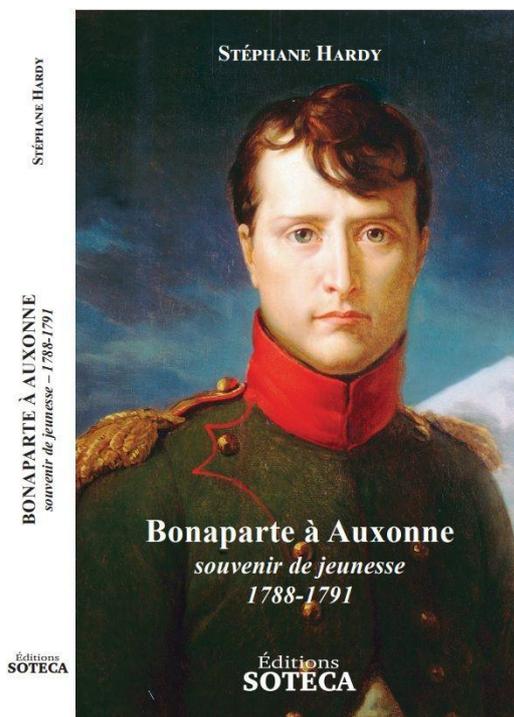
Boudon, J. O.



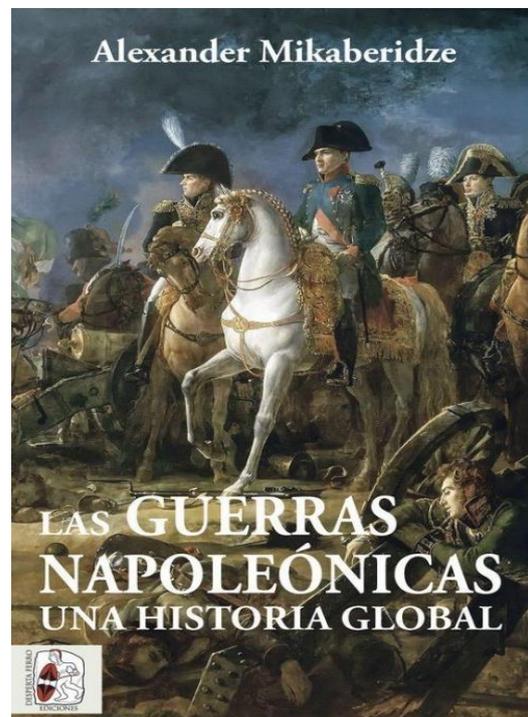
García Fuertes, A



Espinosa Aguirre, J. E.



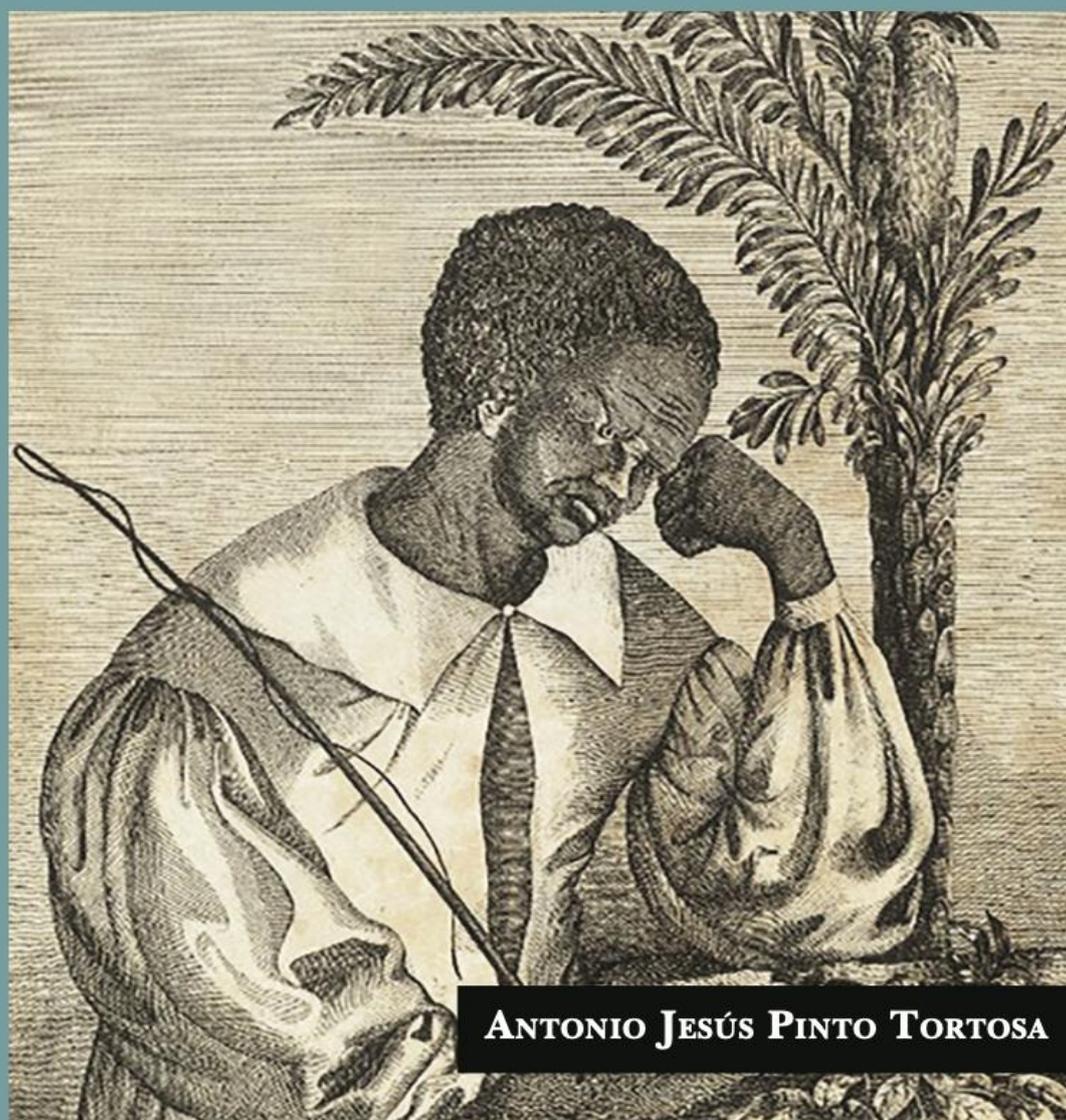
Hardy, S.



Mikaberidze, A.

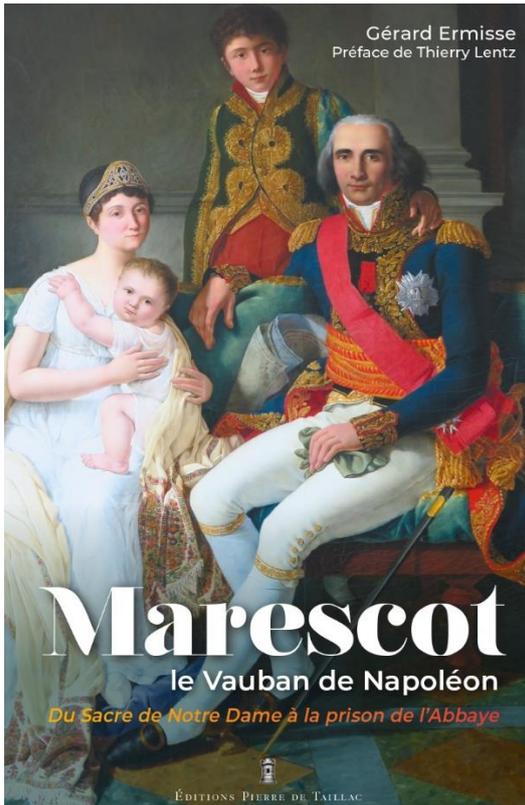
Archivo General de la Nación
Volumen CDXLIV

Santo Domingo: una colonia en la enrucijada 1790-1820

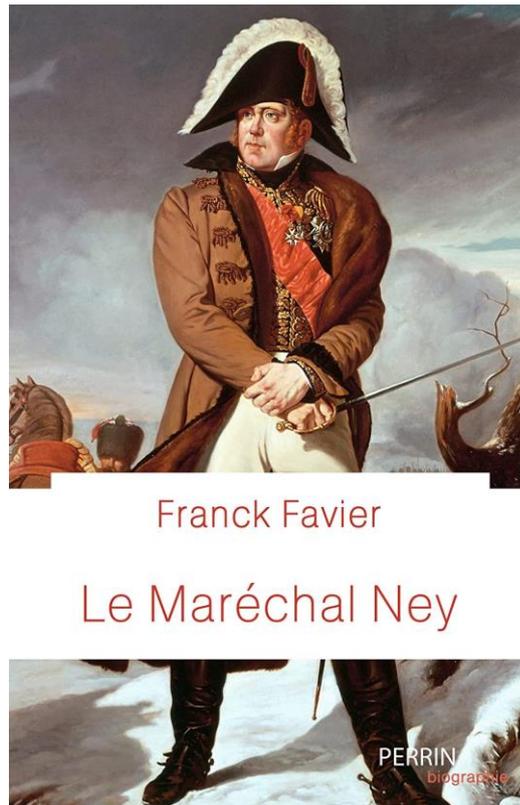


ANTONIO JESÚS PINTO TORTOSA

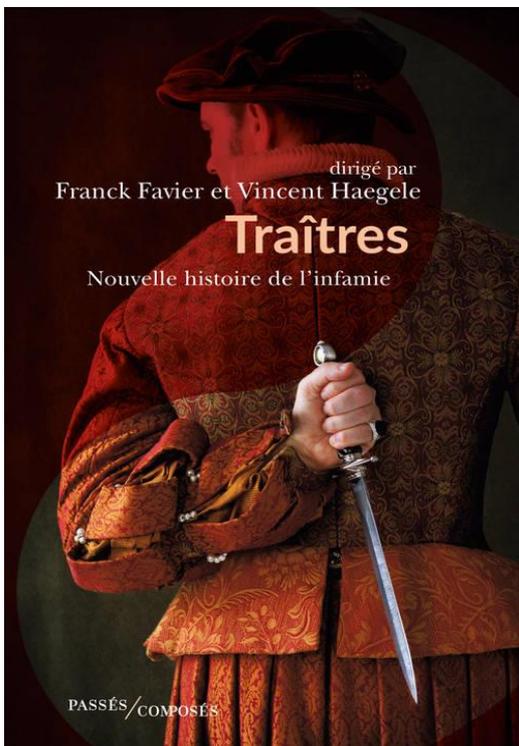
Pinto Tortosa, A. J.



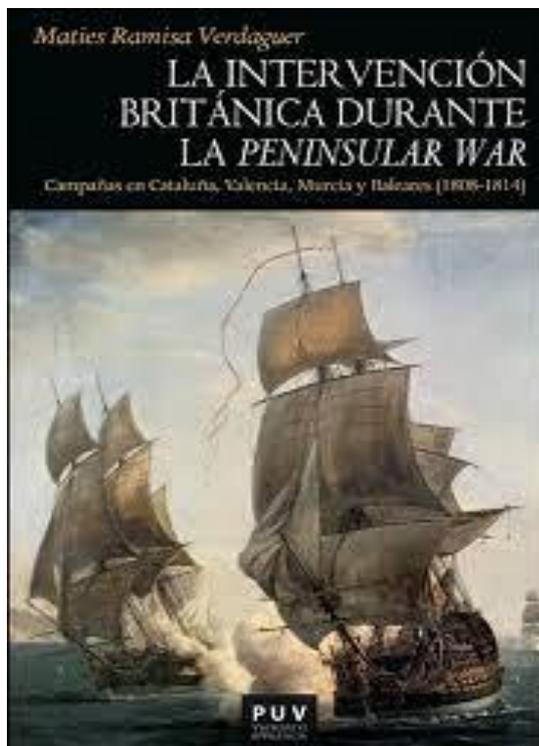
Ermisse, G.



Favier, F.



Favier, F. y Haegele, V. (dirs.).



Ramisa Verdaguier, M.



Aquillué, D.



Espinosa-Dassonneville, G.

L' Aigle

REVISTA CIENTÍFICA PARA EL ESTUDIO
DE LA REVOLUCIÓN Y EL IMPERIO

F. C. M.

FUSILIERS–CHASSEURS MADRID

Asociación sin ánimo de lucro de la Comunidad Autónoma de Madrid (España)

<https://fusilierschasseursmadridasociacion.wordpress.com/>

©2023

Presidencia:

Jonathan Jacobo Bar Shuali

fusilierschasseursmadrid@gmail.com

Vicepresidencia:

Miguel Ángel Díez Ferreiro

ed.miguel.revista.aigle@gmail.com

Secretaría:

Jorge Blanco Mas

fusiliers.chasseurs.secretario@gmail.com

Tesorería:

Thomas Rahm Armuña

revision.thomas.revista.aigle@gmail.com

The background is a detailed illustration of a stone building's corner. The wall is made of large, light-brown rectangular blocks. A window with a dark frame and multiple panes is set into the wall. The floor is composed of dark grey, square tiles. To the left, a stone archway leads to a green, leafy area. The text is overlaid on this scene.

L'AIGLE

REVISTA DE
HISTORIA
NAPOLEÓNICA

VOLUMEN 02

ASOCIACIÓN FUSILIERS-CHASSEURS MADRID

ISSN: 2697-2506